

Ilustrado por matador

DANIEL SAMPER PIZANO

# CAMAS Y FAMAS

Las más raras y genuinas historias de amor



AGUILAR

Daniel Samper Pizano

**Camas y famas**

Las más raras y genuinas historias de amor

Aguilar

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



**Me Gusta Leer Colombia**



**@megustaleerco**



**@megustaleerco**

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



Ilustrado por matador

DANIEL SAMPER PIZANO

# CAMAS Y FAMAS

Las más raras y genuinas historias de amor



A

Don Francés de Zúñiga (1480-1532),  
Juan Pérez Zúñiga (1860-1938),  
Will Cuppy (1884-1949),  
W. C. Sellar (1898-1951)  
y R. J. Yeatman (1897-1968)

pioneros del relato histórico  
observado con lente de humor.

“Harto sé que la forma cómica (bufa, por mejor decir) en que aquí aparecen tratados los más sublimes y trascendentales acontecimientos de la historia provocará el enojo de algunos ridículos ciudadanos que no ven la vida más que por su insoportable y cursi aspecto serio”.

Juan Pérez Zúñiga, *Historia cómica de España*, 1911

*Es fácil ser bueno cuando no se está enamorado.*

Cesare Pavese

## Novios obvios

Las listas tradicionales de amantes famosos se dividen en dos. Unas cuentan las historias de personajes procedentes de la fábula, el folclor, el mito o la literatura, como Adán y Eva, Orfeo y Eurídice, Helena y Paris, Calixto y Melibea, Romeo y Julieta o Efraín y María. Como autor de este libro, esas no me interesan.

Forman parte de la lista número dos las figuras que tuvieron existencia real, como Cleopatra y Marco Antonio, Nerón y Popea, Abelardo y Eloísa, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, Enrique VIII y sus seis mujeres, Napoleón y Josefina, Simón Bolívar y Manuelita Sáenz, Sissi de Baviera y el emperador Francisco José, George Sand y Federico Chopin, Eduardo VIII y Wallis Simpson, Frida Kahlo y Diego Rivera, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, John Lennon y Yoko Ono, incluso Gerard Piqué y Shakira...

Pero estas tampoco me interesan.

Primero, porque son demasiado conocidas. Segundo, porque Hollywood y la prensa del corazón se han encargado de embellecerlas con falsedades o corromperlas con oropelos. Y, tercero, porque suelen ser muy juiciosas, muy rectilíneas, muy bipolares. Nunca un trío, nunca un cuarteto, rara vez un amor eterno entre homosexuales... En ese sentido, muy poco realistas.

El libro que el lector tiene en sus manos se ocupa de amores verídicos, pero raros, extraños. Algunos son relativamente conocidos. La mayoría, sin embargo, corresponden a episodios escandalosos que la historia oficial procura ocultar o que nadie se ha interesado en poner sobre la mesa porque su pesquisa resulta difícil. Habrá sorpresas. Es sabido que el escritor irlandés Oscar Wilde tuvo un famoso enamorado de su mismo sexo, lo que contribuyó a hacer del poeta un ícono gay. Lo que poco se ha divulgado es que no se trataba de un amante homosexual sino de dos, uno de ellos leal y generoso con Wilde y el otro perverso y aprovechado. También se omite el papel solidario y noble de la mujer del escritor. Estamos ante un cuarteto de esquinas imperfectas que



podrá conocer el lector en estas páginas.

Se conoce, así mismo, que Catalina la Grande fue tan ancha de prestigio como de cama. Fascinante mujer, raros amores. ¿Cuántos amantes pasaron por su alcoba? Las listas más escépticas empiezan en tres y las más disparatadas llegan a cincuenta. En el capítulo correspondiente procuro establecer cifras realistas y aclarar si es verdad o mentira que la emperatriz se acostó con el prócer suramericano Francisco Miranda. Lo sabrán más adelante, pero mi consejo es que vayan arriando la bandera tricolor.

El mosaico que ofrecen las siguientes páginas recoge grandes amores. Grandes, pero extraños. Algunos parecían destinados a terminar pronto y mal y acabaron tarde y bien. En otros interactúan varios participantes. Hasta cuatro. Y veremos a uno enamorado irremediamente de sí mismo.

Soy el primero en lamentar que, en vez de diez historias insólitas de amor, el espacio no hubiese permitido escoger veinte o treinta. Muchas quedan en la lista de espera, como la de la dos veces Premio Nobel Marie Curie y Pierre Langevin, su amante casado; o la emperatriz china Cixí; o Karl Marx, Jenny de Westfalia y el ama de llaves de la familia; o el zar Nicolás II y la bailarina más fea de Rusia; o Lucrecia Borgia y sus amores escandalosos y de los otros; o Winston Churchill y la mujer que lo amansaba en casa; o el poeta nicaragüense Rubén Darío y la campesina española Francisca Sánchez. A lo mejor todos ellos tendrán esa segunda oportunidad que Gabriel García Márquez negó a los Buendía.

Las historias escogidas abarcan una treintena de personajes. El más antiguo es el sultán turco Solimán el Magnífico, nacido en 1494, por los tiempos del descubrimiento de América. El más reciente es el futbolista Zlatan Ibrahimovic, de la cosecha de 1981. Es, también, el único vivo. Se trata, pues, de una antología de camas y famas que se extiende por más de medio milenio. He procurado no solo relatar detalles interesantes sobre estas curiosas relaciones amorosas, sino también ofrecer un fresco general de su época y sus costumbres. En este sentido, el telón de fondo es la historia política y cultural de una docena de países. La dificultad de documentar verazmente la intimidad de las personas tiende a hacerse más pertinaz a medida que nos alejamos de ellos en el tiempo. Por eso he descartado varias extrañas y antiguas aventuras del corazón que probablemente deben más al chisme sin fundamento que a la realidad. Gracias a la imprenta y al avance de los archivos, los datos sobre los últimos cinco siglos resultan mucho más acreditables que los de épocas

remotas.

Esta selección de amores y enamorados no contemplaba más requisitos que su condición curiosa o insólita y que los protagonistas fueran personajes famosos, o relativamente tales. Sin embargo, al terminar el texto me di cuenta de que habían emergido algunas tendencias inesperadas dignas de mencionarse. Por ejemplo, todos los participantes eran individuos de fuerte carácter individual y todos alcanzaban con sus compañeros de aventura romántica pactos expresos o tácitos de entendimientos y, al mismo tiempo, de respeto a su libertad. La edad de no pocas de las mujeres era mayor —a veces mucho mayor— que la de sus parejas. Y, algo llamativo, las señoras que desfilan por estas páginas rara vez se destacaron por su belleza. De Catalina la Grande dijo Giacomo Casanova que “aunque no era bella, estaba segura de gustar por su dulzura, su afabilidad y su inteligencia”. Todos los biógrafos de Soledad Román coinciden en señalar, benévolamente, que “no era una mujer de belleza excepcional”. Los retratos de la condesa Hanska la revelan como interesante pero no muy hermosa. Virginia Woolf se consideraba a sí misma “fea y poco elegante”. Y Violeta Parra se definía como “un espanto”. En el capítulo de Catalina la Grande aparece una posible explicación de este fenómeno.

Una palabra final. El subtítulo del libro se permite recordarnos en qué clase de mundo vivimos: injusto, ingrato, difícil, incomprensible, sorprendente, dichoso... Hace un tiempo publiqué una *Breve historia de este puto mundo* cuyo éxito me hizo ver que somos muchos los que observamos este planeta con escepticismo e incluso con cierta aprensión, pero nos defendemos de los peligros y domesticamos los temores gracias al indispensable blindaje del humor.

Los amores que recojo en estas páginas solo podrían darse en un mundo como este.

Daniel Samper Pizano



**Lo que  
puede  
un diván**



**Roxelana  
la Gozosa  
&  
Solimán  
el Magnífico**





matador

*Un extraño y fascinante amor nació en el harén entre una antigua esclava y un poderoso sultán en el siglo XVI e influyó en la demarcación del mundo actual.*



No se sabe exactamente cómo se llamaba, ni quiénes fueron sus padres, ni dónde nació, ni qué edad tenía. Lo que consta es que, siendo muy niña, fue secuestrada en Ucrania; era preadolescente cuando la vendieron como esclava en Estambul y al final la condujeron al harén del sultán de Turquía. Esto sucedió hacia 1517 o 1520, cuando tenía unos 15 o 18 años. Allí la llamaron Roxelana.

La muchacha, una más entre cientos que pululaban en el serrallo, conquistó al sultán Solimán, el personaje más poderoso y quizás el principal de la historia turca. Seducido por la inteligencia y la gracia de la antigua esclava, el soberano no vaciló en quebrantar las normas seculares de su país: la señaló como favorita (*hasseki*), se casó con ella, la llevó a vivir en sus habitaciones en el legendario palacio (*sarayi*) de Topkapi, centro de la vida política, la hizo madre (*anne*) de seis de sus hijos y la convirtió en su principal consejera. El poder que ejercía Roxelana sobre su marido le permitió ser, según un historiador inglés, “la más grande emperatriz oriental”.

El gobierno de Solimán, mezcla de suspiros de poeta y mano de militar, cambió el panorama geopolítico europeo de entonces y sus consecuencias están vivas aún hoy. *El Magnífico*, como lo llamaron, ocupó el trono otomano desde 1520 hasta su muerte, en 1566. Durante el último cuarto de siglo lo hizo en intimidad con esa mujer amada que, tras una inicial condena a la miseria y el abandono, alcanzó las cumbres doradas del poder y un capítulo en la Historia.

## Frutos del harén

Roxelana llevó dos vidas. Una, anónima y dura, mientras fue esclava y reclusa del harén. La segunda, de reconocimiento y respeto, desde el momento en que Solimán la escogió como *hasseki*. Poco se conoce sobre ella. Pero si no hubiera alcanzado la estatura de cónyuge del soberano, seguramente no sabríamos ni siquiera lo poco que se ha averiguado. A nadie le interesa el pasado del pobre y, en cambio, nunca le faltarán parientes a una emperatriz. Se explica así que Ucrania y Polonia, sus gobiernos y sus historiadores, hayan escarbado en busca de los oscuros orígenes de Roxelana y hoy algunos la propongan como personaje ejemplar.

Esa chica a la que, por faltarle el nombre de pila, denominaron por su posible origen geográfico —como motejarla *la Opita, la Cubana, la Chilena* o *la Gringa*—, ya tiene biografía. Según pistas que recogió un siglo después un embajador ucraniano en Estambul, su nombre fue Anastasia Lisowska y era hija de Gabriel, sacerdote de la Iglesia ortodoxa de pobre condición, y Alejandra, su ignorada esposa. La fecha probable de nacimiento de Roxelana se ha fijado en 1502. Diez o doce años después, los tártaros, que hacían correrías por la región destinadas a secuestrar niños para venderlos, se llevaron a la hija de Gabriel y Alejandra y la ofrecieron como esclava en diversos mercados. Un empleado del pachá<sup>1</sup> Makbul Ibrahim, alto funcionario del régimen otomano, compró en Estambul una cuerda de esclavos baratos. Entre ellos estaba la niña. Desde su debut al servicio del pachá, Roxelana se destacó sobre el resto de la servidumbre. Menuda y bajita, un diplomático dijo de ella que “no se veía bella pero sí graciosa”. Era trigueña, aunque la leyenda posterior asegura que se trataba de una apetitosa pelirroja (¡ya nos habría gustado al sultán y a mí que lo fuese!). Su nombre despista en este sentido, pero no se debe a que tuviese el pelo color candela sino a que probablemente había nacido en Rutenia, provincia de Ucrania occidental que entonces pertenecía a Polonia<sup>2</sup>. Debió de tener en casa una educación infantil decorosa, pues Roxelana cantaba, se acompañaba con instrumentos de cuerdas, era ocurrente, vivísima y divertida. Fue por ello que pronto le adjudicaron el mote de *la Gozosa (Hurrem)*. No tardó el pachá Ibrahim en entender que en su mansión brillaba semejante joya y quiso ofrecerla como

detalle cariñoso a la madre del sultán, la señora Hafsa, matrona muy influyente y desde 1520 viuda de Selim I. De modo que le obsequió la chica, y durante un tiempo Hurrem alegró los territorios palaciegos de misía Hafsa, quien no imaginó que un día su hijo compartiría afectos con ambas y prestaría atención a los consejos de la dos. El regalito de Ibrahim no fue en vano, pues en 1523 la familia imperial lo recompensó nombrándolo gran visir, que es el segundo escalón en la pirámide cuya cumbre preside el sultán. Pasados pocos años, Hafsa entendió que la adolescencia llamaba a las puertas de Roxelana y —como se hacía por regla general— prefirió cederla al harén imperial, establecido en el mismo Topkapi. Si el paso de Roxelana al serrallo ocurrió antes de septiembre de 1520, el sultán era Selim I, esposo de Hafsa. Si fue después, el mandamás era ya su hijo Solimán. De todos modos, mamá sultana representaba la máxima autoridad del harén y en alguna medida ayudó a moldear a la anónima esclava.



## Cuatro divanes y una sola palabra

La lengua turca, en que leía sus libros y escribía sus poemas Solimán el Magnífico, parece difícil pero es muy sencilla. El principal obstáculo que ofrece a quienes la ignoran es que ciertas palabras poseen varios significados y todos ellos se agrupan en la misma frase. Por ejemplo: *el sultán lee el diván en el diván ubicado en el diván donde esta tarde se reunirá el diván*.

Analicemos.

El primer diván corresponde a la poesía de la época. La llamaremos *diwan*. El segundo diván se refiere al famoso mueble que utilizan los psicoanalistas, aquel que el *Diccionario de la lengua española* define como “Asiento alargado, generalmente sin respaldo, para recostarse o tumbarse”. Lo llamaremos tal como se llama: diván, a sabiendas de que también se le denomina otomana.

Sin embargo, con idéntico nombre —diván— se designa, según el *Diccionario*, a la “sala en que se reunía el diván”. Navegamos, pues, en el tercer sentido del término: una sala a la que vamos a nombrar *sala diván*, del mismo modo como existen la sala comedor y la sala cuna. ¿Qué clase de sala? Aquella donde se reúne el “supremo consejo que determinaba los negocios de Estado y de justicia” entre los turcos. A este consejo supremo tendremos que llamarlo Diván, con inicial mayúscula, para distinguirlo y por tratarse de una institución especial.

El resultado final es el siguiente: *el sultán lee el diwan en el diván ubicado en la sala diván donde esta tarde se reunirá el Diván*.

Como ven, con un poco de buena voluntad el turco es un idioma facilísimo.

El concepto islámico del harén es el de un lugar recóndito donde se confinan ciertas conductas prohibidas a fin de controlarlas mejor por medio de una telaraña de normas y autoridades. El harén era lo sagrado, lo prohibido, un club al que solo podían entrar unos pocos socios. Ocupaba toda la zona privada del palacio y era mucho más que un corral de concubinas, pues bajo el mismo techo funcionaban las cámaras privadas de la familia imperial y cuanto estaba a su servicio. Comandada por la madre del sultán —llamémosla *superanna*— funcionaba una multitud de eunucos mudos: eran los defensores del lugar, a los que urólogos y otorrinolaringólogos de la época

—llamémoslos simplemente carniceros— habían “arreglado” arriba y abajo a punta de cuchillo. Su doble impedimento hacía imposible que contaran lo que habían visto, amén de que tampoco podían disfrutarlo. Tenían fama de fieros, y parece comprensible que por lo menos vivieran de mal humor. Buena parte de ellos eran negros procedentes del África, pero había también una legión de eunucos blancos. Contra lo que pudiera imaginarse, estos procedían de los países cercanos (Ucrania, Rusia, Grecia, Bulgaria, Rumania) y no de la región turca de Capadocia. Tampoco es verdad que la región se llame así en homenaje a ellos. Como se ha dicho, el serrallo ocupaba una parte del formidable palacio, hoy uno de los principales atractivos turísticos de Estambul. Era un edificio perforado por laberintos de salones, habitaciones, cocinas y baños; en total, más de 400 espacios diferentes. El lujo del harén de Constantinopla fue famoso en el Viejo Mundo y aún ahora se habla de él. Cohabitan a su sombra decenas de mujeres que debían cumplir al menos dos requisitos: ser hermosas y haber llegado vírgenes. Compartían dormitorios en grupos de tres o cuatro, siempre bajo la solícita atención y el celoso cuidado de los eunucos, que las superaban ampliamente en número. Algunas de las muchachas habían sido adquiridas en el mercado de esclavos y a otras las aportaba el ejército como botín de alguna guerra exterior. Unas más iban a parar allí cuando los amos necesitaban desembarazarse de ellas, según ocurrió con Roxelana. Burbujeaba, pues, en el lugar una sabrosa mezcla de razas, tipos de belleza, lenguas, colores y religiones.

En el harén de Solimán unas 300 jóvenes chismeaban, cantaban, recibían clases de arte, costura y cortesía y sobre todo se deleitaban desnudas durante largas y plácidas horas en los famosos baños turcos (*hammam*): ¿dónde si no? Vivían sometidas a permanentes tratamientos de belleza con aceites, especias y perfumes. Muchas de ellas acusaban tendencias al sobrepeso, toda vez que las alimentaban con excesivo celo, según lo revelan los cuadros inspirados en el tentador refugio: en los primeros tiempos de Solimán trabajaban en fogones y comedores 277 cocineros, que llegaron a ser más tarde 629. El dato revela así mismo que habían aumentado tanto el personal de servicio (eunucos, camareras, aseadoras) como el de señoritas. Las muchachas aspiraban a destacarse en determinados oficios dentro del harén, lo que les permitía mejorar de rango y aspirar a un salario que progresaba según las habilidades demostradas. Algunas salían ricas al cabo de los años. No todas ellas tenían como destino la alcoba del sultán, sobra decirlo, porque el pobre hombre

también gobernaba, iba a la guerra, manejaba el tesoro público, viajaba y, en el caso de Solimán y algunos de sus antepasados, dedicaba dilatadas horas a leer y escribir poesía. Sus más importantes segundones (*agás*) también se las ingeniaban para aprovechar la oferta de compañía femenina. Poco a poco, aplicando la vieja fórmula de probar y rectificar, el gran jefe seleccionaba un grupito, generalmente de cuatro, con el que se sentía suficientemente cómodo y satisfecho. Eran las *kadim*, campeonas de sus afectos. Normalmente, estas privilegiadas prestaban los servicios sexuales al sultán, aunque él bien podía escoger en la vastísima nómina las que le dieran la gana: ¡para eso uno es sultán! Aquella del cuarteto por la que el supremo mostrara mayor interés adquiriría prioridad sobre las otras, recibía el título de *bach kadim*, se convertía en su concubina preferida, la *pechichona* o *hasseki*, e incluso le daba uno o más hijos. El sultán era dueño y señor de la vida, honra y bienes de sus súbditos y con mayor razón de sus súbditas. *Las mil y una noches*, maravillosa colección de cuentos árabes, narra la historia del sultán Shahriar, que cada noche hacía buen uso de una virgen y al día siguiente la mandaba decapitar. Llevaba ya 3.000 feminicidios en la cuenta cuando Scherezada, la hija virgen del gran visir, se ofreció para entretener al monstruo y lo logró contándole historias que dejaba siempre en suspenso al llegar la madrugada. Con este truco no solo se anticipó a las radionovelas y series de televisión, sino que mantuvo en vilo al perplejo Shahriar y acabó seduciéndolo para que se casara con ella, pero, eso sí, sin decapitarla. La fábula de Shahriar muestra el eventual peligro literario que corrían estas niñas.



El caso de Solimán era menos aterrador, pero el de Shahriar sugiere que la vida en los harenes —árabes, chinos, turcos o de cualquier otro lugar— resultaba mucho más agitada que lo que podría suponerse. Tantas mujeres juntas, deseadas, deseables y ambiciosas son garantía de conflicto. “Era un mundo altamente competitivo, gobernado por leyes fraticidas y poblado de

cientos de hermosas mujeres y varones arrojados”, dice la historiadora ucraniana Galina Yemolenko, experta en la vida de Roxelana. Por la época en que Hurrem quedó matriculada en el gineceo, y ya con Solimán en calidad de máximo cacique otomano, la estrella del lugar era Mahidevran Gülbahar, mujer que el sultán había escogido como concubina<sup>3</sup>. No solo era su favorita, sino que en 1515 procreó un hijo suyo, el mayor, llamado Mustafá. Una década más tarde empezó a destacarse Roxelana en el avispero de damas. Y así, alguna vez la alinearon en la larga fila que constituía el menú erótico vespertino del gran amo. Como no existían entonces revistas del corazón ni columnistas de farándula, es imposible saber exactamente cómo ocurrió todo. Dice la leyenda que la única concursante que, en vez de agachar los ojos con humildad, se quedó mirando al sultán fue ella. Solimán se impresionó con la altivez de la chica y la seleccionó para que lo acompañara esa noche en su alcoba. El protocolo ordenaba que la escogida se aproximase a la cama imperial reptando en rodillas y codos y que al día siguiente, como recompensa, se llevase el traje que había usado en la víspera su señor, aparte de algunas joyas y monedas. No estaba mal la recompensa, dadas las circunstancias. Pero el premio gordo consistía en que el sultán volviera a llamar a la circunstancial beneficiada.

Roxelana era de esas personas que necesitan una oportunidad y cuando la obtienen no la dejan escapar. El sultán gozó de su presencia en la primera noche y al cabo de unos días volvió a exigir que lo deleitara en la alcoba. Y el Magnífico la llamó varias veces más en las siguientes semanas, porque ella también parecía magnífica. En resumen: le había salido competencia a Gülbahar... Empezó de este manera un pulso sordo y tenso entre las dos mujeres, en el que se impuso la antigua esclava “tras una lucha prolongada e innumerables intrigas”, de acuerdo con André Clot, uno de los mejores biógrafos de Solimán. El desenlace del duelo entre la antigua concubina y la aspirante a sustituirla se produjo un día en que se encontraron las dos en un *hammam*, se nombraron las *annas* y Gülbahar pasó de repente a lo que la prensa llama “las vías de hecho”. Lanzándose sobre la rival, arole la cara con sus agudas uñas y dejole trazados surcos sangrientos. Por la noche Solimán pidió que le llevaran a Roxelana y esta, hábilmente, le mandó decir que se avergonzaba de que la viera porque “la otra” la había arañado hasta dejarla impresentable. Fue el final de la agresora. Al no poderlo montar en Roxelana,

el sultán montó en cólera y expulsó de la ciudad a su antigua amante.

Solimán en ese momento ya estaba perdidamente enamorado de la ucraniana. Muy pronto cometió reiteradas violaciones del código osmanlí, dinastía a la que pertenecía su familia. Las normas tradicionales procuraban que las concubinas sirvieran tan solo como desahogo hormonal y fábrica de bebés. Un exceso de cariño podría convertirlas en princesas marginales, con influencia indebida en la vida cotidiana del palacio y en decisiones de gobierno. Mala mezcla, según los sabios. ¿Pero quién se atrevía a contrariar al omnipotente cacique turco? Para eso desplegaba su autoridad a través de una catarata de títulos con los que encabezaba sus cartas y decretos (*fermanes*). Con Solimán no cabían tonterías como esa de “¿usted sí sabe quién soy yo?”.

## De magnífica familia

Por la gracia de Mahoma —alegaba Solimán— “soy Sultán de Sultanes, Soberano de Soberanos, Distribuidor de Coronas en toda la superficie del Globo, Sultán y Superchá del mar Blanco y el mar Negro, de Rumelia y Anatolia, de Caramán y de las regiones de Rum, Zulcadir, Diyarbekir, Kurdistán, Azerbaiyán, Persia, Damasco, Alepo, Cairo, Meca y Medina, Jerusalén y toda Arabia, Yemen y muchas otras tierras que mis nobles antepasados e ilustres predecesores (cuyas tumbas Alá ilumine) conquistaron con la fuerza de las armas y que también mi Augusta Majestad ha conquistado con centelleante espada y victorioso sable, soy el Sultán Soliman-can, hijo del Sultán Selim-can, hijo a su vez del Sultán Bayezid-can”.

Ante semejante colección de títulos nadie podía impedirle que también se declarara Obediente de la Ley Siempre y Cuando me Convenga<sup>4</sup>.

Sería un exabrupto decir que era de “buena” familia. Su árbol genealógico era como su apodo, magnífico, y se remontaba tres siglos en el tiempo. El sembrador de la semilla había sido Suleyman Sah, un nómada turco perseguido por los mongoles hacia 1230 junto con su hijo Ertogul, fallecido en 1288. Pero el verdadero fundador, el jardinero del árbol que daba el nombre a la dinastía, había sido Osmán I, muerto en 1326. De allí en adelante gobernaron ocho sultanes hasta llegar a Solimán. Para que se den una idea de sus méritos, no transcribiré nombres sino apodos en rigurosa sucesión, pues algunos parecen miembros de una cuadrilla de lucha libre: *el Administrador, el Divino, el Rayo, el Señor, el Guerrero, el Conquistador, el Religioso, el Victorioso...* Lamentablemente, en el Magnífico termina la espléndida nómina, pues el hijo de Solimán —un calavera, un tarambanas— pasó a la historia como *el Borracho*. Vinieron luego numerosos descendientes, uno de ellos juguete de su favorita y otro aficionado a las orgías, hasta Abdulmecid II, quien se derrumbó con todo y sultanato en 1922. De allí en adelante siguió la República de Turquía y a Abdulmecid II lo apodaron *el Último*.

La dinastía había durado casi 700 años. Empezó siendo un pequeño estado turco y acabó apoderándose del otrora poderoso imperio de Bizancio. En el siglo XIV controló el paso del Mediterráneo (por la vía del mar de Mármara) hasta el gigantesco mar Negro y extendió sus límites a Hungría. En 1453,

finalmente, penetró en Constantinopla, liquidó el imperio romano de oriente e impuso el islamismo. Con Solimán, tres continentes respiraron presencia turca y el gobierno otomano se consolidó a la altura de los imperios clásicos occidentales. Durante los siete siglos osmanlíes brillaron no pocos personajes notables. Pero ninguno tanto como este Solimán I<sup>5</sup>, nacido el 6 de noviembre de 1494, dos años después del descubrimiento de América, la expulsión de los moros de España y la publicación de la gramática de Antonio Nebrija<sup>6</sup>.

Tras educarse en el seno de su familia en la ciudad de Manisa —un criadero de sultanitos—, Solimán heredó en 1520 el trono al morir su padre, Selim, sanguinario tirano y poeta lírico. El papá del Magnífico no tuvo escrúpulos a la hora de agenciarse el poder. Dispuso la muerte de algunos de sus hermanos que aspiraban a la corona y tan pronto completó la escabechina celebró la victoria estrangulando a todos sus sobrinos para eliminar posibles competidores<sup>7</sup>. No diré que liquidar a los parientes cercanos es un buen ejemplo, pero al menos formaba parte de las tradiciones brutales de la época. Sultán posesionado, hermanos suprimidos. Así también acaeció con Mustafá, el hijo de Solimán y Gülbahar, excelente candidato para heredar el sultanato, que pereció ante la vista de su señor papá y en manos de los eunucos enviados por Roxelana (ver recuadro). Cuando llegó Solimán a la adolescencia, el padre le adjudicó una variedad de destinos administrativos y militares para que acabara de formarse. Manejó finanzas públicas en Edirne, negoció con políticos y comerciantes en Estambul, persiguió bandidos en Manisa y acudió a algunas escaramuzas militares. De este modo, al llegar la noticia secreta de que Selim había muerto de repente, el Magnífico tenía 26 años, había demostrado ser buen administrador, buen político y hombre razonable: estaba, pues, preparado para subir al diván (ver recuadro). Lo hizo con aprobación de los jenízaros, división armada muy poderosa, influyente y pintoresca, cuyos miembros vestían calzoncillos de piel de tigre, se colgaban alas de pájaro grande en la espalda y coronaban la gorra del uniforme con toda suerte de plumeros, armazones de palitos e incluso modelos de barcos y molinos en miniatura. Parecían un pesebre andante, pero, a la hora de pelear, sus espadas cercenaban cabezas como quien pica zanahoria.

La afición por rebanar enemigos no solo encantaba a los jenízaros sino a todos los guerreros otomanos (*gazi*). En una victoriosa batalla contra los húngaros, las víctimas del ejército derrotado sumaron 30.000, empezando por



el rey Luis II. Ante la tienda del sultán, los *gazi* depositaron en esa ocasión 2.000 cabezas, incluidas las de siete obispos ataviados con sus solemnes mitras. Formaban una pirámide de varios metros de altura. En otro feliz enfrentamiento contra tropas de los Absburgos, al que no pudo asistir Solimán, le enviaron como parte de victoria 70 narices y varios pares de orejas: habría resultado muy complicado el trasteo de las cabezas. A fuerza de padecer el desmembramiento de testas, los enemigos de Solimán aprendieron a defenderse de la misma manera. Los condecorados cristianos de Malta incluso perfeccionaron la técnica. En 1565, los caballeros que lograron defender la isla contra las tropas que dirigía el gran visir Ibrahim cargaban sus cañones con las cabezas de los turcos y las disparaban contra sus enemigos. Es fácil suponer que los antiguos camaradas reconocían a la víctima convertida en bala humana.

—Oye, no mires ahora, pero ¿esta cabeza que acaba de caer enfrente no es la de Paco el Sevillano?

—Pues yo diría que es la del tuerto Manolo: ponle ojo y verás.

Los cristianos de entonces practicaban de manera curiosa la caridad, pues colgaban en los muros las cabezas de los turcos, las maldecían y las culpaban de todo mal, amén. De ahí viene el dicho que iguala la cabeza de turco al chivo expiatorio. Imagino que no hay nada más expiatorio que una cabeza de chivo turco.

Los militares de Solimán no solo afinaron el corte de pescuezos, sino que acudieron a armas más sofisticadas. Su artillería era temible. Construían enormes cañones afincados en grandes carros rodantes; un contingente de ingenieros levantaba sobre la marcha puentes y grúas para sortear dificultades del camino; un escuadrón de miles de camellos tiraba de los carros. Dominaban además el empleo letal de la pólvora. Aparte de las tecnologías de punta de mediados del siglo XVI, acudían a los viejos recursos: infantería, caballería, escalas, arma blanca, lanzas, puñetazos, patadas, escupitajos... No menos poderosa era su fuerza naval, que libró heroicas batallas en el Mediterráneo y derrotó los navíos de Carlos V. Al frente de ella estuvo un tiempo el pirata lesbiano<sup>8</sup> Barbarroja, famoso, lo mismo que sus hermanos, por sus temibles hazañas al margen de la ley. Ante la amenaza que representaba Barbarroja en la zona de influencia del sultán, este decidió ofrecerle empleo, apoyo y legitimidad. Hoy se diría que lo cooptó, lo sobornó

o lo neutralizó. El resultado, que es lo que importa, fue extraordinario y permitió a las velas otomanas llegar hasta Túnez y Marruecos bajo el comando del bandido reprocessado.

Solimán tenía casadas peleas en varios puntos cardinales. Aparte de sus constantes garroteras en Europa, se enfrentó en el Asia a los persas, conquistó Irak, recorrió con paso de vencedor la orilla árabe del África y mandó una carta al sha donde lo invitaba amablemente a rendirse, o de lo contrario “asolaré tus campos, aniquilaré a toda tu familia y te mataré a ti. Aunque te escondas bajo tierra como una hormiga y vuelas como un pájaro, te encontraré y, con la gracia de Alá, libraré al mundo de tu venenosa presencia”. La carta es fuerte, pero lo de la hormiga y el pájaro revela al dulce poeta que se esconde tras los dientes apretados del combatiente. Al mismo tiempo que supo luchar, fue hábil diplomático y negociador. Estableció alianzas con reinos tan lejanos como Francia solo para incomodar a su enemigo jurado, Carlos V, y a los españoles, alemanes, austriacos y demás soldados que peleaban por él. No obstante, su pragmatismo lo llevó a suscribir en 1547 un tratado de paz con Carlos en el cual el emperador cristiano se comprometía a que Austria pagaría un tributo anual a Estambul. Los dos personajes históricos guerrearon casi constantemente y nunca llegaron a conocerse. Pero en aquel documento aparece la firma de ambos, una junto a otra. Nueve años después, el monarca hispano abdicaba en Bruselas y en 1558 moría retirado en un monasterio. A Solimán todavía le quedaban ocho gloriosos años. Con el pachá Ibrahim al frente de los ejércitos y Barbarroja en la proa de los buques de guerra, las fuerzas armadas de Solimán fueron las más potentes que conoció el imperio turco. Sin embargo, a él, su comandante supremo, no lo conocen en su tierra como *el Matador* ni *el Aplastacristianos*, sino como *el Legislador*, pues fue también muy dado a las leyes. A meditarlas, dictarlas, codificarlas y violarlas.

## El heredero y los eunucos

Mustafá, el hijo mayor de Solimán (aunque no con Roxelana, sino con otra concubina), estaba pintado para sultán. Noble, fuerte, inteligente y grato, el embajador austriaco lo describió como “maravillosamente educado y prudente”. Si Mustafá subía, la costumbre otomana ordenaba que murieran todos sus hermanos para evitar celos y conspiraciones. Seis de ellos eran hijos de Roxelana, quien, como madre ejemplar, mandó matar a Mustafá para defender a los suyos.

Los encargados de hacerlo fueron los eunucos mudos, que estaban a su servicio. Un día entraron varios de ellos a la tienda de campaña donde se hallaba el heredero de 38 años y lo atacaron en gavilla. Mustafá se defendió como un tigre, en tanto que su padre desde un costado animaba con señas a los asesinos. Es una escena surrealista o, mejor aún, digna de una película tremenda: el *King Kong* de 1933 o el expresionismo alemán. Veamos cómo la relata el historiador inglés John Patrick Douglas, Lord Kinross.

Mientras el joven príncipe oponía brava resistencia, Solimán, animaba a los asesinos, separado de la contienda solo por una cortina de lino: “El sultán dirigía miradas fieras y amenazadoras a los mudos y mediante gestos rudos despejaba sus vacilaciones. Ante lo cual los mudos redoblaron sus esfuerzos, derribaron a Mustafá y, rodeando su cuello con una cuerda de arquero, lo estrangularon”.

Dura vida la de aquellos tiempos, incluso si el papá era Magnífico.

Por supuesto que no era menos dura para los eunucos, cuya triste presencia abundó en cortes y harenes durante cerca de 25 siglos. Ya en las cortes chinas del siglo VI a.C. estaban presentes los castrados, y en 1930 envejecían en Pekín 33 ancianos emasculados, antiguos servidores del emperador. El último eunuco chino murió en 1951. Los hubo también en Grecia, Roma y los países árabes, pero los más famosos fueron los otomanos. La cifra de mil que cuidaron el harén de Solimán es probablemente la más alta que se conoce para un serrallo determinado.

Nunca faltaban razones para cortar apéndices reproductivos. Unas veces como garantía de castidad en el harén, otras como venganza y algunas más porque “así cantan más bonito”. Tal fue la razón para sacrificar la masculinidad de los niños del coro vaticano. Uno de los últimos *castrati* fue el contratenor italiano Giovanni Velluti, de quien dijo Napoleón: “Hay que ser solo medio hombre para cantar así”. Ese medio hombre murió en 1861.

Los eunucos tienen su modelo de imagen, el filósofo medieval Abelardo,

amante de Eloísa; también tienen su “santo” protector, el general chino Kang Ping Tieh, que se rebanó él mismo el aparato como aval de que no tocaría a las vírgenes de la Ciudad Prohibida. Pero falta un homenaje universal que les haga justicia. Podría llamarse el *Monumento al testículo desconocido* y consistiría, sobra decirlo, en una gran figura ovoide del más fino mármol. Lo merecen.

Justamente la primera violación legal importante consistió, como hicimos referencia, en trasladar a Hurrem, que era tan solo una chica del harén, a su recámara palaciega. Entendámoslo: el corazón manda más que los códigos. La segunda también fue producto de su amor por Roxelana. En 1521 nació Mehmed, el primero de los seis hijos que tuvieron el Magnífico y la Gozosa. Se habían conocido unos meses antes, cuando el amado se estrenó como sultán y se produjo lo que unos llaman “química” y otros “embarazo”. Era normal que las concubinas se acostaran con el que llamaban “jefecito”, que, como consecuencia, quedaran preñadas y que dieran a luz a los retoños. Para eso existía el harén, para eso vivían ellas allí. Pero una ley secular disponía que la concubina que paría fuese automáticamente trasladada del harén a alguna ciudad donde debía criar al niño. Recordemos que la mamá de Solimán había sido exportada a Manisa con el bebé, pues, al fin y al cabo, un serrallo no es una guardería infantil. Pero he aquí que el sultán decidió que Roxelana y el niño seguirían viviendo con él en sus predios de Topkapi. No se sentía capaz de apartarse de ella. Hurren y Mehmedito se quedaron, pues, con papá.

—Solo falta que haga votos de castidad —bromeaba con sus camaradas el gran visir Ibrahim mientras se relajaba como un pachá en el baño turco.

Y Solimán hizo los votos. Al caer prendado de la antigua esclava, prometió que no volvería a tener relaciones sexuales con ninguna otra mujer, solo con ella. Esto no solo era insólito en la historia turca sino una barbaridad: ¿para qué entonces uno es sultán? De contera, agregaba a sus ministros el problema de cómo satisfacer los afanes del jefe sin quebrantar su juramento. ¿En caso de excitación irreprimible habría que llevarlo en carreta de veloces camellos hasta Manisa o donde quiera que residiera la concubina? ¿Y, entonces, qué oficio tenían esas 299 muchachas que seguirían intactas pero a las que era necesario sostener, alimentar y educar?

—Un sultán monógamo es como un león vegetariano o un baño turco en el que nadie suda—, comentaba el pachá Ibrahim sudando en el baño turco como

un león.

Pero la sentencia estaba dictada. El gran jefe decretaba para sí una estricta dieta de castidad, pureza y monogamia. En la corte reinaba el estupor, mas sabían que el sultán es soberano y además aplicaba soberanas palizas y castigos a quienes ponían en duda su autoridad. Varias cabezas habían rodado por esta causa. Uno de los más sorprendidos fue Ibrahim, que le había cogido manía a Hurrem y la llamaba en privado *la Concu*.

—Solo falta que se casen —bromeaba en voz baja Ibrahim con sus camaradas en el baño turco.

Y, como si lo hubiera oído la enamorada pareja, el sultán anunció en 1533 que se casarían. Esto ya era el colmo del desdén por las leyes osmalíes. Pero ya saben: el sultán es soberano y aún más lo es el amor. De modo que, tras considerar que 13 felices años de noviazgo son prueba suficiente de cariño para oficializar la relación, ordenó que se engalanara Topkapi y reinara la alegría en el país. La boda fue espléndida. No era para menos: por primera vez en 300 años de historia otomana una concubina se convertía en esposa legal del sultán, con todos los privilegios que correspondían al cargo<sup>9</sup>. En adelante, ya no sería la Concu sino la Señora Sultana. Para que nos entendamos: era como pasar en un avión de estrecho asiento intermedio en la zona de niños de la cabina de turismo a sillón de ventana en primera clase.

## Poeta soy si es ello ser poeta

Hasta ahora nos hemos ocupado de hacer un veloz repaso al Magnífico como combatiente, diplomático, jurista y gobernante. Pero la faceta que él más cultivaba era menos prosaica que estas. Solimán era poeta. De hecho, tenía más pinta de lírico que de feroz guerrero. O de champiñón. Un célebre retrato suyo que pintó Tiziano hacia 1530 no asusta a nadie y, por el contrario, estimula a los micófagos, que no son los que comen micos, como en ciertos restaurantes chinos, sino los aficionados al consumo de setas y hongos. En el óleo aparece el rostro fino del sultán bajo una especie de cebolla monumental, lo que le confiere un aspecto de seta tipo *Calocybe gambosa* o *Boletus edulis*. Es el turbante. Un macroturbante donde cabrían tres o cuatro cabezas de sultán. Consta en imágenes de mediados del siglo XV que el bisabuelo de Solimán, Mehmed II, era menos exagerado a la hora de adornarse el cráneo que su escandaloso descendiente. Podría ocurrir que allá, dentro del colosal globo blanco, escondiera cosas: pasabocas, tazas, teteras, algunas frutas o una botella de vino, pues el gran califa prohibía a los musulmanes el alcohol, pero lo consumía a escondidas. Todo un poeta.

De cualquier modo, semejante cúpula de telas coronadas en un nudo no es propia de guerreros, que necesitan comodidad y blindaje. Tampoco lo es de bardos dignos: no hay estro que traspase semejante cebollón ni musa que se atreva a chocar con él. Lo que Solimán portaba en el coco lo habría usado ahora Donald Trump como domo de su torre dorada en Nueva York. Tan horrible era.

Contrasta el globazo con la delicadeza del perfil sultánico: aspecto sereno, ojos claros, tez blanca, nariz aguileña, bigote rubio que rueda labios abajo. Tenía este señor un extraordinario parecido con su propio bisabuelo y con el siempre lamentado Luis Carlos Galán. El embajador de Venecia, Bartolomeo Contarini, describe así al Magnífico cuando este cumplió 25 años: “Es alto y delgado, con delicada complexión. Su nariz es un poco larga y aquilina. Exhibe una sombra de bigote y una barba breve. Su apariencia general resulta placentera, aun cuando un tanto pálida”. La delgadez del sultán era engañosa. Aunque podría parecer grácil, tenía fama de hombre fuerte, “capaz de tensar el arco más templado”.

Casi todos los testimonios concuerdan en decir que era un tipo amable y cortés, aunque estas características de salón no lo hacían menos duro a la hora de luchar. Era moderadamente religioso y ostentaba el título sacerdotal de Gran Califa y Protector de los Lugares Santos, pero tan tolerante que en la sociedad convivían de manera armónica diversos credos. Tradujo el Corán, más inspirado por su impulso de escritor que por su confesión islámica. Su familia, de fe islámica suní, detestaba a los musulmanes chiíes, hasta el punto de que su padre tenía fama de haber masacrado a 40.000 miembros de esta iglesia. Vaya devoción. Solimán, sin embargo, los perseguía como herejes, pero sin convertir el asunto en una obsesión sangrienta. Más desagrado le producía el sha que había abandonado las toldas suníes, las de la dinastía osmanlí, para refugiarse en las chiíes.

Gran lector, el Magnífico devoraba sobre todo libros de filosofía. A la hora de escribir, sin embargo, su territorio no era la prosa sino la poesía, muy influida por las imágenes islámicas y las lenguas persa y árabe. Acostado en su diván, el buen sultán pergeñó algunas estrofas religiosas. Esta, por ejemplo:

*Casi todos piensan que la mejor suerte  
es tener riqueza y poder.  
Pero prefiero tener salud  
y así retrasar la muerte.  
Pues el gobierno es el imperio del recelo  
y más trono más alto no está aquí: está en el cielo.<sup>10</sup>*

El pensamiento y la reflexión no eran la vena que mejor palpitaba en la pluma de Solimán, como puede verse. Lo suyo era el verso intimista de amor. Y como de amor moría por Roxelana, ella fue inspiración de sus rimas y víctima de sus metáforas. El siguiente poema está dedicado por *Muhibbi* (su seudónimo de autor, que significa *el Amante*) a la bella Hurrem con motivo de la llegada de la primavera.

*He aquí de nuevo el tiempo de las rosas,  
de la savia y los cortejos.  
El retorno de los murmullos, las risas  
y los placeres, helos aquí.  
La rosa ha fijado sobre la rama  
del rosal un muro.  
De nuevo en la rosa estalla*

*una mancha de color bermellón.  
Hoy el campo es un jardín  
que festeja la renovación.  
Surge un rincón del cielo  
que nuevamente sirve de reflejo.  
Para pintar una pincelada de rosa,  
el Amado ha cantado diez versos.  
Y exclama: "Oh, ruiseñor ebrio de amor,  
he vuelto a verte".  
Las almas, demasiado felices  
por los placeres de la tierra,  
recuerdan a los niños  
a quienes regalan caramelos.*

Me temo que algunos lectores no alcancen a entender la profundidad de esta poesía por el sueño tan profundo que produce. Como ello puede deberse a que el verso libre compromete menos el sentimiento del lector, me he puesto en el trabajo de traducir *con rima* un madrigal de Muhibbi a su amada Roxelana.

*Me he convertido en soberano del mundo  
plantado ante tu puerta como un pobre vagabundo.  
Mi amor vuela debajo de mi piso  
cual ave del paraíso.*

En realidad, la única manera de apreciar la poesía es dominar la lengua en que fue escrita, sin intermediarios, ni diccionarios ni traductores falsarios. Por ello me permito transcribir un breve poema en turco. Es una típica sextilla bukoviniana originaria del folclor ucraniano donde se hace referencia a una niña secuestrada por los tártaros y confinada a un harén:

*V Rohatyni, na zarinku,  
Tam tataru vkraly divku,  
Vkraly divku Nastusen 'ku,  
Chornobryvu, moloden ku,  
Taj zabraly v Turechynu,  
Taj prodaly do haremu*

Los turcos contemporáneos solo comprenden unas pocas frases del poema, porque fue escrito en turco antiguo. En cambio, la versión en lengua moderna



no la entienden ni los turcos contemporáneos, que prefieren el rap y el reguetón. Aunque no se crea, esta clase de poesía consolidó el gran amor entre el Magnífico y Roxelana. Un amor que rompió esquemas, rompió normas y rompió fuentes seis veces, pues seis fueron los hijos de la pareja: Mehmed, Mihrimah, Abudula, Selim II, Bayezid y el jorobadito Cihangir. Mihrimah era la nena. Todos ellos nacieron entre 1521 y 1531. La influencia de la joven se inició muy pronto, auxiliada seguramente por la dichosa eficiencia del viejo y querido *Kamasutra*. Solimán y señora maduraron juntos y solo la muerte de la Gozosa separó en 1558 lo que el amor había unido casi 40 años antes. Quizás desde 1528 o 1529, y ciertamente desde 1530, Solimán contó con la guía de la mujer que le susurraba al oído en la alcoba nupcial. Sobra decir que el ascenso admirable de una antigua esclava extranjera hasta el más alto lugar del imperio despertó envidias e intrigas. Una vez convertida en primera dama, la exconcubina debutó, como todas las del gremio, participando en actividades pías, bingos de caridad y marchas de solidaridad con pobres y enfermos. Patrocinó la construcción de madrazas (escuelas religiosas mahometanas) y, a fin de no olvidar de dónde venía, levantó un hospital para mujeres vecino al lugar donde se celebraba la compraventa de esclavas. Luego extendió su presencia a dominios más polémicos. Songo sorongo se introdujo en decisiones de obras públicas y promovió la construcción de mezquitas, algunas de ellas verdaderos monumentos. Su creciente poder inquietó a ciertos altos mandos que cayeron en la tentación de conspirar con ella. El más notable fue, ya lo vimos, el pachá Ibrahim, mano derecha de Solimán en asuntos de guerra y administración pública. Y como la sultana era “bella cual rosa primaveral” pero no idiota, aconteció que el 15 de marzo de 1536 hallaron al gran visir Ibrahim asesinado en su dormitorio de Topkapi. La autoría intelectual del crimen se atribuyó a Roxelana y su violenta ejecución a los eunucos mudos. Interrogados, estos ejercieron su derecho constitucional a permanecer en silencio. De esta terrible manera fue eliminado el pachá, tal como lo sería 17 años después Mustafá, el posible heredero de Solimán. Merced a esta clase de operativos, Roxelana afianzó su poder y lo extendió a lugares menos recónditos que la alcoba. Opinaba sobre cuestiones de manejo del palacio, sobre problemas de Estambul, sobre temas nacionales. Incluso se adentró en la política exterior del sultanato, con aprobación de Solimán, que la supo utilizar como arma de simpatía y seducción para abrir puertas: hagan de cuenta la Jackie Kennedy del sultán. Detrás de las simpáticas misivas de

Roxelana se movían la mano enojada del Magnífico y su propósito de gestionar lazos internacionales. Por acatarlo, Roxelana mantuvo florida correspondencia con algunos gobernantes, y en especial con el rey Segismundo II de Polonia, aliado vital para los intereses otomanos. Valida de femenina astucia, añadía regalitos a las cartas: pañuelos, cinturones, toallas de mano, camisas de lino... Seguramente la sultana solía ir de compras al maravilloso bazar de Estambul, como cualquier turista del futuro, y pedía rebaja y regateaba y conseguía sorprendentes gangas. O eso le hacían creer los mercaderes, como a cualquier turista del futuro.

Al cabo de un tiempo, la sultana intervenía directamente en nombramientos, lo que la contaminó con el pertinaz vicio de colocar parientes en nómina. Impulsó, por ejemplo, la carrera de su yerno Rüstem Opukovic, marido de Mihrimahcita, que alcanzó los títulos de visir y pachá y, como corresponde, se enriqueció de manera vergonzosa en el poder. La historia de siempre: era un croata sin plata cuando enamoró a la niña y al morir tenía 7.700 esclavos, 815 fincas, 476 molinos, 2.900 caballos de guerra y una gorda biblioteca de textos islámicos.

—Es un alivio saber que Aysenita, Ismancito y Mehmedcito junior no van a pasar dificultades —habría dicho a sus amigas Roxelana acerca de sus nietos.

Pero no pudo decirlo, pues la pobre falleció tres años antes que el yernísimo, en 1558. En ese momento, Europa le atribuía el rango de emperatriz y la literatura turca el de supermusa. La información acerca de la vida privada del Magnífico y la Gozosa es escasa y sus fuentes proceden, sobre todo, de informes de diplomáticos y memorias de viajeros. Resulta difícil, pues, conocer detalles de su relación y de lo que pensaban de ella sus compatriotas. Sobre Roxelana se ha escrito mucho, pero a partir de prejuicios, estereotipos y especulaciones. La historia occidental proyecta una imagen negativa de ella: ambiciosa, tiránica, aprovechada, perversa guía de su marido... Sin embargo, otra idea sostienen historiadores nuevos que han consultado fuentes esquivas en archivos y documentos. Ya cité, por ejemplo, a la doctora Yemolenko, quien se ha preocupado por demostrar “la inteligencia, educación, fuerza de voluntad y otros talentos” de Roxelana.

Como los sultanes no solían dar declaraciones a la prensa, porque prensa no había, solo podemos suponer que el viudo lloró de manera inconsolable al amor de su vida durante los ocho años de soledad que transcurrieron desde la muerte de la cónyuge hasta aquella madrugada del 6 de septiembre de 1566 en

que, enfermo de tristeza, falleció el sultán en su tienda de campaña lejos de Estambul.

A la sombra de la mezquita Süleymaniye, en la ciudad que bajo el imperio de su familia dejó de llamarse Bizancio y Constantinopla, los restos de Solimán y Roxelana comparten cementerio.



La inseparable pareja transformó el mundo del mar Mediterráneo e influyó en Europa, Asia y África. En su tiempo y bajo su mando, el imperio otomano humilló a Carlos V, el emperador hispano-alemán; invadió Hungría, cuyo rey pereció en batalla; se alió con Francisco I de Francia y provocó a Roma hasta tal punto que el papa dispuso contra el sultán una cruzada que nunca se llevó a cabo. La Europa actual, con sus conflictos religiosos, sus uniones, desuniones y desconfianzas históricas, es en buena medida consecuencia del gobierno de Solimán. No solo expulsó a los cristianos de Constantinopla, sino que enfrentó en los mares a Alá y al Dios católico de Carlos V. Esta lucha permitió que a partir de 1517 se dividieran los cristianos y se expandiera la Iglesia reformista que había fundado Martín Lutero. De no haber existido la guerra contra los turcos, seguramente los protestantes no habrían encontrado tan debilitadas las fuerzas del Sacro Imperio Romano; y sin la presión de los protestantes, Carlos V habría podido concentrarse más en derrotar a los turcos. Es decir, tendríamos una Europa muy diferente en sus fronteras, sus lenguas, sus religiones y sus poderes. La extraña pasión entre el poderoso Solimán y la desvalida esclava tiene mucha responsabilidad en ello.



**Unidos  
por el sexo,  
el poder  
y el humor**



**Catalina la Grande  
&  
Grigori Potemkin  
&  
Etcétera**





matador

*Los amores entre la emperatriz rusa Catalina II y su más importante general, el príncipe Potemkin, cambiaron la historia de Europa. La suya fue una alianza sexual y política que convirtió a Rusia en país protagonista y modernizó a medias una tierra atrasada y pobre.*



Pocas llaves tan sólidas en la Historia, pocas parejas tan unidas por el sexo, el amor y el poder como este curioso dúo entre una rubia alemana convertida en dueña de Rusia y un militar ruso de orígenes campesinos con alma de conquistador: Catalina II, la Grande, y el príncipe Grigori Potemkin.

Catalina II de Rusia (1729-1796) no se llamaba Catalina, ni había nacido en Rusia, sino en una villa prusiana que corresponde hoy a Polonia. Era en realidad una princesa relativamente oscura de estirpe alemana que respondía al nombre de Sofía Federica Augusta von Anhalt-Zerbst. Ella misma considera en sus memorias que había padecido de “fealdad extrema” cuando niña, pero que con el tiempo, sin llegar a ser bella, había desarrollado un especial encanto, del que nacía su fortaleza.

Tras un matrimonio precoz y de conveniencia con el futuro zar Pedro III, Sofía se propuso estar a la altura de su papel como esposa del máximo jefe ruso. No solo lo igualó, sino que lo superó en rusofilia, mando y sabiduría, y dicen que incluso lo mandó asesinar. El diario de la joven soberana muestra su vocación por la lectura y la parranda, su habilidad política y las pésimas relaciones personales que mantuvo con su marido, mujeriego y borrachín. Durante 34 años fue emperatriz y a lo largo de su prolongado reinado se destacó por su inteligencia, cultura e influencia en la política internacional. Pertenece a la categoría de gobernantes del Despotismo Ilustrado. Era déspota, pero ilustrada. Al mismo tiempo, era ilustrada pero déspota. Se destacaba también como ludópata y ninfómana: parecía insaciable en la mesa de juego y en la cama.

Grigori Aleksandrovich Potemkin Tavricheski (1739-1791)<sup>1</sup> procedía de Tchijova, un pequeño pueblo a 700 kilómetros de Moscú, donde su familia tenía propiedades rurales. En vez de cultivar cereales, le dio por cultivar las armas; entró pronto a la caballería y llegó a ser un destacado general, cuya altura de basquetbolista lo hacía aún más imponente. A pesar de que Catalina era diez años mayor que él, fueron amantes durante largo tiempo, amigos hasta la muerte y probablemente esposos en secreto. Ambos —ella con el cetro en la mano y él con la espada al cinto— ensacharon el mapa de Rusia en un área equivalente a la extensión de Francia. Lo consiguieron en parte recuperando regiones que habían sido suyas en otro tiempo, como Crimea, y en parte conquistando nuevos territorios. Gracias a tan formidable yunta, la Armada rusa pisó fuerte en el norte (mar Báltico) y en el sur (mar Negro) y derrotó a los turcos cada vez que se enfrentó a ellos, lo que le valió a Grigori los títulos de príncipe y Serenísima Alteza, que en su caso no nacían de un legado de leucocitos azules sino de sus propios méritos guerreros.

La proyección internacional que adquirió el imperio ruso bajo el mando de Catalina y su amante-amigo-subalterno permitió que su influencia llegara hasta Francia e Inglaterra y aún hoy se recuerda por los tesoros artísticos que dejó, los territorios que anexó y sus lecciones de liderazgo.

Ambos vivían con su corte en el Palacio de Invierno de San Petersburgo, sede principal del gobierno, donde lucía sus habitaciones la emperatriz y, un piso más abajo, el general desordenaba las suyas. Una discreta escalerita de caracol comunicaba los dos apartamentos y una alfombra verde ahogaba los ruidos incómodos. Catalina era especialista en armar recintos discretos y reuniones secretas. Ciertos visitantes nocturnos utilizaban la clave —maullar como un gato— para anunciarse. La escalerita conducía a una alcoba oculta (“la alcoba más bella que uno puede imaginarse”, dijo en sus memorias), ubicada tras unos cortinajes y equipada con sofá, espejos, sillas y mesitas. Cuando le anunciaba visita un pretendiente cansón, la emperatriz invitaba a sus damas de compañía a regocijarse espionando la escena desde el recinto encortinado. La alcoba tenía otros fines más románticos. Con gran frecuencia, cuando ya todos estaban entregados al sueño en el suntuoso edificio, Potemkin subía descalzo los escalones espiralados (odió el calzado siempre) y volvía a bajarlos a la madrugada. Nunca dormía en la habitación de la emperatriz: cada



quien en su camita, que es más cómodo<sup>2</sup>. Durante sus ratos íntimos, los dos enardecidos amantes daban rienda suelta a sus pasiones, los dos audaces gobernantes planeaban sus maniobras, los dos fieles amigos conversaban sobre artes y letras y el visitante, “el polaco bello”, que era famoso por su sentido del humor, mataba de la risa a Catalina. Cuando Grigori, agotado, no se sintió ya a la altura de las exigencias sexuales de su egregia compañera de catre, le ayudó a conseguir suplentes. Se convertía entonces en su mejor alcahueta. Él también se las ingeniaba para recibir a otras mujeres en sus predios. Eso sí: menos exigentes que la vecina de arriba.



Así fue a lo largo de 29 de los 34 años durante los cuales Catalina ocupó la silla de emperatriz: desde el momento en que la coronaron el 9 de julio de 1762 hasta cuando murió Potemkin lejos de ella, lejos de su casa, lejos de San Petersburgo y lejos del mundo.

Día gris aquel 5 de octubre de 1791, que puede ser una triste manera de

comenzar a contar la historia<sup>3</sup>.

## La muerte de un coloso

Hablamos de un gigante de 52 años y valor probado, que demostró tantas habilidades militares como políticas y gracias a ambas se ganó la confianza de la emperatriz, el respeto de los diplomáticos y la simpatía de los ejércitos que presidía en calidad de comandante supremo. Había tratado con toscos cosacos, de los que comen carne cruda y orinan vodka, y también con personajes internacionales como el conde de Ségur y el prócer suramericano Francisco Miranda. Por donde pasaba dejaba victorias militares y anexaba tierras: fue él quien echó mano a Crimea, como ha vuelto a hacerlo Vladimir Putin más de dos siglos después, y penetró en Turquía, país que lo detestaba pero no pudo derrotarlo. Mas no le bastaba con demostrar la superioridad de su fuerza, sino que, con inteligencia política, convertía las conquistas en realidad permanente. Merced a ellas, Rusia había recompensado al personaje con riquezas, tierras y mansiones. Famoso es su palacio Táuride, una de las principales atracciones de San Petersburgo, epicentro de la tumultuosa revolución cívica de 1917 y desde entonces sede de diversas instituciones políticas. En Iassi (hoy Rumania), Potemkin, estableció una corte que rivalizaba en algunos aspectos con la de San Petersburgo y disponía de su propio regimiento militar. Larga es la lista de damas a las que, empezando por la mismísima emperatriz, sedujo con su poder o su encanto personal. Que no era poco, pues tenía fama de ser uno de los hombres más simpáticos de la clase gobernante y uno de los amantes mejor dotados<sup>4</sup>. Su aspecto, sin embargo, engañaba un tanto. Aunque alto y forzudo como un coloso tejano de lucha libre, exhalaba un aire cortesano. Muchas personas que han visto imágenes de Rasputín, el monje que ejerció nefasta influencia sobre el último zar (Nicolás II, al comienzo del siglo XX), tienden a pensar que todos los que cogobernaron Rusia y, en particular, Potemkin, se parecían al santón. Es verdad que tanto Rasputín como Potemkin eran altos, influyentes y bien equipados para las faenas eróticas. Pero Rasputín era barbudo, y Potemkin se afeitaba con pulcritud. Rasputín tenía el pelo largo y lacio; Potemkin, ondulado y cuidado con primor. El monje asqueaba con sus uñas largas y Potemkin con los muñones de las que se comía. Rasputín era enjuto; Potemkin, mofletudo; Rasputín era un *mujik* (campesinos inculto) y Potemkin, un hombre

de mundo. Rasputín vestía un sacón elemental; Potemkin derrochaba uniformes y medallas. Los ojos de Rasputín despedían una luz penetrante; Potemkin tenía un solo ojo, el derecho: había perdido el izquierdo en una riña de billar contra los peligrosos hermanos Orlov.

Pero era 1791 y se acercaba el final de sus días. Ahora este tipo fulgurante no era más que un carromato de carne y huesos adoloridos al que transportaban por la estepa solitaria sus soldados y acompañantes. Venía de vencer a los turcos en un nuevo enfrentamiento, pero estaba perdiendo la guerra por la vida. Padecía bronconeumonía, fiebres, problemas respiratorios, hipertrofia del hígado y unas hemorroides muy poco nobles. Poco noble era también el hedor a bilis que despedía y que obligaba a sus allegados y sus ayudas de cámara a aproximarse con las narices tapadas. Comía poco. Es decir, poco para sus habituales estándares. La historia registra uno de sus últimos inapetentes almuerzos: abundante jamón, un ganso al carbón y cuatro gallinas.

Era otoño, era Besarabia y era frío. La caravana de cientos de personas avanzaba lentamente, a la velocidad que permitían los males del comandante máximo. Soplaban vientos helados y el paisaje solo deparaba matorrales y tierras húmedas. Los caminantes de mayor nivel dormían al amparo de tiendas de campaña, sobre alfombras tendidas en el suelo; los demás, en sacos a la intemperie. La esperanza era alcanzar pronto la villa de Nicoláyev y una vez allí ganar el río y por el río, el mar Negro y por el mar Negro, la ciudad de Iasi, donde lo esperaban suntuosas habitaciones y comodidades. Avanzaba Su Serenísima Alteza con una muchedumbre compuesta por amigos y parientes, soldados y sargentos, reyezuelos orientales, boyardos moldavos, pachás otomanos, faquires y zahoríes, secretarios y criados, sacamuelas y chupasangres, matasanos y levantamuertos, atamanes, cosacos y zapórogos<sup>5</sup>. Además, atendiendo precauciones de blindaje espiritual, obispos cristianos ortodoxos, rabinos y mulás mahometanos, pues lo único que atraía a Potemkin tanto como el naípe y las sábanas era una buena conversación sobre temas teológicos.

El 16 de octubre se encontraba Potemkin tan decaído que no pudo seguir a caballo, como pretendía. Lo tendieron en una carroza y aceleraron el paso. Tres médicos velaban por él. A su lado, tomándole una mano, viajaba la condesa Alexandra Branicka, su sobrina y última amante. Anduvieron seis

kilómetros y el atormentado príncipe ordenó que se detuvieran.

—Ya basta —susurró—. Ya basta. De nada sirve continuar.

Iassi estaba aún a tres jornadas de fatiga. Los cosacos corrieron a montar una tienda con lanzas y cueros para alojar al moribundo. Pocos días antes, el quebrantado cíclope había recibido la última carta de Catalina: “Querido amigo —le decía—. Te confieso que estoy muy inquieta por ti y pido a Dios que te devuelva la salud”. Él había dictado la respuesta a su secretario: “Madrecita (*matiouchka*), la más caritativa, me falta energía para soportar mis tormentos. No sé qué será de mí”. No lo sabía, pero tardó poco en averiguarlo. Cuando detuvo el viaje ya presentía que todo estaba a punto de terminar.

“Quiero morir en el campo, sobre la hierba”, dispuso.

Y así fue. Lo acostaron sobre un tapiz y allí, bajo el cielo abierto y plomizo, musitó sus últimas palabras, que estaban dirigidas a Catalina, la persona que más quiso en el mundo: “Perdóname, misericordiosa madre soberana...”. Segundos después murió. Dice el historiador que, al conocer la noticia, “estallaron en sollozos, sin excepción, todos los soldados y cosacos, veteranos de las guerras de Su Serenísima Alteza. Ni siquiera habían tenido tiempo de instalar la tienda para su maestro”.

Más que un hombre, había muerto eso que califican como “una fuerza de la naturaleza”. El príncipe de Ligne, célebre diplomático belga, escribió: “Es el hombre más extraordinario que he conocido, capaz de aburrirse en medio del bello ambiente del placer, desafortunado de tener tanta fortuna, excedido en todo, fácilmente disgustable, moroso, inconstante, filósofo profundo, político sublime, concedor perfecto del alma humana”. El poeta ruso Alejandro Pushkin lo definió como “tocado por la mano de la Historia”. El conde de Ségur, embajador francés que alternó con Napoleón y Jorge Washington, confesó: “De todos los personajes que vi en San Petersburgo, el que más me impresionó y el más importante fue el príncipe Potemkin... [Era] una inconcebible mezcla de grandeza y pequeñez, pereza y actividad, audacia y timidez, ambición e indiferencia...”.

## Lo que hubo entre Catalina y Miranda

El 7 de marzo de 1787 el libertario venezolano Francisco Miranda, de 27 años, llevaba varios meses recorriendo la Rusia helada y algunos días resfriado en Ucrania. Esa mañana, sin embargo, se levantó y se vistió porque el príncipe Grigori Potemkin le mandó avisar que probablemente podría conocer a Catalina II unas horas más tarde. Así pasó. Acudió invitado a una insólita ceremonia: la lectura de un gracioso epitafio en memoria de un lebel de la emperatriz. Zémire, el can consentido, había emitido su postrer ladrido pocos días antes en San Petersburgo y ahora lo despedían con un remedo de funeral elegiaco en Kiev. Ya antes, Catalina había criado a otro famoso perro que obedecía al nombre de Iván Ivanovich.

Poco después del acto, Potemkin condujo a Miranda hasta el lugar donde la soberana ocupaba un regio sillón. El prócer saludó con toda la reverencia exigida y elogió el buen humor de la dama. Intercambiaron algunas palabras acerca de América del Sur y Miranda se alejó. Más tarde, la emperatriz lo requirió de nuevo y en esta ocasión hablaron un rato más largo. Los temas: las comidas y bebidas de los habitantes de la América española y el ensayo sobre la conquista de Perú y México escrito por un historiador escocés, académico de Madrid gracias a sus altos méritos intelectuales. Cuando Miranda le informó que el libro del inglés estaba prohibido por la Inquisición, Catalina comentó con ironía: “¿Y por qué la Inquisición no juzga de una vez a todos los académicos?”.

En un par de oportunidades más, siempre en círculos palaciegos, pudo hablar Miranda con la poderosa mujer. La arquitectura de Granada centró su última charla. Poco después, el patriota emprendió el camino de regreso.

Eso es todo lo que pasó entre Miranda y Catalina la Grande. No hubo revolcón, no hubo cercana amistad. Sí fue cuate de Potemkin. Pero con Catalina apenas floreció un rato de conversación en público. Así lo corrobora otro venezolano, el historiador Jesús Antonio Cova, quien afirmó: “Mucho se ha fantaseado en torno a Miranda y la Emperatriz y por mucho tiempo se mantuvo la leyenda de haber sido amantes, hasta calificar a Miranda de *favorito* de la augusta dama. Nada de eso aconteció”.

Los latinoamericanos hemos creído que Miranda inventó la bandera tricolor en amoroso recuerdo del pelo, los ojos y los labios de la emperatriz, y que dejó en su cama apasionada huella. En realidad, lo más emocionante de aquel encuentro fue la elegía al perro muerto.

Francisco Miranda, que viajó con Potemkin por buena parte de Rusia en 1776, lo destaca no solo por sus cualidades de estadista sino de fascinante ser humano. Gran conversador, divertido, fuente de permanentes apuntes graciosos, siempre curioso y culto, adoraba la música. Se hacía acompañar en las cenas por un quinteto de cámara que interpretaba con preferencia las partituras de Haydn y Bocherini, favoritos del príncipe. Relata el prócer venezolano que cierta noche en que Potemkin gozaba de muy buen humor se encargó el propio príncipe de cocinar para sus invitados. Preparó como entrada *gruau*, una especie de Corn Flakes elaborado con mijo y avena que era el alimento cotidiano de la soldadesca rusa, y como plato principal “un *fricasé al espíritu del vino* que todos encontramos delicioso”.



Si alguien sabía batir *gruau*, ese era Potemkin, que se identificaba de manera genuina con las filas rasas del ejército. **Miranda** su éxito como militar se debía a la transformación que había conseguido en el trato a los soldados y cosacos. Si bien tuvieron siempre fama de fieros combatientes, el reclutamiento equivalía a una sentencia de muerte, pues la mitad de los conscriptos perecía en batalla. Ganaban una miseria y a muchos tenían que llevarlos a pelear encadenados. En 1773, un cosaco llamado Yamelián Pugachov soliviantó a sus compañeros de armas en protesta por la miseria en que vivían y se sumaron a ellos miles de campesinos y siervos de la gleba. Haciéndose pasar por el fallecido zar Pedro III, Pugachov lideró el movimiento rebelde que amenazaba algunas regiones de Rusia hasta cuando Potemkin, mediante la represión del ejército regular y de agentes secretos que propiciaron traiciones, lo aplastó en 1774 y al despuntar 1775 ejecutó al cabecilla.

El general entendió, sin embargo, que era preciso reformar a fondo las instituciones armadas. Así lo hizo y se convirtió en adalid e ídolo de las tropas, por quien cualquier soldado estaba dispuesto a dar la vida. El músculo que le brindaron los rudos guerreros fue fundamental para el trabajo que



Catalina y él desplegaron como diplomáticos. De sus oficios salieron guerras, tratados y alianzas con Turquía, Suecia, Inglaterra, Prusia y Francia, entre otras potencias. También surgió de sus componendas el último rey de Polonia. Fue clave el imperio ruso para establecer en el vecino país un soberano domesticado. Aun cuando Su Serenísima Alteza llegó a pensar en convertirse él mismo en monarca, finalmente Catalina optó por sentar en el trono polaco a un caballero que ya había acostado en su cama de San Petersburgo. Fue así como accedió al poder el último rey de Polonia, Estanislao Poniatowski, en 1764. Las sucesivas particiones de Polonia, sin embargo, lo dejaron cada vez con menos tajadas del pastel, hasta que abdicó y se marchó a Rusia en 1795, donde aún mandaba la parada doña Catalina la Grande. A sus caras de general duro y exitoso, astuto diplomático y persona socialmente agradable, Potemkin unía un obsesivo afán de indagar, escuchar y aprender de los personajes con los que tenía contacto. “Era el más grande preguntón del mundo”, dijo Ségur. Todo ello le sirvió para modelarse como estadista. No le bastaba con conquistar tierras mediante sus fieles cosacos y la armada que había reforzado en el Báltico y creado en el mar Negro. Se esmeraba por poblarlas y aportarles riqueza e instituciones, para que así formaran parte estable y activa del reino. De allí que promoviera la inmigración y fundara villas y pueblos con la misma facilidad con que un desocupado tira piedras al río: Kherson<sup>6</sup>, Nicolayev, Yekaterinoslav<sup>7</sup>, Sebastopol...

No solo fundó el dinámico gobernante pueblos de piedra, madera y tejas. También copió la escenografía de teatro y se anticipó a la del cine y la televisión, que finge calles y avenidas con fachadas de cartón-piedra en las que campean ventanas, puertas y techumbres pintadas, pero sin nada detrás, salvo unos palos para sostener la apariencia. En abril de 1787, cuando la emperatriz viajó por aguas del río Dniéper a visitar las lejanas villas que había establecido el general Potemkin en el sur de Rusia, más de una vez le mostraron de lejos engañosas casas ribereñas en cuyas puertas sonreían, comían y bebían robustos campesinos. Se trataba, en realidad, de extras pagados por Potemkin. No bien se alejaba la caravana imperial, los operarios del príncipe desmontaban el *atrezzo* y la escenografía, embutían en carretas a los lugareños de alquiler, los premiaban con garrafas de *medovuja* y empanadas *pirozhkí* y los llevaban a otro punto del río donde, en pocas horas y con leves cambios de una casa por otra, quedaba montada una nueva aldea.

Estas villas de fachada pasaron a llamarse, famosamente, “poblados Potemkin”.

La vida de alcoba del gran comandante y audaz publicista fue tan agitada como la del campo de batalla y las salas de negociación. La mayor actividad horizontal era, naturalmente, la que demandaba Catalina. Durante un tiempo, cuando Grigori era el amante favorito, subía y bajaba la escalera secreta para satisfacer los deseos de retozo, charla, risas y sexo que agitaban a la emperatriz. Contra lo que se ha dicho y pese a la fama de dipsómanos de los rusos, Catalina no era esclava del alcohol y ni siquiera del vino. Varios personajes cercanos a ella dicen que su copa casi siempre contenía inocente jugo de grosella, que tiene el mismo color rojo oscuro que el de uva. Al pasar a la reserva como compañero de colchón, Potemkin siguió desempeñando el cargo de *alcahuetovich* de la dama: el príncipe era el encargado de la selección de amantes, que primero él aprobaba y luego, según se dice, eran sometidos a una prueba de pericia amatoria por la condesa Praskovya Aleksandrovna Bruce, que concedía nota al candidato según el polvómetro oficial. Era inevitable que Potemkin y la condesa Bruce acabaran enredados sentimentalmente, y él se la llevó a vivir unos años en su corte de Iassi. Quizá la más preciada presa de Su Alteza Serenísima fue Sophie de Witte, originalmente un niña griega cuya madre la vendió a un traficante de chicas, pese a lo cual llegó a ser condesa y “la más deseada mujer de Europa”. Famosa por “su belleza, sus vicios y sus crímenes”, se presentó en San Petersburgo durante un histórico parrandón palaciego en marzo de 1791. Eran los últimos meses de Potemkin, pero aún conservaba municiones suficientes como para seducir a la apetecible griega con su simpatía y con la interesante ayuda de dos aretes de diamante que tuvo a bien obsequiarle.

Un ejemplo patético de la mezcla de atracción sexual e intimidación política que se conjuraban para allanar los caminos de Potemkin hacia la alcoba es la carta que envió a Miranda un marido desesperado que le pedía intervenir ante Su Serenísima Alteza para que no siguiera cortejando a su mujer. La víctima era el príncipe Pierre Dolgorouki, cuya bella esposa había caído en las redes eróticas de Potemkin o estaba a punto de hacerlo. Y aunque el esposo había hecho lo indecible por poner fin a la ignominiosa situación, el asunto proseguía. Desesperado, y sabiendo de la amistad que unía al prócer americano y al novio de su mujer, escribió en 1787 a Miranda para que interviniera ante el monstruo a fin de que tuviera en cuenta sus sentimientos de

marido en vía de criar cuernos. En las interesantes memorias de viaje de Miranda no consta el final de la incómoda historia. Tal parece que la condición de “protector de los cosacos” implicó muchas veces para Potemkin el gozoso deber de recibir en su tienda de campaña a esposas de cosacos agradecidas que habían escuchado chismes acerca de sus desmesurados dones anatómicos. Grigori se esmeró siempre en enaltecer el nombre del ejército ruso... y su propia leyenda como amante. Pero aparte de las concesiones populares en colchonetas o costales, también dejó huella estelar entre sábanas de lino y cobertores de brocado o sofás forrados en guadamecí. Por su alcoba pasaron en su momento la condesa de Sèvres y una descendiente de María Elena Narysjkina que quiso imitar a su abuela, célebre amante del zar Alejandro I. Posiblemente también Josefa de Baviera, esposa del emperador austriaco José II; este confesó que “la emperatriz quedó en éxtasis con el príncipe Potemkin”. En la libreta de levantes del príncipe figura también una princesa casada, Praskovia Adeivna Golitsyna, señora 28 años más joven que su poderoso amante dotada de llamativas formas, según dibujo del pintor italiano Camuccini.

Fatigado de los amoríos amorales, vacuos y efímeros, que no dejan más que ardorosos encuentros y ratos de vano placer (lo cual no está del todo mal), Potemkin decidió en sus últimos años regresar al seno familiar. Y allí encontró a un encantador grupo de sobrinas que estaban dispuestas a alegrar el crepúsculo de su querido tío. Eran hijas de su hermana Elena, la única que dejó descendencia, y de Vassily Engelhardt, abogado de San Petersburgo, antiguo senador y astrónomo, que enviudó en 1775. Mientras papá Vassily observaba las estrellas, tío Grigori velaba por las cinco huérfanas, todas ellas solteras, ignorantes y agraciadas. Dicen las malas lenguas que sedujo a las cinco, incluso a la menor, que tenía a la sazón 15 años de edad y 22 menos que el tutor. Lenguas menos pérfidas sostienen que solo cayeron tres de las cinco en las garras del solícito pariente. Y, además, no cayeron simultáneamente, sino una tras otra. Es decir, fue un incesto ordenado y metódico, no una grosera orgía entre parientes. La primera fue la tercera, Varvara. La segunda fue la segunda, Alexandra. Y la tercera fue la quinta, Ekaterina. La más interesante de las hermanitas Engelhardt era sin duda Alexandra, 15 años menor que Potemkin, que lo acompañó en su viaje hacia la muerte por la estepa bielorrusa. Poco educada pero de enorme inteligencia, ganó una fortuna vendiendo madera y trigo, lo que le permitía pagar los despilfarros de su

marido, el conde Branicka, un noble parásito, si se permite la redundancia, con quien, adulterios familiares aparte, llevaba una satisfactoria relación. Fue además informante pagada del imperio británico y dama de confianza de la emperatriz. Tuvo en público el cómico título de “casi Gran Duquesa” y en la intimidad el de Maravillosa Sobrina.

Pero la dilatada serie de esposas de cosacos, nobles de la corte, ocasionales visitantes internacionales y miembros de su familia era apenas el archivo de suplentes de Potemkin. El gran amor de su vida fue, sin duda, Catalina II, la Grande, en cuyo lecho y corazón aterrizó gracias, entre otras cualidades, a la capacidad de hacer reír que lo distinguía.

## Del humor al amor

Cierta tarde ociosa, los hermanos Orlov manifestaron a Catalina que querían presentarle a un suboficial capaz de imitar a numerosos personajes, cantar, bailar, escribir poemas, contar chistes y recordar anécdotas, Catalina respondió de inmediato: “Tráiganlo”.

Iván, Grigori, Alexey, Fiodor y Vladimir Orlov eran unos rusos blancos gigantescos y musculosos a quienes la emperatriz de todas las Rusias debía su trono. El segundo de ellos, a quien el escritor Irving Wallace llamó “un coloso con rostro de bebé”, era su amante y le regaló un diamante tan grande como un tamal, aunque un tamal muy pequeño. Los Orlov montaron la conspiración que permitió a la mujer del zar Pedro III derrocar a su esposo y subir ella al trono en 1762. La antigua princesa alemana nacida en Polonia era demasiada mujer para un homúnculo como Pedro. Cuando aceptó casarse con él, Sofia Federica Augusta von Anhalt-Zerbst tenía 15 años, pero le sobraban arrestos y determinación. Dejó la religión luterana, se afilió a la Iglesia ortodoxa, cambió su nombre teutón por un nombre ruso (hubo una primera Catalina que imperó entre 1725 y 1727), aprendió la lengua, se resignó a las nuevas costumbres y llevó su ropa y efectos personales al palacio de Oranienbaum, al oeste de San Petersburgo.

Allí descubrió muy pronto que Pedro III era un niño grande. Tenía 18 años, pero se comportaba como un escolar de siete. Varias anécdotas lo demuestran. Cierta día en que Catalina entró a la alcoba de su joven esposo encontró una rata muerta que colgaba de una cuerda. Pedro le explicó que la había juzgado con todas las garantías de la ley y que al final la había condenado a la pena capital por haberse comido unos muñequitos que él amasaba con pasta de papa. Figuritas parecidas abundaban en la cama marital, donde Pedrito jugaba con muñecas y soldaditos de papa y plomo ante el pasmo de su intacta esposa. Para entonces, ya había montado una cría de perros de cacería y su mujer dormía con diez perros y un burro, que era él. Entretenido como estaba con sus juguetes, Pedro necesitó ocho años para consumar el matrimonio, lo que influyó para que Catalina, que ostentaba el título de emperatriz consorte desde la muerte de su suegra, inaugurara una larga historia de amantes y favoritos. La encabezó el señor Sergio Saltykov, quien “despojola de su doncelléz”, como

se decía antes, y fue padre biológico de su primer hijo, el zar Pablo I. Se suman muy pronto, entre otros, Charles H. Williams, el ya mentado Estanislao Poniatowski, futuro rey de Polonia, y el antiguo cosaco Grigori Orlov. Paradójicamente, el zar también se echó una amante, Yelizaveta Vorontsova. Según todos los testimonios era fea, sucia, maloliente y, para que no faltara nada, “escupía mientras hablaba”. Habían pasado más de 20 años cuando empezaron a correr rumores de que Pedro planeaba divorciarse de su legítima esposa, casarse con su horrible novia y exiliar a Catalina en un convento para siempre. Semejante peligro disparó el golpe de Estado.

Los Orlov eran gente dura. Su abuelo fue famoso por haber asestado puntapiés a la cabeza de un decapitado, gesto que inauguró el fútbol en Rusia<sup>8</sup>. No les fue, pues, difícil tomarse el palacio del que se había ausentado Pedro y proclamar emperatriz a su esposa. Recordemos que Grigori, el segundo de los hermanos, era amante de Catalina y comandante de la Guardia Imperial Rusa. Las posibilidades de Pedro lo empujaban hacia una sola puerta donde se leía: *Vykhod* (salida). El cuartelazo se consumó en pocas horas y no hubo derramamiento de sangre. Al menos en ese momento.

El menguado mental se bajó del trono sin remilgos, y solo pidió que le dieran una finca para vivir con su amante, su perro Mompsy y un violín para amenizar sus tardes. Yelizaveta, la concubina, exigió un esclavo negro para que sacara a mear al perro y provisiones de vino de Borgoña para hacer menos insoportables los chillidos del violín. Aquel día, 28 de junio de 1762, empezó el reinado de Catalina II, que marcó una época de dictatorial progreso y modernización en sectores del país y permitió a Rusia ensanchar sus fronteras y adquirir estatura de nación poderosa. Seis meses después, un furioso huracán provocó la muerte de Pedro III y de dos otros aspirantes al trono de Catalina. Ese huracán se llamaba Alexis Orlov, el hermano menor del amante de la poderosa emperatriz, a quien no le tembló la mano para perpetrar el zaricidio (se ignora si con conocimiento de la viuda o sin él). El fallecimiento se atribuyó a un “cólico hemorroidal”, enfermedad que normalmente no mata pero avergüenza al difunto<sup>9</sup>.

## El supermuseo de Catalina

Entre las grandes herencias que debe Rusia a Catalina II ninguna hay tan valiosa como el Museo del Hermitage, que ocupa cinco edificios de San Petersburgo, entre ellos el clásico Palacio de Invierno. Las maravillas del arte y la pintura que allí habitan, incluidos trajes, objetos y joyas, pasan de dos millones de piezas y han permitido abrir una sucursal del museo en Ámsterdam.

La colección comenzó como un hábil negocio de la emperatriz, cuando un mercader de Berlín que había contraído fuerte deuda con Rusia por la compra de cereales, se declaró en quiebra y Catalina le cambió los pagarés por 317 cuadros. Picada por el afán de aumentar su pinacoteca, se dedicó desde entonces a comprar trabajos excelentes y buscar gangas. Al morir, 31 años después, ya había acumulado 90.000 obras. Entre ellas se encuentra su corona imperial, que consta de 11.325 diamantes y perlas blancas montadas en oro.

El espíritu pedagógico de alumna de la Ilustración que ardía en Catalina se manifestó pronto en el Hermitage, donde impuso unas normas de comportamiento que hoy son la base de los protocolos de visita a museos. Entre ellas, hablar en voz baja, caminar despacio, evitar conversaciones, abstenerse de comer y beber y no tocar los objetos que puedan deteriorarse.

La generosa mecenas se proponía agregar otras reglas al código de visitas cuando la sorprendió La Que Sabemos. Entre ellas se destacaban: apagar el celular, no fumar, abstenerse de echar siestas en camas y sillones históricos, levantar la tapa del inodoro y dejar a los niños amordazados y bien amarrados en un sótano especial.

La nueva ama de Rusia era una señora entrada en carnes, más alta que baja, rebosante de pechuga, de rostro no muy atractivo, pelo rubio peinado en forma de moño o guedejas y ojos azules un tanto abotagados. Se enjoyaba sin recato y usaba trajes densos y pesados, lo cual podría explicar la dicha que le producía quitárselos. Giacomo Casanova, el célebre donjuán, señaló que “aunque no era bella, estaba segura de gustar por su dulzura, su afabilidad y su inteligencia”<sup>10</sup>.

Mientras acaecían semejantes turbulencias, Grigori Potemkin era apenas un modesto subteniente que prestaba servicio en el batallón de la Guardia

Imperial asignado al palacio de la emperatriz. Retomemos: cierta tarde ociosa, cuando ya se habían aquietado las aguas políticas, los Orlov manifestaron a Catalina que querían presentarle a un suboficial capaz de imitar a numerosos personajes, cantar, bailar, escribir poemas, contar chistes y recordar anécdotas. Y fue en ese momento cuando Catalina dijo de inmediato: “Tráiganlo”. Así se conocieron la emperatriz y quien iba a ser su mejor apoyo, su mejor amante, su mejor socio, su mejor amigo. Potemkin los hizo reír con sus imitaciones, e incluso tuvo el atrevimiento de caricaturizar el habla y los movimientos de Catalina, cuyo excelente humor le permitió reír con la burla y felicitar al artista que había penetrado a sus habitaciones y, sin que ninguno de los presentes pudiera suponerlo, llegaría a vivir en ellas. En ese momento, él tenía 23 años y ella, la edad de Cristo. El subteniente regresó varias veces solicitado por su comandante o por la emperatriz. Del chiste inicial pasaron a la conversación seria, y Catalina se enteró de que Grigori no era un simpático superficial, sino que había estudiado teología, griego, culturas indígenas rusas y, además, cuanto debe saber un militar aventajado. Supo también que le encantaba la juerga, que improvisaba versos, que —como ella— era buen jugador de naipes y ajedrez e inteligente consejero. El resultado fue que lo hizo ascender a *Kammerjunker*, gentilhomme de cámara. A la mutua simpatía siguieron los guiños indirectos y a estos los secreticos. El futuro príncipe acudía cada vez con más frecuencia a los salones del Palacio de Invierno. En una de las habitaciones más grandes se albergaba el baño ruso, una especie de *jacuzzi* donde en la madrugada del 16 de febrero de 1774 se sumergieron Catalina y el *Kammerjunker* después de asistir a una ópera —género que ella promovía— y comentaron la función. Todo fluyó con mayor armonía que en las pesadas óperas eslavas del siglo XVIII y unas horas después se ocupaban ya del tercer acto. El 18, Catalina le despachó una de los cientos de cartas ágiles que habría de dirigirle a lo largo de su vida. Comenzaba como un bolero de Armando Manzanero: “Cuando estoy contigo —decía— me siento feliz. Las cuatro horas que pasamos juntos me disiparon el tedio y no quería separarme de ti. Querido mío, amigo mío, te amo: eres bello, inteligente, jovial, lleno de espíritu. A tu lado no me importa el mundo. Nunca he sido tan feliz...”. Relata uno de los biógrafos de la emperatriz que “por primera vez se oían los ecos de las risas nocturnas que resonaban en el baño caliente del Palacio de Invierno. Eran dos gozones, una pareja de epicúreos en busca de los placeres de la vida”.



Previas algunas escenas de celos y aquella confrontación con los Orlov que le costó un ojo de la cara, Potemkin logró desplazar a su tocayo del lecho imperial. También dio buena cuenta del favorito de 1772, Alexandre Vassiltchikov, a quien puso el apodo de *Sopa Fría* por su simpleza. Alexandre vivía en un sector del palacio de donde lo mandaba llamar la soberana en tiempos prepotemkianos. El caso de este sujeto es conmovedor. El celoso Potemkin ejerció sus facultades de nuevo amante y se dedicó a hacerle la vida imposible a *Sopa Fría*. Le negó el acceso a las habitaciones de Catalina; impidió que lo condecoraran con la orden de Santa Ana, como quería el currutaco; por último, le metió 30.000 rublos en el bolsillo y lo echó a patadas del edificio. “Potemkin obtiene lo que quiere, él es el que manda”, se quejó blandamente el pobrecito Vassiltchikov. En cambio, el que años más tarde sería Su Serenísima Alteza recibía abundantes muestras de cariño. Como se dijo, pronto se trasladó a vivir a una planta debajo de la que ocupaba Catalina, conectada al piso superior por la famosa escalerita. Era un amor mutuo y apasionado. Él tuvo la inteligencia de no permitir que se le subieran los humos. Siempre se mostró humilde y solícito.

“Madrecita<sup>11</sup> —le escribió al regresar de un viaje—, acabo de llegar; hace mucho frío afuera y antes que nada quiero saber cómo estás. Beso tus pies”.

Ella respondió de inmediato, dispuesta a convertir en realidad la última frase de la carta de su amante (juro que es textual):

“Me alegro de verte, querido. Estoy bien. Debes calentarte, así que te espero en la sala de baños. Estoy llena de calor y de ternura para ti y te tendré bajo mi protección mientras viva. Estarás aún más hermoso después de que te bañes”. Y así casi todas las semanas, durante años. Cuando no se regocijaban en la piscina termal, lo hacían en un diván turco que Su Alteza había mandado instalar en la alcoba de la emperatriz. Ella vivía encantada con la cultura, la capacidad amatoria y la chispa de su compañero, pero aportaba una buena dosis de paciencia para soportar su desorden. “Te insisto en que no dejes ropa tuya tirada en mi dormitorio —le suplicaba la dama, muy ordenada y germánica—. Y, por favor, recoge los pañuelos sucios que vas tirando por ahí”. Era un regaño, pero un regaño tierno, porque al final le decía que lo adoraba y que volviera pronto. *No hard feelings*, como dijo cierto presidente colombiano a un amigo que intentaba meterle gato por liebre en un negocio de cuadros.

¿Qué secreta magia desplegaba este cíclope de gruesos cachetes y uñas roídas? Veamos. El comandante Orlov era más alto, más fuerte, de más elevado rango y con mayor antigüedad en los quehaceres eróticos de Catalina que Potemkin; el aristocrático Alexandre Vassiltchikov era más noble, más educado y más elegante. Pero Potemkin poseía un arma vencedora: el humor. En efecto, Su Alteza Serenísima podía convertirse velozmente en un mamagallista incomparable. Muchos son los testimonios de su gracia. En épocas de colegial era el típico “payaso del curso” que imitaba a los profesores y escribía epigramas picantes.

Alguna vez, Catalina definió a su amante como “un hombre muy hábil y más divertido que el diablo en persona”. En carta a un amigo confesó que Grigori la hacía reír tanto que acababa con dolor de estómago. Y en mensaje al propio Potemkin comentó: “Querido, qué historias me contaste hoy. No podía parar de reírme y pensé en los momentos jubilosos que paso contigo”. Su fama de hombre jocoso era tan firme que, cuando estableció su residencia en el palacio de Iasi, “las bellas de San Petersburgo desfilaban hacia allí para divertirse y engañar a sus maridos”, según Montefiore. Una de ellas, Praskovia Potemkina, casada con un primo de Su Alteza Serenísima, protagonizó intenso romance con el príncipe. “Eres —le escribió ella—mi placer y mi tesoro, eres un don de Dios para mí”. Él le respondió: “Mi bello amor: tú eres lo mejor de mi regimiento”. Si uno repasa los sudorosos y desdentados cosacos de su regimiento, se trata, por supuesto, de un falso piropo digno de excelso tomador de pelo. Pero no era solo lo que el príncipe decía, sino las ocurrencias que brotaban de la rizada cabezota. Le encantaba molestar a Mister Tom, el perro grayhound de la emperatriz, al que robaba la alfombra en que dormía. En una ocasión coló a un mono “mal educado”<sup>12</sup> que perseguía a *mister* Tom y por poco acaba con la vajilla del palacio. En fin, un *sosat petuk*: un mamagallista.

## ¿En tu palacio o en el mío?

El humor fue, en fin, arma importante de Grigori para conquistar a Katinka. Pero también su inteligencia, su cultura y su potencia sexual. Si Catalina hubiera sido simplemente una señora de la corte habríamos dicho con imperdonable vulgaridad que era “una hembra muy caliente”. Pero tratándose de una emperatriz señalaremos que era una erotómana. O sea que, según el diccionario de las Academias, casi sufría “enajenación mental causada por el amor y caracterizada por un delirio erótico”. En otras palabras, una hembra muy caliente.

Su correspondencia lo revela. “Voy a acostarme, mi amor. Las puertas quedan abiertas. Haré todo lo que me ordenes. ¿Vienes o voy yo?”. Así le escribía una tarde a su amado. También resulta elocuente la confesión que hizo a Su Alteza en el sentido de que no podía dejar un solo día sin acostarse con él... o quien estuviera a mano. La lista de sus amantes es larga. Potemkin suponía que sumaban al menos 15, incluida su persona. Pero cuando, celoso, le exigió la verdad y solamente la verdad, ella confesó apenas cuatro, los cuatro que conocemos: Saltykov, el primero; Poniatowski, el rey polaco; Orlov, el comandante, y Vassiltchicov, el zángano. Hubo otro que omitió: el diplomático y satírico británico Charles Hanbury Williams.

Antes y después, en el curso de los años, se añadieron al edredón de la emperatriz los siguientes nombres y temporadas, según Simón Sebag Montefiore (en estricto orden alfabético de apellidos): Lanskoi, Alexandre (1779-1784); Mamonov, Alexandre, de sugestivo nombre (1786-1789); Poniatowski, Estanislao (1732-1798); Razoumovski, Cirilo (1764); Rimski-Korsakov, Iván, posible antepasado de Nicolás, el músico (1778-1779); Saltykov, Sergio (1726-1765); Yermolov, Alexandre (1786); Zavadovski, Pierre (1776-1777); Zoritch, Semyon (1777-1778); Zoubov, Platonov, último de la lista y último de los amantes de Catalina (1789-1796).

Alexandre Polovtsoff, autor de un informado volumen sobre los favoritos de la emperatriz, sintetiza su vida sexual en el siguiente párrafo:

En 1752, Sergio Saltykov vino a ser su amante. Luego, durante cuarenta y cuatro años consecutivos, y hasta sus sesenta y siete años de edad otros once hombres, casi sin intervalos, fueron sus favoritos. Tres de ellos le fueron arrebatados: Lanskoi, por la

muerte; Saltykov y Poniatowski por la política; su propio deceso puso fin a la unión con Zubov. De los otros ocho, rompió por su propio gusto con Vassiltchicov, Zavadovski, Zoritch y Yermolv, porque no le convenían, y bien a disgusto con Orlov, Rimsky-Korsavov y Mamonov, porque le fueron infieles: Potemkin logró sustituir el frágil vínculo de amor por una amistad a toda prueba y asumió en su vida una situación única.

Es cierto que una mujer como ella cría una glándula sexual extra que se llama poder. Pero, aún así, tiene mucho mérito que haya acumulado tan copiosa lista una señora que no era particularmente hermosa y que, cuando conquistó al primer amante, estaba casada y tenía 21 años. Potemkin debutó con una Catalina de 45 años que, sin embargo, se definió ante él como “tu mujer de fuego”, y Platonov, el último, la acompañó y satisfizo, ya jamoncita, entre los 60 y 67, mientras él florecía con 22 primaveras.

Descarten, con mucha pena patriótica, a don Francisco Miranda, quien, pese a lo que se cree, no alcanzó a trepar tan alto<sup>13</sup> (ver recuadro). A Catalina le han atribuido, según la largueza del historiador o la ignorancia del bloguero, 20, 40, 60 y hasta más de 100 amantes. Según Karl Shaw, autor de listas famosas, los oficiales fueron 21. Cierta leyenda infame cuenta que murió haciendo el amor con un caballo. Falso. La única actividad hípica de la emperatriz era cabalgar en Brillante, su semental gris. Cuando estaba sola no lo hacía en silla de amazona, que detestaba, sino en montura de varón. Para una mujer tan deportista la silla femenina era deprimente y el galápago masculino, en cambio, resultaba excitante. Hagamos cuentas ciertas. Los ocho amantes que aquí tenemos, más los cuatro que ella reconoce, a los que debemos añadir el británico que se le olvidó y el omnipresente Potemkin, suman 14. Lo demás son especulaciones inventadas por Hollywood<sup>14</sup>. No menos desbordadas son las listas de hijos de Catalina. Llegan a atribuirle hasta diez. Historiadores serios, como Vincent Cronin y quien les habla (o escribe), consideramos que solo tuvo tres: el zar Pablo I (hijo de Saltykov), Anna (hija de Poniatowski) y Bobrinsky, probablemente hijo de Gregori Orlov. El legítimo esposo no tuvo vela en ninguno de estos entierros.

Parece ser que la emperatriz profesaba curiosa veneración por el equipamiento reproductivo, tanto femenino como masculino. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, un pelotón ruso entró al maltrecho palacio de Tsarskoye Seló y descubrió una habitación extrañamente decorada. Las paredes, las mesas, los asientos, los sofás y hasta los sacacorchos estaban

adornados por imágenes alusivas a *aquello* y *aquella*, como dicen mis nietas. Los sorprendidos soldados tomaron unas fotografías que circulan ampliamente por internet y han sido materia de no pocos informes de prensa. Buena parte de las imágenes se perdieron, y no se sabe bien qué pasó con los muebles; ni siquiera está demostrado que pertenecieran a la emperatriz. Muchos autores dudan de la autenticidad de unas y otros, mientras los historiadores más serios aún esperamos pruebas fehacientes de la existencia de este gabinete peculiar<sup>15</sup>. Existen, en cambio, cartas y textos que revelan cómo Catalina prefería abstenerse de emociones horizontales cuando le tocaba defender la verticalidad de su gobierno. En respuesta a un mensaje febricitante de Potemkin que la convocaba a una noche voluptuosa, Catalina, a quien esperaba dura jornada de trabajo al día siguiente, le respondió: “Nos limitaremos a leer un libro y, a las diez y media, buenas noches”.

El Palacio de Verano solía ser sede de fiestones espectaculares, con orquesta en carreta, bueyes adornados con guirnaldas, bingos primitivos y bailarines reclutados en lejanas provincias<sup>16</sup>. De todos modos, sería un error pensar que la emperatriz se dedicaba al sexo, el juego y el bailoteo. Estas actividades solo ocupaban la parte más interesante de su agenda. La verdad es que Catalina era muy rusa en su sentido de la diversión, pero bastante alemana, bastante Sofia Federica Augusta von Anhalt-Zerbst, en otros órdenes. Su rutina diaria revela un disciplinado orden mental. Madrugaba a las 7:00 a.m., tomaba un café colombiano suave en su alcoba, se reunía durante la mañana con funcionarios, después del almuerzo leía un rato, echaba una breve siesta, respondía correspondencia y al caer la tarde atendía a saraos en casa. La noche estaba reservada para el teatro, la ópera o algún banquete. Terminada la función, se dirigía a su dormitorio y caía en brazos de Morfeo. De Morfeo o de cualquier otro caballero que anduviera por ahí.

Es justo decir que Catalina no solo se destacaba por su vocación lúdica y erótica, sino que gobernó a Rusia con inteligencia y compasión. Aunque habría sido excesivo pedirle que acabara con la servidumbre, cruel forma de esclavitud eslava, otorgó derechos a los siervos, que antes de ella eran bultos, más que seres humanos, y abrió a sus hijos las puertas de escuelas y universidades. Como medida ejemplar, arrestó e hizo condenar a prolongada pena de cárcel a una aristócrata por maltratar a sus siervos. También obligó a las fábricas privadas a ofrecer escuelas a los hijos de sus trabajadores y dictó

medidas en pro de la tolerancia religiosa y de algo parecido a la libertad de prensa.



La amistad y la alianza política de Catalina y Potemkin se extendieron hasta la muerte de Su Alteza, en 1791. Pero su amantazgo tenía fecha de vencimiento y nunca fue exclusivo. Esta condición era bastante incómoda, especialmente para los otros amantes, que tenían que soportar las interferencias de Potemkin. Pero hubo un momento en que él ya no pudo más y ella sí. Entonces el príncipe hizo lo que algunos futbolistas cuando se retiran: no juegan, pero consiguen jugadores. Hasta el final, Su Alteza recomendó a Catalina aquellos cosacos jóvenes que suponía de su entero gusto, los entrenó para que se comportaran bien en el dormitorio imperial y veló por que nunca le faltara a la señora su dosis cotidiana de actividad erótica. Actividad que era admirable e intensa, pero que no perjudicaba otras que acometía la dinámica mujer. Siempre permaneció atenta a la vida nacional e internacional, a las guerras y a la literatura, a la música y la pintura, a conocer las nuevas ideas revolucionarias (fue buena amiga del francés Voltaire, cuya vasta biblioteca compró a una sobrina del escritor y desde entonces se encuentra en San Petersburgo) y a NO aplicarlas en su propio caso. Aún tuvo tiempo de divertirse, bailar, jugar naipes a diario, escribir comedias, editar manuales de educación infantil, recopilar leyes e incluso gobernar y fundar un museo fuera de serie (ver recuadro).

La muerte de Su Serenísima Alteza fue un golpe del que nunca se repuso por completo Catalina. Lo lloró días enteros en su recámara, se enfermó de dolor del alma y ordenó disparar cien cañonazos en memoria del amadísimo desaparecido. Hablaba a toda hora del difunto y pasaba noches en vela. Visitó a menudo el Palacio Táuride, donde pasaba semanas alojada en la habitación de Potemkin. Luchó contra su hijo Pablo porque este combatía la memoria de su inolvidable compañero. Ninguno de los amantes posteriores a su Grigori logró llenar su lugar. El más inepto fue Zoubov, favorito tras el fallecimiento de Potemkin, al que pretendió confiarle algunas responsabilidades que había manejado el príncipe. A Zoubov lo llamaron *la Escoria del Imperio*.

Los cinco años y un mes que siguieron a la muerte de Potemkin fueron de

verdadera viudez, aun cuando no es seguro que el príncipe fuese su esposo con pleno arreglo a la ley. La última vez que se vieron fue el 24 de julio de 1791, tres meses antes de que Su Alteza se durmiera para siempre en la estepa. Un lustro después, el 5 de noviembre de 1796 en la mañana, Catalina sufrió un infarto cerebral que la dejó inconsciente cuando se encontraba en el trono. En el trono del cuarto de baño. Pesaba demasiado para subirla a la cama y el médico y las damas que la asistían tuvieron que acostarla sobre una alfombra en el suelo, como había ocurrido con el príncipe. En ese mismo sitio falleció la emperatriz el 17 de ese mes de noviembre a las 10:15 de la noche<sup>17</sup>.

Aún faltaba, sin embargo, el horrible proceso de su prolongado velorio y parcial descomposición. Pablo, su hijo y sucesor, quiso que reposaran en la misma tumba los huesos de su taita, fallecido 34 años antes, y el fiambre reciente de su odiada mami. De este modo, en su calidad de nuevo zar, mandó exhumar la osamenta de Pedro III y le organizó un entierro paralelo con el de Catalina, cuyo cadáver a la sazón llevaba tres semanas expuesto a la curiosidad de los ciudadanos. “Los despojos de Catalina habían adquirido un aspecto aterrador —dice la historiadora Lorraine de Meaux—. El cuerpo, mal embalsamado, amarillo, azul, negro, ofrecía un contraste terrible con las riquezas que lo cubrían y con la vecindad lúgubre de los restos de su asesinado esposo”<sup>18</sup>. Un mes después de la muerte de la emperatriz se consumó finalmente la unión de ultratumba entre los dos cónyuges en la catedral de San Pedro y San Pablo, donde siguen eternamente mal avenidos desde entonces.

No ha habido en la historia universal de los últimos siglos una pareja tan poderosa, trascendente y compenetrada en todo sentido como la de la emperatriz de todas las Rusias y quien fue su fiel amante y amigo. Pocos estadistas rusos tan completos como el príncipe Grigori Potemkin. Ninguna mujer de la estatura de Catalina II. La Grande.





**Entre  
la Dilecta  
y la  
Predilecta**



Honorato de Balzac  
&  
*Madame de Berny*  
&  
Condesa Hanska







*Honorato de Balzac, probablemente el escritor más ambicioso de la historia occidental, concibió una macronovela, quebró varias veces, viajó, sufrió diversas enfermedades y aún le quedó tiempo para conquistar a decenas de mujeres y tener extraños amores. Entre ellos, con madame de Laura de Berny y la condesa Eva Hanska, dos ejemplares femeninos muy diferentes.*



Pese a que a duras penas sobrepasó el medio siglo de vida (1799-1850), Honorato de Balzac fue un extraordinario y prolífico novelista que diseñó y alcanzó a escribir 87 novelas de *La comedia humana* (*La comédie humaine*), obra colosal compuesta por un total de 137 libros. Semejante catedral literaria realiza un corte transversal de la sociedad francesa de su tiempo; allí aparecen todos los tipos y clases sociales, las relaciones de amor, humanas, familiares, políticas y mercantiles. Aparte de las 87 novelas acabadas, dejó otras sin terminar, varias más que no pertenecen al ambicioso esquema, numerosos cuentos y crónicas, ensayos (intrascendentes), obras de teatro (mediocres) y poemas (pésimos)<sup>1</sup>. Peores que sus poemas y sus obras de teatro fueron, sin embargo, los ruinosos negocios que emprendió, siempre atormentado por la falta de dinero. Sobre este punto volveremos.

Pero lo realmente asombroso es que tan fiel esclavo de la pluma siempre encontró tiempo para enamorar apasionadamente, incluso cuando el romance implicaba largos viajes de semanas o aún de meses. Prefería las mujeres casadas y mayores que él, pero se sacrificaba también con las de menos edad, aunque además fueran solteras. Sus propios biógrafos dicen que es difícil saber con cuántas señoras y señoritas tuvo relaciones. Las más famosas son una docena. Y de estas, dos representan sus más grandes amores: *madame* De Berny, amiga de su mamá, y la extraña condesa ucraniana Eva Hanska.

## ¿Qué tenía Balzac que las enamoraba a todas?

Rico no era. Al contrario, atravesó épocas de conmovedora penuria económica y al morir debía dinero a muchos amigos y a no pocos usureros.

Tampoco se destacaba por su buen gusto. El gran escritor era rotunda y encantadoramente cursi, dueño de una estética relamida solo comparable, digamos, a la de Agustín Lara. Sus casas eran un batiburrillo de objetos, algunos de alta elegancia y otros del peor gusto. Era la clase de personas que habrían tenido bar en la sala y en él copas de cristal de *baccarat* para beber aguardiente servido desde una licorera con forma de muslo femenino. Algo así.

¿Acaso las cautivaba con su elegancia?

Tampoco. He aquí una descripción del extravagante atuendo con que se presentó ante Frances-Sarah Lovell, la bellísima y finísima *contessa* Guidoboni-Visconti, con la que muy probablemente tuvo un hijo: chaleco blanco con botones de coral, frac verde con botones dorados, anillos en casi todos los dedos. Se habría destacado incluso en una convención de golfistas norteamericanos en Las Vegas. Solía agregar a esta clase de trajes una capa altisonante y bastones no menos audaces que la vestimenta, pues los tenía de oro, de plata, con incrustaciones de turquesa, de cuerno de rinoceronte y de piedras preciosas. Una vez en casa, se enfundaba en una bata monacal de cartujo que hicieron célebre varios artistas famosos, entre ellos el escultor Auguste Rodin. Para que no se piense que la de la *contessa* era una opinión aislada, su biógrafa Mary F. Sandars lo describe así en 1914: “Posaba como hombre a la moda. Vestía una chaqueta blanca y un abrigo azul con botones dorados; portaba su famoso bastón con mango engastado de turquesas, tal como lo celebró *madame* De Girardin en su cuento ‘El bastón de Monsieur Balzac’; conducía un coche ligero sujeto a un caballo veloz y lo acompañaba, sentado al lado suyo, un pequeño tigre llamado Anchise”.

Ya que su atuendo resultaba estrafalario, ¿era, entonces, bien plantado?

Menos aún. No hablamos propiamente de un adonis<sup>2</sup>. Los siguientes calificativos proceden de descripciones de personas que lo conocieron o apuntes de sus biógrafos principales (Zweig, Maurois): de especial y muy notable fealdad, obeso (pesaba 100 kilos), bajito (medía 1,57 metros), cabeza

enorme, cara huesuda, barba crecida, boca grande y dientes dañados que “cuando habla de prisa se cubren de saliva”; nariz gruesa y “cuadrada como una goma elástica”; bigote espeso y pelo “desgreñado muy largo y negro mezclado con mechones blancos”; plebeyo, mofletudo, charla en voz alta sin cesar, no deja hablar a nadie y al comer se mete el cuchillo en la boca.

¿Un monstruo en la cama?

No. Dice Stefan Zweig: “No nos engañemos: Balzac no fue nunca un donjuán, un Casanova, un erotómano”.

¿Qué era entonces lo que hacía de este tipo feo, vulgar, sucio, lobísimo y mal educado un hombre extraordinariamente seductor?

La receta tiene una variedad de componentes. Casi todos los testimonios se refieren a la inteligencia de sus ojos; también a su capacidad de endulzarles el oído a las féminas con palabras bonitas y declaraciones apasionadas de amor y lirismo; era persistente hasta el derribo; era buena persona; era inagotable trabajador; tenía “un constante buen humor, tan abundante que contagiaba”; y, sobre todo, era un hombre superior, un genio del que brotaba un vigor especial.

Balzac se veía a sí mismo como un sujeto de contrastes. Veamos:

Quien quisiera calificarme de pródigo, obstinado, ligero, destituido de verdadera consecuencia en el pensar, presumido, negligente, perezoso, falta de cuidado y reflexión, carente de perseverancia, parlanchín, indiscreto, mal educado, descortés, extravagante y de ánimo mudable, tendría tanta razón como si dijera que soy económico, modesto, valeroso, tenaz, enérgico, cuidadoso, trabajador, perseverante, discreto, lleno de delicadeza y cortesía y siempre alegre... He acabado por creer que solo soy un instrumento con el que las circunstancias se divierten.

## Poca mamá, muchas mamitas

Las circunstancias, sin embargo, se divertieron poco durante su infancia, que fue más bien triste y signada por la frialdad de sus padres y la severidad de un aya que parecía haber tenido a Herodes como entrenador personal. Su mejor amigo era un perro llamado Mosco (*Mouche*) en honor a los insectos dípteros que eran, a su turno, los mejores amigos del can. Honorato de Balzac nació el 20 de mayo de 1799 en Tours (Francia). Su nombre debería haber sido Honorato Balssa, pero la familia lo modificó unos años antes por otro semejante que le parecía de mayor alcurnia. El escritor se encargó de insertarle una dosis adicional de falso abolengo cuando le interpuso ese “De” Balzac inexistente.

El padre era funcionario público y la madre resultó bastante “mundana e inmoral”, pero, sobre todo, insigne manipuladora de la familia. Cinco fueron los hermanos Balzac. El mayor murió en la cuna; el segundo fue Honorato y a este siguieron Laura (la hermana preferida)<sup>3</sup>, Laurence y Henry-François.

La dejadez de la progenitora marcó la vida del hijo, que desde entonces anduvo buscando el afecto maternal que le faltó. Ello explica que varias de sus relaciones hubieran sido con mujeres mayores que él. Balzac atribuía tan peculiar preferencia a la pedagogía sentimental y erótica que podía desempeñar una amante cuarentona con un amante veinteañero, como fue su caso: “La súbita revelación de la poesía de los sentidos —dice en su novela *El lirio del valle*— constituye el vigoroso lazo que ata a los jóvenes a las mujeres de más edad que ellos”. Existen, sin embargo, explicaciones psicoanalíticas más complejas. Sigmund Freud, que culpaba de casi todo a la relación traumática entre madres e hijos<sup>4</sup>, habría afirmado que la actitud refractaria de mamá Balzac impulsó al muchacho a buscar un sustituto materno en señoras de más experiencia. En otras palabras, lo que se le negó en la cuna pretendía conseguirlo en la cama. El asunto es que Balzac estuvo lejos de su mamá durante casi toda su niñez y su primera juventud, y luego la vieja lo incordió de tal manera que el pobre añoraba sus tiempos de internado, soledad, desdicha y enfermedades. Por presión de los progenitores se graduó en la escuela de Derecho, carrera que odiaba, y trabajó en una notaría.

Apenas pudo, Honorato abandonó los códigos y se entregó a su verdadera vocación: escribir. Para ello, se marchó a vivir y a pasar hambre en París, como si fuera un novelista del *boom* latinoamericano. Empezó empleado de *negro*, es decir de autor fantasma; en asocio con un amigo, pergeñaba novelones populares a velocidad supersónica y sin pensar en niveles de calidad, como si se tratara de vallenatos comerciales. Luego un editor se encargaba de venderlos con diversos seudónimos y cobraban una pequeña suma fija. De la actividad anónima y apurada proviene cierto desarreglo en el estilo posterior de su obra. Al mismo tiempo, el joven autor comenzó a visitar diversos periódicos, publicaciones y editoriales pequeños en plan de colocarles artículos o narraciones. Eran tiempos de fascinación con el periodismo, superados los años de censura napoleónica. “La prensa representa la inteligencia humana y la mismísima civilización”, escribió entonces Honorato. No era el único que pensaba así. Casi todos los grandes escritores franceses eran periodistas. Tanto entusiasmo no lo acompañó toda la vida. Terminó haciendo “periodismo para atacar a los periodistas”, como dijo un colega suyo. Balzac dictó sentencia final con un aforismo o tuitar anticipado: “Si la prensa no existiera, no sería necesario inventarla”. Cuando, gracias a la prensa, el joven Balzac ya ganaba lo suficiente para llevar una vida sin excesivas privaciones, cayó víctima por primera vez del demonio que engaña a quienes tienen ambiciones de riqueza pero no saben hacer negocios. Punto este en el que conviene decir que Balzac fue uno de los más gloriosos novelistas de Francia pero también su más lamentable administrador de bienes y dineros. Existe una especie social que casi siempre se beneficia de las movidas económicas; son los llamados hombres de negocios. Y otra que siempre pierde, que son los hombres de *malos* negocios. Estos carecen de oído para la plata y todo lo que tocan lo convierten en deudas. Balzac era uno de ellos. Otro fue Johan Cruyff, uno de los más extraordinarios futbolistas de todos los tiempos y el mejor pagado del mundo en su época gloriosa. Guiado por sus deplorables instintos financieros (solo inferiores a los de Balzac), Cruyff invirtió buena parte de su fortuna en una cría de marranos que casi lo arruina. Zapatero a tus zapatos; futbolista a tu balón; escritor a tus libros; marranero a tus marranos. Salvo los últimos años, Balzac vivió siempre con un presupuesto apretado y, en ocasiones, en ceros. Pero no porque no ganara dinero con sus libros y no pidiera prestados fondos, sino porque, de una parte, vivía por encima de sus posibilidades, y, de otra, invertía obsesivamente en



negocios ruinosos.

## La familia que yace unida

Fallecido Balzac, a su familia la ensombreció la desgracia.

Tras su muerte, Evelina Hanska pagó religiosamente las deudas pendientes, se distrajo con un par de amantes, negoció la edición de las obras de su marido, defendió su memoria, y murió en la pobreza en 1882 en la misma casa donde vivieron esos pocos meses juntos.

La acompañaron su hija Anna y George, el cónyuge, a quien Anna veía como un dios. Lamentablemente, la religión de Anna era el consumismo y sucumbió ante los encantos del comercio parisino. Dejó buena parte de la herencia de su padre y su padrastro en joyerías, cristalerías y peleterías. Unos años después, malvendió el castillo que le había correspondido en Ucrania.

En 1875, George sufrió una hemorragia cerebral y perdió la razón. Murió demente en 1881, un año antes que Eva. Desolada, Anna se deshizo de los pocos bienes que le quedaban, entre ellos una colección de escarabajos disecados que atesoraba su añorado esposo, y a los 55 años, al no tener hijos que cuidar, se retiró al convento de las Damas de la Cruz, en París. Allí se distinguió como monja hacendosa y amable y solo se asomó al mundo en 1907, cuando escribió una carta para defender a su madre de las calumnias de un articulista. Falleció en 1915 a los 87 años, y entonces se produjo un hecho curioso: en vida de los protagonistas, la familia del conde consideraba que Balzac era un pobre diablo que se arrimaba a la sombra frondosa de los Hanski, y Balzac, a su turno, se oponía a que Anne casara con un parásito de la nobleza como George. Ahora, los cuatro miembros de la familia se habían reunido en una estrecha tumba del cementerio Père Lachaise. Y allí continúan.

*La eterna comedia humana....*

En aquella época en que despachaba panfletos románticos con seudónimo decidió que era mejor negocio publicar que escribir y se convirtió en lo que hoy se llamaría “emprendedor editorial”. La genial idea consistía en imprimir las obras completas de Molière y La Fontaine. Consideró que, como eran sobradamente populares, la gente compraría sin vacilar sus libros. No llegó a suponer que, por el contrario, debían su sobrada popularidad al hecho de que la gente ya había adquirido sus libros. El resultado fue que lanzó 2.000 ejemplares y solo vendió 20. De este modo se quedó sin lectores, sin recursos,

plagado de deudas y con un depósito repleto de libros ociosos. Se le ocurrió entonces que, mejor que escribir y editar volúmenes, era imprimirlos y distribuirlos. Fue así como montó en París una tipografía que constaba de un taller y una pequeña y coqueta alcoba; allí publicó obras prácticas, una de las cuales ignoró por su propio riesgo: *Cómo pagar deudas y satisfacer a sus acreedores* (juro que es verdad). Resultado: se quebró, pero dio buen uso a la alcoba. Para resarcirse compró una fundición de tipos de imprenta y estos tipos también lo engañaron; allí se fundió el capital que le había aportado la maravillosa *madame* De Berny. Su olfato empresarial le dijo que era el momento de publicar una revista, pero una vez más estaba mal de olfato. Por cuenta de este nuevo fracaso perdió una hermosa casa en las afueras de París (Sèvres).

Después de sus resbalones como inversionista urbano decidió hacerse rico en el campo. Estuvo a punto de dilapidar un dineral en un gigantesco sembrado de piñas tropicales, con la idea de que el problema de la falta de sol y calor para los cultivos se solucionaba montando (juro que es verdad) unas estufas colosales. Balzac, sobra decirlo, no distinguía una estufa de una estafa. Por fortuna alguien lo disuadió a tiempo. Pero otro iluso lo convenció en 1837 de comprar extensos terrenos por una región donde debería pasar el ferrocarril. El único tren que pasó fue el de los acreedores. Sin embargo, aún no había aprendido la lección. Ese mismo año conoció en Italia a un avivato que le vendió unas minas de plata abandonadas en Cerdeña. Buscando el tesoro perdió tres meses de viaje, perdió la salud y perdió el dinero. Desesperado, confesó en carta a una amiga que estaba pensando en la posibilidad de “ir a parar con mis huesos a Brasil”. Imagínense: ¡a Brasil, a la sazón una tierra medio salvaje que no había inventado aún la tanga ni el samba y ni siquiera conocía el fútbol!

Lo curioso y lo triste es que varios de estos negocios en que se esfumó el capital de la familia Balzac y de sus amigos más tarde funcionaron muy bien en manos de personas con talento gerencial. Hasta las minas abandonadas, que en 1847 solo producían escoria, 13 años después eran un emporio donde laboraban 9.171 trabajadores. Tan amargas experiencias al menos sirvieron a Balzac para incorporar el dinero como uno de los principales temas de *La comedia humana*. Una de sus obras, *César Birotteau* (1837), relata las aventuras financieras de alguien que, como él, encontró un tesoro —en este caso una perfumería—y acabó en la ruina por culpa de su ineptitud y la viveza

de los bancos y de sus socios<sup>5</sup>. Queda el consuelo de que Balzac no conoció a Johan Cruyff. De lo contrario, se habría hecho socio suyo en la cría de chanchos.

Tenía Balzac apenas 26 años cuando inició el largo y tortuoso camino de los pagarés, los avales, las hipotecas y los embargos. Vista la historia en retroceso, resulta justo agradecer a los usureros y acreedores la avaricia con que arrinconaban a Balzac, pues gracias a ella el buen Honorato se veía obligado a sumirse en temporadas creativas que le demandaban hasta 17 horas diarias de pluma, papel y café negro<sup>6</sup>. La pobreza fue madre de esa obra prodigiosa que ha enriquecido a tantos editores y libreros. Podemos decir que la deuda de la literatura con Balzac es enorme, pero no es mayor que la del autor con sus acreedores.



Sus primeros éxitos tardaron en llegar. Llevaba ya doce años malviviendo de sus escritos cuando cuajó su primer *best seller*. Se trata de *Piel de zapa*, que el público y la crítica recibieron con curiosidad y entusiasmo. La curiosidad se debía a que aun hoy se ignora lo que significa el título —los invito a buscar *zapa* en el diccionario<sup>7</sup>—, y el entusiasmo al hecho de que, si

bien no parecía fantástica literatura, sí constituía literatura fantástica. Esta obra es la primera del autor francés en que reaparecen personajes de otra novela suya, como en las páginas sociales. Tamaña invención será una de las características de la literatura balzaciana.

Empero, aún no había llegado el momento genial de *monsieur* Honorato. Fue al año siguiente, cuando tuvo la idea de plasmar en una serie de novelas el retrato global de la sociedad en que vivía. En contraste con *La divina comedia*, el extenso poema italiano cuya compleja estructura lo convierte en una lectura verdaderamente dantesca, bautizó a su diorama *La comedia humana*. En total, la obra suma cerca de 30.000 páginas por las cuales desfilan 2.472 personajes. De ellos, cerca de 600 aparecen en varias historias. Según André Maurois, uno de los mejores biógrafos de Balzac, “la obra está concebida de tal modo que para caer en su encantamiento hace falta leerla completa”. Más modestamente, otros críticos recomiendan como muestra un puñado de títulos claves: *Eugenia Grandet*, *Papá Goriot*, *César Birotteau*, *El lirio en el valle*, *Ilusiones perdidas*, *La prima Bette*, *El primo Pons* y *Esplendor y miseria de las cortesanas*<sup>8</sup>. Desde su paulatina aparición, el mosaico de relatos dio popularidad internacional al autor y provocó elogiosos comentarios. “He aprendido más en Balzac que en todos los libros de historiadores, economistas y estadísticos profesionales juntos”, dijo Federico Engels, llave de Karl Marx. En cuanto a este, asegura el crítico e historiador británico Terry Eagleton que “Marx habría preferido escribir sobre Balzac que sobre economía”. Los capitalistas también lo habrían preferido.

Vistas las eternas jornadas de trabajo, el tiempo dedicado a la lectura (era un notable bibliómano), los días que consumía cualquier viaje (le encantaba viajar), los problemas económicos y los tropiezos de salud que oprimían a Balzac, es inevitable preguntarse a qué horas se dedicaba a su pasatiempo favorito, que era enamorar señoras, de ser posible mayores que él. Los cálculos son difíciles, pero el resultado es maravilloso, porque tuvo a lo largo de su medio siglo de vida numerosas amantes. A todas les ofrecía esta vida y la otra, a todas las embadurnaba de piropos melosos, lloraba con todas y se acostaba con casi todas. Que conste, del grupo de nombres femeninos más asociados con el escritor solo una le dio calabazas: la condesa italiana Clara Maffei, a quien invitó a un romántico paseo veneciano en góndola y se

encontró con que ella lo mandaba a ahogarse en el Sena por atrevido. No se sabe bien si la dulce duquesa de Castries (Henriette de Maillé), que protagonizó ardoroso adulterio con el hijo del canciller austriaco Metternich, compartió o no cama con Balzac. Dicen algunos que Honorato no logró heredar el sitio de Metternich Junior, pero Juanita Helm Floyd, la historiadora que más sabe de sus amores, afirma que “durante un corto período fue ama total de su corazón”. Se supone que no se refiere solo al músculo cardíaco. A propósito, la historia con Metternich tuvo mal final, pues Henriette quedó inválida tras caer de un caballo y el tierno amante falleció de tuberculosis. Habría que excluir de la fogosa lista también a Zulma Carraud (1796-1889), condiscípula de su hermana Laura, que fue amiga del alma —y solo del alma— del escritor. “Zulma —dice Stefan Zweig— la mejor, la más noble, la más pura y la más duradera de sus amistades”. Durante un breve tiempo parecía que entre los dos podía surgir un romance, pero ambos hundieron a tiempo el pedal del freno. El pretexto de Zulma lo han oído muchos varones: “Lo que pasa es que yo a ti te quiero como a un hijo” (era mayor que él, como corresponde). Ahí terminó todo brote erótico y nació una amistad de esas que llaman sincera. Tanto, que Zulma se daba el lujo de criticarle a Honorato sus cursilerías: “Amo lo intrínsecamente bueno y cordial de Balzac, que se esconde detrás de sus reposteros de muselina, sus cortinas de cachemira y sus bustos de bronce”. *Madame* Carraud fue para Honorato una hermana más.

Aunque las mujeres fueran su predilección —y mejor si eran nobles—, Balzac era un gran observador de individuos de toda índole, edad y condición social. Esto le permitió trasplantar a su formidable rascacielos literario a cientos de conocidos que, revividos por su pluma, se convirtieron en personajes famosos.

En el *top ten* de mujeres que sacudieron colchones con el escritor figuran las siguientes (en orden alfabético, no de desempeño):

- La duquesa de Abrantes, Laura Permon (mayor que él 15 años); viuda, autora de novelas románticas.
- *Madame* De Berny, Laura Hinner, condesa de Gabriel (mayor que él 22 años); casada y apodada *la Dilecta*. Sobre ella volvió varias veces Balzac y volveremos también nosotros más adelante.

- *Madame* Marie-Louise Daminois, esposa de Guy du Fresnay; joven y sencilla niñera (menor que él ocho años), a quien dedicó la novela *Eugenia Grandet*.
- Marcelina Desbordes-Valmore, poetisa y cantante (13 años mayor que Balzac). Se veían en una buhardilla cuya escalera tenía cien escalones. ¿Se imaginan el agotador esfuerzo de cada visita?
- *Madame* De Girardin, Delphine Gay, fanática de su obra y menor que él cinco años; lo invitó con frecuencia a su casa, donde hablaban de literatura mientras se recuperaban de otras actividades.
- Condesa de Guidoboni-Visconti, Frances-Sarah Lovell, cinco años menor, inglesa casada con un italiano. Con ella y con el esposo de ella (que aportó el apellido) tuvo un hijo en 1836.
- Condesa Hanska, Evelina Rzewuska, *la Extranjera* y *La Predilecta*. Merece capítulo aparte.
- Luisa, *la Misteriosa*. Aunque la condesa Hanska la acusó de “haber vendido sus favores” al escritor, no está probado que los amores con esta enigmática mujer hayan superado la etapa postal. La incluimos porque con Balzac uno nunca sabe...
- *Madame* De Marbouty, Caroline Pétiniaud. Escritora tres años menor que Honorato. Disfrazada de varón para evitar escándalos, realizó un rocambolesco viaje a Italia con Balzac como compañero de habitación.
- *Madame* Hélène-Marie-Félicité Valette, casada, menor ocho años que Balzac. Consta en sus cartas que pasó varias noches con el escritor protegida por un falso nombre<sup>9</sup>.

Como se ve, abundan en la lista señoras con títulos de nobleza, generalmente heredados de los mismos maridos a quienes ponían los cuernos con este escritor provinciano, cursi, feo, levemente arribista y desaseado, pero genial. En el firmamento erótico de don Honorato aparecen dos figuras sobresalientes, que llenan sendas etapas de su vida. Son la señora Berny (1777-1836) y la condesa Hanska (1801-1882). De ellas nos ocuparemos enseguida.



## Un genio sin monumento

Desde su adolescencia, Honorato de Balzac habitó una docena de viviendas en París. Solo se conserva en pie una de ellas, la del actual museo.

Una de las primeras fue la buhardilla donde abandonó el Derecho e inició su carrera de escritor. Veinte años después tenía alquilada una habitación en la casa de un sastre, lo cual sugiere que se había hecho escritor, pero aún no de éxito.

Agobiado por las deudas, montó en 1840 una trampa para acreedores. Se trataba de una casa relativamente modesta en el barrio de Passy, con entrada principal sobre una calle y salida secreta de escape por otra. Veía llegar a los cobradores por la primera y huía por la segunda. Arrendó con un falso nombre esta vivienda entre 1840 y 1847, de manera que en 1845, cuando la condesa Hanska acudió por primera vez a París con él, se alojó allí. En 1913 el Estado francés compró la casa y la declaró monumento histórico. Es donde funciona el actual Museo de Balzac, en el número 47 de la calle de Raynouard, muy inferior a la trascendencia del escritor.

Todas las ilusiones y todo el dinero de *monsieur* Honoré se destinaban a una gran mansión donde él y Eva debían vivir felices y comer perdices durante muchos años. La encontró el novelista y la pagaron entre ambos en la calle Fortunée. Durante 40 meses Balzac la dotó de vajillas legendarias, “escritorios principescos”, cuadros y esculturas de famosos artistas, lámparas magníficas. Los amantes remitían antigüedades y mobiliarios de lujo desde diversos lugares de Europa.

Sin embargo, no se dio el futuro dichoso por el que habían trabajado ambos, sobre todo Honorato. El escritor llegó enfermo a la casa estrenando esposa y agonizó en ella durante cuatro meses antes de morir.

En los años siguientes la viuda planeó convertir la mansión en un gran centro donde se rindiera culto al autor desaparecido. Pero la misma tarde en que ella falleció en 1852, los acreedores entraron a saco en el edificio, echaron a su hija y se apoderaron de los objetos y bienes a fin de rematarlos.

Para mayor ignominia, la familia de los multimillonarios Rotschild, propietaria del predio vecino y del palacete que allí se levanta, compró el inmueble de los Balzac y, sin consideración alguna con la memoria de quien era y es gloria literaria de Francia, procedió a demolerla para ampliar sus jardines.

Hoy recuerdan al genial novelista unas pocas placas en el reciente muro exterior. En la esquina misma donde se levantó el hogar soñado nada más hay un prado verde con dos esculturas bronceas. Las esculturas ni siquiera son del personaje que allí murió hace más de un siglo y medio, sino de dos venados de

corta edad, dos cervatillos flacos y temerosos.

Francia permitió que en su propia casa sustituyeran a Balzac por Bambi.

## La Dilecta

Tratándose de alguien que ha padecido en su niñez el síndrome de la madre ausente, Balzac habría podido enamorarse perdidamente de su propia progenitora. No lo hizo así por fortuna. Y no es porque uno tenga nada contra el incesto, sino porque la vieja era detestable. En cambio, optó por rendirse ante la mejor amiga de su madre, que era un sol de mujer. Se llamaba Louise Antoinette Laure Hinner, más conocida como *madame* Laura de Berny por el apellido de su primer esposo, mayor que ella 24 años.

Diferencia parecida, como hemos dicho, era la de 22 años que le llevaba ella al volcánico joven que en 1821 empezó a pedirle cosas que nadie suele pedir a las amigas de la mamá. Que lo alce, que lo consienta, que lo bañe, que le dé pecho... ¿a los 23 años? Muuuuy raro...

Todo empezó por cartas apasionadas, estrategia que aplicó casi siempre Balzac<sup>10</sup>. Laura al principio se sorprendió, luego se burló, más tarde se interesó y acabó entregándose al atrevido muchachito. Antes de que surgiera la candela hubo un periodo en que las dos familias vivían en la misma localidad (Villepreisis). Probablemente se conocieron en 1820; él la menciona por primera vez en una carta de 1822, donde dice a su hermana que *madame* De Berny acaba de tener su primer nieto. Unos meses después, la aún atractiva abuela de 45 años pide a Balzac, que tiene exactamente la mitad, una ayuda para la preparación de los exámenes de uno de sus hijos. Honorato, para entonces un inmaduro emprendedor —como se lo llamaría hoy, porque jugaba a ser empresario con ideas propias y plata ajena— acepta el encargo y se traslada casi todos los días a casa de los Berny. ¿Cómo decir que no a la amiga de mamá?

La proximidad enciende en él una llamita y comienza un largo intercambio de correspondencia salpicada de frases de amor del hijo de la amiga y apelaciones de *madame* al sentido común, la moral, las buenas costumbres, la diferencia de edad y su condición de madre de nueve hijos y mujer casada. Por un tiempo, el joven se da por vencido. “Entiendo su rechazo —le escribe—. Sé que su carta es un ultimátum. Adiós, adiós, me desespero y sufro... Aunque sé que para usted es indiferente lo que me ocurra”. *Adieu, au revoir, à bientôt...*, y, sin embargo, pasado un tiempo, Balzac vuelve a la carga: la insistencia es

una de sus más poderosas armas<sup>11</sup>. Le dice que se contenta con un besito. Y lo logra. André Maurois recrea la escena: “Una noche, se sientan en un banco frente a un jardín bajo las estrellas, envueltos por la oscuridad. Ella le permite entonces un primer beso”. Como todos los hombres, ahora el joven quiere más. Pero, observa púdicamente el biógrafo, la señora “le demora el regalo total”. Hasta que “una noche, luego de una falsa ruptura de relaciones, Balzac regresa a buscarla, la encuentra en el jardín... y ella cede”. Coronó, como se dice ahora.

Desde ese momento hasta la muerte de la dama, en 1836, *madame De Berny*, pequeña, culta, melómana y encantadora, se erigió como *la Dilecta*, es decir, la bienamada. Ambos disfrutaron de su extraña relación de pareja. No hay duda de que el romance avivó ímpetus femeninos en esta mujer cuya partida de nacimiento desfilaba hacia las bodas de oro. En una carta a su joven amante le revela lo que siente cuando está con él: “Tiemblo, no tengo ideas claras y precisas, mi corazón me invade por completo, sí, ocupa todo mi ser, me eleva el pensamiento y me deja presa del amor, ¡pero qué amor! Gracias a ti por hacerme sentir una mujer viva de la cabeza a los pies”<sup>12</sup>. Compañera sensual de Honorato de la cabeza a los pies fue la señora, pero también lo fue espiritual, cultural y financieramente. Leía sus borradores y comentaba con él sus libros y los de otros autores. En los malos momentos no solo brindó al amante apoyo moral, sino también económico. Del cariño por la dama dejó Balzac reiterados y emocionados testimonios. “Será injusto si no dijera que entre 1823 y 1833 un ángel me sostuvo durante mi difícil lucha —escribió—. *Madame De Berny*, aunque casada, fue como un ángel para mí: fue madre, amiga, consejera; me formó como escritor, me consoló como joven, me infundió su gusto, lloró como una hermana, rio y me visitó todos los días, como un sueño benefactor”. Con menos euforia miraron su relación la madre de Balzac y sus hermanas. En cambio, los hijos mayores de la señora Berny, que estaban más próximos en edad al escritor que este a su amante, fueron tolerantes y comprensivos.

En 1834, la salud de la Dilecta comenzó a deteriorarse de manera lenta pero irreparable. Tenía encima 57 años, dos maridos, dos amantes y una enfermedad arterial que la aquejaba. Mientras tanto, Balzac coqueteaba con la De Castries y en el verano de 1836 realizó aquel famoso viaje a Italia en compañía de la Marbouty disfrazada de varón. No bien regresó a París, abrió

la correspondencia atrasada y leyó una carta en que un hijo de Laura de Berny le comunicaba el fallecimiento de su mamá. Fue un golpe terrible para el escritor, que volvía tan contento de su pícaro paseo. Desgarrado por no haber estado al lado de la mujer que fue para él más importante que las demás, dejó entonces una nueva prueba de su amor por ella:

He perdido a la persona que más quise en el mundo, la que fue para mí más que una madre, más que una amiga, más que lo que cualquier criatura humana puede ser de otra. Solo podría expresarla con la palabra *divina*. Ella me sostuvo a través de las tempestades y problemas con sus palabras, sus obras y su entera devoción. Si hoy estoy vivo, es gracias a ella.

Laura de Berny murió el 27 de julio de 1836, a diez meses de cumplir seis décadas. ¿Por qué entonces señala Balzac el año de 1833 como punto final de la relación? La explicación es que en 1832 había conocido a otra mujer que lo enloqueció y desplazó hacia ella su amor constante por la amiga de su madre. Se llamaba Evelina Rzewuska, pero tras su matrimonio con el barón Wacław Hanski adoptó su apellido y ha pasado a la historia como la condesa Eva Hanska.

## La Predilecta

De familia noble polaca, nació en 1801 en Vinnytsia, villa de Ucrania que se hizo dolorosamente célebre más de un siglo después por la masacre de cerca de 10.000 ciudadanos ejecutada en 1937, en tiempos en que Ucrania fue parte de la Unión Soviética y el amo de esta era José Stalin<sup>13</sup>.

La relación entre Eva Hanska y Honorato de Balzac empezó el 28 de febrero de 1832 cuando el escritor abrió una carta elogiosa firmada por “la Extranjera”, y terminó el 18 de agosto de 1850, día en que murió Balzac. Durante la mayor parte de esos dieciocho años y medio vivieron lejos el uno de la otra: él en París, ella en Ucrania o en otras ciudades europeas. Mantuvieron primero una amistad epistolar que se convirtió en amor de papel; se encontraron cara a cara por primera vez en septiembre de 1833 y realizaron varios viajes juntos: a Rusia, a Suiza, a Ucrania, a Alemania, a Austria, a Francia... Durante siete largos años dejaron de verse y, aunque nunca suspendieron su correspondencia, hubo épocas en que las pasiones flameaban y otras en que se volvían de hielo. Al final de cuentas, solo llegaron a cohabitar durante un par de años. Eva quedó embarazada del novelista dos veces, cuando ya tenía 45 años, pero las criaturas murieron antes de nacer; solo pudieron casarse tras largas dudas y esperas burocráticas y el escritor murió apenas cinco meses después de ver cumplido su ideal de un hogar estable con la condesa. Resulta difícil imaginar las dificultades de este romance del que dijo uno biógrafo que “es uno de los más nobles del mundo y el más prolongado en la historia de la literatura”. Sin telégrafo, teléfono, trenes, automóviles, aviones ni redes electrónicas, cualquier cita implicaba una odisea. Era preciso someterse a la tortura de recorrer en coche de caballos miles de kilómetros (1.230 separan hoy a París de Viena y 2.300, de Vinnytsia) a través de caminos con frecuencia intransitables. Una cosa es comunicarse por What’sApp con la novia dos horas antes de arribar al destino y decirle “Mi amor, el avión está a punto de despegar”, y otra, que implicaba semanas de preparación y largas jornadas, era gastar dos meses sorteando trochas y aguantando sacudones en una caja con ruedas. Tampoco se sabía a ciencia cierta cuánto tardaría una carta, hasta el punto de que alguna vez el poeta llegó a un encuentro con Eva antes que la misiva en la cual, días antes de

salir, le anunciaba su viaje. Cualquier desplazamiento resultaba costosísimo, pues los viajeros solían llevar un ayudante y numerosos baúles; muchos trayectos que hoy se agotan en el plazo en que el pasajero del avión consume un café, exigían hace dos siglos interminables jornadas de bamboleo y desvelarse ocho, doce, veinte noches en posadas pulguientas. Buena parte de la permanente quiebra en que vivía Balzac era por culpa de los traslados para ver a su amada. En cuanto a la imagen que podía hacerse una persona de otra, al faltar el Facebook, el *selfie* e incluso la Kodak Fiesta, corría por cuenta de la prosa y de algún retrato o dibujo. Por minuciosas que fueran las descripciones de los individuos sobre ellos mismos, rara vez se parecían de manera fiel a la realidad. Quienes conocieron a Eva celebraron su belleza morena. “Su hermosura justificaba cualquier locura —señaló el escritor Jules Barbey d’Aurevilly—. Era imponente y noble, un poco masiva, un poco abultada, pero dotada de un vivo encanto”<sup>14</sup>.

La carta que estableció en 1832 un contacto que iba a convertirse en famosa historia de amor había sido escrita por Eva en el castillo de Wierchowina, propiedad familiar ucraniana alejada del mundo, donde vivían dos sedientos bibliómanos: Evelina y su rico marido, el falso conde y auténtico señor feudal Wencesalo Hanski, 20 años mayor que ella. De siete hijos que tuvieron, seis murieron en la infancia y solo sobrevivió Anna. Marido y mujer habían leído *Piel de zapa* y, como cualquier hinchado contemporáneo, acordaron manifestar al autor su admiración. A Balzac le intrigó que la carta procediera de tan lejos y llevara seudónimo femenino. Tras un breve intercambio epistolar, la Extranjera reveló su identidad y el hombre empezó a obsesionarse con la enigmática, noble y culta condesa que decía tener cuatro años menos que él. En realidad eran solo dos (él tenía 33 y ella 31). Si hubiera sido mayor que Balzac, este, con el amor que despertaban en él las señoras de modelo anterior al suyo, seguramente habría partido a buscarla de inmediato. En los meses siguientes, cartas fueron y vinieron y el escritor no tardó en pasar de la curiosidad al amor ciego. Por fin ella aceptó una primera cita, y el lugar elegido fue Neuchâtel, preciosa y milenaria ciudad suiza al borde de un lago suizo y con montañas suizas que parece haber posado para tarjetas postales suizas. La familia Hanski había programado sus vacaciones en la pintoresca población, y hasta allí llegó Balzac, convocado en secreto por esa fascinante polaca de Ucrania a la que nunca había visto. Programaron los detalles del

encuentro por carta en clave que él envió al hotel donde se alojaban Eva y los suyos. Sería el 26 de septiembre en el paseo del lago entre la 1:00 p.m. y las 4:00 p.m. Ella llevaría una mantilla violeta y él un bastón. “Estaré todo el tiempo mirando el lago”, escribió él. Probablemente ocurrió unos 15 o 20 minutos después de la una. De lo que hablaron y del tiempo que duró la primera reunión se desconocen minucias. Pero de sus cartas es posible inferir que Eva, distinguida dama de sociedad, encontró al novelista un poco vulgar y, sin embargo, quedó arrebatada. Aplicando la técnica que tan buenos resultados le dio con *madame* De Berny, Balzac le robó un beso a esa mujer que antes imaginaba en sueños y ahora tenía en carne y huesos a su lado. La sorpresa fue que ella le reprochara que su audacia se hubiese limitado a tan poca cosa.

—¡Perverso! —le escribió la condesa—. ¿Acaso no te diste cuenta de todo lo que yo deseaba?

Durante los días siguientes las circunstancias conspiraron contra cualquier posible intimidad, de modo que Eva y Honorato acabaron tensos y frustrados. Confesó Balzac a su hermana: “El maldito marido no nos dejó solos ni un solo segundo durante cinco días”. No hay nada más desagradable para un amante fiel que un marido impertinente. Pero Eva estaba decidida a entregar “el supremo regalo” y lo convocó para que la visitara en Ginebra, donde estaría con su familia a finales del año. “¡En Ginebra, oh, mi ángel adorado, yo aportaré a mi amor mucho más que espíritu!”. Y lo cumplió. Durante 40 días, entre el Año Viejo de 1833 y el 30 de enero de 1834, la pareja aprovechó múltiples oportunidades de íntimo acercamiento. Cuando se separaron, ya Balzac no la llamaba “honorable condesa”, sino *Rosa de Occidente, Estrella del Norte, Hada, Ángel Celestial, Faro, Louloup* y, en contraste con *la Dilecta, la Predilecta*. Es decir, la preferida, la favorita, la pechichona.

Tan prometedor romance sufrió numerosos contratiempos a lo largo de los años. Solo volvieron a encontrarse en Venecia meses más tarde, y ella estaba tan asediada por familiares y amigos que no pudieron ni bailar un valsecito. Balzac había invertido buena parte de su escasa fortuna, muchas ilusiones y dos semanas de viaje, y solo logró cosechar sonrisitas cómplices y miradas picaronas. Ínfimo beneficio para alguien tan apasionado. Más tarde admitió que ese periplo había sido “la mayor locura de mi vida”. No volverán a verse hasta 1843. La correspondencia siguió fluyendo, sin embargo, y con ella los ardores, las declaraciones de amor, los deseos de Balzac, cada vez más descarados, de que estirara los botines el viejo marido para casarse con la



viuda. A su turno, Eva le hizo jurar que no coquetearía con mujer alguna y Honorato, como cualquier varón, juró que así lo haría, pero no paró de conquistar novias ocasionales... como cualquier varón. Los Hanski pasaban temporadas en San Petersburgo y se aburrían en su palacete rural de 30 habitaciones en Ucrania. La condesa, que se fascinaba con los personajes famosos, como las chicas de hoy, le pidió a su lejano amante que recolectara autógrafos de escritores, artistas y políticos. Balzac lo hizo y, en algunos casos, solicitó a amigos suyos que visitaran a los Hanski en caso de que viajaran a San Petersburgo. Franz Liszt acudió a dar recitales en Rusia y atendió el ruego de reportar su llegada a los Hanski. Recibió entonces atenciones del conde Wenceslao y también de su mujer, a quien el músico, célebre donjuán, pretendió agradecerle en la intimidad de su alcoba. Ella lo rechazó y él le censuró su gazmoñería<sup>15</sup>.

## La propecta

Pero el almanaque y la distancia no dejan de cumplir su infame trabajo y los ánimos de Balzac y la condesa se enfrían poco a poco. La extensión de las cartas se abrevia, los reproches de Eva por el tipo de vida que él lleva se multiplican y cuando el escritor ofrece visitarla solamente consigue negativas por el temor de la amada a perder el favor de la sociedad y complicar su situación conyugal. En algún momento ella deja de escribirle y él, que creía en pendejadas esotéricas, pregunta a un adivino si acaso la condesa falleció. “Si no ha muerto, vive”, debió de responderle sabiamente el pitoniso.

Hasta que por fin una trágica noticia enciende una luz; la luz perpetua que brilla para el conde cuando la enfermedad que arrastraba desde años atrás lo derrota de manera definitiva. El 5 de enero de 1842 llega una carta de Eva en la que anuncia que su marido ha muerto el 10 de noviembre anterior. Balzac no puede disimular su cruel entusiasmo y anuncia que viajará de inmediato a verla y contraer matrimonio. Pero la viuda lo frena, pues las leyes ucranianas la despojarían de su herencia si se casa con un extranjero. Le pide paciencia. ¿Cuánta paciencia? ¡Tres años! El francés dice resignarse, pero se aparece en San Petersburgo al año siguiente. Llevaban siete alejados. Lo que continúa es un calvario, pero al menos pasan mucho tiempo juntos. No pueden casarse sin que antes haga lo mismo Anna, la hija de la condesa, para que pueda heredar a su papá y garantizar a su mamá una pensión. Mientras los abogados y Cupido trabajan, Balzac y la condesa emprenden discretos viajes juntos —uno de ellos de incógnito a París—, hasta que por fin le consiguen a la niña un partido aceptable, el conde polaco George de Mniszech. La boda tuvo lugar en octubre de 1846. Balzac, que ya había tenido que soportar al difunto marido de su amante como apéndice y más tarde a la hija, pensó que ahora Eva quedaría en libertad. Pero no. En adelante, Anna y George se convirtieron en parte de la comparsa viajera. La verdad es que se llevaban bien y Honorato acabó por querer a Anna como a una hija. Vencidos los mayores problemas, Balzac se instaló a vivir durante más de un año en la hacienda de Wierchownia, donde escribía artículos y novelas a la espera de que los tropiezos de oficina autorizaran su matrimonio con la viuda. Los historiadores niegan que aquellos meses de reclusión acompañado por Eva, su hija y su yernastro hubieran

mermado su producción como autor. Por el contrario, la condesa lo puyaba para que trabajara más. Una larga lista de capítulos y ensayos respaldan la afirmación.

Lo que sí se vino abajo fue la salud de este hombre que se cuidaba tan poco. Cada vez dormía menos, padecía dolores más intensos en las articulaciones, se sentía más fatigado, engordaba y perdía movilidad. Si hubieran existido entonces los índices y exámenes de laboratorio que hoy existen, se habrían disparado las alarmas del colesterol, los triglicéridos, la hemoglobina, el antígeno prostático, los lípidos, el ácido úrico, la glucosa, la creatinina, el perfil pulmonar, el perfil hepático y hasta la bilirrubina.

Pero lo peor no eran las enfermedades sino los remedios. *Madame* Hanska fue víctima en su hacienda de un acceso de gota, y Balzac relató así a su hermana cómo pretendieron curarla: “Todos los días metía los pies en las entrañas de un lechón, cuyo vientre rajaban porque era indispensable que los pies estuvieran en contacto con los entresijos palpitantes. No trato de contarte el fervor con que chillaba el lechón, incapaz de entender el alto honor que se le hacía...”. La noticia mala es que la chanchoterapia no alivió a la pobre señora. La buena es que el goloso de Honorato comía todas las noches lechón al horno, lo que hacía subir el nivel de colesterol y su cariño por las extremidades de su dama. Y como los males no llegan solos, le cayó encima el del matrimonio, cuando ya llevaba 50 años largos de dichosa soltería. El 14 de marzo de 1850 el escritor y la condesa se consagraron como pareja ante los ojos de Dios y, más importante aún, los del zar de Rusia, que, según Balzac, autorizó la boda. Poco después empezó el largo viaje que iba a conducirlos desde el palacio de Wierchownia hasta la mansión que había preparado Balzac para Eva en cercanías de los Campos Elíseos de París. El periplo fue un viacrucis. Honorato quedó sin vista a causa de un ataque de oftalmia; respiraba con dificultad, sufría toda suerte de dolores reumáticos y su sistema circulatorio había decretado huelga. Para completar el horrible panorama, el invierno había destruido los caminos y a la carroza le costaba tanto trabajo avanzar como a su principal ocupante.

“Nos ha tomado un mes recorrer una distancia que usualmente se hace en seis días —escribió a su hermana al llegar a Dresden—. No una, sino cien veces nuestras vidas estuvieron en peligro. A menudo se necesitaron 15 o 16 hombres equipados con palancas para sacar la carroza de las trampas de barro en que se hundía hasta las puertas... Estos viajes lo envejecen a uno diez

años”. No era una exageración. Cuando por fin llegaron a París en la noche del 20 de mayo, Balzac parecía un octogenario, y pese a ello se preparó ilusionado para mostrar a su esposa la casa que había adquirido en parte con dinero aportado por ella. Lo esperaba una nueva frustración. Golpearon y nadie les abrió. Reinaba la oscuridad y estaban echados los pestillos. No había ni rastro del fiel François Munch, su viejo mayordomo. Solo al cabo de unas horas lograron penetrar con ayuda de un cerrajero y descubrieron lo que ocurría: agobiado por el trabajo que demandaba la inminente llegada del amo, Francisco se había vuelto loco y permanecía alelado en el rincón de una habitación de servicio. Acabó sus días en un manicomio.

Poco tiempo le quedaba al gran escritor para disfrutar del tan ansiado matrimonio y de la casa amoblada con tanto cariño. En las siguientes semanas se agravó su estado y en julio había corrido la voz de que era hora de despedirse de él, porque había llegado a llevárselo la gangrena. Antes de que muriera, en la noche del 17 al 18 de agosto de 1850 acompañado de su mujer y su mamá, recibió a varios de sus amigos. Uno de ellos fue Víctor Hugo, que lo admiró y lo quiso siempre y pronunció en el cementerio un histórico discurso de despedida donde dijo: “El nombre de Balzac ha de asociarse al rastro luminoso que nuestra época dejará en el futuro”.

Los historiadores han debatido desde entonces si la condesa Hanska fue solo una mujer manipuladora que atrajo a Balzac con sus mañas de amor y castigo —a veces inflamada de pasión y a veces glacial— o, por el contrario, una resignada señora que sufrió lo indecible por el amor a un genio excesivo y extravagante cuya literatura la enamoró. Las barras de sus biógrafos están divididas. Stefan Zweig detesta a doña Eva. André Maurois la estima y la defiende de chismes infames que surgieron más tarde, como la afirmación de que mientras su marido agonizaba ella se refocilaba con el pintor Jean Gigoux en una habitación vecina. Quien más a fondo estudió la vida común del escritor y la condesa, Juanita Helm Floyd, señala que “cualquiera que hubiera sido la actitud de la esposa de Balzac hacia él durante la vida, actuó de la más noble manera respecto a sus deudas... Pagó valientemente la terrible carga de deudas que le dejó el autor y sostuvo a su suegra hasta cuando esta murió en 1854”.

Calculando de 1 a 10 el Índice de Intensidad del Intercambio Amoroso (IIIA) con las mujeres sobresalientes en el corazón del novelista, es posible

decir que *madame* De Berny le daba 10 y Balzac le devolvía 8,0, y que *madame* Hanska le daba 7,0 y él le entregaba 10. Como promedio, un 8,5 de recibo y un 9,0 de entrega en el IIIA no está del todo mal.

Al fin y al cabo fue él quien escribió que “el amor desea lo imposible, pero sabe contentarse con poco”.



**La pareja  
que torció  
un país**



**Rafael Núñez  
&  
Soledad Román**





matador



*Sin que lo sospecharan los protagonistas de este escandaloso amor, el afán de que la Iglesia legitimara el concubinato entre un presidente de Colombia y su mujer cambió para siempre, y no necesariamente para bien, la historia del país.*



El 28 de septiembre de 1885 fue el gran día en la vida de Rafael Núñez, cuatro veces presidente de Colombia, y su compañera Soledad Román y Polanco. Esa noche se festejó en Bogotá el cumpleaños del jefe del Estado con un solemne banquete en el palacio de San Carlos, sede del gobierno y más conocido simplemente como “Palacio”. Núñez llegaba a los 60 años y su mujer, que lo acompañaba desde 1877 merced a un matrimonio civil no reconocido por la Iglesia, había invitado a lo más granado de la sociedad a los lujosos salones. La única sombra que se cernía sobre la fiesta era la actitud que iba a observar el arzobispo primado, José Telésforo Paúl. Si condenaba una vez más a la pareja por “vivir en concubinato” o si a título personal le administraba un remedo de esa bendición que el Vaticano no podía darle por cuanto aún vivía la primera esposa de Núñez, la “legítima”.

El prelado había aceptado acudir al pomposo acto, y su posible conducta era fuente de temores entre los dos enamorados, de expectativa entre los políticos y de chismes entre las encopetadas damas de la capital, que habían repudiado a esa señora procedente de la costa caribe, tierra de mulatos y de libertinaje<sup>1</sup>. Los invitados charlaban tensos en los salones cuando un criado sacudió la campanilla que convocaba a manteles. Se produjo entonces un silencio catedralicio. El arzobispo escuchó el retintín, y lo que ocurrió enseguida lo relata la historiadora y novelista Silvia Galvis:

He aquí que, levantándose del sillón, Su Ilustrísima extiende con naturalidad el brazo, lo ofrece a la señora Soledad para que ella apoye la mano, ay, alegría tan inmensa hace brotar lágrimas en los ojos, sonrío ella turbada, exultante, feliz...

Con su gesto, el arzobispo incorporó a la primera dama al pacato mundo social que guardaba distancias con la pecadora. La Iglesia no podía perdonarla todavía, pero, al conducirla de su brazo por los atestados pasillos de Palacio, el benemérito jesuita acababa de impartirle un *nihil obstat* que la sacaba del infierno y la trasladaba a un lugar muy cercano al cielo. Quince meses después, su marido sería honrado con la máxima condecoración que confiere el papa: la Orden Piana.

Soledad y Rafael nunca olvidarían aquella noche. Y Colombia tampoco, pues fue una especie de lavado de imagen de la muy religiosa señora y su muy poderoso señor, que representó un enorme costo institucional para el Estado y marcó el destino político del país durante el siguiente medio siglo. Aquel brazo tendido era resultado de una larga y compleja negociación mediante la cual Núñez obtuvo para su beatísima esposa la bendición de la jerarquía, a trueque de incluir en la Constitución la fe y la moral católicas como pautas oficiales de la nación y entregar a la Iglesia buena parte de la educación escolar a través de un Concordato. Núñez había sido en sus primeras actuaciones políticas comecuras, liberal extremo y librepensador. “El clero se adelanta demasiado —comentó entonces a un amigo—. Pronto se presentará la necesidad de sofrenarlo y lo haré, si estoy en la Presidencia”. Siendo ministro de un régimen radical ejecutó la endemoniada expropiación de bienes de la Iglesia<sup>2</sup>. Además, tuvo el valor de denunciar la intromisión religiosa en la política: “La jerarquía católica es un poder político bajo la forma exterior de poder espiritual —dijo—. Los conflictos son siempre originados por la tendencia de la jerarquía a invadir la órbita de los intereses políticos y hacerse sentir como verdadera entidad gubernativa, so pretexto de la salud de las almas”. Con el tiempo, sus azufradas ideas políticas se ablandaron y empezaron a oler a incienso. Hasta que este mismo hombre que en 1880 había llegado a la presidencia por primera vez en hombros del Partido Liberal acabó convertido en aliado de obispos, líder del Partido Conservador y enemigo jurado del ala más radical de su antiguo partido. También sus sentimientos religiosos sufrieron una honda transformación. De denunciar la indebida injerencia de la Iglesia, pasó a consagrarla en una nueva Constitución en 1886 y a escribir panegíricos como el siguiente: “El principio moral se ha evaporado con el sentimiento religioso en los pueblos modernos, dejando

hondo vacío que solo podrá llenar un cristianismo práctico”.

Los defensores de Núñez —que lo llaman “filósofo” e incluso “poeta”<sup>3</sup>— atribuyen su volantín ideológico a las lecturas de autores reaccionarios y a las malas experiencias de algunos gobiernos liberales. Pero su conversión en profeta de la fe católica solo tiene una explicación: el amor por Soledad Román. Un amor crepuscular surgido en el rescoldo de este desordenado tenorio; una pasión que lo volvió instrumento de su mujer y lo obsesionó con la idea de proporcionarle a su religiosa compañera el visto bueno de la Iglesia... al precio que fuese. Si Núñez es, como afirman algunos, el mejor político colombiano, doña Soledad es la mujer que más influencia ha tenido en la historia nacional<sup>4</sup>. La entrega de su marido a la Iglesia conformó un binomio entre el Partido Conservador y los pulpitos que permitió a aquel montar una reaccionaria hegemonía entre 1884 y 1930. Mientras otros países progresaban, permitían la llegada de nuevas ideas, abrían las aulas y realizaban reformas agrarias y sociales, a Colombia la manejaban los gramáticos, los terratenientes y los obispos. Buena parte del atraso que generó violencia y cerrazón intelectual en este país nace de aquella maniobra feroz que puso de rodillas al Estado ante el papa para que este obrara la misericordia de santificar la unión de doña Soledad y don Rafael.

Hacia 1870, cuando se enamoraron, conformaban los dos una extraña pareja. Él era famoso por su libertinaje sexual; se había casado y divorciado una vez, había corrido eróticas aventuras con varias mujeres —algunas casadas— y con un par de ellas se escapó y cohabitó largas temporadas. Soledad, en cambio, no conocía varón. Era virgen, católica ferviente, devota de la Virgen de las Mercedes, trabajaba en la botica de su papá y se interesaba en la política local cartagenera. A ambos se les había pasado el arroz: al conocerse, él tenía más de 45 años y ella superaba los 35. Cuando se casaron por lo civil, Rafael iba a cumplir 52 y Soledad, 42. Hace un siglo y medio, esas cifras situaban a los personajes muy cerca de la tercera edad. Él, casi viejo verde; ella, casi solterona. Nadie habría augurado que iban a amarse fiel y firmemente hasta que los separó la muerte (la de Núñez, en 1894) y que su romance torcería la historia.

matador



## Un donjuán llamado don Rafael

Rafael Wenceslao Núñez Moledo nació el 28 de septiembre de 1825, apenas seis años después de que Colombia conquistó su independencia y cuando no habían pasado aún diez meses de la batalla de Ayacucho, que confirmó a Bolívar como Libertador de Suramérica. Su padre, un militar español parrandero y mujeriego, sirvió de temprano ejemplo a su hijo. La mamá, Dolores, que era prima hermana de su marido (lo que convertía a Rafael en primo de sí mismo y de sus dos hermanos), fue el eje del hogar. Núñez estudió Derecho y fue juez en Panamá, que a la sazón era parte de Colombia<sup>5</sup>. Allí inició también su carrera como funcionario administrativo, antes de saltar al Congreso en calidad de representante liberal por dicho estado. Establecido en Bogotá, fue ministro de varios gobiernos y participó en una famosa convención ultraradical de donde salió una no menos liberal Constitución. Antes de todo ello, en Cartagena, alternaba la actividad política con la cátedra universitaria, los poemas, los artículos periodísticos, el consumo de dulces y postres y, principalmente, la seducción de señoras, señoritas y niñas. Digo niñas porque casi lo era Pepita Vives, su primera pasión, cuando se enamoraron en Cartagena hacia 1845. Según el historiador Nicolás del Castillo, era ella “una moza desenvuelta, de conversación viva, miradas ardorosas y belleza picante”, todo lo cual “desentonaba en el severo ambiente de la puritana Cartagena”.

Después de este preámbulo es fácil barruntar lo que ocurrió. Un arrebatado juvenil sacudió a Núñez, quien intentó describirlo en verso, manía que mantuvo hasta el final de sus días: “En ti hallo el mar que procelosa brama”. Escribió también que Pepita era “un huracán”. Y no fue poca la sorpresa de ambos cuando se enteraron de que la muchacha iba a tener un huracancito dispuesto a bramar proceloso desde su cuna. El prospecto de abuelo, aterrado, realizó una rápida maniobra: envió a su hijo al extremo opuesto del mapa, la frontera con Ecuador, y alguien convenció a un caballero cartagenero de que la joven y bella Pepita era la mujer ideal. El buen hombre la desposó en 1851 y solo a los cinco meses, ¡milagro!, nació una niña (de Núñez) y un tiempo después Pepita quedó embarazada (del otro). Para poner un triste fin a la historia, al noble e ingenuo marido lo mataron los indios en la selva adonde

había acudido a hacer negocios. Todavía entonces Núñez estaba enamorado de Pepita. Aunque el político poeta ya había contraído matrimonio en Panamá, como veremos, regresó a Cartagena siete años después y no tardó en proseguir su apasionada aventura con la mujer-huracán. “Todavía palpito al oír tu nombre/ y al mirarte sucumbo, débil hombre/ como al soplo del austro el abedul”. A pesar de que el huracán se había convertido en gentil soplo del austro, Pepita estuvo a punto de huir con Núñez. Pero el inestable galán la dejó con las maletas hechas y le envió unos versos a modo de disculpa:

*Oh, nos amamos, sí, pero es preciso  
separarnos, que tras el paraíso  
un infierno se esconde: ¡la expiación!  
¡Es preciso alejarnos, nunca vernos,  
que es inmenso el peligro de perdernos  
si al deber no sucumbe la pasión!*

El despecho y una enfermedad se llevaron para siempre a la pobre mujer antes de que cumpliera 30 años.

Previamente a estos sucesos, Rafael se había trasladado por barco desde el extremo sur hasta Alanje, una pequeña villa panameña en el extremo norte del país, donde lo nombraron juez. Allí adquirió una nueva afición —criticar las peleas de gallos— y siguió ejerciendo la de antes: enamorar. En esta oportunidad, la mujer que picó fue, valga la redundancia, Concepción (*Conchita*) Picón<sup>6</sup>, quien se desplomó de amor ante este cartagenero que no desperdiciaba picotazo, aunque su físico distaba bastante del de Brad Pitt, si juzgamos por la descripción que hace de él uno de sus biógrafos: “De estatura más bien alta, delgado, de manos largas y huesudas; de frente espaciosa y límpida que descansa en su base sobre un par de cejas bien pobladas, cuyas sombras oscurecen sus ojos de mirada triste; en la parte media del rostro, sus pómulos salientes, su nariz aguileña, sus mejillas hundidas y en general sus líneas fuertes y algo duras matizan su gesto con un tono de sombría resolución; y la sonrisa de sus labios, irónica, hostil, habla de la soledad de este hombre huraño aunque siempre correcto”.

Menos compasivo es el retrato que elaboró de Núñez el humorista satírico Joaquín Pablo Posada en su revista *El Alacrán*:

*Para que a don Rafael*

*conozcas cuando lo veas,  
tiene tres cosas muy feas:  
la boca, la mano y él.*

Resulta curioso que ambos biógrafos se hayan olvidado de un rasgo central en Núñez: su tupida barba, siempre presente en las imágenes que de él se conocen. Sí lo advierte el erudito Luis López de Mesa al comparar al personaje, con “un judío de oriente” por “su barba hirsuta y mirar acerado”<sup>7</sup>.

Retomemos el hilo. Núñez se aburrió pronto de Alanje y de Conchita y se marchó para la ciudad de Panamá, capital del estado, cuyo gobernador era el general Domingo de Obaldía. Tenía Obaldía una cuñada de extraordinaria belleza pero talante “marmóreo”, según el historiador Eduardo Lemaître, que era, según gente que la trató, “exageradamente altiva y muy fría”. A Núñez, nacido en tierra de calores abrumadores, debió de atraerle aquello de la frialdad de doña Dolores Gallego, “la mujer más cortejada del istmo”, y empezó a seducirla con su exitosa fórmula de mirada triste + manos huesudas + sonrisa irónica + cejas pobladas. Además de acceder a los apetitosos dones sensuales de tan guapa mujer, quien la conquistase también ganaría posibilidades de prosperidad política a la sombra de su poderoso cuñado. Era un doble imán para Núñez, que se propuso seducir a doña Lola y, de paso, al mandamás Obaldía, y logró ambos propósitos. El 13 de junio de 1851 (algunos afirman que fue el 25 de febrero), en la villa ferroviaria de David, don Rafael contrajo matrimonio católico con María de los Dolores Gallego Martínez y con ello cometió el error más costoso de su vida, y uno de los que más amargamente pagó su patria. Hablamos de una equivocación colosal. El matrimonio nunca funcionó<sup>8</sup>. Dice Lemaître que los contrayentes jamás lograron “ni siquiera una rudimentaria compenetración”. En realidad, se compenetraron al menos dos veces, las que necesitaron para tener dos hijos que poco ayudaron a la felicidad de la pareja. Uno de ellos murió en la adolescencia; el otro era bastante chiflis<sup>9</sup> y, ya mayor, terminó prestando dinero a interés usurario, actividad que Núñez había perseguido como gobernante por medio de rigurosas leyes contra el agio. Tras pocos años juntos, la pareja se separó y en esta condición duró casi 20. Finalmente, al cabo de múltiples ruegos de Rafael, Dolores accedió al divorcio. Y aunque se trató de un divorcio con todas las de la ley, nacido de mutua y obvia incompatibilidad, ella y él siguieron casados hasta la muerte ante la mirada de

la Iglesia. La necesidad de contrarrestar la actitud de rechazo de los religiosos fue lo que llevó a Núñez a doblegarse ante el Vaticano, comprometer las instituciones jurídicas colombianas y dar un giro retardatario a la historia nacional.

Algo de provecho obtuvo el cartagenero, sin embargo, de sus años panameños bajo la protección del poderoso Obaldía. Gracias a sus vínculos familiares —y a su inteligencia y su talento, ni más faltaba— encontró un coto de caza político que le permitió extender su pequeño reino electoral hasta Cartagena, provincia de la que fue más tarde gobernador. En Panamá resultó elegido representante a la Cámara y viajó por primera vez a Bogotá. Núñez la llamaba “la ciudad nefanda”, y para él lo fue desde un principio. Aparte de los largos días de viaje por ríos y caminos de herradura, del clima yerto y lluvioso y de la naricita parada de los cachacos, tuvo que viajar solo, pues doña Lola se negó a escalar los riscos de la cordillera andina. Ella, como buena panameña, era mujer de dos mares. Cuando Núñez la dejó en el Caribe para marcharse a la capital, se largó a vivir al océano Pacífico, donde su familia mandaba la parada. Comenzó así una separación física que con el tiempo se hizo legal<sup>10</sup>. En diciembre de 1859 se vieron por última vez. Al saberse cimarrón, sin mujer en casa y con una exitosa carrera parlamentaria en la capital, a Núñez se le alborotaron la bohemia y la testosterona. Volvió entonces a sus andadas de conquistador profesional con especialidad en señoras casadas. Seguramente pensaba, como muchos hombres cínicos, que las casadas son las amantes que menos molestan porque viven más vigiladas. No tardaron en llegar a la costa los ecos de sus ajetreos eróticos y el joven parlamentario consolidó su fama nacional de casanova. Desde Cartagena, su mamá no vaciló en pedirle un cambio de conducta: “Hijo mío, basta de amores prohibidos, son dagas que me hacen sangrar el alma”. Su amigo y copartidario Salvador Camacho Roldán también lo amonestó: “El Presidente ha dado en llamarte *don Amadeo*, y el mote se abre camino entre la gente, que lo repite con escarnio”. El éxito de Núñez con el sexo opuesto era innegable. De acuerdo con uno de sus biógrafos, “no dependía paradójicamente de su osadía sino de su actitud timorata y respetuosa”<sup>11</sup>.

Mas Núñez era menos timorato de lo que señala el historiador; no oía sino lo que le interesaba oír, y oyó de pronto la delicada voz de María Gregoria de Haro y Trespacios, dama bogotana fina, culta y desgraciada. Como nobleza



no excluye pobreza, la escasez de recursos económicos de la familia la había obligado a casarse con un rico militar llamado Proto Rodríguez cuando aún no era “doña Gregoria” sino “la niña Gregorita”. En efecto, tenía solo 13 años al contraer matrimonio en 1851. Proto no le duró mucho. Murió pasados tres años, y a poco andar algún amigo le consiguió nuevo marido, mayor que ella cuatro decenios. Esta vez se trataba de un comerciante inglés tan patán que podría haber sido un *hooligan* del West Ham United, tan grande como un armario y tan borrachín que parecía educado en Mi Tenampa por las canciones tequileras de José Alfredo Jiménez. Se casaron en 1855. Ella tenía 17 años y él, 57. Mientras el señor Logan peleaba en las cantinas a puño limpio, la jovencísima Gregoria convocaba a los amigos de la literatura y la conversación a los salones de su casa, donde sostenían ilustradas tertulias. Gregoria, dice un autor, “era una mujer de cualidades superiores, inteligente, culta, fina y ambiciosa”. Demasiada señora para un patán como Logan. Físicamente, añade el biógrafo en 1983, “no podríamos calificarla de bella, sino de lo que hoy llamaríamos una mujer atractiva”. Era, pues, fea. Ya que a Núñez le fue tan mal con las bonitas, como Pepita y Dolores, decidió que lo suyo eran las poco agraciadas.

## Regalitos

En su desbocado afán por seducir al Vaticano para que solucionara el problema del matrimonio civil entre Rafael Núñez y Soledad Román, su gobierno envió, según la escritora Silvia Galvis, cuantiosos obsequios costeados por los dineros públicos.

Uno de ellos corresponde a “una auténtica obra de orfebrería, una cruz con varios centenares de brillantes de muy notable tamaño; tan solo en el collar de donde pende hay trescientos, y en el broche en forma de roseta otros cien, a más de veinte mayores, doce grandísimos y un soberbio solitario en el centro de la cruz, circundada de flores de lis de pedrería”.

El círculo de Núñez era bastante proclive a los regalos oficiales costosos o ilegales. En 1893, el presidente Carlos Holguín, que había sido embajador de Núñez en España e Inglaterra, regaló a la reina española María Cristina de Habsburgo una valiosa colección de orfebrería precolombina, el llamado Tesoro Quimbaya, compuesto por 123 piezas y propiedad de la Nación. Holguín no tenía autorización del Congreso para obsequiar semejante patrimonio nacional, lo que haría nulo el acto. España, sin embargo, no ha querido devolver el ilegal regalo pese a las solicitudes de diversas entidades e instituciones colombianas. “¡Que lo pague Holguín, hombre!”, habría dicho doña Sole.

En una de las tertulias domésticas conoció Núñez a Gregoria y le faltó tiempo para empezar a acosarla con sus horripilantes cejas y sus no menos horripilantes versos. En las rimas le decía cosas como “Tu risa no es la risa del que goza/ tu voz tiene algo, ay, de dolorosa”... “De la veste nupcial bajo los pliegues/yo he sentido tus lágrimas correr”... “El dolor que en el alma halla cabida/ pierde al cabo su espíritu homicida”... “Naciste para amar y ser amada”... Parece increíble que una mujer pueda caer seducida por lugares comunes tan raquíuticos. Pero nadie sabe la sed con que el otro bebe, y tanto Rafael como Gregoria necesitaban urgentemente —perdonen la cursilería— el agüita del amor. Al cabo de un asedio de varios meses por medio de cartas diarias y poemas semanales, Gregoria se rindió e izó la sábana blanca. No le faltaba razón a Núñez al preferir a las feas, pues el primer año y medio con Gregoria fue una dicha. En enero de 1862 Rafael le escribe: “Los meses

anteriores representan unos momentos dulcísimos pasados junto a ti... Hoy te renuevo el juramento de amarte hasta la consumación de los siglos”. A pesar de que esta clase de juramentos eternos suelen ser augurio de relaciones poco duraderas, Gregoria estaba fascinada con su tercer hombre y entre los dos se montó un ansioso corre-corre que en una ciudad pequeña como la Bogotá de entonces no podía pasar inadvertido. Al poco tiempo protagonizaban un escandaloso novelón que los bogotanos seguían a punta de cuchicheos en esquinas y zaguanes. La situación se ponía cada vez más espesa. Rafael y Gregoria pensaron que había que hacer algo. El inglés era demasiado corpulento, Núñez demasiado enclenque y la gente demasiado chismosa, así que la pareja planeó emigrar con su amor a cuestas. Invirtiendo sus ahorros de viuda, Gregoria se marchó a Nueva York y Núñez le cayó unos meses después con un nombramiento oficial en el bolsillo: había sido designado cónsul en Nueva York, Le Havre (Francia) y Liverpool (Inglaterra)<sup>12</sup>. Estando la pareja en Nueva York, la visitó una conocida familia bogotana, los Borda, y se llevó un chasco. Núñez no los recibió porque —explicó innecesariamente su mujer— había amanecido con contención de orina y tuvieron que aplicar una sonda que le produjo no sé qué averías en no sé qué sitio: y en cuanto a doña Gregorita, “iba vestida de modo funambulesco, con enorme crinolina y altísima gorra de copete llena de flores de trapo y alta falda delantera”, cual si fuera una figura de pesebre navideño bogotano. Los Borda se mostraron indignados y escandalizados.

Al cabo de dichosos y trasnacionales amores entre 1864 y 1868, la sed se terminó y cada uno tomó su camino. ¿Qué motivó la separación de estos tortolitos que tanto se querían? Es posible que la poesía tenga la respuesta. Algunos creen que Gregoria decidió dejarlo cuando Rafael le dedicó uno de sus más pesados poemas que, para colmo, llevaba título en francés: “*Que sais-je?*”<sup>13</sup>. Una de sus estrofas dice:

*Así, ¡oh dolor!, no sé cómo llamarte,  
aunque mi corazón tu espada parte  
en mil pedazos al cebarte en él;  
no sé si de la vida en el abismo  
son en definitiva un jugo mismo  
el néctar y la hiel.*

Todo lector serio debe tirar por la ventana el libro que hojea si encuentra en él las palabras “néctar” y “hiel”, y con mayor fuerza si se acoplan en un mismo verso. Es posible que Gregoria no solo haya arrojado por la ventana el poema, sino también a Núñez y su alborotada relación con él. Otros piensan que las rimas que pusieron fin al romance eran otras, y aludían al alto costo que los retozos del señor cónsul y su novia representaban para la Nación. Dichas rimas, ya famosas, procedían también del aguijón del Alacrán Posada:

*No es Gregoria de Haro  
lo que le cuesta tan caro  
al Tesoro nacional.  
Como dice bien la historia,  
es el aro de Gregoria,  
ciudadano general.*

Por las razones que fuere, Núñez, nombrado ministro de Guerra, regresó a Colombia y Gregoria se marchó a Nueva York convencida (así lo dijo) de que Rafael “era un farsante capaz de todas las vilezas”. En la metrópoli estadounidense conoció a un escandinavo, Harold P. Gad, con el cual casó y fue feliz hasta que este, su cuarto hombre, falleció. La señora pasaba largas temporadas en París, donde montó una tertulia cultural a la que acudían escritores hispánicos y franceses. Adquirió por ello cierta nombradía en la Ciudad Luz y fue amiga de Víctor Hugo (1802-1885), pero el viejo zorro no llegó a convertirse en su quinto hombre. La ilustre bogotana murió en 1913, casi 20 años después que Núñez. Cayó entonces el telón definitivo sobre la fascinante telenovela decimonónica. El cartagenero permaneció un tiempo más en Europa y volvió a Colombia en 1874. Era flojo para el trabajo, cosa que se confirmó después. Mientras fue cónsul en Liverpool acudió a una trampa muy criolla: vivió casi siempre de manera irregular en Londres y un funcionario estampaba sello de caucho en Liverpool con la firma del cartagenero en los documentos oficiales. En 1868, cuando se separó de la señora De Haro de Rodríguez, de Logan y de Gad, Núñez tenía 43 años y le sobraba combustible para nuevas y trepidantes aventuras horizontales. Aunque lo negase su aspecto de empresario de pompas fúnebres, Núñez era incapaz de vivir sin amor y sin corre-corre. Esto explica que siete años después de su ruptura con Gregoria anduviese rondando en Bogotá a una antigua enamorada: Nicolasa Herrera. Rafael se mostraba de nuevo sediento, y ya sabemos dónde le gustaba abrevar

cuando lo apretaba la sed. Así lo confiesa en el poema con el que inicia el sitio y rendición de la plaza de Nicolasa (perdón por la rima involuntaria), pues, como buen cartagenero, había aprendido de la Historia las estrategias de piratas y corsarios<sup>14</sup>. De este modo, dice a la viuda acosada: “¡Al fin te encuentro/ después de tanta ausencia!”... y enseguida arremete con la siguiente estrofa:

*El tiempo no ha corrido  
para este sentimiento  
profundo, inmensurable,  
que me inspiró tu ser;  
y estoy de tu cariño  
ahora tan sediento  
como cuando empezamos  
la vida a recorrer.*

Era ya 1875. Núñez no era un niño. Tenía 50 años. Tampoco un ángel: llevaba auestas un matrimonio y un divorcio, un hijo disimulado, varios amoríos con tocata y fuga incluidos, una fama de conquistador que nadie superaba en Bogotá y un rastro —quizás debería decir un rastrojo— de malos poemas de amor que amenazaba la estabilidad de la precaria lírica nacional.

No perduró mucho el corre-corre con Nicolasa. Rafael le propuso que se casaran por lo civil, pero ella había decidido que no lo haría ni por lo civil, ni por lo militar, ni por nada en el mundo, lo que puso fin al romance y dejó al pobre vate en poder de la soledad. De la Soledad Román, con quien se había reencontrado un tiempo atrás en Cartagena y ahora iba a emprender su última empresa amorosa.

## Veinte años de Soledad

Cuando Nicolasa le dio a Núñez calabaza (perdonen otra vez la involuntaria rima), Soledad Román, o doña Sole, o misiá Sole, o simplemente Sole, era una señora hecha y derecha de 40 abriles. La conocían en Cartagena por su laboriosidad (atendía la farmacia de su papá y había montado una cigarrería), su religiosidad (era dama de misa y rosario diarios), su interés por la política menuda, su simpatía, su inteligencia y su filantropía. Pero no su belleza. En estos puntos coinciden todos los biógrafos. “No era mujer de belleza excepcional, pero resultaba difícil encontrar en Cartagena otra cuyos atributos personales dejaran tan grata huella” (Llinás). Es decir, era fea. Otra fea. “Sus retratos de esa época la muestran como una mujer otoñal que conserva aún algunos atractivos” (Eduardo Lemaitre). Es decir, era fea. “Tiene ese singular encanto que no produce la belleza perfecta, sino más bien esos conjuntos donde graciosamente se combinan perfecciones y defectos” (Liévano Aguirre). Es decir, era fea. Además, su temperamento resultaba “indómito, intransigente a veces” (Galvis). Es decir, era brava. “Poseía una fuerte personalidad, a la cual es muy probable que se debiera el hecho de no haber contraído matrimonio” (Eduardo Lemaitre). Es decir, era brava. Encarnaba “una feminidad desafiante y dominadora” (Liévano Aguirre). Es decir, era brava. Brava y fea. Por eso permanecía soltera a una edad en que ya la mayoría de las mujeres de su tierra arrullaban hijos e incluso nietos.

Había nacido doña Sole el 6 de octubre de 1835 en el hogar del español Manuel Román y Picón, exportador de quina, farmaceuta y profesor de química, cuyo barco naufragó en el mar de Cartagena y se quedó a vivir para siempre en la ciudad más bella de Colombia. Tuvo doce hijos con su alumna Rafaela Polanco. Todos habían crecido encerrados en una campana neumática de devoción religiosa en la que prevalecía el temor a Dios. La mayor, Soledad, no solo temía a Dios sino que profesaba pánico al sexo. Así lo prueba el hecho de que en 1852 se comprometió con el acaudalado catalán Pedro Macía, a quien tuvo en ascuas durante cinco años sin acceder a dar el paso matrimonial, ni ninguno otro. En las calles de Cartagena repetían en coro: “Solita Román, Pedrito Macía se quiere casar”. Pero a Solita no le entusiasmaba el plan de irse a la cama todas las noches con un señor y hacer

allí cosas tan horribles como las que describía el catecismo para señoritas. Finalmente, el catalán se convenció de que con esa chica no habría chico, y rompió el compromiso. Algún tiempo antes, una Soledad adolescente había conocido a cierto joven político llamado Rafael Núñez, que no le produjo la menor atracción. Ella era alegre, él tristón. Ella era optimista, él pesimista. Ella era muy religiosa, él agnóstico. Y, como si faltara algo, ella era conservadora y él liberal radical. El agua y el aceite. El encuentro casual, en casa de unos amigos, tardó pocos minutos y al cabo cada quien cogió su camino. El de Núñez solía conducir a las rimas y las cartas de amor, y con unas de ellas le mostró su admiración a la simpática joven Román. Pero esta no pasó de agradecerle su carta y olvidarse inmediatamente de él.

Transcurrieron 20 años antes de que Rafael volviera a encontrarse con Soledad en 1874. Muchas cosas habían pasado. Núñez había enrumbado su carrera política: gobernador, catedrático, parlamentario, ministro, diplomático... Más agitada había sido su vida sentimental: amores apasionados con Pepita Vives y Conchita Picón; matrimonio y separación de Dolores Gallego; huida al exterior, cohabitación y ruptura con Gregoria de Haro... Bastaba una parte de esta historia, la más conocida —con Dolores y Gregoria— para espantar a cualquier ciudadana prudente, y mucho más si se trataba de una virginal beata. Soledad Román era prudente y beata en grado sumo, pero, como dijo bella y sabiamente el padre José María Carulla, “donde menos se espera, salta la liebre”<sup>15</sup>. Y Rafael volvió a enamorarse de Soledad y Soledad esta vez sí le respondió afirmativamente. Los unió la política, más que el amor; ya vimos que el sexo era de menor importancia para ella, y en cuanto a él, confesó a su hermano Ricardo luego de su boda: “No es la pasión lo que me ha conducido al enlace reciente”. Coronada la cúpula de los 40 años, la señorita Román repartía su tiempo entre la botica, la iglesia y la actividad política. Es posible que Núñez tuviese tres cosas feas, como señaló el Alacrán Posada, pero nadie le negaba dos bonitas: inteligencia y labia. Utilizando una y otra conquistó a Soledad. Primero la convenció de que votara por él y no por el candidato conservador para presidir en 1876 el estado de Bolívar, cuya capital era Cartagena. Y luego, habiendo triunfado, la invitó a ser su asesora secreta. Semejante cargo los obligó a pasar mucho tiempo juntos, que era lo que el astuto gobernante quería, y poco a poco la alianza política se convirtió en romance. Más tarde escribiría Núñez en una lista de

máximas a su hijo: “El contacto prolongado entre un hombre y una mujer es el fuego junto a la pólvora” (ver recuadro). No se conocen detalles del proceso de enamoramiento, pero está históricamente claro que en 1877 ya Rafael le había propuesto que se casaran por lo civil, dado que él, siendo divorciado, no podía repetir boda con cura y altar. Ella terminó por aceptar, no sin antes atravesar un viacrucis moral y psicológico, pues mientras sus creencias religiosas y monseñor Biffi, el obispo de Cartagena, le decían que no cayera en la tentación, Núñez la domesticaba con palabras cariñosas, paliques políticos y la explicación —cierta, por demás— de que en aquella república las leyes otorgaban pleno reconocimiento al matrimonio civil. Si lo sabría él, que había participado en la redacción de la libérrima Constitución y los complacientes códigos de los radicales.

Puesta a escoger entre el mandato de su corazón y las normas de los obispos, doña Sole optó por ambos: casarse por lo civil, pero lejos de Cartagena y por interpuesta persona<sup>16</sup>. El asunto se zanjó de la siguiente manera, de acuerdo con palabras de la propia contrayente: “Cuando determiné unirme a Rafael, emprendí viaje a París acompañada por mis hermanos Antonio y Eduardo. El doctor Núñez estaba en Nueva York y lo representó mi hermano Eduardo”. En otras palabras, se casaron por poder, que es cuando la gente, por no poder, se casa mediante representantes. El 28 de junio de 1877, en el consulado de Colombia en París, Eduardo, delegado notarial de Rafael, y Soledad, en su propio nombre, firmaron el acta de matrimonio. Ese día quedaron casados con todas las formalidades de la ley civil...y violando todas las de la Iglesia, que no reconoce divorcios y considera que solo la muerte disuelve un lazo conyugal<sup>17</sup>. Pero con la esposa en París y el marido en Nueva York, la luna de miel sufrió un leve retraso. Llevaban un año sin verse y seis meses desde que suscribieron el acta de matrimonio cuando Soledad de Núñez saltó del bergantín *Jeune Ida* al muelle de Cartagena en diciembre de 1877 y allí la estaba esperando su esposo. Los familiares que asistieron al encuentro vieron un casto abrazo entre los cónyuges, los cuales enseguida se dirigieron en coche de caballos a través de las callejuelas empedradas hasta la casa de El Cabrero. Tal como hoy lo hacen miles de turistas.

Lo que ocurrió aquella noche solo lo saben los fantasmas de la casona tropical que el papá de Soledad había regalado a su hija en las afueras de la ciudad. Fue esta edificación emblemática la eterna residencia de la pareja.



También su tumba y desde hace años un monumento histórico.



La vida de los recién casados estaba unida, más que todo, por la política. Hablaban de política, intercambiaban opiniones políticas desde sus sillones, ejercían la política desde sus hamacas. Era una vida tranquila, al pie del mar y bajo los cocoteros. La casa, fresca y amable, llamaba al sosiego. Núñez leía, escribía ensayos y poemas, echaba siestas y comía dulces<sup>18</sup>. Era buen madrugador. Manuela Hurtado, su criada de confianza, le llevaba a las cuatro de la mañana una taza de chocolate que el personaje consumía sin abandonar la cama. Soledad y él sorbían juntos una sopita de pescado a eso de las diez y media de la mañana y por las tardes una comida ligera. Antes de acostarse, agua azucarada con azahares. En su mesa de trabajo guardaba los artículos que escribía para el periódico *El Porvenir* y, en una gaveta especial, mecato para pasar la tarde<sup>19</sup>. La señora rezaba en un oratorio que con el tiempo se volvió ermita. Algunas familias santurronas consideraban a Rafael bígamo y adúltera a Soledad y rehuían su compañía; pero otras, con reatos aplacados por esa misma brisa caribe que también inventó el bolero, los invitaban a saraos con refrigerios y declamación de poemas. En las reuniones era frecuente oír la opinión sincera de Soledad sobre las cosas del país, expresada con una muletilla: la palabra “hombre”.

“¡Cómo va a decir eso, hombre!...”

“Pues, hombre, a mí me parece lo contrario...”

“Hombre, ya es hora de que nos vayamos a casa...”

En la quinta de recreo los esperaban varias mascotas: cinco perros<sup>20</sup>, numerosos pájaros y una lora, Cipriana, de la que se dice que era más goda (conservadora) que su dueña y gritaba “¡Abajo los rojos!”. A menudo emprendían paseos para observar el crepúsculo desde las murallas en un coche tirado por dos mulas manchadas que les regalaron en Bogotá. Muchos años después, el poeta nicaragüense Rubén Darío visitó El Cabrero y lo describió así: “En la linda península está la casita blanca. Cerca de la casa, la ermita de techos rojos. Y tras las palmas verdes del cocotero cercano —vasto, bello, azul—, el mar”. En cuanto a la dueña de casa, señaló: “La esposa del doctor Núñez, señora amabilísima e inteligente, ha llenado de flores y de

bienes esa parte de Cartagena en que mora el ilustre poeta. Para mi sorpresa, no encontré en ella esas vanidades femeninas tan comunes en las mujeres de los grandes hombres. Es culta sin preciosismo y sencilla sin vulgaridad... Católica, apostólica, romana, queredora de su marido, alma del hogar. Y que si cultiva el espíritu, no por ello deja que la cocinera ahúme la sopa”. Le faltó agregar que, inspirada en sus años frente a la farmacia paterna, se atribuía dotes de curandera.

En el botiquín de Núñez figuraba, con ingenuos propósitos curativos, una dosis de cocaína. No la consumían entonces en Estados Unidos y Europa y, por tanto, no era delito. En cierta ocasión, doña Sole le reprochó al marido que anduviera a veces con la cabeza en la estratósfera:

— ¡Caramba con tus distracciones! —le dijo—. El otro día, en vez de agua de azahares, le pusiste cocaína a tu agua de azúcar<sup>21</sup>.

Otro poeta, el bogotano José Asunción Silva, se encargó de describir al despistado marido. Cuando lo visitó en El Cabrero, poco tiempo antes de la muerte de Núñez, halló que estaba “sencillamente vestido de dril blanco, sentado en una silla de bambú y esparto, el antebrazo apoyado en los brazos del asiento, la cabeza inclinada sobre el pecho, un mechón de cabellos entrecanos cayéndole sobre la frente elevadísima, los ojos claros y azules, medio cerrados, con una extraña expresión de cansancio físico y de profunda vida intelectual”.

## Consejos de Núñez a su hijo

Rafael Núñez escribió numerosas máximas filosóficas para uno de sus dos hijos, Francisco, el mayor, que falleció a los 14 años. Entre los consejos figuran los siguientes:

- No digas a nadie sus defectos.
- Genio zalamero, carácter falso.
- Ojos caídos y labios delgados, carácter hipócrita.
- Nariz chata, carácter vulgar, y algo peor.
- No hay hombre que no sea susceptible de engaño.
- Las semejanzas físicas casi siempre significan semejanzas morales.
- Desconfía de todo afecto demasiado espontáneo.
- No des larga posada en el hogar conyugal, ni siquiera al que consideres como tu mejor amigo.
- Procura hablar poco de ti mismo.
- Antes que ridiculizar, injuria.
- No juegues con el amor.
- Los grandes oradores regularmente son pensadores superficiales.
- Lo más difícil de todas las cuestiones es distinguir las causas de los efectos y viceversa.
- Hay una distancia inconmensurable entre el hombre del estrado y el hombre de la alcoba.
- En las dádivas del rico hay más de ostentación que de caridad.
- Lugares pequeños, caracteres mezquinos.
- Cuídate mucho de contraer relaciones demasiado íntimas.
- Es más posible la verdadera amistad entre hombre y hombre que entre hombre y mujer.
- El exceso de sensibilidad es una desgracia.
- ¡Guárdate mucho del entusiasmo!

Rafael y misiá Sole quisieron tener un hijo. Lamentablemente, la recién casada había superado ya los términos de vencimiento de la fertilidad, que son casi tan exigentes como los del pescado fresco, y lo eran aún más en el siglo XIX. A los 42 años de la señora Román ya el palo no estaba para cucharas, ni

la cuchara para palos.

## Con la Iglesia hemos topado

Muy contentos se hallaban los Núñez Román en su quinta playera cuando sopló allí el huracán de la política. Primero eligieron a Rafael senador por Bolívar; después, presidente del Senado, desde donde planteó la urgencia de que se realizara en el país una “regeneración administrativa” o sucedería una catástrofe; y, por último, a fin de evitar la catástrofe, fue elegido presidente de la República para el período 1880-1882 con el apoyo del liberalismo moderado. La luna de miel de Rafa y Sole había terminado. El nuevo jefe del Estado debía trasladarse a vivir en la capital, donde los radicales consideraban que Núñez los había traicionado y estaban decididos a hacerle la vida imposible. Con ese propósito montaron una campaña contra “las perniciosas costumbres” de este varón a quien llamaban “bígamo” y la “concubina” que lo acompañaba. Era un espectáculo de cinismo, pues ellos mismos, los radicales, habían establecido el divorcio que ahora criticaban. Por consejo de sus amigos, Rafael renunció a la posibilidad de viajar con la nueva primera dama. Se posesionó del máximo cargo nacional en la lejana y yerta Bogotá mientras en Cartagena Solita quedaba ídem, pues la mamá de Núñez, a quien su hijo adoraba (nos lo hizo saber en olvidables poemas), repudiaba a la nuera. En 1884, transcurrido un intermedio presidencial, el cartagenero regresó al pomposamente llamado “solio de Bolívar”. Esta vez, sin embargo, el liberalismo moderado había perdido fuerza, los radicales odiaban cada vez con mayor intensidad a Núñez, y este tuvo que apoyarse en el Partido Conservador. El periódico satírico *El Zancudo* picaba y sacaba ronchas al gobernante, hasta que Núñez lo clausuró en 1891. La cercanía a los conservadores representaba un enorme desafío que culminó, a la larga, en un acto de travestismo político. Puesto a desafiar, el renovado presidente decidió viajar con Soledad. Bien sabían ambos lo que les esperaba en Bogotá, donde los radicales no bajaban a la señora de zorra y las señoras conservadoras, tan católicas y tan hipócritas, no se atrevían a rodear a la dama que llegaba de Cartagena con la ley en su favor y la Iglesia en su contra. El problema de su conciencia religiosa seguía espantándole el sueño a Soledad: aún más que los enredos políticos, que en realidad le fascinaban. Antes de salir de Cartagena había logrado, como gran concesión, que se le permitiera discretamente acudir

a misa. Pero su antiguo amigo, el obispo Biffi, le había mandado razón de que no se presentara en la misa de gallo del 24 de diciembre, porque sería “piedra de escándalo” para los demás fieles. Tampoco permitió a ella ni a Núñez ser padrinos de ningún cristianito. La Iglesia iniciaba así una fuerte ofensiva contra la pareja presidencial, que solo cejó cuando los dos “pecadores” negociaron la entrega de poder político a cambio de la bendición eclesial. Antes de ello, el equivalente al nuncio, monseñor Juan Bautista Agnozzi, los persiguió sin descanso. “Iré a Roma —amenazaba— y me postraré a los pies de Su Santidad para decirle cómo este desgraciado país está gobernado por un bígamo corrupto y corrompido”. Agnozzi no alcanzó a hacer lo que se proponía, pues Su Santidad, como resultado de la entrega de Núñez al Vaticano, lo cambió de destino.

A la presión adversa de la Iglesia se sumó en la capital el desdén de buena parte de la sociedad. El presidente y su esposa tardaron en dirigirse a Bogotá, pues primero se dieron unas buenas vacaciones en Curazao, pero arribaron por fin a finales de julio del 84. En la estación de tren los esperaban algunos conservadores con sus mujeres, otros sin ellas y unos cuantos radicales viejos. Destacados jefes conservadores de la alta sociedad, que veían en su antiguo enemigo a un aliado para perpetuarse en el poder, no vacilaron en rodear a Núñez. Pero sus mujeres, no. Entre los cercanos al mandatario estaban un jurista y poeta, Miguel Antonio Caro, y los hermanos y futuros presidentes Carlos y Jorge Holguín. El primero acabaría gobernando a Colombia como vicepresidente mientras Núñez disfrutaba de su hamaca en Cartagena, y los segundos hicieron un trabajo de orfebrería con el Vaticano para buscar el perdón a la señora. Doña Margarita Caro de Holguín, hermana de Miguel Antonio y esposa de Carlos, escribió a su ausente cónyuge acerca del nuevo mandatario y su compañera. En la carta, de 17 de agosto de 1884, le decía que ella profesaba enorme “cariño y gratitud” por Núñez, pero se abstenía de visitar a su mujer dada su condición conyugal “embarazosa” (término suyo). “Respecto a que él y mi señora Soledad extrañen o sientan que yo no la visite, la verdad es que yo lo siento más... Pero no puedo dar un paso semejante”. Muy chismosa, ofrecía al destinatario de la misiva una lista de las amigas de pro que se negaban a ir a Palacio y señalaba los nombres “de personas conocidas” que habían acudido a saludarla: solo cinco señoras. Luego sentenciaba que, al fin y al cabo, la culpa era de los Núñez y proclamaba: “Si yo pudiera hacer algún sacrificio (por la felicidad del doctor Núñez), lo haría

gustosa. Pero es imposible el de los principios religiosos”.

La carta de respuesta del marido, desde Londres, era tan elocuente como la que recibió. En ella lamentaba que sus hermanas y doña Margarita no hubieran visitado a la pareja, dados los favores que les había hecho Núñez, pero que “lo que hayas hecho bien está”. Y procedía a criticar al cartagenero por llevar a su mujer (repito: legítima, según las leyes) a Bogotá. “Me pasma que un hombre como Núñez, con su talento y con el conocimiento que debe tener del país, no comprendiera que esta situación iba a crearse y que para resolverla de manera satisfactoria no tenía más que dos caminos: o no llevar a la señora o, si la llevaba, hacer saber que no recibía a nadie”. Es decir, que habría debido enjaularla en Cartagena en El Cabrero o enjaularla en Bogotá en el palacio presidencial. Veintiún meses, casi dos años, tardó doña Margarita en dignarse a acudir a la casa de gobierno. El 17 de mayo de 1888 escribe a su marido, con el bogotanisimo trato de *usted* entre íntimos: “Le contaré a que hice una cosa que ud. le sorprenderá y gustará, supongo. El jueves pasado fui a visitar a mi señora Soledad”. Añade que “resolví consultárselo al señor Arzobispo y este me dijo al momento que le parecía bien que fuera”. ¿Qué obró semejante milagro? ¿Por qué el señor arzobispo levantaba el veto a la primera dama y una señora encopetada y soberbia accedía a visitar a la esposa de su benefactor? La explicación está en la misma carta y nos lanza por el tobogán que cambió la historia de Colombia: “Hace mucho tiempo que lo deseaba —agrega misiá Margarita—, pensando en el inmenso bien que el doctor Núñez ha hecho al país y principalmente a la causa católica”.

Anjá: ¿conque Núñez, el antiguo comecuras, el agnóstico, el voltaireano, el librepensador radical, el ministro que ejecutó el despojo de los bienes eclesiásticos, era ahora adalid de la causa católica? ¡Hombre! Aquí está pasando algo<sup>22</sup>.



Antes de relatar qué hizo Núñez por la Iglesia con su poder, conviene referir lo que hizo misiá Soledad con el suyo sobre Núñez. Lo primero que debe mencionarse es que, al haberse casado la señora Román por lo civil, sus creencias religiosas quedaron bajo constante tortura. Había desobedecido las normas de la Iglesia y, en vez de optar por una relación directa y personal con

Dios, como antes y después lo han hecho millones de católicos, decidió luchar para que la jerarquía le devolviera la paz perdida. Y qué mejor instrumento para ello que utilizar el poder de su propio esposo. Tanta fue la presión de Solita que, no bien cumplidos dos años de matrimonio, en octubre de 1879, ya había convencido a Núñez de enviar una primera carta al mismísimo papa de Roma en la que le pedía una solución a su problema matrimonial. Y el 7 de febrero de 1880, cuando ya su marido era figura nacional (había sido gobernador, parlamentario, cónsul y ministro), el agobiado cónyuge mandó una segunda rogatoria al papa. La firmó en condición de ciudadano particular, pero a nadie se le escapaba que casi con seguridad iba a ser presidente antes de tres meses, como en efecto sucedió.

Es lugar común en la historia colombiana que doña Soledad fue mujer de mando y de gobierno, aunque ella niega haber influido en “las grandes líneas de la obra del doctor Núñez” y solo reconoce que él le dio gusto “en pequeños detalles”. Así lo dijo al escritor Daniel Lemaitre cuando este la entrevistó en 1924. Sin embargo, los hechos revelan que la primera dama ordenaba, tomaba decisiones y a veces cambiaba o desobedecía las del presidente. Durante la efímera guerra que desataron algunos liberales contra el Gobierno en 1885, doña Sole impartía órdenes por telégrafo al lado del ministro de Guerra. Cuando su marido estaba indispuesto, ni siquiera le consultaba los movimientos militares. Consta que, en cierto episodio, Núñez dispuso enviar un refuerzo de 200 soldados a uno de los frentes de combate, pero Soledad, revestida de estratega, le llamó la atención:

—¡Pero, hombre, Rafael! Manda 400, porque 200 se van a enfermar con la peste y solo la mitad podrán pelear...

Cuando no se injertaba de mariscal, doña Sole impartía justicia militar. Alguna vez conmutó a un soldado traidor la sentencia de fusilamiento que estaba a punto de ejecutarse y dijo que transmitía una decisión de su marido, el cual solo se enteró meses después. Algunos acusan a la pareja presidencial de haber dispuesto en secreto el asesinato del general rebelde Ricardo Gaitán Obeso después de que la esposa del embajador de España suplicó, “humillándose ante Núñez y su mujer”, que no lo fusilaran. El Gobierno le conmutó la ejecución por el destierro a Panamá, donde murió misteriosamente envenenado, como si fuera un disidente ruso o el hermanastro de un dictador norcoreano. Además de participar en decisiones militares, doña Sole también hacía las veces de filtro de su perezoso cónyuge con el mundo exterior. Núñez



recibía nutrida correspondencia, pero era su mujer el tamiz que la leía, la clasificaba, la censuraba y solo ponía en manos del destinatario los temas que ella consideraba pertinentes. Acudía a menudo a escuchar de manera subrepticia el consejo de ministros y más tarde opinaba en la alcoba acerca de lo tratado. En una ocasión conjuró una huelga de telegrafistas disponiendo el envío de dinero; en otra nombró funcionarios y en una más montó una estrategia de huida a través de túneles en caso de que fuese atacado Palacio. Doña Sole reclamó haber soplado a su marido algunas de las frases que se hicieron famosas y en una oportunidad en que se rumoró que Núñez había fallecido (en realidad estaba gravemente enfermo), lo vistió y, con ayuda de sus guardaespaldas *Gota de Plomo* y *Perro Fiel*, condujo al jefe de Estado a un balcón de Palacio que miraba hacia la calle. Una vez allí lo sentó en un sillón y cientos de transeúntes pudieron ver que Núñez saludaba agitando la mano, sano y salvo y en pleno ejercicio de su mandato. La señora Soledad, pues, cogobernaba. “En determinados momentos —escribe su biógrafo Juan Pablo Llinás— ella y solo ella resuelve los problemas más graves (...) Sentada durante horas con políticos de todos los partidos, en femenino regateo, hace uso de su inagotable capacidad negociadora”. Ahora bien: la persistencia con que asumió el poder anexo al del esposo permite formarse una idea de lo que debió de ser la cantaleta privada para que Rafael consiguiera el visto bueno de la Iglesia a su unión.

De pronto, los obispos propusieron una solución cínica y sangrienta al problemita: que Núñez demandara a su esposa legítima, Dolores, que entonces vivía tranquila y vuelta a casar en Panamá, so pretexto de que era adúltera e infiel. La reacción de los posibles beneficiados los honra. “El doctor Núñez —confesó Soledad— era ante todo un caballero y sintió la repugnancia de enlodar a esa mujer. Y yo tampoco lo dejé vacilar. ¡No! Eso lo rechazamos ambos”. Había que buscar otros caminos. En 1885, durante su segunda presidencia, el cartagenero convocó una asamblea cuyo propósito era dictar una nueva Constitución, que fue aprobada un año después y perduró, con reformas, hasta 1991. Sobre la carta magna de Núñez flotaba el peso del pecado de doña Soledad como nube negra y parecía redactada en una oficina secreta del Vaticano. “Está visto —escribió un historiador—: las guerras de independencia se libraron para que el papa nos dictara la Constitución”. De hecho, casi había sido así. El embajador de Colombia ante el Vaticano, al comentar al secretario del Sumo Pontífice la nueva Constitución, le explicó

que “tiene por fundamento los sabios principios indicados por Su Santidad en su admirable encíclica sobre cómo deben ser las constituciones de los Estados cristianos”. A tono con los dictados de la encíclica, el Estado colombiano dejó de ser aconfesional y neutral en materia religiosa y acogió al catolicismo como credo oficial y la moral de esta fe como ley y pauta de conducta de los ciudadanos. Estaba dado el primer paso. Ahora lo pertinente era negociar un acuerdo con el Vaticano, llamado Concordato, para aprovechar en detalle la interminable puerta que abrió el estatuto fundamental. El historiador Liévano Aguirre comentó la paradoja de que “la Constitución hubiera sido más favorable para la Iglesia que el Concordato mismo” y que “las más exageradas peticiones al Estado las formularon las autoridades eclesiásticas fundándose en la Constitución y no en el Concordato”.

En realidad, es difícil saber qué documento benefició más a la Iglesia. El historiador Fernando Díaz afirma que Núñez tenía dos deudas con el clero: las de su relación con Soledad y la ejecución de la desamortización de bienes en 1861. La primera se pagó con la Constitución, que “favoreció en algunos puntos esenciales la posición de la Iglesia”. Y la segunda con el Concordato, que “entregó a la Iglesia gran parte del control educativo nacional a cambio de la morigeración de las solicitudes económicas” de indemnización por la incautación de bienes. El acuerdo entre el Gobierno y la Santa Sede se firmó en 1887 y, entre otros privilegios, concedió a la Iglesia los siguientes: conformar los programas educativos del país a la moral y el dogma cristianos; establecer como obligatoria en los planteles públicos la enseñanza de la religión católica; otorgar a los obispos el derecho de revisar los textos de enseñanza; prohibir los libros contrarios al dogma (por ejemplo, los de Voltaire, Rousseau, Spencer y Darwin); vigilar desde las sacristías a los maestros y censurar cualquier actividad que los sacerdotes considerasen perjudicial para los jóvenes; controlar los cementerios públicos; devolver los bienes expropiados a la Iglesia e indemnizarla. Como dijo Liévano Aguirre, “el Concordato permitió la intervención de la Iglesia en el Estado” cuando lo que anunció era que autorizaría la del Estado en la Iglesia.

En el fondo, la Constitución y el Concordato extendieron patente de corso a la Iglesia para participar en política en apoyo del Partido Conservador, que, encarnado en Núñez, había sido su gran patrocinador y siguió siéndolo. La influencia que se entregó a los pulpitos fomentó en la mayoría de los casos la

discriminación política y religiosa<sup>23</sup>. En contraprestación, y como no podía autorizar el matrimonio de un divorciado, la Iglesia realizó toda clase de gestos de aprecio hacia Soledad y Rafael. El más notable fue hacer al presidente caballero de la Orden Piana, máximo honor del Vaticano en diciembre de 1886, apenas cuatro meses después de que se aprobara la Constitución. Discernida por el papa León XIII, la Orden Piana tenía el curioso poder de absolver al condecorado de “cualquier excomunión y entredicho y otras eclesiásticas sentencias, censuras y penas, si acaso hubiere incurrido en algunas”. Ya puro y limpio gracias a la detergente bendición postal de Su Santidad, Núñez organizó el famoso banquete en que su mujer tomó el brazo que le ofrecía el señor arzobispo y, en medio del asombro de los invitados, con él encabezó el desfile hacia la mesa y sus manjares. Tres meses después se firmó el Concordato.

Las concesiones, reverencias y distinciones mutuas que se hicieron la Iglesia y el Estado no lograron, sin embargo, que Rafael y Solita pudieran santificar a gusto su vínculo en el altar. Para ello no bastaban el arzobispo y el papa. Se habría necesitado la ayuda de Dios. Y Dios les dio una manito en 1888, cuando llamó a su lado a Dolores Gallego, la primera esposa de Núñez. Fallecida la cónyuge que el altar había unido a Núñez 37 años antes, y a la que no veía desde 1859, el viudo quedaba, por fin, en libertad de casarse. Los ilustres personajes no perdieron el tiempo. El 23 de febrero de 1889 el obispo Biffi bendijo aquel lazo que, en palabras de misiá Soledad, “había ya apretado un sincero impulso de mi corazón y que nunca pudieron aflojar ni la maledicencia ni la calumnia”.

El matrimonio duró cinco años, hasta el 18 de septiembre de 1894, cuando Núñez murió en El Cabrero durante su cuarta Administración. A medida que gobernaba, el cartagenero incurría en tentaciones represivas contra la prensa, las libertades y los derechos ciudadanos. En el ataúd campearon la bandera de Colombia y la medalla de la Orden Piana. Doña Sole vivió muchos años más, hasta 1924, rodeada del cariño de los cartageneros. Yacen sepultados juntos en la ermita vecina a la famosa casona caribe.

No sospechaban entonces sus compatriotas la importancia histórica que habrían de tener Soledad Román de Núñez y los tejemanejes de su marido con la Iglesia católica. Eduardo Lemaitre, quizás el más célebre historiador cartagenero, escribió el siguiente epílogo:

Al otear a vuelo de pájaro el panorama histórico de nuestra ciudad y del país en general en su época republicana, e incluso también en la virreinal, yo no encuentro ninguna otra figura femenina que haya influido de modo más decisivo en los destinos de nuestra nacionalidad como la señora de El Cabrero.

Son los despropósitos del amor cuando se revuelve con la religión y la política.



**Los peligros  
del *homme fatal***



**Oscar Wilde  
&  
Constanza Lloyd  
&  
Bosie Queensberry**





OSCAR WILDE



CONSTANZA LLOYD

matador



matador



*El escritor irlandés Oscar Wilde se ha convertido en símbolo gay, si bien fue, más que gozoso defensor del homosexualismo, víctima de la relación con un joven poeta que destrozó su vida y la de Constanza, su ejemplar esposa.*



La siguiente historia real es la del poeta, escritor y humorista Oscar Wilde, su esposa —pionera de la moda moderna a fines del siglo XIX— y un amante gay de Oscar que perturbó la vida de ambos.

Empecemos por ella.

Constanza María (Constance Mary) Lloyd, hija de un conocido abogado irlandés consejero de la reina, lucía una belleza moderna. Hoy habría podido ser portada de *Vogue*, pero entonces encarnaba los retratos ultraestéticos de los pintores llamados prerrafaelitas, que cultivaban figuras de mujeres esbeltas cubiertas por trajes sueltos y casi aéreos. Morena, pálida, de mirada profunda y ojos claros, Constanza había nacido en Dublín el 2 de enero de 1859. Era, según Irving Wallace, “una chica dulce y hermosa”. Huérfana de padre a los pocos años, ella y su hermano Otho fueron criados por su abuelo cuando su madre se casó de nuevo y perdió interés en los hijos, salvo para amenazarlos con “aplastarles la cabeza contra un muro”. Semejante castigo resultaba bastante incómodo para aquella a quien su mejor biógrafa describe como “un alma frágil y exquisita, un ser extraordinariamente sensible y vulnerable”<sup>1</sup>. Por desgracia, el noble abuelo no tardó en chiflarse y dar en la manía de correr en pelotas en pos de enfermeras atractivas, así que Constanza decidió buscar aires más gratos. Lo obvio era ir a Londres, y hacia allí se dirigió no bien terminó el bachillerato. La era victoriana flotaba sobre la sociedad con sus sosegados mandatos conservadores, pero por debajo bullían hervores de rebeldía. El pueblo pedía mayor participación; los intelectuales aspiraban a destapar la corrupción escondida bajo las buenas maneras hipócritas de la época; las mujeres querían más poder. Constanza era curiosa

por naturaleza y en Londres se interesó en casi todo. Con el tiempo, estudió arte, pintó al óleo, experimentó con el espiritismo, dominó la nascente técnica de la fotografía, leyó los clásicos (uno de sus libros favoritos era *La divina comedia*, de Dante Alighieri), aprendió a tocar piano, habló tres idiomas, profundizó en temas religiosos, practicó la teosofía<sup>2</sup> y fue autora de libros y artículos en revistas.

Su principal militancia consistió en apoyar la campaña a favor de una moda femenina menos opresiva. En su calidad de amas del territorio de la aguja al que las habían reducido los hombres, las mujeres se rebelaban contra la asfixiante herencia victoriana de faldones pesados, miriñaques, corsés, fajas, pieles y botines. Eran mujeres más livianas y querían ropas más livianas. En sus artículos, Constanza abogaba por camisas que facilitaran la libertad de movimiento y faldas que, al sentarse, no significaran un tormento capaz de dejar sin respiración a la usuaria. No era simplemente una cuestión de camisas. Se trataba de un impulso social y artístico expresado a través de los trajes. Dice Franny Moyle: “El *vestido estético*, como se conoció, era más que un asunto de modas; era un pronunciamiento sobre la expresión creativa de la mujer. Al buscar la comodidad, también hablaba de un deseo de liberación que desbordaba lo físico... Era la creencia de que la mujer tenía el derecho a escoger una carrera y finalmente el derecho a votar en las elecciones”. La joven irlandesa vestía, pues, en Londres los atuendos “feos” de las mujeres liberadas de su época y rompía con las convenciones de la clase media. Esa muchacha de 20 años fue la que en 1879 (algunos sostienen que en 1881) conoció en una fiesta en la capital británica a Oscar Wilde, otro dublinés que empezaba a adquirir fama de divertido conversador, repentista gracioso y hombre culto, pero que aún no había publicado ninguna de sus obras importantes y solo exhibía en su currículum dos becas en Trinity College (Dublín) y la Universidad de Oxford, amén de un puñado de reconocimientos menores en literatura griega y poesía<sup>3</sup>.

Ahora él:

Oscar Fingal O’Flahertie Wills Wilde había nacido el 16 de octubre de 1854 en el seno de una familia anglicana, aunque coqueteó con el catolicismo y católico murió. Su padre era un médico famoso especialista en ojos y oídos, y también en otros órganos, pues dejó un reguero de hijos naturales. Su madre,

a quien Oscar adoró, era escritora nacionalista y firmaba con el seudónimo de Speranza. Tras aprobar a trancas y barrancas la escuela, donde destacó por su sentido del humor, su generosidad y su incapacidad para las matemáticas, emprendió exitosa trashumancia universitaria. Finalmente, cuando acababa la década de los setenta, se lanzó a Londres armado de corazón de poeta, pluma de periodista y exquisita lengua de tertuliano. Dominaba ya el alemán y el francés y, antes que poeta, novelista o autor de teatro, era un sobresaliente charlador. Resulta difícil entender hoy la importancia que llegó a tener entonces lo que denominaban “el arte de conversar”. En esta época en que prevalecen los tuiters y la oratoria se ha reducido a frases preparadas por una agencia de imagen, no es posible concebir que una persona dotada de facilidad de expresión, imaginación e inteligencia convocara a multitudes en las aulas y los teatros y atrajera grupos de seguidores en los cafés y salones particulares<sup>4</sup>. Escribió Wilde: “La conversación es el nexo de todas las relaciones sociales, lo mismo en el matrimonio que en la amistad”. Todavía no se había puesto de moda el término *oralidad*, pero esa era, sin duda, el agua en que mejor nadaba Wilde. Por algo se definía como un trovador antes que como un poeta. No escaseaban los buenos conversadores, mas Oscar Wilde los superaba a todos. Su amigo Frank Harris (1856-1931), que publicó en 1914 un succulento libro en el que mezcla entrevistas con el autor, apuntes biográficos e impresiones personales, afirma que “Oscar Wilde fue aún más grande como conversador que como escritor, pero no hay gloria más frágil y fugaz que la del conversador”<sup>5</sup>. En este caso no es totalmente cierto. Más de un siglo después de su muerte, las frases repentistas de Wilde —muchas de las cuales insertaba en sus obras— son famosas en el mundo entero, se reproducen y circulan en internet y han generado cientos de citas espurias que jamás dijo ni escribió, como también sucede con Les Luthiers y Woody Allen, entre otros (ver recuadro).

## Monumento a la amistad y a los derechos del gay

*No conozco en el mundo nada más  
noble o más raro que una fiel amistad.  
O. W.*

Una de las escenas más conmovedoras que recuerdan los mirones públicos del proceso contra Wilde ocurrió durante el traslado del acusado desde la cárcel hasta el Tribunal de Quiebras en medio de una multitud hostil. La propia víctima la recrea así en su “Epístola en la cárcel y entre cadenas” (*De Profundis*): “Cuando fui llevado, entre dos policías, Robbie aguardaba en el largo corredor y, ante la muchedumbre que se había quedado en silencio, saludó gravemente quitándose el sombrero al pasar yo con la cabeza baja y las manos esposadas”.

*Robbie* era el apodo del intelectual británico-canadiense Robert Ross (1869-1918), primer amante y permanente cuate de Oscar Wilde, cuya nobleza y generosidad compensaron en buena parte la conducta perversa de Lord Alfred Douglas (*Bosie*). Este fue amigo (y quizás amante) del canadiense, pero sus celos por la cercanía entre Ross y Wilde lo llevaron a presionar al escritor hasta conseguir que durante un tiempo Wilde se apartase de Robert.

Periodista y crítico de arte, el canadiense fue mentor de escritores y rendido admirador de Wilde, lo mismo que Reginald Turner, un divertido homosexual que fue compañero de Ross. En 1895 apareció en la *St. James's Gazette* una famosa autoentrevista de Wilde en torno al teatro; años después se supo que la realizó con la ayuda fantasma de Ross, quien fungía en ciertos momentos como secretario suyo. “A Robbie, espejo de la perfecta amistad”, autografió OW en un ejemplar de *La importancia de llamarse Ernesto*. En vida de Oscar, su cuate le prestó toda clase de ayudas, incluso económica, y fue también un soporte moral y financiero de Constanza. Una vez fallecido el escritor, se dedicó a recopilar y publicar su obra: la limpió de pornografía apócrifa, aseguró los derechos de autor para los hijos de la pareja y trasladó los restos del amigo a su actual morada en el cementerio Père Lachaise, donde también fueron depositadas sus cenizas en 1950.

Ross fue, más que Wilde, un luchador por los derechos de los homosexuales. Salió pronto del armario, padeció matoneo escolar, se defendió en los tribunales, lo satanizó la prensa reaccionaria, tuvo que abandonar Inglaterra y en Alemania lo acusaron a él y otros artistas de algo parecido a una “conspiración antipatriótica pornográfica”.

Si Oscar Wilde tiene ya una estatua como víctima de la persecución por sus

preferencias sexuales, Robbie Ross merece otra como valeroso defensor de los derechos de la comunidad gay.

Así como en las parrandas de música vallenata es frecuente que surjan el duelo o piquería entre grandes acordeoneros y en el folclor argentino se trenzan en combate de rimas los improvisadores de payadas, en el Londres de la segunda mitad del siglo XIX surgían a menudo desafíos de café entre ingeniosos charladores. Un maestro de Oscar en estas lides fue el profesor de estética J. McNeill Whistler, amigo que llegó a influir en los chispazos de Wilde hasta el punto de que alguna vez emitió un breve y lapidario juicio sobre cierto cuadro, que Wilde celebró ruidosamente.



—¡Bravo! —exclamó Wilde—. ¡Me gustaría haber dicho esa frase!

A lo que repuso Whistler de inmediato:

—Oh, no te apures, Oscar: la dirás, la dirás...

El memorable sentido del humor que desarrolló Wilde tenía varias características difíciles de imitar, entre ellas el hecho de que evitaba las

palabras vulgares, que era un hábil domador de paradojas y que exhibía capacidad de respuesta inmediata y restallante, como latigazos. Un buen ejemplo de ello fue el piropo, al mismo tiempo galante y venenoso, que soltó a una escritora francesa poco agraciada que era consciente de su fealdad pero le sobraba personalidad para referirse a ella.

—Soñaba con conocerlo, señor Wilde —le dijo Marie-Anne de Bovet el día en que le presentaron al irlandés—. ¿No es verdad que soy la mujer más fea de Francia?

—En ningún caso —respondió Wilde besándole la mano—. Es la más fea del mundo, *madame*, del mundo.

En cuanto al brillante empleo de la paradoja, resulta imposible no mencionar su cuento titulado “El discípulo”, donde relata que, cuando murió Narciso, las hadas acudieron al estanque donde el personaje se enamoraba cada vez más de sí mismo al arrojarse con su imagen reflejada en las aguas. Las hadas preguntan al lago si en realidad era tan bello o más bien se trataba de un ególatra. A lo que responde el estanque:

“Yo amaba a Narciso porque, cuando se inclinaba sobre mí y dejaba reposar sus ojos sobre mi superficie, en el espejo de sus pupilas yo veía reflejada mi propia belleza”.

Harris define el humor de Wilde de manera que lo aproxima mucho al mamagallismo caribe: “Su fuerte era una especie de burla fina y ligera”. Es un humor cáustico pero bondadoso. El especialista en su obra Ömer Koc afirma que “ni siquiera cuando estaba exasperado, su humor abandonaba su bondad”. El escritor francés André Gide anota que, mientras más años acumulaba Wilde, “su conversación se hacía más animada, más graciosa y más viva”, y resalta que todo en él estaba al servicio de sus palabras: no bastaba con oírlo, era necesario verlo “sostenido por el resplandor de los ojos vivos, los labios sonrientes y la voz musical”. Wilde habría sido el compañero perfecto de tertulias si le hubiera gustado el fútbol, que cada vez adquiría más popularidad en la Inglaterra donde nació como juego moderno. Sin embargo, en uno de sus cuentos atribuye las siguientes palabras a un personaje muy parecido a él: “Sentía una gran aversión por el fútbol; las aficiones con las que de verdad disfrutaba eran la poesía y el arte teatral”. Willie, su hermano mayor, periodista y poeta, practicaba, en cambio, ese fascinante juego que emplea un poco los pies y, cuando se hace bien, mucha cabeza. Oscar, aunque perezoso, enemigo del esfuerzo físico y de los deportes (“No me gusta dar patadas, ni

que me las den”), había sido un aceptable boxeador aficionado en las clases de gimnasia de su juventud. Además, consta en fotografías su proximidad al equipo de cricket del Magdalena College, y alguna vez declaró que su juego favorito era el tenis sobre césped. Su simpatía por el deporte y una indudable valentía le permitieron enfrentarse una tarde a cuatro estudiantes matones y sacarlos corriendo.

La notoriedad que empezó a adquirir Wilde en Londres no se debía solo a sus afilados comentarios y sus expresiones corporales, sino también a su manera de vestir, bastante estafalaria, y a sus actitudes de dandi y esnob. Sería un error pensar que se trataba de un tipo bien plantado. Alto (medía 1,91 metros) e impresionante, sí era. Pero la descripción que hace Frank Harris de Wilde el primer día en que se vieron resulta bastante desfavorable:

Wilde me estrechó la mano de un modo flácido que no me hizo ninguna gracia; sus manos eran muelles, fofas, grasientas; su piel parecía biliosa y poco limpia. En un dedo llevaba un gran escarabajo verde. Más bien que vestido con elegancia, lo estaba con exceso; la ropa se le ceñía demasiado, y era demasiado grueso. Tenía un tic que consistía en tirarse de la mandíbula con la mano derecha mientras hablaba: una mandíbula, por otra parte, ya adiposa y con bolsas. Su aspecto me fue francamente repulsivo.

Esta es la descripción de un amigo que lo quería. ¿Se imaginan las de sus rivales o las de quienes lo veían como una amenaza estética y social? De todas esas características, las positivas y las negativas, pudieron disfrutar y sufrir miles de espectadores norteamericanos cuando, en 1882 y 1883, realizó giras de varios meses por Estados Unidos y Canadá en las que dictaba conferencias ante auditorios repletos y concedía entrevistas en que cautivaba a los lectores. Bueno es aclarar que no era la gira de un comediante que excita la risa con sus monólogos; sus charlas, amenas pero doctas, hundían raíces en Grecia y Roma y defendían la belleza y el hedonismo como supremos valores humanos. “Yo nací —decía Wilde— para cantar la alegría y el esplendor de la vida, el placer de vivir, el deleite de la belleza en este mundo maravilloso”. Su estilo como expositor hipnotizaba a la gente, a veces durante más de dos horas. “Gran parte de su seducción oratoria provenía de la rápida transición de lo serio a lo jocoso, de lo patético a lo cómico, de la filosofía a la farsa —comentaba Harris—. Y siempre, por encima de todo, el humorismo coruscante que hacía de sus monólogos verdaderas obras de arte”. Sus entrevistas eran famosas: ¿Cuál es su elemento natural? “El mar, hasta que



inventen la bañera con ruedas”. ¿Qué le gustaría ser si no fuese Oscar Wilde? “Un cardenal católico”. ¿El defecto que más odia en los demás? “El orgullo inmoderado”. ¿El rasgo más característico de su personalidad? “El amor propio inmoderado”. (Nueva York, 1877).

La sola presencia de este pintoresco gigante contribuía al espectáculo, que despertaba interés lo mismo en pueblos pequeños que en auditorios tan sobrecogedores como el de la Universidad de Harvard. Justamente allí, varios alumnos pretendían sorprenderlo ataviados con los trajes rimbombantes de colorines y pañuelos insólitos que Wilde usaba. No contaban con que, en materia de bromas, el irlandés siempre iba más adelante. Esa noche dictó su exposición en traje y corbata formales, como cualquier alumno de Harvard, y sonrió al ver la comparsa avergonzada que ocupaba la platea. Luego de recoger aplausos, dejar buenos amigos —como el poeta Walt Whitman— y llevarse una buena bolsa de honorarios, regresó a Londres y viajó a París por primera vez, donde se alojó más tarde en casa de Víctor Hugo. Otra paradoja: años después, mientras Inglaterra lo repudiaba, en Estados Unidos fue siempre un ídolo y Francia se convirtió en su verdadera patria. Dados los particulares talentos de Wilde, parece lógico que la pieza más fuerte de su actividad como escritor no hayan sido los poemas —a pesar de la trascendencia de la “Balada de la cárcel de Reading”—, los ensayos, los artículos, los cuentos ni su única novela (*El retrato de Dorian Gray*), sino sus comedias. Los estrenos de *Una mujer sin importancia*, *Un marido ideal* y, sobre todo, *El abanico de Lady Windermere* y *La importancia de llamarse Ernesto* lo llenaron de fama y de dinero. Como veremos, la primera le sirvió muy poco cuando tuvo que enfrentar a la (in) justicia inglesa, y dilapidó por completo el segundo.

Él y ella se enamoran:

En ese momento, de 1881 a 1883, la historia íntima de Wilde parecía ser como la de cualquier universitario heterosexual de su tiempo: enamoraba a punta de versos galantes y si sentía “el llamado de Príapo” (es decir, los momentos de alta excitación), lo calmaba acudiendo a casas de lenocinio. Había sufrido dos fracasos amorosos. El primero, cuando se enamoró a los 21 años de Florrie Balcombe y esta lo dejó por Bram Stoker, futuro autor de *Drácula*<sup>6</sup>. El segundo, cuando se propuso seducir a la actriz Lillie Langtry, pero Lillie se negó a coronar a su marido. Algunos rumores empezaban a

correr, sin embargo, sobre ciertas travesuras en su vida privada. Cuando la conoció en aquel sarao de irlandeses en Londres, Oscar quedó encantado con Constanza y de allí nació una amistad cuyos detalles se ignoran. Lo cierto es que, tras empezar como amigo suyo, Oscar pasó a escribirle apasionados poemas y cartas de amor y la conquistó a punta de versos y persistencia. Se veían con frecuencia y hablaban varias veces al día por medio de un invento mágico llamado teléfono. Todos los biógrafos de la pareja coinciden en afirmar que existió entre ellos un amor apasionado y que ese amor, tras los avatares que sufrió la relación, fue sustituido por un cariño mutuo que tuvo lunares pero nunca se extinguió. Su correspondencia como novios y recién casados da testimonio del cariño. Así comunicaba Oscar sus intenciones matrimoniales a un allegado:

“Voy a casarme con una chica encantadora; trabajo duro en mis conferencias a fin de volverme rico, pese a que me resulta penoso separarme de ella. Nos telefoneamos dos veces al día y sería capaz de ir al fin del mundo con tal de verla una hora y hacer esas cosas intensas que hacen los enamorados”. No entra en minucias acerca de “esas cosas”, pero se supone que eran las mismas cosas que hacían los enamorados victorianos escondidos detrás de los cortinajes de terciopelo. Como se ha dicho, tendríamos más luces acerca de las “cosas intensas” si la familia no hubiera quemado las cartas de Oscar que guardaba Constanza. Sobreviven apenas unos cuantos renglones, como la siguiente declaración de amor que le envió él desde América un poco antes o un poco después de su boda en 1884:

“Querida bienamada: aquí me encuentro, mientras tú estás en las antípodas. ¡Oh vida execrable, que impide que nuestros labios se unan en un beso, cuando nuestras almas son una sola!”. Constanza también estaba prendada de su galán. A él se refería como “mi amor adorado” y lo describía a una amiga de la siguiente manera, refiriéndose sobre todo al malestar que le producían sus ausencias: “Cuando mi querido Oscar está aquí, no lo dejo ni un minuto. Si se ausenta, me deprimó y me cuesta trabajo emprender cualquier iniciativa. Hoy almorzaremos juntos cuando pronuncie su conferencia en Crystal Palace y después se tomará una vacación de una semana, cosa que me encanta”. Tanto amor desembocó en lo que suelen desembocar, y a veces agotarse, los amores intensos: en matrimonio. Los historiadores subrayan que no fue un matrimonio motivado por el dinero ni ascenso social, pues ambos pertenecían a una clase media acomodada —ella un poco más rica— y procedían de familias

profesionales y apreciable estatus: el padre de ella era consejero de la reina. Se casaron el 29 de mayo de 1884 en un templo anglicano y la boda fue un fiestón propicio para que Wilde derrochara sus extravagancias. París fue el escenario de la luna de miel, y el número 16 (hoy reenumerado como 34) de la calle Tate de Soho, barrio de los artistas londineses, se convirtió en residencia común de la pareja. A los 13 meses nació allí Cyril, el mayor de los hijos y a los dos años y medio, Vyvyan Oscar, el menor. Oscar fue un padre de familia cariñoso y dedicado, pese a sus ausencias. A Cyril lo llamó “mi mejor amigo entre todos mis amigos” y se afirma que “velaba por la educación y el entretenimiento de los niños” (Larivière).

Desde antes de casarse, los contrayentes habían establecido una positiva relación de trabajo. Ambos profesaban un culto a la belleza, ambos se interesaban en la moda, ambos defendían una revolución en los atuendos (Wilde era enemigo personal del sombrero de copa y Constanza del corsé) y ambos escribían en la prensa sobre estos temas<sup>7</sup>. Resultaba tan marcado el interés de Oscar por la nueva moda que dirigió durante dos años la revista mensual *The Woman's World (El Mundo de la Mujer)*, donde publicaba también su cónyuge. Aparte de los escritos sartoriales, cuando tuvieron hijos ambos escribieron cuentos para niños. Es posible que Constanza haya influido en “El gigante egoísta”, uno de los más famosos relatos infantiles de su marido. Las opiniones de Wilde sobre el matrimonio casi siempre aparecen adobadas con sal y pimienta. “Es el único tema —anota un año después de su boda— sobre el cual todos los hombres están de acuerdo y todas las mujeres en desacuerdo”. En una breve nota titulada “Un manual del matrimonio”, reseña en el *Pall Mall Gazette* (18 de noviembre de 1885) un libro anónimo que aconseja “cómo ser feliz aun estando casado” y recuerda a cierto padre que advierte a su hija alborotada acerca de la solemnidad del matrimonio, a lo cual responde la muchacha: “Más solemne es quedarse solterona”. En sus crónicas tituladas *Impresiones sobre Yanquilandia*, refiere que el matrimonio es una de las más puras instituciones de Estados Unidos, país que visitó en 1882: “El hombre se casa pronto y la mujer se casa a menudo”. Más adelante asegura que el éxito de la pareja norteamericana “se debe, en parte, a que el hombre no está nunca ocioso y, en parte, a que ninguna esposa norteamericana es responsable de la calidad de las comidas de su marido”. Elogia, así mismo, la libertad de divorcio, pues “tiene el mérito de aportar al matrimonio un

elemento novelesco de incertidumbre”.

No sabían entonces Oscar ni Constanza que al cabo de dos años empezaría a surgir en medio de su matrimonio un elemento de incertidumbre que acabó liquidándolo. Ese elemento fueron las tendencias homosexuales de Wilde, que se destaparon a mediados de 1886, cuando el famoso personaje invitó a vivir en su residencia conyugal a Robert Baldwin Ross, más conocido como *Robbie*, un poeta canadiense de 17 años cuya simpatía cautivó a Oscar. Este y su mujer esperaban a Vyvyan, su segundo hijo. El adolescente, que ya había experimentado varios amores homosexuales, se propuso seducir a su anfitrión, y lo logró. Ross no solo se convirtió en el primer amante del mismo sexo que tuvo Wilde, sino en un amigo entrañable y noble que veló por él, por su mujer y por sus hijos hasta la muerte de Robbie, en 1918 (ver recuadro). A partir de aquel encuentro homosexual con Ross, la vida de Oscar Wilde iba a cambiar de manera dramática, hasta el punto de que su fama de autor y humorista ha quedado opacada por la de ícono gay que le cayó encima. Sin embargo, cuando el poeta W. B. Yeats pasó la velada navideña de 1888 en casa de los Wilde, comentó que reinaba en el hogar “una vida de perfecta armonía” inspirada por el afán de ofrecer una puesta en escena artística.

## Símbolo a pesar suyo

Los estudios sobre el emparejamiento humano indican que el gay y la lesbiana revelan tendencias genéticas hacia la atracción por individuos de su mismo sexo, pero puede ocurrir que aquellas nunca se manifiesten porque el entorno o medio ambiente social no resulta propicio para hacerlo<sup>8</sup>. Así pasó con Oscar Wilde. En la infancia y adolescencia mostraba las conductas esperables en el niño, aunque matizadas con su personalidad diferente, su vena humorística y su afición a conversar. “Cuando joven, Wilde era decididamente heterosexual, a pesar de sus afectaciones”, afirma Irving Wallace. Esto incluye, con cierto margen de tolerancia, que a los dos o tres años de edad la mamá lo vistiera ocasionalmente de niña y que besara en la boca por sorpresa a un condiscípulo al terminar el bachillerato<sup>9</sup>. Otro de sus viejos compañeros de adolescencia sostiene que “no tuvo intimidad especial con nadie”. Al cumplir 20 años no había brotado todavía en él la misoginia de la que hizo gala y que plasmó en dicterios burlones. Ya mencioné que intentó conquistar por lo menos a dos mujeres —Florrie Balcombe y Lillie Langtry— y se enamoró perdidamente de Constanza Lloyd. Ocurre, sin embargo, que Wilde respondía a las “llamadas de Príapo” en los bajos fondos y allí reinaba la promiscuidad con muchachitos que atendían a pederastas y poetas empeñados en comer “carne y pescado”. Es posible que esos encuentros hubieran descorchado en Wilde la botella del amor clandestino con personas del mismo sexo. En cualquier caso, Frank Harris advierte de manera vaga en la biografía de su amigo que desde antes de casarse en muchas casas de familias distinguidas de Londres “le cerraban obstinadamente sus puertas” y “se hablaba de él como un ser anormal y vicioso”. Añade Harris —con quien tuvo 20 años de simple y buena amistad— que “ni siquiera su matrimonio atenuó la repugnancia y malevolencia velada con que la gente se refería a su persona”.

La boda de Oscar y Constanza tuvo lugar en 1884 y en el término de dos años nacieron dos hijos. Apareció entonces en el entorno doméstico la figura de Ross, periodista y crítico de arte y literatura, que destapó definitivamente al gay que dormía en Oscar. De ese paso proceden unas declaraciones bastante mezquinas del autor irlandés. Pretendiendo justificar su relación con Ross y con varios varones que llegaron más tarde, sugirió a Harris que la

responsabilidad era de Constanza. Estas fueron sus palabras al respecto, que lo revelan más como misógino irredento que como esposo cruel:

Cuando yo me casé, mi mujer era una muchacha bonita, blanca y esbelta como un lirio, de ojos vivos y risa alegre como una música. En poco tiempo su gracia de flor se marchitó, se volvió pesada, deforme; se arrastraba por la casa con dificultad, toda dolorida, con las facciones desencajadas, la tez descolorida, el cuerpo horrible, todo ello a causa de nuestro amor. Yo me esforzaba en ser bueno con ella, me obligaba a tocarla, a besarla, pero ella sentía náuseas continuas... Pero prefiero no evocar estos recuerdos: es demasiado repugnante.

De Constanza Lloyd —apellidada luego Wilde y finalmente Holland— podrá decirse que no fue la madre más amorosa, y que sus hijos constituyeron a menudo una incomodidad para ella; también podrá pensarse que sufría de candorosa ingenuidad al no darse cuenta de que los cuates de su marido eran mucho más que buenos amigos. Pero su solidaridad con Wilde fue admirable. No es verdad que en dos años la bella mujer de la que Oscar se enamoró se hubiera transformado en un monstruo; y, si así hubiese sido, con seguridad era efecto de la doble maternidad soportada en tan poco tiempo. Algo tendría que ver su marido en el asunto y era de justicia que no rechazara con repugnancia las consecuencias personales para la pobre esposa del acto que cometieron juntos. Pero la verdad no es que la princesa se hubiera convertido en calabaza en el breve plazo de 24 meses, sino que Wilde descubrió su latente predilección por personas de su mismo sexo, hallazgo que no afrontó con la valentía y franqueza que hoy se le atribuyen. No era fácil hacerlo en la Inglaterra victoriana, por supuesto, donde la sociedad rechazaba a los “pervertidos” y cobraba con cárcel los entretenimientos homosexuales. No nos sorprendamos de que así fuese. En numerosos países latinoamericanos el homosexualismo seguía siendo delito en 1969, cuando ya el hombre había llegado a la Luna, y en España tardó aún once años más en salir del Código Penal. Inglaterra lo suprimió como crimen en 1967 y en 2017 la reina Isabel II puso al fin la lápida a la infamante discriminación cuando decretó amnistía total para 50.000 ciudadanos que habían incurrido en prácticas sexuales con personas del mismo sexo. Ciento diecisiete años después de su muerte, Oscar Wilde dejó por fin de ser considerado un delincuente...

Los historiadores de recámara coinciden en señalar que la actividad sexual entre los Wilde se agotó con el nacimiento del hijo menor. El sexo había

terminado entre ellos, pero el amor, entendido como cariño mutuo, continuó hasta la tumba. En los años siguientes, Oscar mantenía ropa en casa de su mujer y sus hijos y dormía allí a menudo. Pero ya llevaba aparte su vida de bohemio. Ambos se veían en cuestiones de trabajo y Wilde visitaba a sus hijos y les contaba cuentos de hadas. Constanza solía concurrir del brazo de Wilde a exposiciones y estrenos de teatro. En 1890, el comediógrafo ya vivía en hoteles, según se acostumbraba en aquellos tiempos. La separación era un hecho, pese a que solo se convirtió en documento legal en 1897. En 1891 dedicó “A Constance Mary Wilde” su libro de cuentos *Casa de Granadas*. Un poco antes había conocido a James Taylor, *monsieur* de un lugar de placeres donde prestaba sus servicios sexuales un grupo de jovencitos adolescentes cuya presencia exigía Wilde cuando acudía a satisfacer a Priapo<sup>10</sup>. En el curso de los siguientes diez años, Wilde fue asiduo de las fiestecitas con jóvenes y también alimentó amores o aventuras de alguna duración con personas de su sexo. Aparte de Ross, fue muy cercano al escritor Robert Sherard, su lazarillo en el mundo de los prostitutas púberes, quien, ya fallecido el personaje, dejó testimonio del Wilde que él conoció en un libro cuyo título (*Historia de una amistad desdichada*, en inglés) no refleja la lealtad que profesó Sherard por Oscar en todo momento. En 1898, el dublinés relató a Harris una aventura fugaz pero inolvidable con un soldadito anónimo que encontró en Calais (Francia) y ese mismo año fue amante inequívoco del equívoco poeta John Gray. En febrero de 1899 se marchó de viaje con un novio que encontró en un hotel de Génova, Harold Mellor, quien le salió mandón, caprichoso y tacaño.

## Auténticos chispazos de Oscar Wilde

Escribió el wildeólogo Charles Dantzig: “Todos conocemos las frases célebres de Oscar Wilde; a fuerza de citarlas acabaremos por no leerlo”. Parece un chispazo de OW. He aquí otro: en la vida hay que desconfiar de los relojes finos que venden baratísimos en la playa y de las frases que atribuyen a Wilde en internet: ambos suelen ser falsos. La siguiente colección de aforismos, trinos, frases-bomba y chispazos es auténtica. No procede de la red sino de las obras o biografías del mismísimo poeta, expositor y humorista misógino.

- “Moriré como he vivido: por encima de mis recursos económicos”.
- “Como regla general, se necesitan diez años de vida en común con un hombre para completar la educación de una mujer”.
- “En todos los ingleses hay mucho de colegiales, y esto es lo que los hace tan agradables”.
- “Las mujeres no tienen cerebro, y consagran la inteligencia que poseen a mezquinas vanidades y celos personales”.
- “Bernard Shaw [ingenioso humorista coetáneo de Wilde] acabó por descubrir que las mujeres tienen piernas debajo de la falda, y este descubrimiento estuvo a punto de arruinarle la existencia”.
- “Cuando los dioses quieren castigarnos, atienden nuestras peticiones”.
- “Las palabras no significan nada por sí solas; todo estriba en quien las profiere”.
- “En cualquier callejuela de Londres hay suficiente sufrimiento para demostrar lo poco que Dios ama al hombre”.
- “Un instante de irracionalidad puede ser nuestro momento más bello”.
- “Es más seguro mendigar que arrebatar, pero es más bello arrebatar”.
- “Las únicas escuelas artísticas y literarias que merece la pena fundar son las escuelas sin discípulos”.
- “La misión del crítico es educar al público, y la del artista, educar al crítico”.
- “La originalidad, lo mismo que la belleza, es un don fatal”.
- “La poesía es la gramática idealizada”.
- “La estética pertenece a una esfera más elevada que la ética. La estética es a la ética lo que la selección sexual a la selección natural”.
- “¿Por qué será que en la casa del soltero los criados siempre se beben el champán?”.
- “La verdadera esencia del romanticismo es la incertidumbre”.



- “Los matrimonios sin amor son horribles. Pero son más horribles los matrimonios en que solo hay amor y abnegación de una parte”.
- “Un vestido bien hecho no tiene bolsillos”.
- “Los hombres de más de 70 años le ofrecen a la mujer una vida entera de constancia. Los 70 son la edad ideal del hombre”.
- Se sobrevive a todo, menos a la muerte, y se soporta todo, menos una buena reputación”.
- “Nunca hay que confiar en una mujer que revele su verdadera edad”.
- “La única disculpa aceptable en una puritana es su fealdad”.
- “Nada echa a perder tanto una novela como el sentido del humor en la mujer”.
- “Lo interesante no es nunca correcto”.
- “Nada se parece tanto a la ingenuidad como el atrevimiento”.
- “Las pecas son la plaga de las familias escocesas así como la gota lo es de las inglesas”.
- “El único apóstol que no merecía prueba alguna era santo Tomás, y, sin embargo, fue el único apóstol que la obtuvo”.
- “Una cosa no necesariamente es cierta porque alguna persona muera por ella”.

En 1891, Oscar Wilde se encontraba en el everest de su popularidad. Era famoso en los círculos intelectuales; sus libros constituían garantía de éxito entre los lectores; en las esferas sociales lo hallaban controvertido pero célebre; era taquillero en los teatros y un espectáculo irrepetible como expositor. Lógico resultaba, pues, que sus adoradores le escribieran cartas, lo esperaran a la salida de las conferencias como a cualquier estrella actual del rock y lo interrumpieran en la calle. Entre aquellos que le enviaban cartas florecía un género que subsiste hoy engordado en volumen e intensidad por culpa de las redes sociales: la de los aprendices de escritor que piden el autor un concepto o un comentario. Después de recibir de un tal Lord Alfred Douglas, heredero de la poderosa familia Queensberry, emotivos mensajes y horrorosos poemas<sup>11</sup>, Wilde cometió a finales de 1891 la ligereza de aceptar que un amigo común le presentara al admirador en su propia vivienda y a la hora del té. Ignoraba en ese momento Oscar que el amigo común había sido amante del querubín. Douglas resultó ser un efebo afeminado 15 años menor que Wilde, estudiante de Oxford, debutante como ciudadano (acababa de

cumplir 21 años) pero veterano como homosexual, encantador a primera vista e insoportable al cabo de un rato. Frank Harris, que lo trató, lo describe así: “Era un mozo guapo y grácil de grandes ojos azules y cabellos dorados; agraciado como una dama, bonito como una muchacha, con la belleza, los colores y la tez de la juventud. Era tan esnob como solo un inglés puede serlo: gustaba de títulos nobiliarios y hasta su propio nombre, íntimamente paladeado, le producía un extraordinario placer”.

No bien lo vio Oscar, quedó fascinado con el angelito. Le sobrarían tiempo y desagradados para descubrir que detrás de tanto encanto se escondía un carácter de los mil diablos. “Era temerario, testarudo y despótico”, afirma el mismo Harris que lo pintó como un niño lindo. Además, despilfarrador del dinero ajeno (de Wilde, casi siempre), malcriado, tramposo, egoísta, vanidoso, falso, cínico, vividor, buenoparanada, hijito de papi (que lo odiaba) y mediocre como intelectual<sup>12</sup>. En casa lo llamaban *Bosie*, que, según dicen, significa en inglés “niño lindo”, pero Wilde le adjudicó, no sin unas gotas de veneno, el mote de *Príncipe Flor de Lis*.

## Un hombrecito funesto

La Historia y la literatura están repletas de mujeres que, utilizando de modo artero sus encantos, seducen a un varón, lo dominan y hacen con él lo que quieren. Las llaman *femmes fatales* (mujeres funestas) y suelen convertirse en una pesadilla para los varones. A lo mero macho, en las rancheras mexicanas las denominan *malas mujeres* y aseguran que son “la perdición de los hombres”. Pues bien: Lord Alfred Douglas fue un *homme fatal* para Wilde, el *mal hombre* que lo condujo a la perdición, la ruina, la enfermedad y, en suma, el martirio que terminó por convertirlo en ícono homosexual. Desde aquella cita para tomar el té, Wilde quedó prendado del *lolito* y este se dio mañas para conquistar al famoso personaje. A partir de ese momento vivieron juntos por cuenta de Wilde durante tres años viajando, comiendo en restaurantes fastuosos, rumbeando con muchachitos, convertidos en centro de atracción de varias tertulias y disfrutando de una intimidad que seguramente placía mucho a ambos. Así lo demuestran algunas anécdotas. En una casa de campo que alquiló Oscar para pasar el verano de 1893 solían él y Bosie remojarse desnudos en el río y bañarse sin ropa en el jardín con chorros fríos de la manguera. Cierta mediodía caluroso se acercó el párroco del lugar a esa casa de la que ya se contaban historias y encontró a los dos novios tendidos en bolas en la grama del jardín. Oscar no vaciló en levantarse, envolverse en una sábana y decirle:

—Encantado de saludarlo, padre. Ha llegado usted en el momento preciso de gozar de una perfecta escena griega.

Pero el párroco no estaba para escenas griegas con las vergüenzas de los caballeros expuestas al aire, de modo que —recuerda Wilde— “se puso rojo como un cangrejo, abrió la boca sin saber qué decir y emprendió la fuga”.

Las cartas de amor de Oscar al joven poetastro ardían de pasión. Copio una de ellas, que Wilde le dirige desde su lugar de veraneo a Londres:

Niño mío:

Tu soneto es absolutamente adorable y es un prodigio que tus labios, rojos como pétalos de rosa, están hechos lo mismo para la embriaguez de la música y el canto que para la embriaguez de los besos.

Tu fina alma de oro discurre entre la pasión y la poesía. Jacinto alguno, en tiempos de

los griegos, siguió al Amor tan locamente como tú. ¿Por qué estás solo en Londres? ¿Cuándo vas a Salisbury? Ve a refrescar allí tus manos en el crepúsculo gris de las cosas góticas. Ven aquí siempre que quieras. Es un sitio delicioso en el que solo faltas tú. Pero ve primero a Salisbury.

Siempre con amor imperecedero, tu

Oscar

Al primer periodo que pasaron juntos Wilde habría de referirse un tiempo después como “los tres años que duró nuestra funesta amistad”. Miradas las cosas con distancia, y sin ocultar los caprichos autoritarios y vanidosos de niño rico que caracterizaban a Bosie, parece evidente que fue para Wilde una época desordenada pero feliz, o por lo menos entretenida. Lo funesto no fueron esos tres años, sino lo que ocurrió a partir del 1.º de marzo de 1895. Desde hacía varios meses el papá de Douglas, un aristócrata grosero y prepotente que ostentaba el marquesado de Queensberry como quien estrena Rolex, se hallaba irritado por la amistad de su hijito con Wilde, bohemio mucho mayor que el nene y de vida licenciosa<sup>13</sup>. En realidad, el hijo y el padre se odiaban. Más de una vez el viejo había tenido altercados con el escritor y con Bosie. En una carta a Douglas, papá Queensberry le reprocha su amistad con “ese individuo Wilde” y confiesa que “los vi a ustedes dos delatando de la manera más baja, más repugnante, sus relaciones íntimas”. Añade, a manera de amenaza contra Oscar: “Estoy en mi derecho de pegarle un tiro donde quiera que lo encuentre”. La respuesta del hijo fue un telegrama en que lo ridiculizaba: “¡Qué hombrecito tan cómico eres!”. Por su parte, la contestación de Wilde resultó una bravata impropia de un hombre de paz como él: “Ignoro las reglas del código Queensberry, pero mi norma, en estos casos, es tirar a quemarropa a la menor amenaza de violencia”.

El acoso del marqués continuó, y un día de mediados de febrero de 1895, al saber que Oscar era asiduo del Club Albemarle, le dejó en la portería de la institución una tarjeta personal con la siguiente leyenda. “Para Oscar Wilde, ostentoso sodomita”. En realidad, escribió “sodomita”, porque el marqués golpeaba la ortografía como si se tratara de púgiles rivales. En el Londres de entonces era esta la palabra más gruesa que podía dirigirse a un posible homosexual. Cuando la recibió, Wilde reaccionó con el desdén con que habitualmente repelía los insultos del marqués. Pero Bosie lo convenció de que era hora de darle una lección a papi, y esa lección sería la de demandarlo

judicialmente por injuria. Fue un error colosal, porque, a los ojos de la justicia y la sociedad, la acción se veía como la denuncia de un bohemio corruptor contra el pobre y correcto padre del hijo corrompido. En ese momento, Wilde quebrantó una de sus normas: “Uno debe elegir con todo cuidado a sus enemigos”. No calculó bien la sevicia del marqués. Además, tanto Lord Douglas como él sabían de sobra que era verdad la acusación de sodomía y bastaría con demostrarla para que el antipático personaje ganara el pleito y saliera con una aureola de ciudadano de bien que no merecía. Algunos amigos que se enteraron del consejo del vengativo jovencito pidieron a Oscar que no acudiera a los tribunales, pues en ellos imperaba un cerril espíritu victoriano que le era totalmente adverso. Pero Bosie insistió, y era tan poderosa su influencia sobre el escritor que el primer día de marzo Oscar Wilde presentó una querrela contra el marqués por ataque injustificado contra su buena imagen. Fue, como se verá, una trampa que cambió la vida a Wilde y puso fin a su brillante carrera como autor de teatro y narrador de ficciones.

¿Por qué empujó Bosie a Wilde hacia el abismo? ¿Por mera ingenuidad? ¿Por un afán ciego de vengarse de su padre? ¿Quizás apremiado, de buena o mala fe, por el marqués, que diseñó la habilísima maniobra con ayuda de sus abogados? No se sabe a ciencia cierta. Lo que está claro, como dice Harris, es que a Wilde “se le condujo como un cordero al matadero”.

## El primer castigo es el proceso

El proceso contra Wilde fueron, en realidad, tres. En el primero, la justicia examinó la denuncia contra Queensberry por difamación. El abogado de Wilde retiró la acusación cuando se supo que el marqués iba a pedir que se llamara a declarar a un puñado de jóvenes prostitutas como testigos de que decía la verdad. Al desaparecer los cargos, el aristócrata fue declarado inocente. Pero como el abominable marqués alcanzó a estar detenido durante algunos días por la demanda de Wilde, ardía de ganas de desquite. La maniobra de su defensor permitió que el poeta saliera del paso, pero no evitó que surgiera un segundo proceso, con Queensberry como promotor, para que se condenara a Wilde por actos deshonestos (tener sexo con personas del mismo sexo). Los amigos de Oscar, que había pasado de acusador a acusado, le aconsejaron que huyera a Francia, pues aún el juez no había librado orden de captura contra él. Wilde se negó, agobiado por la sensación de derrota y frustración. Se rumoraba que pronto vendría por él la Policía. Una noche, Ross le visitó en el hotel en que se alojaba y le informó que tenía en la puerta un coche de caballos dispuesto a conducirlo a la costa, donde una embarcación lo trasladaría a Francia. Wilde dudó y pidió a Ross que consultara con Constanza.

“Fue una entrevista muy penosa —relata Harris—. La señora Wilde lloró y dijo a Ross:

”—Espero que Oscar parta hacia el extranjero.

”Ross regresó al Hotel Cardogan y repitió las palabras de su mujer, pero ellas tampoco lo decidieron a obrar. Parecía clavado sobre la silla y bebía sin cesar vino del Rhin y agua con Seltz, sin pronunciar palabra”.

Oscar se había quedado en *pausa*, y toda la vida se arrepintió de no haber actuado con la presteza necesaria y aprovechado las facilidades que le ofrecían sus amigos. La noticia, además, extendió una ola de pánico en el mundo reprimido de los homosexuales británicos. En un éxodo infame, decenas de gais emprendieron apurado camino hacia la más tolerante Francia, temerosos de que la jurisprudencia abatiera sobre ellos inclemente persecución. Aquella tarde, Bosie intentó hablar con Wilde y este pidió a Ross que lo atendiera. La relación entre Oscar y el lordcito se había quebrado, cosa que aliviaba a los amigos del poeta pues, según Harris, desde hacía años ellos

intentaban separarlos con la convicción de que “mantener alejado a Lord Douglas haría a Oscar el mayor servicio”. La decisión final de Wilde fue la de no moverse: “Me quedaré y sufriré mi pena, sea cual sea”, dijo. Pero su actitud no era la de un hombre decidido a enfrentar el destino armado de valor civil, sino, señala Harris, “eran las palabras de un hombre evidentemente incapaz de obrar, físicamente fatigado y moralmente deshecho”.

Tres horas después golpearon a la puerta y entraron dos agentes.

—Tenemos orden de arrestar a usted, señor Wilde, bajo la inculpación de haber cometido actos deshonestos.

Ross corrió a la casa de la calle Tite en busca de ropa y útiles de aseo para el nuevo reo. Ya no encontró a Constanza, que, con los niños, había buscado refugio en casa de un familiar. Unos meses después, ella, Cyril y Vyvyan emigraron a Suiza y Alemania y se cambiaron el apellido por el de Holland, que correspondía a algún bisabuelo. En el momento del arresto empezó otra vida para Oscar Wilde, el popularísimo escritor y encantador personaje de tertulias y reuniones. “La Policía lo trató sin sombra de consideración”, asegura Harris. En París algunos periodistas comentaban la “barbarie abominable” de que era víctima el dramaturgo. Encarcelado desde esa noche del 6 de abril de 1895, Wilde solo volvió a la libertad el 19 de mayo de 1897, cuando apenas le quedaban tres años y medio de vida. Durante esos meses, conoció tres prisiones. Una de ellas fue la de Reading, que hizo famosa con su “Balada de la cárcel de Reading”, escrita en 1897 en memoria de un soldado que murió en sus mazmorras. Allí revela sus sentimientos ante el lugar de reclusión: “Las acciones más viles, lo mismo que hierbas venenosas, crecen bien en el ambiente de la cárcel; únicamente lo que hay de bueno en el hombre se agota y marchita allí; la pálida Angustia vela en el pesado pórtico y el guardián es la Desesperación”. Iguales o peores que la penitenciaría fueron el castigo social y el proceso en las etapas que siguieron y a las que también fue vinculado el proxeneta que proveía jovencitos a Douglas y Wilde. En Inglaterra arrastraron por los suelos el nombre de Wilde, censuraron sus libros y denostaron de este “irlandés pervertido”. En la calle, los choferes, cocheros y personas de escasa educación dieron en utilizar el término *oscar* como sinónimo de maricón. En cuanto al proceso, el equipo de juristas del marqués presentó ante el juez un puñado de muchachos que habían tenido relaciones con el escritor. Los detalles del juicio, que fue público y alimentó escandalosos titulares de prensa, eran tan sórdidos como suelen serlo los

expedientes penales. Se habló allí de jugar al papá y la mamá, de entretenerse con tocamientos y cosas así. Incluso, hubo “camareras que testificaron haber hallado manchas curiosas en sábanas de hotel” (Irving). La conclusión de este biógrafo, el más curioso buscador de minucias sexuales, es que Wilde prefería desarrollar con sus amiguitos formas de diversión que no incluían actos completos<sup>14</sup>. En síntesis, dice el autor, el celeberrimo reo de sodomía (*somdomía*, según el ignorante marqués de Queensberry) rara vez, y quizás nunca, practicó la sodomía propiamente tal.

El impacto de muchas declaraciones fueron demoledoras para Wilde, cuyo escrito *De Profundis*, que es una larga imprecación contra *Bosie*, señala que conoció la profunda humillación de saber que su quiebra económica y emocional señalaba, al mismo tiempo, el triunfo de su enemigo. Allí acusa a papá Queensberry de haber hecho un montaje con tres testigos falsos a quienes “habían hecho aprender la lección cuidadosamente”. Wilde, no obstante, se negó a recusarlos y “salir con las manos en los bolsillos como un hombre libre”. ¿Por qué no lo hizo? La razón que esgrime no es muy convincente: “Semejante manera de obrar habría sido indigna de mí [pues pienso que] los pecados de la carne no son nada y únicamente son vergonzosos los del alma”. A pesar de las adversidades, Wilde mantuvo en el banquillo una actitud digna y a veces provocadora. En cierto punto, el abogado principal de Queensberry preguntó al acusado si había besado a determinado jovencito.

—¿A ese? No, por favor. Es demasiado feo. Me produce lástima.

El chiste fue muy festejado, pero no le ayudó ante el tribunal.

Oscar tuvo también la entereza de defender “el amor que no se atreve a decir su nombre<sup>15</sup>” y “el afecto entre un hombre mayor y uno más joven” como el que tuvieron David por Jonathan en la Biblia y Platón por sus discípulos. Calificó al homosexualismo como “lo más bello, la más noble forma de afecto” y sostuvo que no había en él nada antinatural, como se afirmaba en aquella época. Sin embargo, cuando llevaba un año preso escribió un memorial en solicitud de una reducción de pena y confesó en él que su comportamiento como gay había sido “una forma de locura sexual” que lo volvió víctima de “una forma nefanda de obsesión erótica” y le hizo olvidar a sus hijos y su mujer. En cuanto a esta, solo le permitieron enviarle una carta desde la cárcel y en ella le pidió perdón por su conducta<sup>16</sup>.

El juez, victoriano tieso y terrorista del sexo, lo sentenció a dos años de



trabajos forzados y opinó que el delito cometido era “abominable” y quienes lo habían cometido carecían de “el menor residuo de vergüenza”. Remataba diciendo: “Es el peor caso que he juzgado nunca”<sup>17</sup>. La prisión derrumbó a un tipo tan sensible como Wilde. “La curva de su vida descendió brutalmente, sin transición; pasó del más alto y esplendoroso hasta el más bajo y oscuro, en una caída fulminante”, escribe el traductor Julio Gómez de la Serna. El contraste con la aureola de Queensberry era infamante. “Es irónico que [al padre de Lord Douglas] lo consideren como al héroe de una obra moral —escribió entonces Wilde— y yo ocupe un lugar entre Barbazul y el marqués de Sade”. Simultáneamente, mientras él se hundía en una celda de 3,40 por 2,15 metros identificada como C.3-3, la justicia vendía a precio de quema su biblioteca y los muebles de su casa y se apoderaba de sus cuentas bancarias para pagar una indemnización a Queensberry y cancelar honorarios a los abogados que lo sumieron en el oprobio y el calabozo<sup>18</sup>. Su entretención en la penitenciaría era charlar una hora al día con otros presos en el patio, cumplir trabajos asignados, leer a san Agustín, Pascal, Wordsworth y Keats y escribir partes de su balada, que apareció en 1898. Más de una vez contempló la posibilidad de suicidarse —lo dice en *De Profundis*—, pero cuando terminó por fin su período privado de libertad decidió seguir a su maestro, Dante, animarse de nuevo y abandonar la tristeza voluntaria, a la que Alighieri reserva un rincón del infierno. No bien recobró la calle el 18 de mayo de 1897, luego de dormir una noche más en su primera cárcel, la de Pentonville, Wilde viajó a Francia, país que adoraba pese a que algunos amigos franceses le fallaron (Zola, Goncourt, Coppée, Sardou), y nunca más regresó a Inglaterra ni a Irlanda.

Poco después de que ingresara Oscar a Reading lo visitó Constanza. Wilde resumió a Harris la reunión con su mujer (aún no estaban divorciados) en los siguientes términos: “Ella procuró mostrarse indulgente. Sí, supongo que ha sido muy buena conmigo. Sin duda ha sufrido mucho... lo siento...”. En febrero de 1896, al morir Jane Wilde, progenitora de Oscar, Constanza viajó pese a hallarse enferma desde Génova (Italia) para dar la noticia a Oscar en su prisión. “Mi mujer fue siempre amable y bondadosa conmigo”, reiteró el escritor en *De Profundis*. Fue la última vez que se encontraron. El rival de Constanza en amores, Alfred Bosie Douglas, lo visitó varias veces al comienzo de su encarcelamiento, pero luego desapareció. Es posible que

anduviera atareado intentando recuperar el amor de un joven árabe que compró a su familia pero que lo abandonó por una mujer<sup>19</sup>. Así, la gran pregunta que se planteaban en 1897 Wilde, sus allegados y sus amigos al recuperar la libertad era si, descartado Bosie, por quien proclamó un odio profundo, volvería o no con Constanza y sus hijos. Ella le había ayudado en sus gastos mientras estuvo preso gracias a la fortuna que heredó de una tía. Él intentaba mantener o quizás rehacer la relación mediante gestos cariñosos. El 1.º de junio de 1897, poco después de quedar libre, pidió a Ross desde Francia que enviara a la “señora C. M. Holland”, en Neuchâtel, un ejemplar del *Daily Chronicle* en el que apareció una carta de Wilde a favor de los niños prisioneros. Se sugirió entonces que los aún cónyuges, que no se veían hacía casi dos años, podrían juntarse de nuevo. La familia de Constanza desconfiaba de las intenciones de Oscar y suplicaba a Constanza que no volviera con él. Algunos amigos, como Sherard, mediaron para que la pareja se reuniera y empezara una nueva vida en Francia. Pensaban que la prisión había transformado “positivamente” a Oscar; lo notaban mejor de salud, más consciente, más fuerte y “más viril”. Le comentó Harris: “La disciplina y la castidad obligatoria te hicieron mucho bien”. Pero los Lloyd-Holland no estaban tan seguros. Finalmente, convencieron a Constanza de proponer a Wilde un año de prueba durante el cual este debía guardar “una conducta intachable”; si lo cumplía, la restauración familiar sería un hecho. Durante tal año, ella le pasaría una suma mensual de su propio peculio para que pudiese vivir con comodidad. Al castigado esposo no le quedó más remedio que aceptar. Mientras tanto, Bosie también se había propuesto volver a los brazos de su antiguo amante, hasta el punto de que amenazó a Sherard con “matarlo como a un perro” si interfería en esta posibilidad. Era una nueva etapa del viejo duelo.

Ganó Bosie. Perdió Constanza. Y perdió, sobre todo, Oscar. El jovencito que empujó a Wilde al proceso penal del cual nunca se recuperaría volvió a acosarlo con palabras dulces, y el antiguo prisionero, frustrado por el plazo que le impuso Constanza, terminó por caer en sus redes. Oscar lo explicó así: “Mi mujer había prometido regresar a mi lado. Yo esperaba que no tardaría en reunírseme. ¡Ah! Si ella hubiese venido en seguida, todo seguramente habría cambiado. Pero no vino. Yo estaba solo allá en Berneval, y Bosie no cesaba de llamarme a su lado...”. El reencuentro fue en un principio “maravilloso”.

El otoño del 97 se parecía a aquellos felices tres primeros años. Pero la pareja Bosie-Oscar había sufrido una desconexión interna: antes, el rico era Oscar y podía satisfacer todos los caprichos de su compañero; ahora, Oscar había perdido su fortuna y, al escoger a Douglas, Constanza le suspendió su generosa mesada y se vio reducido a la ignominia de pedir dinero al niño Queensberry incluso para tomarse un vaso de vino. Al cabo de pocos meses estalló en Nápoles lo que quedaba de relación y, salvo un efímero, posterior y frustrado intento de reconciliación, terminó la historia entre Wilde y Bosie<sup>20</sup>.

La inopia de Oscar y las humillaciones consecuentes conmovieron a Constanza, quien le deslizaba algunos dineros a través de Ross, con la condición de que no revelara a Wilde su procedencia. Descorazonada, la señora pidió y obtuvo el divorcio. “Haría mal en retener a mi mujer ligada a mí contra su gusto”, opinó Wilde. Constanza protagonizó incluso un fugaz enamoramiento con un individuo tan insignificante que su nombre no pasó a la historia. De sus sentimientos frente a su exmarido afirmaba: “No le guardo rencor, pero le tengo miedo”. Enferma durante una década de un misterioso mal y víctima además de un matasanos italiano bastante orate, Constanza fue operada de “locura pélvica” el 2 de abril de 1898 y falleció cinco días después. Investigaciones realizadas a principios del siglo XXI muestran que la extraña enfermedad era en realidad esclerosis múltiple. “Estoy apabullado por la tristeza —telegrafió Oscar a su cuñado—. Ojalá hubiéramos podido darnos al menos un abrazo más”. El viudo quiso visitar su tumba en Génova. Lo acompañó el fidelísimo Robbie Ross. La lápida solo decía: “Constance Mary, hija de Horace Lloyd”. Pusieron un ramo de flores. En 1967, una mano piadosa mandó agregar: “Esposa de Oscar Wilde”.

Este, por su parte, se estableció en París en el Hotel d’Alsace, tautológicamente conocido más tarde como L’Hôtel, no lejos del café donde Jean-Paul Sartre charlaba con sus amigos y del Pont des Arts, sitio de encuentro de Horacio Oliveira y la Maga en *Rayuela*<sup>21</sup>. En la actualidad es un alojamiento de cinco estrellas, pero en su tiempo Wilde lo describió como “despreciable”. Durante casi un año el dublinés escribió allí pocos y mal pagados artículos con el seudónimo de Sebastian Melmoth; allí se recuperó de un golpe que le propinó el caballo de un coche; allí enfermó de meningitis; allí se convirtió al catolicismo y allí murió el 30 de noviembre de 1900. Dejó una deuda equivalente a 800 euros de hoy, que canceló Robbie dos días después.

“Estoy muriendo por encima de mis posibilidades económicas”, había dicho un poco antes.

Fue sepultado primero en el cementerio de Bagneux, en las afueras de París, y trasladado al cabo de nueve años al clásico Père Lachaise por acción de Robert Ross, quien pidió yacer también en la misma cripta. La historia del monumento ha sido sumamente azarosa. La imagen que lo adorna es una especie de gran ángel tallado en piedra por el escultor neoyorquino Jacob Epstein. Antes de su inauguración, y atendiendo quejas de damas ilusas y varones afectados de miniorquitis, la Policía ordenó tapar la figura con lonas por considerar que exhibía unos testículos excesivamente grandes. Después de comparar medidas y promover discusiones, el desmesurado equipo fue cubierto con una especie de hoja de parra de cobre. Así se inauguró el túmulo en 1916. Cuarenta y cinco años después, una brigada de jóvenes —aupados quizás por urólogos puritanos o párrocos escandalizados— saltaron una noche las tapias del cementerio y, armados de cinceles y martillos, emascularon lo que ocultaba la hoja de parra<sup>22</sup>. En 1999 se puso de moda estampar grafitis y besos con pintalabios en la lápida, por lo que los herederos del poeta montaron una barrera protectora de cristal en torno al panteón. Hoy es posible observar tras el blindaje de vidrio la pétreo figura con el bárbaro efecto de los martillazos, leer un resumen de la biografía del inquilino tallado en la pared posterior y ver su nombre en grandes caracteres al frente. No hay mención alguna del otro ocupante del sepulcro, el que financió el mausoleo. Cientos de personas peregrinan cada mes y dejan flores y libros para honrar al emblemático ícono gay. Muchos ignoran que, como bien dice el escritor francés Charles Dantzig, “Antes que ser mártir de la homosexualidad, Oscar Wilde lo fue de la candidez”. El único nieto del escritor, Merlin Holland, afirma lo mismo: “Oscar Wilde no fue un mártir gay, como se pretende”<sup>23</sup>. Lo fue de su humor irreverente, de su personalidad extravagante, de su ingenio desbordado y de su profunda ingenuidad. En medio de sus desventuras, Oscar Wilde dejó un pensamiento premonitorio:

El mundo se hace poco a poco más tolerante y algún día los hombres enrojecerán de vergüenza por haberme tratado con esta barbarie, lo mismo que hoy se avergüenzan de las torturas de la Edad Media. La corriente de la opinión está en nuestro favor, no en contra.



**Amar  
con locura**



**Virginia Woolf  
&  
Leonardo Woolf  
&  
Vita Sackville-West**





LEONARDO "WOLF"



VIRGINIA WOOLF

matador



matador



*La famosa escritora inglesa tuvo un matrimonio feliz pero parco en sexo con el editor Leonardo Woolf y una apasionada amistad lésbica con la aristócrata Vita Sackville-West. Acosada por trastornos mentales recurrentes, Virginia se suicidó en 1941 a los 59 años.*



En el jardín de la casa campestre de los Woolf, al sur de Londres, se levantaban dos grandes olmos de ramas entrelazadas. Crecían imponentes cerca del escritorio de ella y la cancha de bolos donde solían jugar con sus amigos. Por sus iniciales, la pareja los bautizó *L* y *V*. En enero de 1943, un vendaval derribó el árbol de Virginia, bajo el cual reposaban desde dos años antes las cenizas de la escritora, que se arrojó al río Ouse en marzo de 1941. En 1969, al morir Leonardo, no fue posible esparcir sus cenizas bajo el árbol viudo, pues se había secado tres lustros antes. De modo que las regaron en el jardín que alguna vez sombrearon los desaparecidos olmos de Monk's House, Sussex.

Quizás la historia de *L* y *V* sea más que una metáfora de la extraña relación que mantuvo unidos a Leonardo y Virginia durante casi 30 años, y su florecimiento y decadencia recuerde también la de una generación inglesa que dio portentosos escritores, poetas, artistas y científicos. Aunque un contemporáneo suyo auguró a Virginia que “dentro de diez años nadie leerá tus libros”, en vida de la autora sus títulos fueron sólidos éxitos bibliográficos y actualmente se la considera una de las más importantes figuras de las letras británicas<sup>1</sup>. En su famosa historia cultural *El canon occidental*, Harold Bloom sostiene que *VW* ha sido “la más completa persona de letras de Inglaterra en el siglo XX” y que resulta incomparable su pasión por la lectura, fenómeno estético que recorre su obra como celebración del “éxtasis de ese momento privilegiado”.

Muchos afirman que su más importante novela es *Orlando*, traducida al español por Jorge Luis Borges con alteraciones significativas. Se trata de “una

defensa de la poesía medio en broma, medio en serio” (Bloom). La obra está inspirada y dedicada al que, según algunos, fue “el más grande amor de la vida de Virginia”. ¿Quizás Leonardo? No. Vita Sackville-West, periodista y escritora que protagonizó varios amoríos con otras mujeres y sedujo a Virginia emocional, intelectual y sexualmente. Vita estaba casada con Harold Nicholson, un diplomático que gozaba de discretos amores homosexuales y había padecido cierta enfermedad venérea menos discreta. Vita informaba a Harold acerca de sus actividades con Virginia y ocasionalmente salían juntas las dos parejas. Los cuatro sabían lo que ocurría entre algunos de ellos y lo toleraban con eso que llaman “flema británica”.

Todos ellos pertenecían a la Inglaterra ilustrada, académica y sin prejuicios del último tercio del siglo XIX, cuando eran frecuentes los triángulos y cuadrángulos amorosos entre famosos heterosexuales y homosexuales, así como los adulterios y los cambios de parejas. “Mujer con mujer, hombre con hombre, y también mujer a hombre, del mismo modo y en sentido contrario”, como dijo alguna reina de belleza no hace mucho.

## Bloomsbury: cenáculo y pandilla

Virginia Woolf es el mayor ícono de aquella época en que las mujeres, como reacción a los protocolos y pudores victorianos, exigían el derecho a votar, luchaban por la igualdad con los hombres, disputaban un lugar en el mundo de las letras y ponían patas arriba el viejo orden sexual. Es imposible entender las libertades que se tomaba una persona aparentemente tan sosegada como Virginia sin pensar que ella y sus amigos actuaban en grupos rebeldes, discutidores y pintorescos. Eran algo así como círculos concéntricos cuya expresión más célebre y más amplia se conoce como el grupo de Bloomsbury, por el barrio londinense donde vivían varios de sus integrantes. Dentro de esta esfera giraban otras más reducidas, como los Apóstoles de Cambridge, fundado por doce alumnos de la universidad del mismo nombre, la Sociedad de la Medianoche —creada por Adrian, hermano de Virginia, en Cambridge— o el Club 1917, que agrupaba a intelectuales y políticos de izquierda. Era posible pertenecer a algunos, a varios o a todos. Tal es el caso de Leonardo Woolf, conspicuo participante en las actividades de los cuatro coloquios<sup>2</sup>. El historiador Daniel J. Boorstin describió así las actividades de la iconoclasta manada: “Todos los jueves hacia las diez de la noche se reunían los miembros hasta las dos o tres de la madrugada y se dedicaban a conversar, beber whisky, y consumir pasteles y cocoa. El grupo, un círculo antiuniversitario de artistas, críticos y escritores universitarios, se mostraba notoriamente rebelde contra las inhibiciones victorianas en materia de arte, literatura y sexo”. Bloomsbury marcó una etapa en las artes y las letras inglesas y despertó la simpatía de algunos, la perplejidad de muchos y la antipatía profunda de unos cuantos. Escribir sobre Virginia Woolf sin mencionar a Bloomsbury sería como referirse a John Lennon sin citar a los Beatles o hablar de Lionel Messi sin traer a colación el Barcelona. En ella y en sus amigos influyó con mayor o menor intensidad el espíritu liberal y abierto de esta congregación informal de talentos. Las costumbres de sus allegados —casi todos prestantes artistas y escritores— se diferenciaban, ciertamente, de la pureza y el rigor victorianos que habían regido la vida de sus abuelos. Pero no era una central de orgías, ni un ateneo de debates, ni una academia de intercambios culturales. Algo de todo eso se mezclaba, pero había mucho más, porque a los del grupo les

gustaba conversar sobre temas de fondo y semifondo, y también pasarla bien, divertirse y jugar.

El siguiente es el testimonio de una velada al estilo Bloomsbury, tal como la relató en su diario Virginia, “el genio presidencial del grupo”, según Boorstin:

La escena empieza en el umbral del 50 de Gordon Square. Llegamos allí anoche, cargados con nuestras bolsas y un sable ceilanés. Allí estaba Mary Hutchinson en pantalones amarillos con lazos verdes. Nos sentamos a cenar pollo frío. Llegaron Roger, Adrian y Karin, y nos maquillamos y arreglamos para ir al número 46. El salón estaba lleno; el ambiente era muy variado, oriental en su mayor parte [...] Tropezábamos al encontrarnos, gritábamos, nos tuteábamos, nos adulábamos y elogiábamos, y pensábamos (así lo hice yo) en Shakespeare [...] Una parodiaba poemas infantiles; Lydia bailaba; jugábamos a las adivinanzas; Sickert representaba *Hamlet*. Todos nos sentíamos muy a gusto, ingeniosos, simpáticos, como niños buenos a los que, a modo de premio, les hubieran dado permiso para divertirse por su cuenta [...] Como todas las fiestas, la nuestra empezó a decaer, hasta que solo quedaron unos cuantos charlatanes abandonados a su suerte. Pero todo se disolvió en la banalidad burbujeante del champán. Y así, creo que hasta las tres de la madrugada, volvimos al 50. Y hemos desayunado juntos esta mañana, con las campanas de la iglesia repicando...<sup>3</sup>

Si uno le pone a esta escena acordeón, caja y guacharaca, se parece mucho a una parranda vallenata, salvo el pecado imperdonable del baile. Los de Virginia Woolf y sus amigos no eran, pues, foros conceptuales de “pido la palabra” ni epicentros de intercambio de teorías sobre el arte. Aunque también algo de eso habría. En algunos casos, gente tan seria como Virginia, su querida hermana Vanessa —famosa pintora— y el pintor Duncan Grant promovieron chanzas antológicas. Una vez, por ejemplo, los amigotes se disfrazaron de africanos, con túnicas y betún, y se presentaron ante el alcalde de Cambridge como si fueran el sultán de Zanzíbar (Tanzania) y sus acompañantes. A Zanzíbar la conocían en Europa porque producía la mayor parte del clavo que circulaba por las cocinas del mundo. Llegaron en tren —oliendo a clavo, naturalmente—<sup>4</sup>, visitaron la ciudad, se hicieron atender, fueron condecorados, presidieron un bazar benéfico y en el último tren de la tarde regresaron a Londres muertos de la risa<sup>5</sup>. Cinco años después, en 1910, repitieron la pantomima, pero más refinada. Esta vez no iba a ser el sultán de Zanzíbar sino un tío suyo el que, escoltado por una cohorte de tres peludos personajes, un intérprete (Adrian) y un caballero del Ministerio de Relaciones Exteriores de

Inglaterra, anunció visita al puerto de Weymouth para conocer el acorazado *Dreadnought*, máximo orgullo de la Armada británica. No había cómo imaginar que el más barbudo de los sujetos escondía —según informó luego un diario— a “una mujer muy atractiva con facciones clásicas”. Era Virginia, quien, en aquel momento, aún conservaba el apellido de su padre, Stephen, y no conocía todavía a Leonardo Woolf. Ataviados con ropa alquilada a la sastrería de un teatro, los seis exóticos visitantes fueron recibidos en la estación de tren con alfombra roja, guardia de honor e interpretación del himno de Zanzíbar. Un almirante y un comandante los pasearon por el barco y los atendieron con soberbio almuerzo mientras los zanzibareños hablaban entre sí en suajili (en realidad, una jeringonza salpicada de griego antiguo, lengua que todos estudiaban). Horas después fueron despedidos por los marineros vestidos de gala, a tiempo que la banda interpretaba *God Save the Queen* y el almirante y el comandante sacaban pecho. Cuando las filtraciones estudiantiles llegaron a la prensa y esta destapó la broma que dejó en ridículo a la soberbia fuerza naval, los altos oficiales pidieron sanciones ejemplares para los bromistas. El verbo se hizo carne y fuego en el Parlamento y los defensores de la patria se rasgaron las vestiduras. Mas nada ocurrió: era mejor no añadir sal a la herida. Ofendidos, unos subtenientes secuestraron durante unas horas a Duncan Grant —sobrino del sultán esa tarde y años después compañero sentimental del economista John Maynard Keynes y cuñado de Virginia—, pero el castigo no pasó de un par de bastonazos y algunos insultos a los que Grant respondió con versos de la *Iliada*. Es decir, en suajili.

## Geometría erótica

El grupo de Bloomsbury se destacó en Inglaterra por ofrecer nuevas luces intelectuales y defender nuevos valores sociales. También por los enredos sexuales y sentimentales de sus miembros. En la siguiente lista alfabética figuran algunos triángulos y cuadrángulos amorosos.

Clive Bell (1881-1964). Crítico de arte y esposo de Vanessa Stephan, tuvo algunos escauceos con su cuñada Virginia que no pasaron a mayores. Nunca se divorció de Vanessa, aun cuando cada uno se buscaba la vida amorosa por su cuenta. Protagonizó varios romances, uno de ellos con la mujer de un caricaturista, y un prolongado amantazgo con la enigmática, elegantísima y casada Mary Hutchinson, con la cual flirteó ocasionalmente Virginia.

David *Bunny* Garnett (1892-1981). Fue amante de Duncan Grant, el padre de Angelica Bell, sobrina de Virginia y compañera del propio Garnett. Angelica llevaba el apellido de su padre pero era hija biológica de Grant. Así, pues, Bunny fue amante de la hija de uno de sus compañeros de catre y quizás yernastro de sí mismo.

Duncan Grant (1885-1978). Pintor multisexual posimpresionista. Fue amante de Adrian Stephan, hermano de Virginia, de Lytton y de Keynes antes de caer en brazos de Vanessa, hermana de Adrian y Virginia, que era casada con Clive Bell. Durante 40 años perseveró en esta relación, lo cual no impidió que tuviera otros amantes homosexuales: el escultor Stephen Tomlin, el poeta Paul Roche (casado y con cinco hijos) y el editor David *Bunny* Garnett. Este último, como se dijo, vivió con Angelica Bell, hija de Vanessa.

John Maynard Keynes (1833-1946). Uno de los más importantes economistas de los últimos dos siglos, Keynes vivió durante años con Duncan Grant, exnovio de Lytton. Se casó luego con la bailarina rusa Lydia Lopokova.

Walter Lamb (1882-1968). Poeta y académico, se enamoró de Virginia y le pidió que se casara con él. Al negarse la escritora, se hizo amante de James Strachey, hermano de Lytton Strachey y futuro esposo de Alix Sargent-Florence.

Katherine Mansfield (1888-1923). Periodista y escritora neozelandesa, compañera del editor John Middleton Murry. Siendo muy joven quedó embarazada de un estudiante y se casó con un profesor de canto al que abandonó la noche de bodas. Fue novia de Ida Baker, antigua condiscípula, y de la mujer de uno de sus jefes. También tuvo amores con D. H. Lawrence, autor de *El amante de Lady Chatterley*, quien, según parece, la contagió de tuberculosis. Murry, a su turno, se entendía con Frieda, la mujer de Lawrence.

Ottoline Morrell (1873-1938). Aristocrática mecenas de artistas, fue amante

de su jardinero y del filósofo Bertrand Russell, un triángulo algo curioso. También de Dora Carrington, Henry Lamb y Roger Fry. Su marido, el parlamentario Phillip Morrell, dejó una estela de hijos naturales con varias mujeres.

Ralph Partridge (1894-1960). Editor cuya situación describe así Irene Chikiar Bauer: “Desde 1919 vivía una compleja relación triangular con Lytton [Strachey] y [Dora] Carrington. Ralph se confesaba enamorado de Carrington, que a su vez lo estaba de Lytton, mientras que este se sentía atraído por Partridge”. En 1924 la cosa se complicó, pues Dora cayó prendada del dramaturgo Frances Marshall y acabaron montando el trío Lytton-Dora-Marshall. La pintora Carrington había nacido en 1893 y se suicidó en 1932, poco después de que falleciera su compañero Lytton Strachey.

Vanessa Stephan, apellido de casada Bell (1879-1961). Hermana bienamada de Virginia, resultó una dinámica heterosexual. Fue esposa unos años y amiga siempre de Clive Bell; luego se convirtió en amante pasajera o estable de los pintores Duncan Grant y Roger Fry (1866-1934), antes de que este último se estableciera con su última pareja, Helen Anrep, exesposa de un artista ruso.

Lytton Strachey (1880-1932). Poeta, ensayista y reconocido homosexual. Amigo de los Stephen de toda la vida, pidió en un momento dado la mano de Virginia, pero esta se negó a casarse con él. Fue amante del pintor Duncan Grant, que lo abandonó por su íntimo amigo el economista John Maynard Keynes. Durante sus últimos años estuvo casado con Dora Carrington, ex amante del hispanista Gerald Brennan y de Ralph Partridge. Dora se suicidó al morir Lytton.

Sería un error pensar que las chanzas anteriores eran meros divertimentos infantiles. Detrás de ellas se movía el afán de ridiculizar a algunas de las más solemnes instituciones. “Quien se arroga alguna clase de autoridad sobre los demás —afirmaba Adrian— ofrece necesariamente algún flanco a la burla”. La filosofía de subvertir por medio de la tomadura de pelo corresponde sobre todo al irlandés Horace de Vere Cole (1881-1936), amigo de los Stephen que pasó a la historia como Rey de los Bromistas. Parrandas, disfraces y chanzas aparte, los miembros de la generación de Virginia influyeron en la creación de nuevas percepciones sobre la novela, el ensayo, la poesía, las finanzas, la educación, la administración pública y la pintura. Sus rivales eran los llamados fabianos o neopaganos, jóvenes vegetarianos y socialistas que proclamaban la vida sana, la igualdad y el aire libre, y denostaban de los homosexuales. Si este capítulo tuviera como tema los aportes intelectuales de

personajes vinculados a los mencionados grupos, precisaría cientos de páginas. Pero su foco son los amores extraños, y en ese sentido no solo caben Virginia, Leonardo y Vita, sino muchos de sus amigos famosos y geniales que se dedicaron a practicar el amor libre de manera plural y frecuente. Casi todos son célebres por sus aportes académicos (ver recuadro). Mientras los unos amaban a los otros y a las otras y a todos y todas con insolente desparpajo, el poeta estadounidense-británico Thomas Stearns Eliot representaba una curiosa excepción. Mezcla del talante de Bloomsbury y el aliento de excelencia de la Universidad de Harvard, T. S., como lo llamaban, padecía un enfermizo recato. Cierta tarde, durante un paseo campestre con algunos amigos, se escandalizó porque Leonardo Woolf quiso apartarse discretamente del grupo a fin de aliviar el riñón en una pequeña arboleda. Eliot confesó a Woolf que a él no solo le parecía impúdico reconocer semejante necesidad, sino que en su casa se comportaba, digamos, con pudor monjil<sup>6</sup>: nunca se desnudaba delante de su mujer y ni siquiera permitía que ella lo viera cuando él se estaba afeitando. El gran poeta, ganador del Premio Nobel de Literatura de 1948, se casó dos veces. Por supuesto, no tuvo hijos.



## Si el matrimonio incluye sexo, no me caso

Dada la telaraña de relaciones sentimentales y sexuales que bullía en el círculo de Bloomsbury, bien puede afirmarse que Virginia Stephen hace honor a su nombre, cuyo significado en latín es el de *pureza*. En efecto, se casó virgen a los 30, tuvo un solo matrimonio que duró 29 años más, hasta su suicidio, y constan apenas un par de infidelidades a lo largo de esas tres décadas. Para los estándares del grupo, una conducta digna de san Luis Gonzaga. La más notable de las infidelidades —y a lo mejor la única que involucró una dosis de sexo— tuvo lugar con Vita Sackville-West entre diciembre de 1925 y fines de 1928. Antes y después fueron amigas cercanas, pero todo indica que solo se comportaron como amantes apasionadas durante esos años. Era posible que la tibieza sexual de Virginia, en particular frente a los varones, fuese consecuencia de sórdidas experiencias infantiles. La escritora procedía de una familia complicada. Tanto su padre, el historiador Leslie Stephen, como su madre, la hermosa Julia Jackson, aportaron hijos de sendos matrimonios al hogar londinense donde nacieron Vanessa (1879-1961), Thoby (1880-1906), Virginia (1882-1941) y Adrian (1883-1948). Así, Virginia tenía una hermanastra por parte de padre y tres hermanastros de apellido Duckworth, fruto del primer matrimonio de su madre. Eran, como había sido su padre, típicos caballeros ingleses de gesto impertinente y buenos para nada. Ambos abusaron de Virginia, sin llegar a violarla, cuando era muy joven. Cuenta la autora que Gerald, doce años mayor que ella, “siendo yo muy pequeña me puso encima de una repisa que se reflejaba en un espejo y, mientras estaba sentada allí, comenzó a explorar mi cuerpo”. Su mano descendió bajo la ropa y acarició su intimidad a pesar de que la niña se resistía. No le fue mucho mejor con George, 14 años mayor; era ya adolescente Virginia, cuando George entró a su habitación después de una fiesta, le pidió que no encendiera la luz, “se arrojó en mi cama y me tomó en sus brazos”.

Ninguna de las hermanas Stephen conservó memoria amable de sus hermanastros Duckworth; Virginia no olvidó nunca el abuso de George, aunque logró aliviarlo con un poco de humor negro. En 1930 señaló que George debía de estar muy contento con un criadero de chanchos que había montado en el

campo, “pues la raza porcina es muy incestuosa”. No tuvo suerte Virginia con su familia. Su cuñado, Clive Bell, intentó reiteradamente que correspondiera a sus propuestas amorosas. Virginia se dio el lujo de coquetear un poco con él pero cortó el jueguito cuando entendió que Clive pretendía pasar a mayores. El cuñado se tomaba a veces atrevidas libertades con ella, como la de asestarle cariñosas palmadas en el trasero a la vista del público. “¡Maldito sea, pequeño advenedizo insolente!”, anotó ella en su diario. El asunto es que, seguramente por el traumatismo de que sus hermanastros la hubieran sometido a tocamientos, Virginia gozaba mucho con las amistades, pero poco con el sexo. Se negaba a ser atractiva. Era descuidada en su presentación personal, no se maquillaba y vestía con desaliño. Según su cuñado Clive, la mayor decisión que tomó en su vida, aparte de casarse, fue la de cortarse el pelo. Con el paso de los años y el agigantamiento de su fama, la mitología proclama que era una mujer muy guapa. No es así. Hay numerosas fotos suyas y casi todas ellas la muestran como una señora de ojeras descolgadas, pestañas diminutas, cara larga y aire general de tía solterona. Resulta extrañamente parecida a Leonardo, su marido. Ella misma se consideraba “poco elegante, nerviosa, fea, incompetente, vanidosa, charlatana e inútil”. Vita la halló “increíblemente mal arreglada” y de aspecto descuidado. Su sobrino Quentin agrega que a Virginia “le repugnaba provocar cualquier sentimiento sexual en cualquier persona”. Era notable el contraste con su hermana mayor, Vanessa, que se vestía para atraer y poseía indudable belleza e inquietante sensualidad. La fotógrafa Gisèle Freund señala que Virginia tenía un rostro “sensual y ascético” en el cual “unas cejas prominentes coronaban sus ojos graves de profundas órbitas”; su nariz, “recta y fina parecía carecer de carne” y su boca dibujaba una expresión “de tristeza patética”<sup>7</sup>. Fumaba, comía poco y bebía menos, aunque tenía fama de cocinera ducha. Poco práctica, contaba con los dedos, como los niños, y su impericia para manejar carro generaba peligro para el resto del mundo. Cosas que odiaba: los espejos, las fotografías y las modas. Cosas que adoraba: los jardines y los perros<sup>8</sup>.



Virginia fue siempre una contradicción viviente. Tímida y decidida, loca y cuerda, enferma y sana, triste y alegre, esta señora de aspecto poco atractivo y melancólico era, al mismo tiempo, una mujer activa y encantadora. El hijo de Vita guarda de ella la imagen de una persona deliciosa, que sonreía a menudo, sabía escuchar y rara vez reía: “Es el ser humano más adorable que he tenido

la oportunidad de conocer”. No tenía problemas en hacer compatible su seriedad de lectora y escritora con diversiones triviales, como disfrazarse de Cleopatra para una fiesta, jugar a los boliches, ir de viaje por Europa con un mono o pintar un inodoro de amarillo. Su marido afirmaba que combinaba de modo fascinante “el encanto femenino con un sentido del humor lapidario y cáustico”. Se divertía poniendo apodos a sus amigos y apostrofándolos cariñosamente con dicterios en chiste. A Vita la llamó “rufiana escandalosa” y le escribió una vez: “Tienes que leer entre líneas, ¡burra!”. A Leonardo confesó que extrañaba “sus besos de mandril”. Bautizó *el Ostrogodo* a uno de sus hermanos y *la Mangosta* a su marido. Para sus amigos y parientes ella era *la Cabra, el Simio, el Mono, la Golondrina, el Pez, Billy, Potto...*

Su simpatía no la exime de defectos. Alexandra Harris recoge en su biografía de V W sus “lados menos atractivos”: era esnob, malévola, celosa e instintivamente antisemita. Su contradictoria personalidad la llevó, sin embargo, a casarse con el único judío de su círculo de amigos.

## Él leonardiendo y ella virginiando

Leonardo Woolf era el tercero de diez hermanos hijos del abogado Salomón y de la holandesa María de Jongh, ambos judíos. Nació en Londres, como Virginia, dos años antes —en noviembre de 1880— y en un barrio menos bueno. Desde niño se destacó como estudiante, lo que le permitió ganar una beca en Cambridge y hacer allí amistad con varios de los Apóstoles y futuros allegados de Bloomsbury. Uno de ellos era Thoby, hermano de Virginia. De la legendaria universidad pasó al servicio civil y lo destacaron a Ceilán (Sri Lanka), adonde llegó cargando las obras completas de Voltaire y un fox terrier llamado Charlie. Al cabo de seis años, pidió uno de licencia y regresó a Londres con los libros y sin el perro. El primer amigo que buscó fue Thoby Stephen, cuyas hermanas había conocido fugazmente de tiempo atrás. Recordaba sobre todo a Virginia, que le había parecido “impresionante e inquietante”. Aquel encuentro había ocurrido en 1904 y ahora, en junio de 1911, Thoby lo invitaba de nuevo a comer con algunos amigos y volvía a ver a las hermanas, cuya belleza seguía siendo “extraordinaria”. Woolf observa en su diario que Vanessa era más hermosa que Virginia, pero que esta resultaba más interesante: “Era una beldad etérea e intensa... su expresión cambiaba con velocidad inaudita y revelaba tensión, preocupación o inquietud... Estaba soberbia, pero su ansiedad y su sufrimiento proporcionaban un toque doloroso a su belleza”. Después de aquella reunión, Leonardo pasó un fin de semana en la casa de campo de los Stephen y se vieron en unas cuantas ocasiones. Woolf quedó prendado. Virginia simpatizaba con él, pero no le “movía la aguja”, a pesar de que reconocía su cultura y su sentido del humor. “No siento ninguna atracción física hacia ti —le escribió—. El otro día, cuando me besaste, me quedé como una piedra”. Además, era judío, y el antisemitismo era un mal subterráneo en Inglaterra hasta cuando la Alemania de Hitler mostró la monstruosa dimensión que podía alcanzar el odio por los judíos. Virginia se arrepentiría luego de este prejuicio. En 1930 escribió una carta pesarosa a cierta amiga en la que criticaba cómo había sido de esnob y “cómo odié casarme con un judío”.

En enero de 1912, la rasquiña amorosa se apoderó definitivamente de Leonardo. Visitó a Virginia y le propuso matrimonio. Ella dijo no. Ya antes

había dado soberanas calabazas a varios. Uno de ellos era un señor de la edad de su padre; otro, el futuro ministro de Salud Hilton Young; el siguiente fue el poeta gay Walter Lamb y el último su cuate homosexual Lytton Strachey, de quien dijo que era “perfecto como amigo, con la diferencia de que es una amiga”. El pretendiente insistió por medio de nuevas cartas en las que declaraba que la deseaba como mujer y también como compañera intelectual y de pronto descubrió una buena manera de acercarse a ella: en abril se había hundido el trasatlántico *Titanic* con 1.500 personas a bordo y la pesquisa que siguió al inolvidable naufragio se convirtió en una de las atracciones principales de Londres. Woolf consiguió entradas a las sesiones de la comisión investigadora e invitó a la arisca dama a que lo acompañara. Era el tipo de propuesta imposible de rechazar, y del hundimiento del buque más famoso de la historia emergió el noviazgo. En junio de 1912, Virginia anunció a una amiga: “Voy a casarme con Leonard Wolf [sic]. Es un judío sin un centavo”<sup>9</sup>. A Lytton Strachey, camarada de ambos, le enviaron un telegrama que decía: “¡Ja! ¡Ja!”. El jajá se concretó ante la autoridad civil el 10 de agosto. La novia tenía 30 años y el novio 15 meses más. El plan inmediato era pasar la noche de bodas en la casa rural de Virginia y después visitar el sur de Francia y España. La luna de miel prometía ser muy curiosa, pues la experiencia de Leonardo era bastante limitada y quizás se limitaba a alguna aventura colonial en Ceilán, mientras que Virginia llegaba “intacta”. Salvo aquellos desgraciados abusos en su infancia y el supuesto beso de Ralph Partridge en un baño —chisme del historiador Gerald Brenan—, su relación íntima con los señores había sido apenas visual y anecdótica. En el verano de 1911 se había bañado desnuda en un río con Rupert Brooke, poeta en ciernes, antisemita extremo y buen mozo profesional. Anota su biógrafa principal que Brooke no logró impresionar a Virginia, “quien no se mostró muy sorprendida cuando él emergió del agua, desnudo y con una evidente erección”. Cuando ya era una mujer madura de 48 años, confesó a una amiga que “dos o tres veces a lo sumo sentí atracción física por un hombre”. Pero en todos los casos el tipo “resultó tan obtuso, galante, cazador y aburrido que solo pude dar media vuelta y galopar hacia el lado opuesto”.

Los amigos y parientes de la pareja esperaban con morbosa curiosidad la inmersión sexual de Virginia y Leonardo. Aunque los recién casados no ofrecieron ruedas de prensa sobre sus actividades íntimas ni había entonces

revistas que las averiguaran, con el paso de los meses se supo que la luna de miel había sido un fracaso, como lo fue toda la vida sexual del prolongado matrimonio<sup>10</sup>. De acuerdo con reporte del lenguaraz Brenan, “Leonardo me dijo que cuando intentó hacerle el amor a Virginia en la luna de miel ella entró en semejante estado de violenta excitación [no propiamente sexual] que él tuvo que parar”. A su turno, Clive, aquel cuñado que le daba palmaditas vulgares en las nalgas, comentó a su amante en 1919 que una vez por semana Leonardo intentaba culminar con ella el sacro acto conyugal pero aún no lo había conseguido, a causa de que “a ella le provoca muy poco placer”. En ese momento llevaban siete años de casados<sup>11</sup>. En alguna ocasión, Leonardo se quejó ante Vanessa y le manifestó que, seis meses después de la boda, su hermana seguía “sin experimentar ninguna clase de placer en el acto”. Vanessa se sorprendió, pues ella sí lo disfrutaba mucho y con frecuencia. Hay que reconocer, sin embargo, que Leonardo no era propiamente Casanova ni Julio Iglesias, a pesar de que confesaba ser bastante “lascivo”. Solía ensimismarse en su sillón durante días con un libro en las manos sin atravesar palabra con Virginia, que leía en la poltrona vecina<sup>12</sup>. Flaco, casi esquelético y de rostro un tanto equino, cuando se dejó la barba mejoró como pensador pero no como varón. Seguía siendo incapaz de arrancar a las señoras suspiros y mensajitos ardorosos en voz baja. Semejante carencia no parecía afectarlo mucho. De hecho, se inmoló como candidato a polvo cuando declaró en su diario que “encontraba degradante la cópula” y que “la mayoría de las mujeres son feas cuando están desnudas”. Pero, bueno, ¿qué sabía él? El sexo fue siempre un problema para Virginia, incluso cuando se dejó llevar por sus tendencias homosexuales. En sus diarios y cartas se preguntaba “¿Por qué la gente arma tanto alboroto respecto a la cópula?” y consideraba excesivo el prestigio del orgasmo<sup>13</sup>. En cambio, era una activa militante de la amistad y del amor considerado como una comunión intelectual. Su amante Vita Sackville-West, con la que tuvo varios episodios de cama, definía el amor *virginiano* como “una cosa mental, espiritual, intelectual”. Más que amor, Virginia sentía enamoramiento salpicado a veces de gotas de erotismo; disfrutaba la compañía de algunas personas (hombres o mujeres), se entretenía hablando o escribiéndose con ellas, gozaba conversando sobre literatura y política, apostaba por el humor, les sacaba provecho a las pequeñas reuniones donde ocurrían muchas cosas y buscaba sobre todo a figuras que pudieran

proporcionarle protección y solidaridad. La “diminuta filosofía de la vida” de Virginia consistía en “abrazar el momento presente y sumergirse en el trabajo”, según su esposo. Con él obtuvo casi todo lo anterior y por eso señaló en su última carta que “tú me has dado la mayor felicidad posible”. Esa felicidad no era física, ni siquiera emocional. Leonardo la definió así: “La misteriosa dicha de hallarnos por un momento solos los dos en medio de un inmenso universo desierto”. No había mayor gloria para ellos que ponerse a escribir cada uno el libro que estaba preparando o leer en silencio al pie de la chimenea mientras acariciaban sus perros. Como quien dice, “no dañemos este matrimonio tan sabroso metiéndole sexo”. De todos modos, disfrutaron juntos la participación en mitines políticos (Leonardo era socialista activo) y en la exitosa editorial Hogarth Press, que fundaron en 1917 y que hoy sigue activa en la órbita de Penguin Random House. Bajo el sello original se continúan publicando “obras literarias contemporáneas con personajes ricos”, según proclama su página en internet. En esta idea sigue los patrones de Virginia, quien afirmaba que “la base de la narrativa buena es la creación de personas y solo eso”. Otras de las características de la literatura de Virginia también forman parte del ADN de la narrativa moderna: flujo de conciencia, relato no convencional, estructuras experimentales, fusión de técnicas y de estilos...



## “Nadie ha sido más feliz que nosotros”

Última carta de Virginia a Leonardo, escrita el 28 de marzo de 1941, minutos antes de lanzarse al río Ouse.

*Mi muy querido:*

*Tengo la certeza de que estoy enloqueciendo nuevamente. Siento que no podemos pasar otros tiempos tan terribles como aquellos. Y esta vez no voy a recuperarme. Empiezo a oír voces y no me puedo concentrar. De modo que haré lo que me parece mejor. Me has dado la mayor felicidad posible. Has sido en todo lo mejor que se podría ser. No creo que dos personas pudieran ser más felices, hasta cuando sobrevino este desastre. No puedo seguir luchando. Sé que estoy echando a perder tu vida, que podrías trabajar sin mí. Y sé que lo harás. Como ves, ni siquiera puedo escribir como debería. No puedo leer. Lo que quiero decir es que toda la felicidad de mi vida te la debo a ti. Has sido plenamente paciente e increíblemente bueno conmigo. Lo que quiero decir ... todos lo saben. Si alguien hubiera podido salvarme, ese eres tú. Todo lo he perdido, salvo la certeza de tu bondad. No puedo seguir destrozando tu vida.*

*No creo que dos personas pudieran haber sido más felices que nosotros.*

Su trascendencia, sin embargo, no fue solo literaria. Los ensayos y artículos de prensa virginianos tuvieron muchos lectores y ella está identificada como una de las luchadoras pioneras del feminismo. No es verdad que solo haya conocido la fama *post mortem*. En vida fue una celebrada escritora y sus libros dejaron bienvenidos réditos económicos a un hogar donde no sobraba el dinero. La prueba es que en abril de 1937, cuando aún faltaban cuatro años para su suicidio, VW ocupó la portada de la revista *Time*. Cosa diferente es que hoy constituya poco menos que un mito social y ético que desborda el quehacer literario.

De común acuerdo, Virginia y Leonardo decidieron que no tendrían hijos. Pero su matrimonio dio a luz buena parte de los 19 libros y seis volúmenes de memorias que escribió él —entre ellos, una mayoría de ensayos y una minoría de novelas sin mayor suceso— y la extensa bibliografía de ella: 46 cuentos o

relatos, dos biografías noveladas y otra de no ficción, 14 tomos de ensayos, seis volúmenes de cartas y cinco de sus diarios. Algunas de sus narraciones — *La señora Dalloway*, *Al faro*, *Orlando*, *Las olas* y *Los años*— forman parte de la literatura de venta constante y están traducidas a muchos idiomas, entre ellos el español<sup>14</sup>.

Virginia fue una inmejorable compañera intelectual para Leonardo, que criticaba sus textos y se sumía con él en largas conversaciones y caminatas literarias y políticas. Pero, a la vez, él fue fundamental para ella. No exageraba su sobrino Cecil Woolf, que los conoció a ambos y es el más prolífico editor sobre el grupo de Bloomsbury, cuando escribió: “Hoy no podríamos hablar de Virginia Woolf si Leonardo no hubiera existido”. Sin sexo, rodeados de perros, libros y árboles, y acomodados cada uno a la compañía del otro, la pareja de Leonardo Woolf y Virginia Stephen parecía un modelo de felicidad. Pero aparecieron dos elementos que lanzaron una tormenta sobre el paraíso: las relaciones lésbicas de Virginia y los accesos de locura que acabaron con su vida.

## La dulce Vita

Vita Sackville-West apareció en la historia de Virginia en marzo de 1924, cuando esta había cumplido ya 42 años y llevaba doce al lado de su casto esposo. Vita, menor diez años que Virginia, era conocida como autora de media docena de novelitas intrascendentes, tres biografías de santas y dos premiados libros de poemas. Tenía fama por su porte, su temperamento fuerte y su belleza, aunque las fotografías a los 40 años la presentan un tanto descuidada y con una incómoda sombra de bozo. También sobresalía por su mente brillante, su buen gusto para formar jardines —uno de ellos, muy famoso, en su castillo de Kent— y su mezcla de sangres, toda vez que parte de su adinerada familia pertenecía a la aristocracia secular y otra parte provenía de una bailarina folclórica española. Finalmente, corrían muchos rumores sobre su propensión amorosa hacia las mujeres, pese a hallarse casada con el diplomático y escritor Harold Nicolson y estar criando dos hijos. Uno de ellos, Benedict, fue homosexual confeso y el otro, Nigel, escribió una descarnada biografía de mamá<sup>15</sup>. Este sancocho sentimental inspiró a Vita el siguiente párrafo sobre su familia: “Somos una raza demasiado pródiga, demasiado amorosa, demasiado débil, demasiado indolente y demasiado melancólica (...) Un lote podrido y casi todos locos como unas cabras”.

Los Woolf habían conocido a Vita en diciembre de 1922, pero aquel día llegó a visitarlos en su nueva residencia, donde también funcionaba Hogarth Press. Fue la primera vez que la trataron de cerca. Con franqueza característica pero poco amble, la huésped criticó la decoración de la casa y soltó otro par de comentarios molestos. “Comenzamos en extremos distintos”, escribió Virginia en su diario. Pero pronto habrían de acercarse, pues Vita inició una correspondencia frecuente con ella que se hizo cada vez más intensa, hasta que la aristócrata le propuso emprender juntas un viaje a España. ¿Por qué España? Porque Vita quería buscar la cuna de su abuela malagueña, Josefa Durán y Ortega (1830-1871), una gitana de familia humilde —perdonen la redundancia— que hizo carrera como bailaora de flamenco, casó con su maestro Juan de Oliva y triunfó más allá de la frontera con el nombre artístico de Pepita Oliva. En Viena, Berlín y Praga, en particular, Pepita fue la locura. En Praga bautizaron *pepitas* a ciertos pantalones de

lejano estilo flamenco. En Viena le dedicó una polka Johann Strauss hijo. En Berlín se enamoró perdidamente de ella el secretario de la embajada británica, Lionel Sackville-West. Seducida por los bienes de Sackville, su simpatía, sus títulos de nobleza y su ardorosa pasión, Josefa se fue a vivir con él al sur de Francia, donde gerenció un hotel llamado Villa Pepita. Allí tuvieron siete hijos, uno de los cuales fue Victoria, que contrajo matrimonio con su primo hermano Edward y duplicó el linaje de los Sackville-West. Del ayuntamiento de primos nació una hija única: Victoria Mary, más conocida por su apodo de *Vita*.

Cuando empezó su labor de aproximación a Virginia, Vita (1892-1962) ostentaba ya un sólido *curriculum bisexualis*. A los once años había hecho cositas con una compañera de colegio —y duraron haciéndolas durante diez años más—; a los 26 tuvo una relación larga y ardorosa con Violeta Trefusis; a los 31 se casó con el distinguido *sir* Harold y a los 33 estuvo a punto de descasarse por un romance con el historiador Geoffrey Scott. A Violeta siguió Mary Campbell, cuyo marido, al descubrir el romance lésbico de su mujer, la amenazó primero con matarla, luego con divorciarse y al final se limitó a mirar hacia otro lado. Continuaron en la lista Margaret Voigt, Hilda Matheson<sup>16</sup>, su cuñada, Gwen St. Aubyn, la periodista Evelyn Irons y Videla Keppel, bisabuela de Camila Parker, actual cónyuge del futuro heredero de la corona. Un libro clásico sobre el homosexualismo en Europa dice que Vita ayudó a tomar conciencia a lesbianas y gais sobre sus derechos y fue “una verdadera Doña Juana que ensartó una amante tras otra sin el menor escrúpulo”. *Sir* Harold profesaba creencias parecidas, pues tuvo amores con Raymond Mortimer, amigo de Vita. El de los Nicolson no solo era un matrimonio abierto, sino comunicativo, pues ambos se contaban de manera detallada sus asuntos extraconyugales. En uso de tal licencia, el *lord* se permitió pedir a Vita que no pusiera en peligro la estabilidad emocional de Virginia, quien, pese a ser mayor que su mujer, era mucho más frágil. “No estás jugando con fuego, sino con gelignita”, le advirtió haciendo gala de insólitos conocimientos sobre explosivos mineros. Era parcialmente cierto. Virginia había tenido algunos romances asexuados de tipo *sáfico*, que era como ella denominaba al lesbianismo. A comienzos del siglo XX se enamoró de Violet Dickinson, 13 centímetros y tres lustros mayor que ella. En sus cartas se trataban de “mi adorada mujer” y “tu cariñosa amante”. Pese a la intimidad

que denota semejante lenguaje, conviene señalar que era una característica de la llamada “amistad romántica” y no una confianza derivada de compartir experiencias eróticas. Sin embargo, revela en Virginia una inclinación que se repitió más tarde. En 1917 conoció a la escritora neozelandesa Katherine Mansfield, quien hacía gala de sus libérrimas aventuras amorosas y las relataba de manera minuciosa a quien quisiera oírlas. La desvergüenza de Kate resultó desagradable a Virginia, al punto que Leonardo la calificó de “cínica, amoral y obscena”, pero sumamente chistosa. El contacto entre las dos mujeres aumentó con el paso de los días, y Virginia modificó su primera impresión. Aun cuando seguía considerándola “ordinaria”, pensaba que era “tan inteligente e inescrutable” que justificaba la amistad. La cercanía entre ambas se rompió por cuenta de unos chismes surgidos a raíz de la relación de Mansfield con John Middleton Murray y D. H. Lawrence (ver recuadro). Pero confirmó a Virginia que derivaba especial placer en el trato con mujeres.

En 1930, cuando ya llevaba casada ocho años y estaba apenas a dos de cumplir el medio siglo, sorprendió a su sobrino Quentin Bell con una noticia: “¡Una vieja de 71 años se ha enamorado de mí!”. Esa vieja era la compositora, feminista y sufragista<sup>17</sup> Ethel Smyth, que un día visitó a Virginia en su casa y, tras una amena charla de tres horas, se marchó fascinada con la escritora. Diez días después le envió una carta donde confesaba: “No he pensado en otra cosa que en verte”. La señora Woolf tomó un poco a broma la pasión que acababa de despertar en la conocida artista con cara de perro pequinés. “Supongo —comentó a Quentin— que los antiguos fuegos del lesbianismo están ardiendo por última vez en Ethel”. Es posible que ardiera la directora de orquesta en su firme proceso de seducción de VW, pero esta también despedía algunas chispas. Al cabo de algún tiempo, Virginia decidió que la relación había adquirido un cariz “curioso y antinatural” y era preciso frenar los ímpetus conquistadores de Ethel, que le escribía casi a diario y pretendía llevarla a la alcoba. “Dejaré que esa vieja hoguera arda furiosamente y quizás le ponga una mampara”. Así ocurrió. Virginia emprendió la fuga, acabó inconclusa la sinfonía de Ethel y se frustró la tocata. No costó mucho trabajo a la escritora entender que su coqueteo con Ethel buscaba en el fondo afirmar el romance con Vita. En una carta un poco cruel dirigida a la compositora, le decía: “Estoy acostada en las sábanas adúlteras de Vita mientras ella pone sales en mi baño”. En realidad, Vita puso más que sales en

el baño y la vida de Virginia. Durante cerca de cinco años sostuvieron un amor apasionado, lo cual es mucho decir de alguien tan frío como VW. Pasaron varios fines de semana en el castillo de Kent, viajaron juntas y entre 1923 y 1941 mantuvieron una jugosa correspondencia. No eran solo cartas de amor, aunque abundan en ellas las referencias cariñosas al estilo de “mi muy amada criatura”. Con frecuencia se ocupaban de temas literarios, del estado de salud o de asuntos domésticos: perros, gatos, maridos y otros animales semejantes. Vita representaba para Virginia protección con presencia impetuosa y olímpica. Virginia representaba para Vita genialidad y ternura.

A la nieta de Pepita, Virginia se atrevía a lanzar reproches que rara vez disparó a su discreto marido. En 1927, cuando supo que Vita andaba enredada con la bella Mary Campbell, cayó en un ataque de celos y la amenazó: “Si te has entregado a Campbell, no quiero saber más de ti”. Un año después la calificó de “promiscua, eso es lo que eres”. También usaba a veces un lenguaje cargado de erotismo francamente extraño en ella. En agosto de 1925 confesó a Vita que la imaginaba “en una tina de Kent, completamente desnuda, morena como un sátiro, y muy hermosa”. Cuatro meses más tarde pasaron tres días juntas en un pequeño hotel rural con encanto. Fue la primera zambullida sexual completa de Virginia con una mujer. Jubilosa, la Sackville-West reportó el logro a su marido, y en cambio su compañera guardó silencio en su diario y ante Leonardo. Este no ignoraba la íntima amistad de su mujer y la aristócrata aflamencada, pero sabía que su matrimonio no corría peligro y se quedó quietecito. Calculaba que a la larga Virginia se aburriría, y acertó. Desde Borgoña, Virginia escribió a Leonardo que adoraba “cada cabello” suyo y que no podría estar más de una semana sin él. Empezaba a sentir tusa de la tranquila vida doméstica. Según investigaciones de Irving Wallace y su equipo, las dos amigas se acostaron juntas una docena de veces. En septiembre de 1928, las dos viajaron a Francia, pero ya no había entre ellas gelignita. Tan solo una buena amistad, a la que Virginia rindió homenaje imperecedero al dedicarle *Orlando*, novela metafórica que traspasa los tiempos, los géneros literarios y los géneros sexuales. Su amiga inspiró el personaje principal, un príncipe que nace varón y una mañana se despierta convertido en mujer. ¿Pensaba Virginia que era infiel a Leonardo si le coronaba el testuz con una fémica? No. Y tampoco si lo hubiera hecho con otro hombre, pues ella no veía nada escandaloso en el hecho de que un hombre tenga una amante o que lo tenga una mujer. ¿Se ufana de su condición de sáfica? No, pero la disfrutaba

sin problemas. En realidad, Virginia no se ufanaba de nada que tuviera que ver con su intimidad, pero alguna vez escribió a su idolatrada hermana Vanessa que “a ti te ilusiona el sexo masculino y a mí el femenino”. ¿Era defensora del homosexualismo entre varones? No. Lo aceptaba pero no le producía entusiasmo. De hecho, más de una vez se refirió con sorna a los que denominaba *sodomitas* y sostenía que “son siempre muy aburridos”. Pese a ello, algunos de sus más queridos amigos fueron gais.

En 1935 ya no quedaba nada de su condición de amantes y apenas sobrevivía una relación de cuates entre VW y VS. “Mi amistad con Vita ha terminado —escribe en su diario el 11 de marzo—. No ha habido peleas ni escenas: ha sido como la caída de una fruta madura”. A renglón seguido confiesa que su antigua compañera de alcoba le produce fastidio y cierto repelús. “Se ha vuelto muy gorda; es la típica aristócrata ociosa que vive echada a perder en el campo; ya no le interesan los libros ni escribe poesía; solo se entusiasma cuando habla de perros, flores y nuevas construcciones”. Punto final. La estrecha relación entre estas dos mujeres especiales terminó, pues, como acaban muchas entre heterosexuales desencantados. En cambio, la de Vita y *Sir* Harold perduró hasta que los separó la muerte. Su hijo lo explica diciendo que “su matrimonio fue exitoso porque cada uno encontró la felicidad concreta y permanente solo en compañía del otro”<sup>18</sup>.

## Ni Freud pudo curarla

Desde niña, Virginia había acusado síntomas preocupantes de inestabilidad mental que se manifestaban en depresiones, alucinaciones, incongruencias, ambigüedades e inseguridades. La afectaban entonces sensaciones opuestas que ofrecían riqueza a su creación literaria pero la torturaban en su vida cotidiana. Eran dualidades en las que intentaba buscar precario equilibrio, como intimidad/vida pública, femineidad/masculinidad, amistad/amor, leer/escribir... Su biógrafa Alexandra Harris señala: “La mayoría, pero no todos los síntomas, eran maniaco-depresivos, lo que hoy se conoce como desorden bipolar. Tenía momentos de percepción cercanos al éxtasis, emociones sobrecogedoras que de repente podían cambiar y convertirse en temor a la gente o agotamiento de energía nerviosa”. Leonardo, que sufrió de cerca las crisis de su cónyuge, escribió con largueza sobre ellas en sus memorias. “La amenaza de una depresión o un trastorno mental la agobiaba constantemente”, señaló. Los médicos definían el mal como “neurastenia” y, a pesar de que la pareja consultó a numerosos especialistas, ninguno dio en el clavo con la terapia indicada para la enfermedad. En 1939, aprovechando que Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, acababa de llegar exiliado a Londres, Leonardo y Virginia buscaron una cita con él. Fue fácil conseguirla, pues Hogarth Press había publicado 24 volúmenes de las obras completas del sabio vienés. Los recibió amablemente en su casa, les ofreció té, comentaron con alarma la situación europea y charlaron acerca de sus libros. Leonardo le contó la anécdota de un hombre al que sorprendieron robando tomos de Freud en una librería londinense y el juez que conoció el caso dijo que, si por él fuera, lo condenaría a leer 20 libros del famoso profesor. A Freud le hizo gracia la historia y comentó: “Mis libros me han difamado más de lo que me han hecho célebre”. Fue una tarde muy grata, pero el tema de las dolencias de Virginia se mantuvo en segundo plano.

El mejor analista de la enferma era, al fin de cuentas, su propio esposo. Él describió las características de sus estados de crisis, que oscilaban entre la agitación extrema, el delirio, la habladería incoherente, las alucinaciones, la depresión, el insomnio, la anorexia, los celos y la inactividad. Detectó además que Virginia había padecido en cuatro ocasiones una enajenación que “la



llevaba a traspasar la frontera que separa la normalidad y la locura”. Casi todas ellas se produjeron bajo el estrés de la terminación de uno de sus libros importantes, agravado por circunstancias objetivas exteriores. La primera fue en su infancia; la segunda, muy grave, al morir su madre en 1895; la tercera, que duró diez meses, en 1914; y la cuarta empezó en 1940. Las crisis alcanzaban la cima cuando Virginia “era capaz de reconocer que estaba enferma y repetía que todo era culpa suya”. En esos momentos, advirtió Leonardo, decidía quitarse la vida. Lo intentó en 1895 lanzándose, sin mayores consecuencias, por la ventana de un segundo piso; en 1915, consumiendo una alta dosis de pastillas de Veronal de la que consiguieron salvarla los médicos. La cuarta crisis fue la última. Sus familiares y amigos temían que Virginia se suicidara tarde o temprano. Cuando lo hizo, el 28 de marzo de 1941, finalizaba su novela *Entre actos* y había publicado unos meses atrás *Los años*, biografía del pintor Roger Fry a la que dedicó muchas horas de trabajo pero no la dejó satisfecha. La obsesionaba cada vez más la guerra, que ensombrecía el cielo de Londres con bombarderos alemanes. Sus diarios de las últimas semanas revolvían alusiones a la confrontación continental y comentarios de jardinería con vagos proyectos literarios y apuntes sobre su estado emocional.

Aquel viernes Leonardo estaba dedicado a cuidar las azaleas cuando llegó la hora de almorzar y entró a casa. No encontró a Virginia. Pero sí una carta para Vanessa y otra para él dispuestas en la repisa de la chimenea. La suya empezaba diciendo: “Tengo la certeza de que estoy enloqueciendo nuevamente. Siento que no podemos pasar otros tiempos tan terribles como aquellos”. Mencionaba enseguida lo feliz que había sido con él y planteaba que había llegado el momento de no destrozarle más la vida (ver recuadro). Luego se supo que, tras dejar la casa, Virginia caminó hasta el cercano río Ouse, en cuya orilla encontraron su bastón, se llenó de piedras los bolsillos del abrigo y se lanzó a la corriente<sup>19</sup>. Su cuerpo apareció tres semanas después aguas abajo. Lo hallaron unos niños que se estaban bañando en el río. Las autoridades incineraron su cuerpo el 21 de abril y su marido sepultó los restos bajo el árbol llamado V.

El 14 de agosto de 1969 murió Leonardo. Sus cenizas volaron sobre el jardín de Monk’s House. En cuanto a Vita, se enteró del suicidio de Virginia por una carta de Leonardo. La antigua seductora de mujeres falleció el 2 de

junio de 1962 y está enterrada en la capilla de su castillo de Kent. Una vez viudo, Leonardo permaneció en la casa donde vivió con Virginia. Continuó dedicado a escribir, publicar y ocuparse del jardín. “Después del cloroformo, el sueño y la muerte —decía— el mejor antídoto contra el dolor es trabajar”. Un año más tarde, en 1942, se enamoró de la sudafricana Trekkie Parsons, ilustradora de 40 años y esposa de su amigo, colega y vecino Ian Parsons <sup>20</sup>. En un principio, Trekkie rehusó cualquier relación sentimental con él. Después lo aceptó como amante, pero no quiso divorciarse de su marido. El lío tuvo desenlace feliz. Solucionaron el problemita con un sólido y duradero triángulo amoroso.

Al mejor estilo de Bloomsbury.

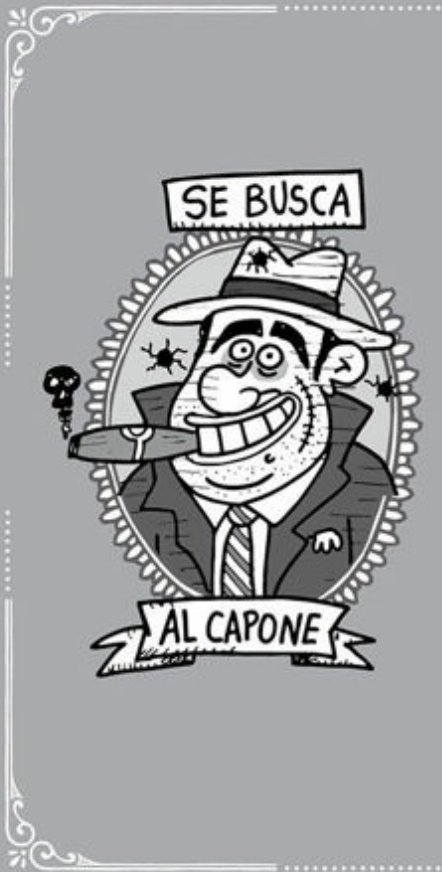


# **La bella y el bestia**



**Mae Coughlin  
&  
Al Capone**





matador

*Una hermosa, elegante y discreta dama de origen irlandés cayó seducida por el mafioso italiano más siniestro de Estados Unidos. Pese a ser polos opuestos, recrearon el mito de Romeo y Julieta y formaron una pareja admirable: ella, cónyuge sin tacha y él, esposo y padre amantísimo.*



A principios de los años treinta, la prensa de Estados Unidos hizo una encuesta sobre los diez personajes mundiales más sobresalientes. La lista arrojó los siguientes resultados: 1) Benito Mussolini (1883-1945), dictador italiano. 2) Charles Lindbergh (1902-1974), primer aviador que unió en vuelo solitario a Estados Unidos, su tierra natal, y Europa. 3) Almirante Richard Byrd (1888-1957), explorador del Polo Sur, estadounidense. 4) George Bernard Shaw (1856-1950), escritor irlandés ganador del Premio Nobel de Literatura. 5) Bobby Jones (1902-1971), golfista norteamericano. 6) Herbert Hoover (1874-1964), presidente de Estados Unidos. 7) Mahatma Gandhi (1869-1948), fundador de la India moderna. 8) Albert Einstein (1879-1955), científico alemán. 9) Henry Ford (1863-1947), industrial gringo inventor de la fabricación en serie. 10) Al Capone (1899-1947), mafioso estadounidense de origen italiano.

La presencia de un criminal como Alphonse Gabriel Capone en la lista de los hombres más admirados del planeta revela el sentimiento contradictorio de la opinión pública frente al Bien y el Mal. La gente, sin confesarlo, suele preferir al que hace bien el Mal que al que hace mal el Bien. Pocos en su época hicieron tan bien el Mal como este sujeto que solo recibió unos años de educación formal, que llevaba a costas decenas de asesinatos (algunos dicen que 400 y hasta miles), que había amasado una fortuna explotando diversiones prohibidas y que ni siquiera era buen mozo, pues tenía la cara cruzada por dos cicatrices y acusaba un sobrepeso notable.

Atractivo no fue Al Capone, pero sí esposo excelente. Su historia de amor con Mary Josephine Coughlin (Mae para casi todos, Josephine para sus más

allegados) constituye una versión moderna y rudimentaria de la leyenda medieval de Romeo Montesco y Julieta Capuleto, aquellos novios veroneses procedentes de familias rivales cuyo amor los lleva primero a un terrible desenlace y más tarde a las páginas de William Shakespeare.

El romance entre Capone, de padres italianos, y Mae, hija de irlandeses, surge a pesar del enfrentamiento entre inmigrantes de uno y otro país en el Nueva York del primer medio siglo XX. Cuando dos seres humanos coinciden frente a un pedazo de pan o un reloj de oro, primero luchan por ellos y luego, si sobreviven, los reparten. Así ocurrió en la primera etapa con las pandillas de Estados Unidos, cuando la conquista de los negocios relacionados con pecados de los sentidos y de las emociones —el sexo, el juego, el alcohol y, más tarde, la droga— tuvo los alcances de una guerra a muerte.

En esa lucha, Capone fue el abanderado de los mafiosos italianos y se enfrentó a los irlandeses, a menudo mediante atentados y balaceras. En su carrera de hampón tuvo tres enemigos: las bandas rivales, el Gobierno y la mala salud. Los rivales no pudieron con él y el Gobierno solo logró encarcelarlo temporalmente por evadir impuestos. Lo que acabó con Capone fue la sífilis que le prendió una prostituta cuando era adolescente. Por eso murió a los 48 años, más joven que el resto de la lista de los diez personajes más famosos del mundo.

Después de sobrevivir a varios atentados, de purgar largas temporadas de cárcel y padecer dolorosos tratamientos médicos, el bestia falleció en brazos de la bella, esa esposa de admirable solidaridad conyugal y finura a toda prueba que soportó en silencio y sin claudicar en su amor el viacrucis del tenebroso criminal que había conquistado su corazón 30 años antes. Un biógrafo de Mae la definió como “la más misteriosa y secreta de las esposas de miembros del crimen organizado”.

Desaparecido Capone, Mae y Sonny, su hijo único, tuvieron que arrastrar durante años el fantasma del mafioso, hasta que, convertidos en modestos ciudadanos, se cambiaron el apellido e intentaron en vano esfumarse en el anonimato<sup>1</sup>.

## Al Romeo y Julieta Coughlin



Entre las oleadas de inmigrantes italianos que desembarcaron a fines del siglo



XIX en Estados Unidos llegó en 1893 la familia de Gabriel Capone y Teresa Raiola, un humilde barbero y una costurera salernitanos residentes en Nápoles. Acudieron atraídos por la posibilidad de una nueva vida más próspera en Nueva York, adonde miles de europeos pobres se desplazaban en esos tiempos. Con los Capone viajaba Vincenzo, su hijo mayor. Se instalaron en un sector deprimido de Brooklyn, donde nacieron los demás hermanos: Ralph, Salvatore (llamado luego Frank), Alphonse (Al), Amadeo (Mimi), Umberto (Albert), Matthew (Matt), Rose y Mafalda. Como casi todos sus compatriotas, padres e hijos estudiantes trabajaban para sostener el hogar en labores manuales de poca monta, según su edad y sus posibilidades. Al, que nació el 17 de enero de 1899, compraba y vendía golosinas, ayudaba a cortar telas a sastres y atendía mesas de billar cuando estaba matriculado en la escuela de la parroquia católica de su barrio. Su carrera como escolar mediocre terminó a los 14 años, cuando lo expulsaron por golpear a una maestra<sup>2</sup>. A partir de ese momento, su única maestra fue la calle. No hacía más que seguir los pasos de su hermano Ralph, al que estuvo vinculado en negocios turbios desde que eran jóvenes.

Unos años antes de que los Capone hubieran llegado a Nueva York, lo habían hecho Michael Coughlin y Bridget Gorman entre hordas de inmigrantes irlandeses. Sus seis hijos nacieron en territorio americano: a Mae, posiblemente la mayor, nacida el 11 de abril de 1897, siguieron Hanna, Muriel, Dennis, Catherine, Walter y uno más cuyo nombre no figura en los anales. Dennis fue el más cercano a Mae. Casó con una mujer llamada Winnie y juntos montaron un restaurante de waffles en Miami. Los Coughlin, como los Capone, eran familias católicas que acudían con frecuencia a la iglesia. En cuanto Mae finalizó sus estudios de bachillerato, entró a trabajar en un almacén de departamentos donde adquirió fama por su belleza<sup>3</sup>.

Si bien los Coughlin y los Capone eran europeos menesterosos y habían arribado al mismo barrio, aquellos tenían un estatus algo más elevado. Por una parte, los irlandeses eran mejor mirados en su nuevo país que los italianos, pues, entre otras ventajas, compartían muchas de sus costumbres y hablaban su lengua. Por otra, eran menos ruidosos y menos notorios que los italianos. Algunos de estos con cierto poder, como el mafioso Johnny Torrio —que se convirtió en padrino de Capone—, habían logrado casarse con irlandesa, y vivían matrimonios bien avenidos.

En la calle, Al encontró otros adolescentes que lo invitaron a formar parte de las pandillas que proliferaban en Brooklyn. Así, fue miembro de los Destripadores del Sur de Brooklyn y de los Cinco Puntas, bandas dedicadas a latrocinios, pequeños abusos y riñas en protección de su territorio. Eran las divisiones inferiores de los grupos mafiosos. Militaba Capone en los Cinco Puntas cuando lo descubrió Frankie Yale, un temible gánster, y le ofreció puesto como camarero de su bailadero Harvard Inn. Lo vio simpático, arrojado y parlanchín. Allí recibió Al las primeras lecciones sobre la importancia del soborno y la violencia como métodos de trabajo y allí conoció a compañeros de la misma tropa. Ahora visitaba las casas de prostitución donde el imperio de Yale extendía su viciosa garra protectora. Tenía 17 años y ya se sentía un mafioso profesional. Por eso le cortaron la cara.

Ocurrió una noche en el rumbeadero cuyas mesas atendía. Había visto en una de ellas a una pareja cuya mujer le llamó la atención. Dándose aires de gallito galán, Al se acercó a la chica y le susurró al oído lo que él consideraba un fino elogio:

—Muñeca, tienes un culo precioso, y te lo digo como un cumplido.

A la muñeca no le gustó el piropo y así se lo comentó a su hermano, el compañero de mesa, que resultó ser Frank Gallucio, conocido delincuente. Indignado, Gallucio se levantó y le asestó una trompada a Capone. Este, en vez de entender que “el cliente siempre tiene la razón”, optó por devolverle el golpe. El ofendido produjo de inmediato una navaja y con ella le trazó tres tristes tajos al ofensor: dos en la cara —el primero de la boca a la oreja— y otro más en el codo. Gallucio y su hermana se marcharon sumamente molestos por la atención recibida en el local y Capone fue trasladado a un hospital cuyo cirujano plástico tenía la misma habilidad de un dipsómano amarrador de bultos de papa. Las dos miedosas cicatrices que quedaron como recuerdo de aquella riña le ganaron un apodo que Capone detestaba: *Caracortada*. Semejante mote resulta apenas algo menos afrentoso que el que le habría adjudicado si, en vez del Harvard Inn, hubiera recibido las heridas en el Taco Burger: *Alfonso Charrasqueado*. Como Juan, el del famoso corrido, que fue “borracho, parrandero y jugador”<sup>4</sup>. Pocos meses después de este incidente, ocurrió otro en una fiesta de barrio, cuando Al bailó con una joven irlandesa dos años mayor y varios centímetros más alta que él, a pesar de que Al no era bajito<sup>5</sup>. Este encuentro tuvo final feliz. Mae Coughlin se enamoró del divertido

italiano (se dice que era de mal humor pero también muy gracioso) y, cicatriz más o cicatriz menos, le pareció un individuo atractivo. De esta manera, empezó a salir con él y entonces se proyectó sobre Brooklyn la sombra rosada de Romeo y Julieta. El casorio y la formación de un hogar eran parte del ideal de todo bandido respetable. El poeta y ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger escribió un estudio sobre Capone y la mitología del gánster donde señala que “Capone y su gente no solo abogaban por un ambiente familiar sano y moral, ni tampoco solo por una formación religiosa, sino por un duradero orden social en general”.

En la familia de Mae no reinaba mayor entusiasmo por el novio de la muchacha, y en la de los Capone habrían preferido que su chico se enamorase de una señorita de apellido terminado en “i”, ducha en preparar *spaghetti al pomodoro* y gritar “¡*mascalzone!*”. Sin embargo, los Capone veían aspectos positivos en el asunto. Años después, en 1930, Capone resumió ante un periodista lo que había sido su boda: “Yo era apenas un muchacho amable que había crecido con ella en Brooklyn y ella, una dulce irlandesita que me aceptaba para lo mejor y para lo peor”. Diana Ducret, biógrafa francesa de Mae, explica por qué: “Para los italianos, casarse con una irlandesa implicaba un ascenso social, la garantía de una mujer sumisa, piadosa y cumplidora de los santos sacramentos”.

Esto último, sin embargo, no se cumplió en el caso de Mae. Su lista de mandamientos no incluía el sexto<sup>6</sup>, pues a los pocos meses de mutuo conocimiento seguía soltera pero levemente embarazada de Capone. Fue entonces cuando decidieron casarse y tener el niño. En aquellos tiempos no había mejor enmienda en un percance de esta naturaleza que pasar velozmente por el altar, a veces con el revólver del suegro como padrino. Pero resultó que Albert Francis nació el 4 de diciembre de 1918 y solo el 30 pudieron casarse sus padres en Santa María Estrella del Mar, previo permiso escrito de los Capone a su hijito, que era menor de edad. Fue el único vástago de Mae y Al. Desde la cuna lo apodaron *Sonny* (algo así como *hijito* o *mijo*), circunstancia que copiaron años más tarde don Vito Corleone y su distinguida familia.

En esos felices momentos ignoraban los padres y el hijo que la sífilis empezaba a hacer mella en papá y el recién nacido venía con un defecto físico de origen: albergaba una mastoiditis, grave enfermedad que provoca pérdida de la audición y puede derivar en parálisis facial parcial. En cierto hospital de

París advertía un letrero: “Si no temes a Dios, témele a la sífilis”. En el Nueva York, el Chicago y el Miami de los años treinta deberían haber colgado un cartel que dijera: “Si no temes a Capone, témele a la sífilis de Capone”.

## Capo Capone

Era la época en que se prohibió el consumo de bebidas alcohólicas, denominada, por redundancia, la Prohibición, y las mafias crecían y trepaban como enredaderas. Plomo o plata, muerte o soborno: la disyuntiva que hicieron famosos los narcotraficantes de fines del siglo XX se aplicaba sin clemencia ni tacañería. Un tipo audaz, inteligente, sin escrúpulos y con amistades poderosas, como Capone, podía hacer carrera de gánster en pocos años. Similar al caso de los narcotraficantes contemporáneos, el mejor aliado de los criminales fue la ilegalidad de un producto que mucha gente ansiaba y quería consumir, a despecho de lo que la ley pensara. Y ocurre que la llamada Ley Volstead y la decimoctava reforma constitucional habían decidido en enero de 1919 que en Estados Unidos “nadie podrá fabricar, vender, cambiar, transportar, importar, exportar o entregar ningún licor embriagador excepto los autorizados por esta ley”. Las bebidas espirituosas que autorizaba la norma eran solo aquellas que contuvieran menos del 0,5 de alcohol: el pollo al vino, el sabajón de la abuela, el chocolate relleno de *amaretto*, la transubstanciación de la hostia... cosas así. La veda absoluta de alcohol fue el extremo final de un movimiento cívico que desde comienzos del siglo XIX realizaba campañas a favor de la moderación en el consumo de alcohol. Pero, como suele acontecer, en el curso de los años se pasó del “no tomes tanto” al “si llegas a probarlo, te vas para la cárcel”. En 1869, la sensata propuesta de la templanza ya se había convertido en furioso partido político e, impulsada por ligas religiosas y círculos de gente que se consideraba mejor que los demás, desembocó al despuntar el siglo XX en que un vaso de vino podía castigarse con prisión. Al cabo de 14 años, durante los cuales tambalearon no pocas instituciones y ciudades de Estados Unidos, el Congreso resolvió en 1933 poner fin a la Ley Seca. El experimento había sido un fracaso: el imperio de la ley había quedado en ridículo; el ron seguía circulando con clandestina alegría; había descendido el consumo general de alcohol, pero habían aumentado los fallecimientos por trago de mala calidad y balas de óptima categoría; la corrupción había hecho estragos y aparecía una clase emergente de multimillonarios sospechosos que, con el tiempo, criaron incluso familias presidenciales. Como los Kennedy. Las cifras demuestran el desastre que

constituyó la Ley Seca. En Nueva York, en 1920, funcionaban 15.000 bares legales; un año después, 32.000 tabernas ilegales. En el primer decenio de la norma, las autoridades capturaron a medio millón de personas; expidieron sentencias totales que sumaban 33.000 años; las guerras entre delincuentes produjeron 2.000 muertos y, lo peor de todo, la calidad letal del alcohol clandestino dejó 35.000 víctimas por intoxicación. La Prohibición fue un regalo para los criminales, que ya controlaban sabrosos sitios de pecado al estilo de salones de baile, redes de apostadores, clubes de señoritas semidesnudas, casinos y burdeles. Muy pronto los delincuentes se convirtieron en productores, intermediarios y proveedores de ron, whisky, bourbon, vino y, al final, también de otros vicios, como la droga. La violencia y la corrupción se apoderaron de ciudades enteras; surgieron guerras territoriales y étnicas; el dinero mafioso infiltró la política y la policía, y en breve tiempo se encumbraron poderosos señores del delito que empezaban como modestos esbirros o guardaespaldas.

El de Al Capone fue un caso clásico. En solo 13 años ascendió desde niveles subalternos hasta la cumbre de la mafia. De trabajar como camarero en la pista de baile de Frankie Yale en 1917, pasó a cobrador de chantajes del mafioso Antonio Torelli y de allí, amparado por su padrino Johnny Torrio, se trasladó con su familia a Chicago en 1919 a trabajar bajo las órdenes del capo James *Big Jim* Colosimo. Pocos meses después, Colosimo falleció de “muerte natural mafiosa”, es decir, abaleado, y durante cinco años Torrio manejó el negocio. En 1925 se retiró el buen Johnny tras sendos atentados en que él y Al salieron heridos, y Capone se convirtió en jefe de la familia de delincuentes italianos en Chicago. Un año después, cuando solo tenía 27, Capone ya era uno de los más famosos y temidos delincuentes dedicados a comerciar con alcohol, sexo y chantajes. Durante seis años fue el amo de la ciudad, en 1930 figuró en la lista oficial como Enemigo Público Número Uno y, sin embargo, al mismo tiempo era uno de los ciudadanos más populares de Estados Unidos. Su aspecto también había cambiado. Ya no era un pobre diablo de Brooklyn. Ahora vestía lujosamente; incrustaba diamantes en la corbata y anillos en los dedos; cubría su cada vez más pelada cabeza con un costoso y característico sombrero de fieltro; fumaba los mejores puros cubanos y bebía Templeton Rye, horrible licor nacional destilado a partir de centeno, azúcar, caramelo, mantequilla y pimienta<sup>7</sup>. Su generosidad era famosa y de falsa estirpe

robinhoodesca: donaba dinero a causas pías, repartía generosas propinas y encabezó la inauguración de varios comedores de caridad durante la penuria económica de la llamada Depresión. Nunca faltaban billetes en su cartera para socorrer en público a los necesitados. Llegó a prometer que arreglaría la situación de los mexicanos inmigrantes pobres y cuando fue secuestrado el hijo del aviador Charles Lindbergh, en 1932, ofreció una cuantiosa recompensa a quien diera informes sobre “el acto más indignante que he visto en mi vida”. Solo le faltó comprar un equipo de fútbol y hacerlo campeón. Todo lo suyo era al contado y en efectivo. Alguna vez afirmó haber perdido 10 millones de dólares (aproximadamente 100 millones de hoy) en apuestas hípcas. Jamás tuvo una cuenta bancaria, ni existían entonces las tarjetas de crédito, ni aparecía como propietario de empresa o bienes raíces. Varias propiedades figuraban a nombre de Mae, lo que trajo una difícil situación a la señora pues el Gobierno la acusó de evadir el pago de impuestos y amenazó con encarcelarla. Era una manera de presionar al capo. Se necesitó un costoso equipo de abogados y el apoyo financiero de Ralph, que pagó todas las multas, para sacar del atolladero a Mary Josephine Coughlin. Ante los ojos de la Administración de Impuestos, pues, Al Capone no existía y su mujer sí. Pero el FBI y las autoridades que debían aplicar la Ley Seca maliciaban que era uno de los grandes capos.

Sus sospechas estaban fundadas. Capone era uno de los beneficiados con los tiempos duros que hicieron tristemente célebre a la ciudad, por sangrientas luchas entre distintas bandas. Durante años contó con el apoyo del alcalde, cuya campaña financió, pero al ganar las elecciones un funcionario honesto, desplazó el centro de sus operaciones mafiosas a Cicero, un pueblo cercano a Chicago. El lugar se convirtió pronto en Caponelandia, con alcaldes de bolsillo y establecimientos de diversión tan famosos como el Cotton Club. Porque el diario local, *The Cicero Tribune*, se oponía a Capone, este compró la empresa que lo publicaba y cerró el periódico. La policía de vez en cuando realizaba incursiones punitivas, en una de las cuales murió Frank, hermano de Al, en 1924. Cuatro años después, Capone quiso combinar nuevos territorios de negocios con descanso y compró una mansión de 14 habitaciones en Palm Island, Miami. Del siguiente modo justificó ante los periodistas su nueva residencia: “Miami tiene un clima más sano que el de Chicago y más caliente que el de California”. Disfrutando del amable ambiente con su familia se encontraba Al el 14 de febrero de 1929, día de San Valentín, cuando siete

miembros de la banda de George Moran, su rival más connotado de Chicago, fueron ametrallados en un garaje por un grupo de sicarios. Nadie pudo probar que Al era el cerebro de la masacre famosa. Pero tampoco dudaba nadie de que tenía que ver con ella. El episodio había sido demasiado escandaloso, y el propio presidente Herbert Hoover dio órdenes de pillar y arrestar a Capone, quien, a la sazón, obtenía ganancias brutas por casi 800 millones de dólares anuales (según el cambio de hoy).

Parece increíble, pero la fama de Capone como mafioso de peso pesado, su inmenso poder, sus malignas hazañas, su veloz enriquecimiento y, en suma, su inagotable leyenda como rey de los bandidos solo necesitaron cinco años para surgir, consolidarse y permanecer hasta nuestros días.



## ¿Cuánto sabía Mae?

Mientras tanto, Sonny crecía rodeado del cariño de sus progenitores, pero acosado por dificultades físicas. Lejos de disminuir, aumentaban los problemas de audición desde su más temprana infancia. A los siete años se le había declarado una infección peligrosa en el oído. Mae lo llevó a los más prestigiosos especialistas, pero todos dijeron lo mismo: ya no bastaba con suministrarle medicamentos; era preciso operar, porque el mal crecía. La intervención quirúrgica, sin embargo, estaba llena de riesgos. Uno de ellos, el de siempre, era mortal. Con el mejor de los resultados probable era que el niño quedara definitivamente sordo. Lo pusieron en manos de un sabio de Nueva York que aceptó, por una buena suma, meterle bisturí al hijo de Capone. La operación fue un éxito, ya que logró instalar en el pabellón auditivo del niño un diminuto aparato amplificador, el último grito —o susurro— de la ciencia en 1925. Pese a que recuperó en buena medida la audición, y a causa quizás de su viacrucis como enfermo e hijo de un personaje poco ilustre, Sonny era y siguió siendo un jovencito apocado y tímido. Mamá lo hacía participar en las celebraciones familiares y actuaba cada fin de año en la fiesta de Navidad en la escuela de su tía Mafalda. Papá, entretanto, figuraba en el vecindario como anticuario; tenía una tienda en cuyo escaparate, muy parecido al del tango *Cambalache*, se aburrían un piano, unas alfombras, una biblia y un calefón. Formaban un hogar bastante solidario: Al era buen cocinero, Mae se portaba como cumplida ama de casa y el niño acudía a una escuela católica privada que dirigía un tal monseñor Barry. A veces los vecinos observaban al padre y al hijo jugando en el jardín como cualquier familia normal de clase económica alta, aunque no dejaba de ser curiosa la presencia constante en los alrededores de automóviles ocupados por tipos de sombrero y aspecto siniestro.

Desde cuando se casó, Mae había dejado de trabajar en el almacén de departamentos y visitaba la iglesia con mayor asiduidad: dos o tres misas por semana y algún que otro rosario. Las angustias y los pesares le habían pasado factura en su apariencia física. Una vez, en 1929, Capone recibió en su despacho de Chicago a una reportera que le preguntó por sus actividades y el capo se quejó del tratamiento injusto que le daban las autoridades y la prensa.

De repente pidió por el citófono que viniera su mujer. Mae llegó a los pocos minutos.

Fue una sorpresa mayúscula: era la primera vez que la hermética señora estaba por su propia voluntad ante un periodista (juro que es textual).

—Observe el cabello de mi mujer —pidió Capone a la reportera.

—Ya lo veo, es ligero y brillante.

—No: es gris. Ella cumplió apenas 28 años y ya tiene mechones canosos por culpa de las inquietudes y agonías que tiene que vivir.

En efecto, Mae había echado canas y de allí en adelante empezó a teñirse el pelo de gris. Eso sí: nada le faltaba. Tenía una casa equipada con toda clase de electrodomésticos y dinero para comprar cuantos muebles y ropa se le ocurriera. Su domicilio preferido era la mansión de Miami, donde había dado rienda suelta a sus discutibles tendencias de decoradora. El resultado era: baños con muebles de porcelana negra; figuritas de marfil en las mesas (pequeños elefantes, viejitos chinos encorvados, doncellas japonesas); espejos y adornos con sobrecarga de dorado; algunas cómodas *art déco*; cocina moderna y muebles estilo Luis XVI (¡en una casa tropical!). En la mansión disponía de un Cadillac azul para el transporte y cuatro afroamericanos —que en esa época eran simplemente negros— para las labores domésticas. Dos de los empleados casi pertenecían a la familia: el cocinero, Brownie Brown, y Rose, mano derecha de Mae en las tareas hogareñas. La obsesión primordial de Al era mantener un gigantesco, abigarrado y multicolor guardarropa.

La casa de Florida se volvió asilo de parientes, en especial los irlandeses. Allí vivían, aparte de Al, Mae y Sonny, la hermana de Mae (Muriel), el marido de la hermana (Louis Clark) y su perro fox terrier. También solían caer de visita Danny, hermano de Mae, y su mujer, Winifred, administradores de dos pequeños restaurantes. Entre los sitios que frecuentaba Al estaban la barbería de Steve, donde le cortaban el pelo una vez por mes o bien el dueño prestaba servicio a domicilio, y el Gran Hotel, sitio de reunión de mafiosos de camisa floreada y pantalón corto. Estuviese en Florida o en Chicago, los negocios de Capone seguían su exitosa marcha. El delincuente supo aprovechar el capitalismo para beneficiarse de la demanda y proveer la oferta, aun cuando ambas fueran ilegales. Enzensberger lo considera un aprendiz de magnate. “Fue un hombre de negocios avanzado, pero no lo bastante avanzado”.

En algún momento, Mae quiso pasar unos días en la playa, y reservó, con nombre supuesto, un bungalow que costaba 2.500 dólares por temporada. La familia gozó sus vacaciones hasta el punto de que la señora dejó como regalo algunos adornos que había llevado al lugar de veraneo. Pocos días después recibió en su casa una cuenta de varios cientos de dólares por concepto de llamadas de larga distancia a Chicago, Nueva York y otras ciudades. El administrador de los bungalós había dudado si sería peligroso cobrar una factura a un capo, pero optó por hacerlo, no sin cierto temor. Con gran sorpresa vio que al día siguiente llegaba a sus puertas un Cadillac y de él descendía una dama rubia y esbelta vestida con esmero. La señora le entregó un sobre con 1.000 dólares en rama y le dijo de manera amable:

—Esto es para pagar la cuenta telefónica y cualquier pequeño desperfecto que hubiéramos podido ocasionar en las habitaciones. Considere el resto como una propina.

¿Estaba al tanto Mae de las actividades de su marido? ¿Sabía más o sabía menos que Skyler White, la mujer del fabricante de metanfetamina en *Breaking Bad*? ¿Cómo creía que su querido esposo había pasado de ganar una miseria como camarero a ser amo y señor de varias propiedades, automóviles e interminable dinero en efectivo? ¿Participaba ella de alguna manera en el oficio de su dilecto cónyuge? ¿Lo aconsejaba? ¿Lo estimulaba? ¿Lo refrenaba? Resulta difícil saberlo. Era una mujer inteligente; por consiguiente cuesta trabajo pensar que adjudicara tanta riqueza a la lotería, el juego o la herencia de una tía desconocida. Pero también se destacaba por su lealtad y su silencio. Pocas veces habló sobre la situación de su familia y solo lo hizo para pedir que dejaran en paz a su marido. Este, a su turno, reservaba para la mujer el papel clásico y pasivo. Alguna vez declaró: “Una mujer pertenece a su hogar y a la cuna de sus hijos”. Como don Vito Corleone, Capone intentaba mantener un muro blindado entre su vida familiar y sus negocios. A Mae y Sonny, sin embargo, no se les ocultaba que la imagen que de él proyectaba la prensa ofrecía ya serios inconvenientes y llevaban a costas un apellido incómodo. El primero que lo sabía era Al. Cuando Sonny celebró uno de sus cumpleaños, quiso invitar a sus amiguitos de la escuela, como lo hacían los demás alumnos. Al fin y al cabo, la mansión de Palm Island desplegaba orgullosa una enorme piscina y jardines perfectos para que jugaran los chicos. Capone convino en que se realizara la gran fiesta, pero quiso evitarse problemas y pidió que la aceptación de cada invitado constara en una carta escrita por sus padres.

No fue la primera vez que Sonny debió sortear momentos embarazosos por cuenta de la mala fama que escoltaba a su papá. Unos años más tarde, ingresó a la universidad de Notre Dame, pero tuvo que retirarse cuando los compañeros lo identificaron como hijo del capo. En la Universidad de Miami logró, finalmente, un título como administrador de empresas. La presión adversa del apellido persistió incluso después de muerto el progenitor cuando, agobiados por preguntas tontas y miradas curiosas, Sonny y su más cercana familia se cambiaron el apellido y él pasó a llamarse Albert Francis Brown. En más de una ocasión, el propio Al había utilizado el Brown como apellido ficticio para esconder alguna fechoría.

## Entre estas cuatro paredes

El poder de Capone había aumentado exponencialmente durante los *locos años veinte*, década de riqueza, innovación, diversión y delirio. Su imagen era ya un ícono de la prosperidad ilegal. Pero el Gobierno estaba decidido a golpear esa imagen. No resultaba una tarea fácil, pues los delitos de Capone parecían no dejar huella. Además, se mostraba en público como un sereno defensor del derecho de los ciudadanos a alimentar sus gustos. “La cerveza y el whisky le apetecen a la gente —declaró a un periodista—. Yo me limito a satisfacer una demanda muy popular. Me reprochan que vivo en la ilegalidad, pero todos vivimos de una u otra manera en la ilegalidad. Si su hermano o su papá se meten en un lío, ¿usted los deja en la cuneta o trata de ayudarles?”. Las pocas veces que el capo tuvo que dar la cara cortada a un juez fue por pequeños deslices sin mayor importancia... sobre todo si se comparan con los que había cometido desde la oscuridad. En 1930 purgó diez meses de prisión por portar un arma sin permiso en un país donde hay más armas en los bolsillos que habitantes; ese mismo año lo arrestó la Policía de Miami por “vagancia” —ya que carecía, según el expediente, de oficio legal conocido— y lo mismo intentó otro juez en Chicago unos meses después. Estas escaramuzas le mostraron lo que podría ser el futuro, y no le pareció prometedor. Por entonces comentó a sus más allegados que le gustaría dejar los negocios sucios, “pero una vez que te metes en ellos, no hay más remedio que seguir eternamente”. Su principal preocupación era la familia: “Tengo mujer, un niño de 11 años que idolatro y una preciosa mansión en Florida. Sería el hombre más feliz del mundo si pudiera dejarlo y olvidarlo todo y marcharme allá con ellos. Estoy harto de bandas, de muertes y de tiroteos”.

La Justicia, sin embargo, tenía para él planes diferentes. En 1931, un juez lo condenó a seis meses por desacato al fingirse enfermo y esquivar una citación. Sus abogados y sus conexiones lograron tumbar la sentencia en apelación y lo libraron de otras infracciones al código penal. Pero el mordisco del Estado iba a llegar por el lado menos esperado: la evasión de impuestos. En 1927, la Corte Suprema había dictaminado que no pagar impuestos podía castigarse con cárcel, y en 1930 la justicia apretó el cuello a los Capone al detener a Ralph, el hermano asociado con Al, y condenarlo a tres años de cárcel por

esconder utilidades al fisco. El mensaje había sido recibido. Capone parpadeó y sus abogados cometieron un error costoso. En el caso del jefe mafioso, el problema para la administración de impuestos era demostrar que Capone percibía entradas económicas, puesto que no existía récord alguno de ello. El error de los juristas fue proponer al Gobierno un pacto consistente en que se amnistiara a su cliente a cambio de que este admitiera beneficios por 100.000 dólares (1 millón de hoy) en 1928 y 1929. La oferta le regaló al Gobierno el reconocimiento oficial de ingresos y sobre esta piedra las autoridades construyeron la prisión que sacó a Capone de sus actividades y lo convirtió poco menos que en un inválido.

El jefe mafioso fue sentenciado en noviembre de 1931 a once años de cárcel. De las 22 acusaciones de evasión de impuestos solo lo encontraron responsable de cinco, pero con ellas bastaba para ponerle el traje a rayas. Alguna pena más le adjudicaron por violación de la Ley Seca y aún debía un año por otro desacato judicial. El monto de la deuda fiscal con el Estado no era gran cosa para un multimillonario como él: menos de 272.000 dólares (añadan tres ceros para tener una idea de la suma contemporánea). Aunque no cayera por delitos violentos, corrupción, asociación para delinquir, amenazas, proxenetismo ni apuestas ilegales, la noticia de que el capo intocable viviría una década entre rejas por impago de impuestos fue un gran triunfo para el imperio de la ley. Capone entró a la cárcel del condado de Cook en octubre de 1931 y fue trasladado a la penitenciaría federal de Atlanta en 1932. Al llegar, pesaba 110 kilos y el examen médico detectó huellas de consumo de cocaína y reveló que padecía sífilis y blenorragia. Tenía solo 32 años de edad. Allí comenzó su nueva vida, pegando suelas de zapatos durante ocho horas diarias y tocando el banjo en sus ratos libres. Algunos antiguos compañeros de pandilla lo protegieron con la aquiescencia del alcaide de la prisión, de modo que corrió el rumor de que disfrutaba de privilegios especiales en su encierro. El Gobierno estaba decidido a mostrar a Capone como ejemplo de las calamidades que esperaban a los jefes del crimen organizado, así que decidió privarlo de cualquier beneficio y dispuso su traslado a la nueva prisión de alta seguridad de Alcatraz, una isla próxima a San Francisco y distante 5.000 kilómetros de Miami. Allí fue Al Capone a templar su banjo en agosto de 1934<sup>8</sup>. Lo esperaba una época de soledad, enfermedad, desviaciones mentales, peligros y humillaciones. Pero, aunque lejana, nunca estuvo tan

unida la familia como en esos terribles años.

El primer diálogo con James A. Johnston, alcaide de Alcatraz, fue un anuncio de nubes negras. La penitenciaría, reservada a sujetos de altísimo peligro, no estaba diseñada para rehabilitar presos, sino para destruirlos y, si acaso volvían a salir de allí, que lo hicieran como despojos psicológicos.

—Diga su nombre —exigió Johnston, estilógrafo en mano, frente al libro de entradas.

—Usted sabe quién soy —respondió Capone altanero.

—Aquí usted es el prisionero AZ-85 —le advirtió el alcaide.

De inmediato fue conducido a la celda 433, un reducto unipersonal de 2,80 metros por 1,40 con mínima luz del día donde a duras penas cabían un camastro, un inodoro, una mesita desmontable, un platón y una lámpara. En caso de indisciplina, esperaba al reo un rincón de confinamiento totalmente oscuro denominado el Hueco en el que tenía que dormir en una colchoneta, sufría dieta de pan y agua y en vez de excusado aparecía un orificio en el suelo, a la manera de las casas campesinas orientales o, peor aún, los retretes de los restaurantes de París hasta hace poco. Eso sí, sin la obligación de dar propina. Los reclusos pasaban 14 horas diarias en sus cubículos. El despertador general sonaba a las seis y media de la mañana y las luces se apagaban a las nueve y media de la noche. Cada jornada los sacaban al patio durante un rato. Estaba prohibido hablar entre ellos, salvo durante unos pocos minutos que señalaban los guardias. Los que habían solicitado un oficio para trabajar debían cumplir un estricto horario. Capone lo hacía en la lavandería, sin obtener a cambio rebajas ni privilegios. Tan solo el alivio de abandonar la celda durante unos minutos. Ni aparatos de radio, ni periódicos ni revistas. Los relojes estaban prohibidos; la prisión se encargaba de señalar el paso de las horas con campanazos. La comida no era mala, pero se le negaba al que dejaba sobras la víspera. Estaba permitido fumar hasta tres paquetes semanales. También estaba permitido escribir una carta cada ocho días y recibir hasta tres. Pero aquellas se sometían a la censura carcelaria y estas, para evitar mensajes crípticos y papeles con claves, no solo pasaban por la censura sino que al destinatario entregaban versiones mecanografiadas. Las primeras que Al recibió de Mae estaban tan expurgadas que Capone imaginó que su mujer no se tomaba el trabajo de redactar más que unos pocos renglones. Le escribió entonces, en tono de reproche: “Si estás demasiado ocupada para escribirme, no me mandes telegramas”.

La censura era aún más estricta cuando las cartas no procedían de la familia. Aunque parezca increíble, Capone tenía numerosas admiradoras, algunas de las cuales le enviaban mensajes de amor que las autoridades de la prisión solían recortar al máximo. Una tal Pearl D. Crofton le mandó en cierta ocasión un largo poema encomiástico. Semanas después la poetisa recibió de regreso la carta y el poema con la siguiente explicación: “No podemos transmitir esta clase de mensajes al señor Capone”. Sábados y domingos eran los días grandes: los internos podían bañarse, asistir a servicios religiosos, hacer deporte o entretenerse en aficiones particulares, como leer o —en el caso de Capone— tocar el banjo. La biblioteca ofrecía una selección de títulos “positivos”. Consta que Capone era aficionado a la lectura de *Selecciones del Reader's Digest*. En cierta ocasión recomendó a Mae que buscara en *Selecciones* un artículo titulado “Una mujer de más de 40 años”, donde podría ver que “aún después de los 40 es posible disfrutar de los buenos tiempos”. Si correspondía, se autorizaba recibir visitas de familiares, pero solo estaba permitida su presencia una vez al mes, dos personas en cada ocasión y por un máximo de 40 minutos. Aunque la ley no lo contemplara, eran frecuentes los castigos corporales a los convictos rebeldes y el uso de camisas de fuerza a los que empezaban a acusar conductas delirantes, que, en semejantes condiciones, no constituía un fenómeno insólito. Tampoco lo eran los suicidios ni las agresiones entre presos por viejas o nuevas venganzas. Durante su estadía, uno intentó estrangular a Capone y otro le asestó media puñalada. Al, por su parte, fue un preso modelo.

Mientras permanecía encerrado Alphonse en Alcatraz, Torrio, su padrino, también había acabado sentenciado a dos años y medio de cárcel por evasión tributaria. Los capos se hallaban a buen recaudo, pero las operaciones de la red mafiosa seguían boyantes bajo el mando de Ralph Capone. En cambio, Mae y Sonny tuvieron que hipotecar la casa de Palm Island para pagar liquidaciones de impuestos con dineros limpios.



## A veces llegan cartas

El encierro perforó la vena sentimental de Capone y produjo una hemorragia de amorosas manifestaciones a su mujer y su hijo.

Buenos días, mami —le escribió en marzo de 1935—, ¿cómo vas tú y cómo va nuestro querido Sonny? (...) Déjame decirte, querida, que te amo y que te adoro más que nunca; que nuestro amor crece un poco más cada día y, como ya te he dicho, cuando tu *papi querido* pueda volver a casa y caer en tus maravillosos brazos, será un *papi* enteramente nuevo, dedicado solo a ti, como te lo probaré apenas pueda.

Las cartas de Mae no eran menos cariñosas y casi siempre denotaban la preocupación que le causaban los males de Sonny. He aquí los apartes de una que escribió a Alphonse en 1937:

Mi querido esposo:

Son las 5 y 30 p. m. y nuestro hijito se quedó jugando en la escuela. No hay nada aquí que nos produzca vergüenza de nuestro *papi* y estamos orgullosos de ti (...) Ya sé que nuestro hijo enfrentará múltiples obstáculos a lo largo de su vida y también sé que los enfrentará y los superará. Oh, mi querido, podría escribirte sin fin acerca de las cosas que tengo en mi alma, pero tú entiendes que lo que queremos es que él tenga las mismas oportunidades y sea un hombre respetado por todos (...) En fin, caramelo mío, espero que te vaya bien. Después de todo, las dos personas que me preocupan en esta tierra y por las cuales veo son mi marido y mi hijo. Dios te guarde. Te quiero. Amor y besos, siempre. Tu mujer.

Confinado en su rincón, el antiguo rey del hampa ahora se obsesionaba por la imagen de una pequeña familia llena de ventura: la suya. “Los tres seremos los más felices de la creación”, escribió a Mae más de una vez. Pero le inquietaban sobremanera Albert Francis y la enfermedad que lo aquejaba. Unos años atrás ya había manifestado tal ansiedad cuando concedió una entrevista a *The Chicago Tribune*. “¿Qué pensará mi hijo de mí? Quiero que él sepa que lo amé hasta el punto de arriesgar mi vida por él. Sobre todo, aspiro a que consiga una esposa como la que yo tengo”. Comentando un poco más sobre Sonny añadió en esa misma ocasión: “Quiero que mi hijo conozca las cosas bellas del mundo. No quiero que sea un contrabandista de licores; prefiero que sea médico, abogado u hombre de negocios”. A lo mejor,

boxeador de primer nivel, pues en 1929 el capo llevó a su hijo a los entrenamientos de su amigo, el púgil Jack Sharkey. De aquella visita queda un testimonio gráfico: el del niño que estrecha la mano de su ídolo.

La cárcel aplacó al contrabandista de licores, pero liberó al poeta que llevaba adentro. Para un festejo del Día de la Madre, Capone pergeñó la siguiente octavilla desde su celda en Atlanta:

*Entre todos los días del año,  
existe uno especial para las madres.  
Y yo quiero testimoniar mi gratitud  
a una mujer preciosa y querida,  
la más dulce de todas ellas, mi esposa,  
y desearle toda la suerte y la felicidad  
para que haga parte de la fiesta de las Madres,  
que es la fiesta más grande de mi vida.*

Seamos sinceros: el poema es sumamente malo, y el hecho de que su autor estuviera preso no lo exculpa de semejante atrocidad. Al fin y al cabo, de algún modo nacieron en prisión el *Quijote*, de Cervantes; *Crimen y castigo*, de Dostoievski; *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsyn, y *De Profundis*, de Oscar Wilde<sup>9</sup>. Para rematar, y por si acaso Mae no se enteraba bien de sus sentimientos expresados en los versos anteriores, Capone agregó el siguiente envío: “Con el tiempo me he dado cuenta de la deuda que tengo contigo, y por eso mi gratitud no cesa de aumentar. Mi amor por ti es profundo y fuerte. Que Dios te bendiga<sup>10</sup>. Tu querido esposo, Al”. En la misma ocasión, el convicto copió el texto que acompañaba al poema y lo mandó a su mamá con un leve cambio: donde dice “Tu querido esposo” tacha y escribe “Tu querido hijo”. Podrá alegar que lo hizo por falta de imaginación, pero no por falta de tiempo. El amor de Mae y Sonny por Capone no se desgastó con los años. Ella acudió a verlo cada vez que se lo permitieron y escribió al alcaide de Alcatraz para pedirle que se tratase bien a su esposo. De los viajes marítimos de la esposa a visitar a su señor marido quedan unas pocas fotografías y apenas una manotada de frases que dijo ella a los periodistas cuando Mae propuso responder algunas preguntas a cambio de que dejaran en paz a su familia. Quizás la carta más triste que recibió Al de Mae en su reclusión fue la del 23 de octubre de 1936, cuando ella le escribió:

Mi querido esposo:

Querido, hoy hace cinco años que te llevaron lejos de nosotros (...) Esos cinco largos años han sido crueles y terribles, no solo por lo que estás lejos, desplazado de prisión en prisión, sino porque todo en general se ha convertido en una cruz muy pesada de cargar (...) Mi amor, no bajes nunca los brazos, aprieta los dientes y sonríe siempre, pues eso hiere a la gente que nos querría ver desesperados y hundidos (...) Que Dios te bendiga. Te quiero. Amor y besos de tu mujer e hijo que te quieren por siempre.

No sospechaba en ese momento Mae que a Capone le quedaban en prisión menos años que los que ordenó la condena, pero también muchos menos de vida de lo que podía esperarse en una persona que no llegaba aún a los 40 años. El 5 de febrero de 1938 Capone acusó una conducta anormal: se vistió el sábado con la ropa reservada a los domingos, escupió a otros prisioneros, discutió con los guardias, se equivocó de camino al regresar a la celda, golpeó su cama y padeció un acceso de náuseas. Fue llevado de urgencia a la enfermería y el médico entendió que se hallaba seriamente enfermo. Así lo confirmó un especialista que, trasladado a Alcatraz, decretó una punción lumbar gracias a la cual se conoció el extenso daño que había causado la sífilis en el sistema nervioso del reo. La noticia no tardó en filtrarse a los periódicos: “¡Está loco Al Capone!”, titularon. Él mismo percibió que la enfermedad lo afectaba mentalmente. Cuando uno de los guardias le preguntó qué le había ocurrido, respondió:

—No lo sé. Me cuentan que estaba actuando como un chiflado.

Ya no volvió a su celda, sino que lo internaron definitivamente en el pabellón de enfermos, donde alternaba días desvirolados con ratos de lucidez y serenidad. Los médicos de la prisión tenían sus propias teorías científicas, que experimentaban con la aceptación resignada de los pacientes, pues algunos preferían convertirse en conejillos de Indias antes que vivir enfermos interminables condenas. Contra la sífilis recomendaron inocular el virus de la malaria, procedimiento que se aplicó a Capone. Resultado final: la sífilis siguió adelante y tuvieron que recetarle quinina al enfermo contra la malaria. Mientras tanto, el juez le había rebajado la pena por buen comportamiento y los médicos aconsejaron que pasara sus últimos meses de reclusión en un lugar más benévolo que Alcatraz. Llegó parcialmente paralizado al correccional de Terminal Island, en San Francisco, y de allí a una penitenciaría de Pensilvania, a solo mil y pico kilómetros de su casa. Al agravarse, fue remitido a Baltimore, donde un hospital se negó a atenderlo y

tuvo que pedir ingreso por misericordia en otro. Por lo menos, ahora Capone había dejado de ser prisionero permanente y se le permitía dormir con la familia. El 6 de febrero de 1939, recuperó la libertad. Volvía a Palm Island después de ocho años de encierro; se aprestaba a cumplir los 42 años, estaba flaco, alternaban en el pericráneo las canas y la calvicie y la sífilis le había horadado el cerebro. En 1946, según los especialistas, su capacidad mental era la de un niño de 12 años. El hermano Ralph, que tenía buenos amigos aunque no tuviera amigos buenos, se encargó de sostener a la familia.

La mansión de Palm Island se volvió la madriguera del bestia. Su rincón predilecto era la piscina y su atuendo, la bata de seda. A menudo lucía desorientado, confundía las palabras, temblaba, exhibía precaria coordinación y atención cada vez más fugaz. Dormía mal y poco y lo visitaban con frecuencia miembros de su familia y de la de su mujer. Velaban por él amorosamente la bella, las adorables cuatro hijas de Sonny y este, que se había casado dos veces y trabajaba como mecánico en el aeropuerto, después de haber cometido un par de contravenciones menores y de haber pasado por diversos oficios: vendedor de autos, florista, maestro en el uso de pistola... Chicago seguía viviendo los años locos, pero el consumo de alcohol ya era legal: antes de que la Prohibición acabara con Estados Unidos, el Congreso acabó con la Prohibición en 1933, mientras Capone pagaba en Alcatraz delitos que eran fruto de la violencia generada por la Ley Seca.

El año 1947 empezó mal. En la madrugada del 21 de enero el enfermo sufrió un ataque de apoplejía y quedó semiparalítico. El mafioso más famoso del siglo XX era ya casi nada. El 25 murió en su mansión de Palm Island rodeado por su mujer, su hijo, sus nietas, su madre y algunos de sus hermanos. Alguien tomó la decisión de que sus restos viajaran en automóvil fúnebre a Chicago para descansar allí. El féretro carecía de toda pretensión de grandeza y el fiambre también. Una vez llegado al que había sido escenario de sus más criminales hazañas, la Iglesia católica lo envió al seno de mamá Dios mediante una ceremonia breve y expeditiva, pues el arzobispo prohibió que se oficiara misa de réquiem solemne. Está enterrado en el cementerio de Mont Olivet, donde una losa sencilla dice: “Alphonse Capone. 1899-1947. Misericordia Jesús mío”.

Si bien el individuo quedó sepultado, su leyenda sigue dando vueltas por el mundo. Él, o personajes inspirados en él, aparecen en numerosas novelas, entre ellas *El Padrino*, de Mario Puzo, y *Caracortada*, de Armitage Trail, e

incluso en un cómic de Tintin. Cerca de 20 películas y series de televisión, desde *El Padrino* hasta *Boardwalk Empire*, tienen una deuda con el célebre capo. Entre los actores que han encarnado al estelar delincuente figuran Rod Steiger, Jason Robards, Ben Gazzara, Robert de Niro y William Forsythe.

En contraste, para su familia más próxima la era pos-Capone fue de frugalidad y modestia. “Murió sin un centavo”, aseveró su abogado, aunque bien sabemos lo que vale la palabra de un abogado defensor. Lo cierto es que Mae vendió la mansión de Palm Island y su casa de Chicago para cancelar deudas e hipotecas. Con lo sobrante, los Brown (como vimos, su nuevo apellido) montaron un restaurante de pastas en Miami llamado Il Grotto, que administraron durante diez años. Hoy ocupa su lugar un sitio de comida cubana, Las Vegas, con aceptables reseñas de la clientela.

Mae murió el 16 de abril de 1986, a los 89 años, en una casa de ancianos de la Florida. Sonny, a los 88, en agosto de 2004.

Mario Gomes, el historiador que mejor conoce la historia de Capone y su familia, creador de un museo virtual con 158 páginas web y 4.087 imágenes, escribió sobre la mujer y el hijo del rey de los mafiosos: “Estas son dos personas por las que he profesado inmenso respeto y admiración en los largos años que he investigado a Al Capone. Fueron individuos amorosos y solidarios que nunca traicionaron a la familia escribiendo libros de confesiones, ni siquiera cuando las necesidades financieras lo habrían requerido. Mientras que a Al le gustaba estar a veces en el candelero y gozaba con ello, Mae y Sonny se apartaban de la notoriedad y se refugiaban en su vida privada. Son un epítome de la confianza y la lealtad”.



# Como caído del cielo



Antoine de  
Saint-Exupéry  
&  
Consuelo Suncín





matador



*El autor de El Principito y su musa y esposa centroamericana protagonizan una extraña historia en que el amor va mezclado con la pasión, la literatura, la inspiración y los cuernos.*



**P**regunta: ¿es posible construir una bella historia de amor a partir de una pareja que comete frecuentes adulterios, se separa a menudo, deja de verse durante largos meses, habita en apartamentos vecinos pero rehúsa convivir bajo el mismo techo y, simultáneamente, se escribe tiernas cartas de amor, habla durante largas horas por teléfono y pasa deliciosas temporadas de cariño y pasión?

La respuesta es sí.

Y para demostrarlo están Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944), escritor y aviador francés, y Consuelo Suncín Sandoval (1901-1979), escritora y artista salvadoreña que no solo fue su legítima esposa hasta la muerte del legendario piloto, sino que le inspiró su famosísimo libro *El Principito*.

## Consuelo de varios

Empecemos por ella. Consuelo, nacida en 1901, fue hija de un poderoso terrateniente cafetero que reinaba en la región de Armenia<sup>1</sup> El Salvador, donde ella y sus hermanas se crían hasta que papá decide enviarla a que se civilice en San Francisco (Estados Unidos). Allá llega a los 19 años Consuelo, estudia inglés y se casa con un chicano en 1922. El matrimonio “no pega” y poco después el pobre hombre perece en un accidente de tren. A los 23 años, pues, Consuelo ya tiene una historia de amor, un marido, un divorcio y una viudez en la mochila. Viaja entonces a estudiar Periodismo en México, donde conoce al ministro de Cultura y Educación, el intelectual José de Vasconcelos, y suma su segunda historia de amor. No existe ningún estudio a fondo acerca de este amorío entre la joven estudiante y el “viejito” de 43 años, pero guíense por los siguientes detalles: él la llama Charito y ella, Pitágoras; él dice que “esta mujer es más peligrosa por el verbo que por la belleza” y ella, gracias a él, derrocha verbo y belleza en círculos del pintor mexicano Diego Rivera y la poeta chilena Gabriela Mistral; él se marcha a París con mujer e hijos y ella lo sigue con un tiquete que le paga Vasconcelos, quien —como lo indica su apellido— insiste con tenacidad en tenerla cerca.

Pero Vasconcelos no ha hecho más que soltar el ratón en una fiesta de gatos. En París, Consuelo se vincula a grupos bohemios y artísticos y conoce a quien será su segundo esposo: el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, genial cronista y afectado esnob, nueve años mayor que el “viejito”<sup>2</sup>. Gómez Carrillo había quedado prendado de esa mujer de talante independiente y adorables rasgos levemente mayas. Menuda, asmática, tierna y de apariencia frágil, pesaba menos de 40 kilos y medía 1,55 metros. Lucía piernas hermosas y su figura toda parecía una estampa de *art déco*. Miraba con ojos negros, resplandecientes y enormes, como de gitana que se ha ganado la lotería. Al igual que todas las mujeres pequeñas, tenía un temperamento de cañón: hacia 1930, el diplomático colombiano Germán Arciniegas pasó por Francia y aseguró que se hablaba de ella “como un pequeño volcán salvadoreño que arrojaba su fuego sobre los techos de París”. Marie-Hélène Carbonel, meticulosa biógrafa de Consuelo, afirma que de ella emanaban “una deslumbrante personalidad y un indeleble encanto”. José Martínez Fructuoso,

su secretario y heredero, añadió: “Su magnetismo resultaba evidente; ella era voluble, encantadora y voluntariosa”.

Gómez Carrillo, a su turno, era un dandi con bigote a lo Julio Flórez, bastante engreído y consciente de su prestigio. Cuando naufragó el buque *América* entre Venezuela y Colombia en 1886, en él viajaban el guatemalteco y el poeta bogotano José Asunción Silva, quien padeció en ese episodio dos desgracias: perdió buena parte de su obra manuscrita y conoció a Gómez Carrillo, a quien consideró un tipo petulante e insoportable. Enrique Santos Molano, biógrafo de Silva, señala que el poeta bogotano “antipató con [Gómez Carrillo] como literato y lo encontró intratable como persona”. No vaciló en tildarlo de “presuntuoso y fatuo”. Con todo, era uno de los latinoamericanos con mejores conexiones en el Nuevo Mundo y en los circuitos artísticos de París y Madrid. La prueba es que vivió con opulencia en varios países y dejó una herencia jugosa, fruto de sus artículos, crónicas y ensayos en la prensa, y de las prebendas que le remitían algunos regímenes latinoamericanos a cambio de que los defendiera en la prensa europea. Consuelo y Gómez Carrillo (que antes estuvo matrimoniado con una feminista peruana y con una cantante española, pero no simultáneamente) se enamoraron, se casaron en París a principios de 1926 y fueron felices. Pero solo por poco tiempo, pues a los pocos meses el recién casado falleció víctima de un derrame cerebral en brazos de la recién casada, que en ese mismo instante pasó a ser recién viuda. La salvadoreña siguió siendo durante años en la comunidad intelectual parisina la viuda más famosa pero más triste pero más rica. Buscó refugio en la escultura, la escritura de cuentos y la pintura. Se habla de un efímero consuelo de Consuelo con el poeta Gabriele D’Annunzio, pero esto de D’Annunzio puede ser mera publicidad.



Todo cambió en 1931, como veremos, cuando viajó a Buenos Aires con un grupo de amigos en plan de turismo y allí conoció a Saint-Exupéry.



desgracias, aquí están también los argentinos”<sup>5</sup>.

## A quien Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos

Antoine de Saint-Exupéry, que muchas veces enfrentó dificultades de dinero, murió sin saber que había fundado un emporio económico. No sólo *El Principito* es una máquina de producir ganancias: *Vuelo nocturno* ha vendido más de 4,5 millones de ejemplares y *Tierra de hombres* 3,5 millones. En cuanto a *Piloto de guerra*, en 1947, cinco años después de su publicación ya contabilizaba 119 ediciones.

Tan rica canasta de títulos populares convirtió la herencia del aviador en un tesoro colosal. Una mitad correspondió a Consuelo Suncín, la esposa, y la otra a la familia del difunto que, ya sabemos, no se llevaban bien. En 1972 murió la mamá del piloto y en 1979 su hermana Didí. Quedó entonces como única heredera de los derechos familiares la hermana menor, Gabrielle de Agay. Consuelo falleció también en 1979 y legó sus haberes, incluidos los derechos que le corresponden de Saint-Exupéry, a José Martínez Fructuoso, leal jardinero y secretario particular.

A partir de ese momento se escala una interminable y escandalosa lucha entre los Agay y el antiguo jardinero y su hija, en el que ambas partes se infligen mutuo daño y los tribunales los condenan a ambos a indemnizar a sus enemigos. A los Agay, porque otorgaban licencias a Martínez para llevar *El Principito* al cine, la televisión y los cómics: 230.000 euros. A la hija de Martínez, por publicar sin permiso de los Agay cartas y fotografías que guardaba Consuelo en un baúl: 50.000 euros. En 1997 se pelearon también por el castillo familiar, que los Agay querían vender sin reconocer la parte de la viuda, es decir, de sus herederos.

Mientras tanto, se lucraban los editores piratas, un empleado alemán de Consuelo le robaba decenas de documentos y ya es posible editar libremente las obras de Saint-Exupéry, pues desde 2015 son de propiedad pública. La única excepción es Francia, que concede 88 años y cuatro meses de protección póstuma a los derechos de autores “muertos por la patria”. La realidad es que los cuatro sobrinos nietos de Tonio viven sabrosamente de lo que escribió su tío, y los descendientes del jardinero de su viuda llevan también vida regalada.

¿Qué habría dicho de semejante lío el bueno de Antoine, cuya generosidad no admite dudas? Seguramente nada. O “Lo esencial es invisible a los ojos”, que es casi lo mismo.

Más fácil resulta predecir lo que habría comentado el zorro del Principito acerca de la situación: “Nadie sabe para quién trabaja”.

---

La vida de los pilotos de entonces era una aventura más que un oficio. Como la aeronáutica se hallaba en obra negra, la imaginación ocupaba un lugar importante. Saint-Ex llegó a registrar once patentes relacionadas con este deporte de riesgo que luego se volvió industria. Comandaban aviones primitivos, casi siempre de un solo motor, y cubrían con frecuencia las rutas en vuelos nocturnos y bajo condiciones meteorológicas capaces de asustar a Superman. En el caso de Saint-Ex el mérito era mayor, pues a duras penas cabía en la carlinga. Hablamos de un gigante de 1,90 metros de altura y 120 kilos de peso, a quien Consuelo no llamaba “cariño mío” sino “árbol mío”. Como veremos, varios exitosos libros por él escritos, principalmente *Correo del sur* (1928), *Vuelo nocturno* (1931) —acerca de la navegación aérea comercial en Argentina y vecindades en tiempos de Gardel—, *Tierra de hombres* (1939) y *Piloto de guerra* (1942) recogen sus experiencias al mando de aparatos bastante peligrosos y díscolos. En algunos de sus capítulos se descubre al mejor Saint-Exupéry, acertado descriptor y creador de ambientes. Las circunstancias en que se realizaban los vuelos eran una invitación abierta al accidente. Cuatro de importancia sufrió Saint-Ex, de los que logró salir vivo. En el primero se fracturó el cráneo; en el segundo, a bordo de un hidroavión, casi se ahoga; el tercero fue un aterrizaje de emergencia en el desierto del Sahara, donde vio alucinaciones que luego le sirvieron para escribir *El Principito* y en el cuarto se rompió en Guatemala casi todos los huesos del cuerpo, menos el cráneo, que ya estaba roto.

Durante su estadía en Buenos Aires, Tonio añadió a sus vicios, que eran el cigarrillo y el café con leche, otro más: la escritura. Empezó entonces a machacar cuartillas con intención de publicarlas, propósito que cumplió cuando apareció en 1926 su novela corta *El aviador*. Los siguientes fueron nuevas insistencias autobiográficas en el tema, que se ocupaban de misiones de rescate de aviones varados, tempestades peligrosas y vuelos solitarios bajo las estrellas, todo lo cual mezclaba a veces con historias de amor. El francés volaba con frecuencia. Una vez en tierra, se dedicaba a escribir, a doblar papелitos hasta darles forma de avión<sup>6</sup> y a cortejar señoras. Esta era su principal preocupación. En efecto, Saint-Ex era mujeriego, así como Consuelo era hombreriega<sup>7</sup>. La lista de novias, amoríos de una noche, amigovias,



amantes y simples levantes es muy larga, pues los aviadores tenían un aura sexi que se ha desvaído a medida que la gente los confunde con los maleteros del aeropuerto. Consta que en 1923 había celebrado esponsales con Louise de Vilmori en Francia y unos meses después rompió el compromiso. También consta que en Buenos Aires andaba “rodeado de bellas admiradoras” y que en sus archivos escondía una abultada carpeta para alojar las cartas de sus amiguitas de Marruecos y otra aún más gorda para las de Francia. Consta, finalmente, que fue tenorio infatigable y adúltero reincidente<sup>8</sup>.

En el verano de 1930, Consuelo aceptó una invitación del gobierno argentino para conocer ese país que Gómez Carrillo había representado diplomáticamente en Europa. Viajó en el trasatlántico *Massilia* y durante el periplo de casi tres semanas hizo varias amistades, entre ellas un pianista y un traductor que quedaron fascinados con la atractiva viuda, pero a los que solo aceptó como amigos porque aspiraba a soportar un luto de siete años antes de sustituir en su corazón a Gómez Carrillo. Desembarcados en Buenos Aires, el traductor la invitó a una conferencia en la Alianza Francesa. Dice Consuelo en sus memorias que esa tarde se le acercó “un hombre moreno tan grande que yo tenía que elevar los ojos al cielo para poderlo ver”. El apabullante goliath era Saint-Ex, que sufrió una descarga eléctrica cuando saludó a esa centroamericana pequeñita y melancólica. Sin darle tiempo de una excusa, el piloto le propuso que reuniera a sus amigos y acudieran todos a ver la puesta del sol desde su avión. Consuelo intentó decir que le producía pánico volar, pero el gigante estaba empecinado y no atendía razones. De modo que al cabo de una hora, casi sin quererlo, los amigos ocupaban la breve cabina de pasajeros y el aviador y Consuelo la del piloto, separados de los demás por una cortina.

Tras un par de sobrevuelos y algunas piruetas que aterraban a los pasajeros y divertían al comandante, ocurrió la siguiente escena, que describió en sus memorias la cortejada:

Él me puso las manos en las rodillas y me dijo, ofreciendo su mejilla:

—¿Me da un beso?

—Señor Saint-Exupéry —le contesté—: usted debería saber que en mi país uno solo besa a la gente que ama y que conoce bien. Hace apenas tres años murió mi marido, ¿cómo se le ocurre pedirme que le dé un beso?

Él se mordió los labios para reprimir una sonrisa.

—Bésemelo, o la ahogo —dijo, fingiendo poner el avión en picada hacia el mar.

Yo mordí mi pañuelo iracunda. ¿Por qué quería besarme este hombre que acababa de conocer? Su amabilidad me pareció de pésimo gusto.

Lo era. Sin embargo, el piloto insistió y realizó nuevas cabriolas con el aeroplano. Los de atrás gemían, mareados y asustados. Ella también se sentía mal. Acorralada por el acoso de semejante loco, la salvadoreña accedió a darle el beso, pero el forzado ósculo no le bastó a Saint-Ex.

—Prométame que se casará conmigo.

En la parte trasera, el traductor había vomitado y el pianista gritaba que iba a cancelar el concierto. Con tal de acabar con tan desesperante tormento, Consuelo habría jurado cualquier cosa, de modo que le prometió a Tonio que sí, que se casaría con él. Aterrizaron y regresaron a la ciudad. Al llegar al amplio apartamento de Saint-Ex, invitados por él, a Consuelo le daba vueltas la cabeza. Sus dos amigos se arrojaron trastornados sobre los divanes y naufragaron en un pantano de malestar.

—Usted debe portarse bien y dormir un rato —le dijo el anfitrión a la perturbada pasajera.

Así lo hizo: Consuelo se echó en la primera cama que encontró a su paso y quedó profunda.

“Cuando me desperté —escribe— estaba en sus brazos”.

Y en su cama.

Y en su corazón.

Empezó de este modo una relación de amor, pasión desenfrenada, abandono, engaño, maltrato, arrepentimiento y cariño que duró hasta la muerte del piloto, 14 años después. Al día siguiente, faltando dos para regresar a París, Consuelo acudió a un almuerzo en la Casa Rosada, sede presidencial argentina, y hasta su mesa llegó una carta urgente. Era de Saint-Ex. En ella le informaba que pronto debía emprender un vuelo, le declaraba su amor y firmaba: “Su novio, si usted quiere”. Era demasiada maravilla para una mujer a quien encantaban la poesía y la aventura. Pocas horas después celebraron el compromiso matrimonial en el pequeño aeropuerto de Aeroposta, frente a un café con leche y con el pianista por testigo. Enseguida, Tonio volvió a salir en el avión a llevar correo y Consuelo se instaló en su apartamento en espera de continuar unos días más tarde la luna de miel. Le costó trabajo entender que estaba dando los primeros pasos en la inesperada vida en común con un

aviador, algo que iba a ser para ella una caja de sorpresas, no todas agradables. Durante casi tres lustros conoció la angustia de las noches en vela por retrasos de vuelos sin información, el pánico a los días tormentosos y el marido en las nubes, el valor delirante de los pilotos. “Cada día —recordó Consuelo— arriesgaban la vida, inconscientes de los peligros que los acechaban y del ejemplo de heroísmo que daban a los demás hombres: para ellos era apenas un trabajo, y yo los admiraba muchísimo”.

Poco tiempo había pasado desde aquel vuelo pérfido que terminó uniendo sus vidas, cuando le dio a Saint-Ex el prurito de oficializar la relación ante un juez. Consuelo se oponía, entre otras razones (o quizás la única), porque, al casarse de nuevo, perdía las rentas que le había dejado su difunto esposo. Sin embargo, Tonio insistió. Prometía que algún día, en Francia, pasarían por el altar rodeados de la familia Saint-Exupéry, pero que no quería que transcurriera un minuto más sin hacerla su esposa oficial ante un juez civil. Consuelo accedió por fin y una mañana se presentaron en la alcaldía de Buenos Aires *Pimpinela*, como la llamaba él, y *Gran Oso*, como lo denominaba ella. Gran oso, sin embargo, fue el que hizo el francés. Cuando estaban a punto de firmar, se acordó de su lejana madre y prorrumpió en conmovedor llanto. Entonces la novia también se acordó de la lejana madre de Saint-Ex, entró en cólera, arrojó los papeles al piso y diciendo “no quiero casarme con un hombre llorón” se largó indignada.

Así era él: a veces un héroe, a veces un niño. Y así era ella: a veces una flor y a veces una tromba.

Más tarde se reconciliaron y se casaron por la Iglesia rodeados de los familiares del contrayente. Para entonces ya era 1931 y habían regresado a vivir en Francia. La familia Saint-Exupéry consideraba un lamentable capricho de Tonito que se casara con una inmigrante y, para hacer las cosas más difíciles, latinoamericana. Marie, la suegra, fue siempre cariñosa con Consuelo, pues respetaba la decisión de su único hijo varón. Pero las únicas cuñadas sobrevivientes, Simone (que tenía apodo de campeón brasileño: *Didí*) y Gabrielle, le hicieron durante mucho tiempo el vacío. Igual pasó con las primas, que se creían descendientes del blanco glúteo de Venus.

En su afán por utilizar el aire como si fuera una versión invisible del mar, la empresa a la que Tonio estaba vinculado lo destinó a realizar vuelos a Casablanca y otros puntos del norte africano. De tal experiencia salió *Correo*

*del Sur*, relato de motores y amores que obtuvo generosa acogida, incluso en quienes odian volar o enamorarse. A este siguió *Vuelo nocturno*, del que dice el prólogo del nobel André Gide —a quien conocimos como amigo de Oscar Wilde— que es “admirable” como texto literario y “de excepcional importancia” como documento. Fue el primer gran *best seller* del autor y Saint-Exupéry pasó de ser un aviador que escribía a un escritor que volaba. De los amigos del marido, los más generosos con Consuelo fueron los pilotos. Los intelectuales siempre la miraron por encima del hombro, pues no le reconocían nivel suficiente para haber tenido dos maridos de sólido prestigio literario. El perverso Gide llegó a decir: “Ha vuelto Saint-Exupéry de Argentina con un nuevo libro y una novia. Leí el libro, vi a la novia. Lo felicité por el libro”. Gide era tan falso como sus famosos monederos, pero Consuelo no era muda y replicó: “Es natural que Gide no me quiera. A él solo le gustan los muchachos jóvenes y las señoras viejas”.

## Un tuitero de hace 70 años

Los libros de Saint-Exupéry están llenos de frases que parecen haber sido escritas para citarlas. Habría sido un buen tuitero. Una muestra:

“Yo pertenezco a la infancia como si fuera un país”.

“Solo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos”.

“Lo bello del desierto es que en algún lugar esconde un pozo”.

“En el despacho del comandante la muerte no parece augusta, majestuosa, heroica ni angustiosa. Es apenas una señal de desorden”.

“El amor no consiste en mirar al otro, sino en mirar juntos en la misma dirección”.

“Ser necio de nacimiento es una enfermedad incurable”.

“Fue el tiempo que pasaste con tu rosa lo que la hizo tan importante”.

“La guerra es una enfermedad, como el tifus”.

“(Algo) es verdaderamente útil porque es bello”.

“El hombre se descubre al medirlo con un obstáculo”.

“En la soledad, nadie escapa a los recuerdos”.

“El fracaso fortifica a los fuertes”.

“Al primer amor se le quiere más; a los otros se les quiere mejor”.

“Haz de tu vida un sueño, y de tu sueño una realidad”.

“Ser es participar”.

“Cuando un misterio nos impresiona mucho no nos atrevemos a desobedecerlo”.

Mientras tanto, las ausencias del jefe del hogar, la soledad del ama de casa y crecientes chorritos de alcohol empezaron a hacer mella en la relación y en la vida del aviador. Tonio era bastante descuidado en los detalles personales: sacudía la ceniza del cigarrillo en el chaleco, los muebles y el piso; a veces dormía vestido, llevaba la ropa siempre arrugada, sus zapatos eran ruinosos... Medio calvo y de nariz respingada, no se parecía propiamente a Brad Pitt. Aunque no se lo propusiera, Consuelo lo comparaba mentalmente con ese señor elegantísimo, prolijo y de mechón en la frente que había sido su primer esposo. Además, cambiaban con frecuencia de residencia —París, sur de

Francia, Argelia, Nueva York, California— y Antoine se comportaba por impulsos ciclotímicos. A ratos dejaba de hablarle a su mujer y a ratos la bañaba con apelativos cariñosos: *pan de mi vida, pequeña, esposita, sal de la tierra, bienamada, pluma de oro, almita salvaje, quetzal, polluelo, rata emplumada* y muchas más alusiones zoológicas y de las otras.

## Nubarrones

Consuelo confiesa en su autobiografía que “amaba a Toni, pero me daba cuenta de lo tranquila que había sido mi vida sin él”. Algunas noches sufría porque Saint-Ex estaba volando y otras porque no llegaba a pesar de estar en tierra. Su primera vivienda en París fue el pequeño apartamento que Consuelo había compartido con Gómez Carrillo y donde este había pasado a mejor vida. En un principio, Tonio se sentía a gusto allí. Pero cuando el suceso de *Vuelo nocturno* hizo crecer su popularidad y su ego, el apartamento le quedó estrecho. Luego insistió en que separaran alcobas y, más tarde, que vivieran en el mismo edificio pero en diferentes apartamentos. Ocurrió una vez que, al regresar Consuelo de la peluquería, encontró vacío el piso conyugal, pues el escritor había dispuesto marcharse a un hotel sin anunciarle nada. Cuando Consuelo le reclamó, él se molestó y pronunció aquella frase a la que todos acudimos tarde o temprano: “¡Por qué las mujeres se niegan a comprender a los hombres!”. La centroamericana barruntó que se estaba desplazando del centro de la vida de su marido a la periferia. Se sentía ninguneada. Ya no viajaba con ella como antes, ni la bombardeaba con amorosos telegramas y costosas llamadas de larga distancia. En diciembre de 1935, el piloto estuvo perdido tres días al intentar el récord de vuelo entre París y Saigón. Al reaparecer, no se reportó a casa. Consuelo le envió un mensaje que decía: “Soy yo, Consuelo Saint-Exupéry, y sigo viva”.

Algo más ocurría. Las mujeres acechaban al exitoso aviador-novelistas y este se comportaba sospechosamente. Cuando recibía ciertas llamadas, Tonio ordenaba a Consuelo que se encerrara en el baño para que no escuchara su conversación<sup>9</sup>. “A veces —recordaba la salvadoreña— volvía a casa con el pañuelo untado de lápiz labial, y en el vecindario me comentaban que habían visto a Tonio en un coche con dos mujeres”. Un historiador señaló que se comportaba entonces como “un patético donjuán”. Consuelo pasó a segundo plano. No la llevaba a sus reuniones, como antes. El piloto viajaba cada vez más, pero con ella cada vez menos: saltaba de Francia a España, de España a Rusia, de Rusia a Canadá para escribir crónicas que le encargaban algunos diarios o revistas a precio de oro. Siempre estaba ocupado. Cuando no eran los viajes, eran las amistades famosas, la dedicación a los aviones o

la escritura. “Nada es más importante para un creador que su creación: aunque le des tu juventud, tu dinero, tu amor, tu valor, nada de él te pertenece”.

No tardó Consuelo en averiguar qué ocurría. Antoine había vuelto a las andadas con una antigua novia, favorita de la familia Saint-Exupéry, que se creía mucho más distinguida que ella y tan hermosa que, en sus diarios secretos, la propia Consuelo la denominaba “la bella E”. Aquella E no era más que un error de ortografía, pues su nombre completo era Hélène, con hache: Hélène de Vogüé, apodada *Nelly*, siete años menor que ella. La señora era alta, aristocrática, distinguida y guapa y se manejaba en los salones como Antoine en los aires. Notablemente rica —hija del zar de la cerámica—, poseía conexiones con la oligarquía, los medios de comunicación y la política, lo que le permitió mediar durante la Segunda Guerra entre su enamorado y el general Charles de Gaulle, quien acusó injustamente a Saint-Ex de apoyar al régimen pronazi del general Philippe Pétain<sup>10</sup>. Hélène era una rival audaz y endiablada que jugaba como local y no se frenaba de deslizar comentarios cáusticos sobre “la pobrecita Consuelo”. En realidad, pobrecito *monsieur* Jean de Vogüé, marido de la dama y gran señor de la aristocracia francesa, a quien le ponía dos cuernos del tamaño de ceibas campanudas. Nelly de Vogüé persiguió a Saint-Ex en París, en Argelia, en Guatemala (cuando el famoso accidente), en diversos puntos de Francia, en Nueva York y durante algunos periodos logró tenerlo a su lado. La multimillonaria ayudó más de una vez a aliviar los problemas económicos que acosaban a Saint-Ex antes de que sus libros le permitieran vivir sin contar la plata del mes. Finalmente, cuando Tonio se vio obligado a escoger entre Consuelo y Nelly, escogió a... ambas. Así lo prueba el hecho de que el piloto escribió ardorosas cartas a la una y a la otra pocos días antes de que su avión cayera al mar el 31 de julio de 1944. Pero no fue Nelly la única aventura extraconyugal del piloto-novelist. También ardió en brazos de la joven estadounidense Sylvia Hamilton-Reinhardt. Aun sin avión, Tonio era capaz de elevar a las mujeres, pues la gringuita le escribió en una carta: “Tu dulzura me ha revelado el camino para una ascensión en la vida...”. Como si fuera poco, asegura el historiador Alain Vircondelet que rondaba a “las mujeres emancipadas, intelectuales o libertinas” y no les hacía el feo a las empleadas de la aerolínea ni a sus admiradoras<sup>11</sup>.

Hemos dicho que Consuelo no era muda, a lo cual hay que añadir que



tampoco era coja en materia de amores. Durante su matrimonio con Antoine, lleno de recovecos sentimentales, de separaciones y de apasionados reencuentros, la musa del escritor tuvo al menos tres relaciones importantes. Una de ellas por poco acaba en boda. Fue la primera, y ocurrió en París en 1932, cuando Tonio aceptó trabajar en la ruta de hidroaviones entre Marsella y Argelia. Él tenía su base en el sur de Francia y Consuelo permaneció en París, donde se sentía sola y enferma. En estos casos suele aparecer un amigo dispuesto a cuidar a la víctima, y si es con poemas y cariñitos, mejor. Ese amigo fue André Rouchaud, que la mimaba, le leía sonetos y la acompañaba a tomar clases de aviación, el más reciente capricho de la señora Suncín. Como era de esperarse, terminaron enamorados y decidieron ir a vivir juntos. Consuelo, sin embargo, le pidió que esperasen hasta que Saint-Ex regresara de una de sus expediciones, para notificarle la noticia. Fue así como una tarde de verano, André y un par de amigos que lo escoltaban —quizás temerosos de que el Gran Oso intentara estrangular al bardo— llegaron al apartamento donde esperaba la pareja. En este punto, Consuelo le confesó al marido sus intenciones, delante de André y compañía. Tonio no se inmutó. Los había recibido “sonriente y con el torso desnudo y peludo, lo que lo hacía aparecer muy fuerte”. Lejos de enfadarse, les sirvió amablemente varias tandas de Pernauds en bandeja de plata. “Hablamos, bebimos y al final decidí quedarme para siempre con mi marido”, dice ella en sus memorias. Saint-Ex les había dado una lección. El poeta y sus amigos se marcharon *cum rabus inter femore* y los cónyuges nunca más hablaron de esta historia.

En 1940, Saint-Exupéry se había ofrecido voluntario en la fuerza aérea aliada y realizaba vuelos sobre Francia y Alemania con el Escuadrón 2/33 de Reconocimiento Aéreo<sup>12</sup>. El grupo tenía base en Pau, sur de Francia, donde también se recuperaban de lesiones los pilotos que habían sufrido ataques o accidentes. Considerando que a veces tardaba días en regresar a la base, Saint-Ex encargó a tres de sus camaradas, convalecientes de heridas, que cuidaran de Consuelo. Uno de ellos, a quien la señora solo identifica como “el comandante” y aquí llamaremos Mambrú por su afición a esta canción infantil de guerra, se esmeró en exceso por cumplir el encargo de su amigo. En su autobiografía, Consuelo se explaya en describir lo que aconteció con Mambrú. Es una escena digna de telenovela, con paseo por el campo, crepúsculo, hoguera, arroyo cantarino, pies descalzos y ramito de flores. Los dos

conversan de sus cuitas y dichas al amor de la lumbre hasta que... “silbando una marcha militar, el comandante me llevó lejos, hacia el bosque, hacia el verdor...”. Para ser más explícitos, hacia el follaje. Cuando Saint-Ex regresó, la dama le contó que era novia de uno de sus camaradas. Dialogaron, ella pidió ayuda a Dios y, para abreviar la historia, acabaron arrodillados ante la Virgen de Lourdes para que la madona salvara el matrimonio. La Virgen, sin embargo, se olvidó de la promesa, y en 1940 Consuelo se vinculó a una especie de protocomuna *hippie* llamada Oppède, en la que convivían artistas y escritores. Allí protagonizó un romance con el arquitecto Bernard Zehrfuss. Años después, cuando ella y Antoine vivían en Nueva York, repitió actividad con el escritor suizo Denis de Rougement, vecino de vivienda y amigo ajedrecista de su marido.

Varias fueron las separaciones de la pareja. Una de ellas se prolongó durante casi un año. Pero siempre terminaban en reconciliación apasionada y juramentos de amor eterno. En algún momento en que Saint-Ex andaba especialmente alborotado, acudieron a un abogado para discutir la posibilidad del divorcio y esto dijo con franqueza el jurisperito al marido infiel: “Usted trata a su mujer como una querida y yo tengo que defenderla”. Como respuesta, Tonio se levantó de su silla, le propinó a Consuelo un apretado beso en la boca —el primero en seis meses— y exclamó, antes de marcharse dando un portazo: “Me importa cinco la ley: yo te amo”. El abogado tenía razón, pero es justo agregar que Consuelito no era una pera en dulce. No solo tenía fuerte temperamento y creía en el derecho a la venganza sexual, sino que a veces daba la impresión de estar medio deschavetada.

No hay duda, sin embargo, de que Saint-Ex arrastraba un atormentado sentido de culpabilidad tal como lo revelaban los sorprendidos viajes a visitar a su marginada mujer, las cartas llenas de pasión y las promesas de reformar su poco ejemplar conducta. El acto de contrición con el que pidió perdón a Consuelo fue uno de los libros más famosos de la historia: *El Principito*. Ilustrado por su propio autor, narra el episodio de un extraño niño procedente de un asteroide, el B612, que aterriza un día en el desierto<sup>13</sup>. Allí encuentra un piloto con su aeroplano averiado y le relata sus aventuras por diversos planetas y los personajes que ha conocido en ellos.

## *El Principito*

El primer asomo de esta obra maestra surgió en París en 1939 y corresponde a cierta ocasión en que Tonio visitó inesperadamente a su cónyuge y cumplieron una ardorosa jornada reconciliatoria. Cuando ella despertó al día siguiente, él se había esfumado, pero no sin antes dejarle como recuerdo el dibujo de un payaso con una flor. Esa flor es personaje principal de la celeberrima obra y encarna a Consuelo. El libro, sin embargo, no estuvo listo sino en octubre de 1942, cuando Saint-Ex y Consuelo vivían en Nueva York. En abril de 1943 se publicó en inglés y francés y desde entonces no ha dejado de venderse ni un solo día. Ya ronda los 150 millones de ejemplares. Con la *Biblia* y *El capital*, de Karl Marx, ocupa la cumbre de los *best sellers*. Ha sido traducido a más de 250 lenguas —incluidas el latín y varios dialectos indígenas— y ha dado origen a películas, óperas, obras de teatro, canciones y cómics. La narración ocupa apenas un centenar de páginas, la acompañan 40 dibujos de Saint-Exupéry y está repartida en 27 capítulos. El niño rubio, su gran capa real, su espada, sus botas y su bufanda de aviador forman una de las figuras más reconocibles de la literatura universal.

Pero ¿qué es *El Principito*? ¿Un cuento para niños? ¿Un poema en prosa? ¿Una fábula? ¿Un relato humorístico? ¿Un texto filosófico? ¿Una metáfora? ¿Un manual de autoayuda?

Posiblemente todo lo anterior junto. Su dedicatoria esta dirigida al periodista, anarquista y libertario Léon Werth, pero con la advertencia de que se envía al destinatario “cuando era niño”. En este sentido, Saint-Ex lo ofrece como libro infantil, tal como lo había pedido en su momento la editorial Reynal & Hitchcock. También ha sido calificado de poema, por el lenguaje de cuidada estética en que está escrito y muchas de las imágenes que lo componen. Es una fábula en el sentido de que deja enseñanzas morales utilizando modelos de sencillez alcance. Podría argumentarse que su humor, expresado en diálogos, situaciones y personajes, lo ubica del lado de la sonrisa. Pretende ser, así mismo, un texto de pensamiento que medita acerca del ser humano, la soledad, la niñez, la solidaridad y la belleza<sup>14</sup>. Y es, de todos modos, una metáfora del sentido la vida, del amor, de las relaciones humanas, del conocimiento, del universo... en fin, de lo que el lector quiera:

para eso son las metáforas.

Quizás lo más importante de *El Principito* es que gusta a los niños y les ayuda a ascender a lecturas posteriores.

En lo que hace a la historia personal del autor, esta obra es la hoguera donde expía sus infidelidades y maltratos a Consuelo. El capítulo XXI está dedicado a cierta rosa que ha domesticado al pequeño príncipe venido de otro planeta. Se trata de una flor que conocimos varios capítulos antes, cuando un zorro sabio enseña al personaje la importancia que tiene su flor entre todas las demás, y radica esa importancia en el mero hecho de ser suya. Por eso lo invita a que visite el rosal y comprenda por qué su flor es diferente.

Así lo entiende el Principito:

—Ustedes son bellas, pero están vacías [les dice]. No se puede morir por ustedes. Seguramente, cualquiera que pase creería que mi rosa se les parece. Pero ella sola es más importante que todas ustedes, puesto que es ella a quien he regado. Puesto que es ella a quien abrigué bajo el globo. Puesto que es ella a quien protegí con la pantalla. Puesto que es ella la rosa cuyas orugas maté (salvo las dos o tres para las mariposas). Puesto que es ella a quien escuché quejarse, o alabarse, o incluso a veces callarse. Puesto que es mi rosa.

Más adelante, el zorro prosigue su perorata:

—Es el tiempo que has perdido en tu rosa lo que hace a tu rosa tan importante. (...). Los hombres han olvidado esta verdad. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

—Soy responsable de mi rosa... —repitió el Principito a fin de recordarlo.

El zorro está listo para partir, pero antes de hacerlo le revela su secreto al Principito.

—Adiós —dijo el zorro—. Aquí está mi secreto. Es muy simple: sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

Generalmente se considera que esta frase encierra la filosofía del libro y del autor, y hay quienes la equiparan a otras célebres condensaciones del pensamiento, como “Solo sé que nada sé”, “Pienso luego existo” o “El hombre es lobo para el hombre”. Se trata de una brutal exageración, por supuesto. Detrás del célebre aforismo de *El Principito*, que habría firmado dichoso Paulo Coelho, no se eleva ningún sistema filosófico, ninguna estructura sólida

de interpretación del mundo. Es solo una frase bonita. Ya dije que Saint-Exupéry era un buen narrador, pero un pensador poco afortunado. En el prólogo a la recopilación de sus reflexiones, *Carnet* (1953), dos investigadores franceses señalan que el piloto llevaba siempre encima una pequeña libreta donde anotaba ideas y pensamientos en sus largos ratos de soledad. Lo hacía “con caligrafía microscópica y a menudo ilegible”. Tardaron varios años en descifrar con lupa las notas escritas por el autor entre 1936 y 1944. Qué invitación al bostezo. Qué tiempo más perdido.

Debajo de *El Principito* es posible hallar el impulso de penitente de Saint-Ex. La rosa es Consuelo, una flor —una mujer— que se parece a muchas flores —muchas mujeres— pero se diferencia de ellas en que es la suya, ha sido domesticada por él y él por ella. En el capítulo VIII el Principito encuentra a la flor, y su descripción coincide con lo que podría predicarse de Consuelo Suncín: “bella”... “no muy modesta, pero conmovedora”... “lo había atormentado con su vanidad un poco tempestuosa”... “esta flor es bien complicada”... “no hay que escuchar nunca a las flores, hay que mirarlas y olerlas”...

Y un contrito *mea culpa* final:

“¡No supe entonces entender nada! Debería haberla juzgado por los actos y no por las palabras. Me perfumaba y me iluminaba. Nunca debería haberme escapado. Debería haber adivinado su ternura detrás de sus pobres artimañas. ¡Las flores son tan contradictorias! Pero yo era demasiado joven para saber amarla”.

Dos páginas más adelante, un dibujo muestra a la rosa protegida del mundo por una campana de cristal.

## El finalito

Se dice que, una vez publicada la obra, Tonio se arrepintió de no haberla dedicado a Consuelo, el amor de su vida sin lugar a dudas a pesar de todas las vicisitudes. Cuando se publica *El Principito*, el 6 de abril de 1943, le quedaban a Antoine de Saint-Exupéry apenas 15 meses de vida y no alcanzó a disfrutar el formidable éxito que los años reservaban a su novelita. En agosto de 1943 se había alistado en la aviación aliada en la etapa final de la Segunda Guerra Mundial. “Parto para la guerra —le escribió a Consuelo—. No puedo soportar el estar lejos de los que tienen hambre. Pero no parto para morir sino para sufrir y así comulgar con los míos. No quiero que me disparen, pero acepto de buen grado adormecerme así”. Era su testamento. El 31 de julio de 1944 a las 8:45 a.m. despegó de una base en Córcega al mando de su avión militar Lightning P-38 F-5B, un bimotor monoplaza con aspecto de catamarán, en misión de reconocimiento fotográfico. Debería haber regresado antes de las 2:45 p.m., pero no volvió entonces ni nunca. El aparato fue ametrallado por un caza alemán y se hundió en el Mediterráneo. Allí lo ubicó en 2000 un buzo. Dos años antes, un pescador había recuperado del fondo del mar una pulsera de plata con los nombres de la víctima y de Consuelo<sup>15</sup>.

Ella se encontraba en Nueva York cuando desapareció su marido. En la última carta a Tonio le había dicho: “Estás en mí como la vegetación sobre la tierra. Te amo, mi tesoro, eres mi mundo”. Acompañada por Aníbal, el perro consentido de la pareja, esperó noticias durante meses. En diciembre escribió en un papel: “No puedo creer que no volverás...”. La musa de *El Principito* vivió 35 años más. Se refugió durante un tiempo en brazos de Denis de Rougement, aquel amigo íntimo que jugaba ajedrez con Saint-Ex, pero no volvió a casarse. Tenía 78 recién cumplidos cuando la acometió una crisis respiratoria en mayo de 1979. Falleció en Grasse, pueblo medieval francés no lejos de donde cayó el avión de Saint-Ex. Está sepultada en el cementerio parisino de Père Lachaise. A su lado yacen los sofisticados huesos de Enrique Gómez Carrillo, su primer marido.



# **La cantadora y el Gringo**



**Violeta Parra  
&  
Gilbert Favre**







matador

*Una de las más grandes folcloristas de América se enamoró perdidamente de un músico suizo “andinizado”. Cuando la ruptura entre los dos se sumó a otras frustraciones y penurias, Violeta dio gracias a la vida y se pegó un tiro.*



Los Parra son en Chile más que un grupo, más que una familia, más que un clan. Son un árbol frondoso, un sistema fluvial de música y poesía que une las aguas de grandes corrientes y arroyos pequeños. El río principal de este sistema es Nicanor Parra, uno de los más destacados poetas en lengua española del último siglo. Y el río más tempestuoso y a la vez más risueño y más entrañable se llama Violeta Parra, hermana de Nicanor, cantante, compositora, folclorista, artesana... Durante más de cinco años Violeta vivió una apasionada y apasionante historia de amor con un músico de la legua, el antropólogo suizo Gilbert Favre. En febrero de 1967, peleada con él y amargada por derrotas y frustraciones, Violeta se suicidó de un disparo en la carpa de circo de Santiago de Chile donde ella y parte de su familia presentaban cada noche un espectáculo de música folclórica ante unas tribunas de madera casi vacías. Tenía 49 años. Había nacido el 4 de octubre de 1917.

Entre los Parra cantar y tocar es como respirar. Todos lo hacen. Las abuelas de Violeta y Nicanor entonaban zarzuelas. El padre, Nicanor Parra, era profesor, violinista y guitarrista hábil. Los hermanos fueron ocho<sup>1</sup>. El primogénito, Nicanor, devoto de la música popular y verseador de cuecas y coplas. Lo seguían Hilda (1916-1975), generosa y divertida, que cantó en la radio con Violeta y luego fue solista; Eduardo —Lalo— (1918-2009), cantautor, que integró un dúo con su hermano Roberto y más tarde con su hija Clarita, tocó en la carpa de Violeta y formó parte de varios grupos musicales; Roberto —el tío Roberto— (1921-1995), conocido como intérprete y compositor; Lautaro (1928-2013) alcanzó fama como payador e improvisador de coplas; Óscar —Tony Canarito— (1930-2016) se destacó como músico de

circo. Completaban la lista Caupolicán —*Polito*—, que murió a la edad de dos años en 1926 y Elba —*Yuca*— (1926-1982), que resultó aficionada a la música pero sin sobresalir en ella. Los descendientes de estos Parra siguen la tradición. Nicanor tiene un nieto, *Tololo*, que por ahora dicta frases geniales a su asombrado abuelo, pero más tarde seguramente las convertirá en poemas. Dos hijos de Violeta han sido famosos artistas: Isabel (1939), que continúa actuando casi ochentona, y Ángel (1943-2017), compositor y guitarrista. También se dedican a la música varios nietos de Violeta: Ángel y Javiera, hijos de Ángel, y Tita, hija de Isabel. Todos llevan como primera identificación el apellido Parra, aun cuando legalmente este haya sido desplazado por otros. Por ejemplo, el nombre completo del nieto de Violeta es Ángel Cereceda Orrego; pero el apellido de ella encabeza el desfile patronímico porque es más que eso: es un distintivo, una marca que la abuela transfirió a sus hijos antes que el de su padre y estos hicieron lo propio con los suyos.

Violeta fue, pues, la tercera de los ocho hermanos Parra. Pero es la más conocida popularmente y, con el paso del tiempo, su historia adquiere textura de leyenda. Durante un tiempo la valoraban más fuera de su patria que en ella. “Es lo más universal que he conocido de Chile”, dijo el escritor peruano José María Arguedas. Aquella vida agitada e incesante que liquidó por mano propia hace más de medio siglo es fuente cada vez más copiosa de libros, videos, grabaciones y películas. Parecía difícil imaginar, hace cien años, que la recién nacida que llegaba al mundo en la aldea chilena de San Carlos armada de dos insólitos dientes iba a convertirse en ícono de rebeldía y de apego al pueblo en América y en algunos países de Europa<sup>2</sup>. En su autobiografía verseada, Violeta menciona que su abuelo paterno era un rico abogado que “hablaba lengua de reyes”<sup>3</sup>. En cambio, el materno era un capataz pobre que veía por 13 hijos hacinados en una habitación con piso de tierra. Hijos de profesor y costurera, los Parra vivieron austeramente hasta que el padre quedó desempleado y la austeridad se convirtió en pobreza. El viejo se dedicó a beber y a hacer negocios borracho, mezcla que suele conducir a la miseria.

Dice Violeta:



*En fiestas de tomatina  
mi taita vende la tierra (...)  
Le exigen los compromisos  
que él les firmó entre botellas (...)  
De esta manera tan vil*

*le rapiñaron la herencia.*

El padre murió cuando Violeta tenía 14 años y la madre se vio obligada a coser a toda hora. Clarisa Sandoval había sido cantadora y era una mujer de hierro, no solo para el trabajo sino para educar a sus críos. Antes de casarse con Parra había enviudado de un primo con el que tuvo dos hijas<sup>4</sup>. En 1969, cuando a Nicanor le otorgaron el Premio Nacional y lo aceptó pese a haber manifestado siempre que no le interesaba, Clarisa acudió a la premiación, regañó al hijo por su falta de palabra e, indignada, la emprendió a golpes contra él. Combatió la viudez sin lágrimas, con tesón y mucho trabajo, pero la plata no alcanzaba. Roberto Parra dijo: “Viola y yo nunca supimos lo que era un zapato. Andábamos con los pies helados, colorados; la escarcha llegaba a partir los dedos”. Comían las sopas de fríjoles que servían a los pobres en albergues y en invierno, acosada por el frío, Violeta se refugiaba en el estuche de la guitarra buscando calor. Alumno sobresaliente, Nicanor consiguió una beca y se marchó a estudiar a Santiago, mientras los hermanos más próximos encontraron una curiosa manera de ayudar a la precaria economía familiar: en el cementerio robaban flores de las tumbas de fiambres frescos y las vendían en los entierros del día siguiente. Violeta descubrió que la escasez aguza la viveza y las contrariedades forman el carácter.

*Esto me da un pensamiento:  
voy a dejarlo estampado:  
que no hay mejor noviciado  
que el llanto y el sufrimiento.*

También aprendió a coser, a cantar y a tocar instrumentos. A los ocho años, Violeta rasgueaba la guitarra, y a los doce compuso su primera canción. Como la música era lo único que abundaba en el hogar, también los hermanos empezaron a extraer sonidos de flautas y guitarras. Convertidos en tropa precoz, los chicos recorrían calles y bares cantando y recogiendo dinero. Violeta era el motor de los Parra: cantaba con Hilda, montaba representaciones con Lalo y Roberto y cobraba las entradas. Al poco tiempo consiguieron trabajo ocasional en los circos rurales que recorrían los fundos ofreciendo espectáculos pobres y desharrapados. Algunos de los Parra, como Roberto y Óscar, siguieron vinculados al mundo del circo hasta su muerte.

Violeta era la más activa, la mejor estudiante y la mayor habladora. Aprovechaba esta última dote para una prueba de engatusamiento que podríamos llamar “el timo avícola”. Roberto lo describía: en los momentos de mayor apuro, los hambrientos avistaban una gallina en una casa y decían al dueño que era fácil apreciar en los ojos que el animal estaba “cargao” y podía traerle mala suerte. Si el campesino pisaba esta primera cáscara, venía la segunda: prometían llevar a casa el bicho embrujado, desencantarlo y devolverlo al día siguiente. Al regresar, llevaban los huesos carbonizados en la mano y explicaban cómo había funcionado el conjuro: en plena ceremonia para despojarla de los malos espíritus, la gallina se había convertido en llamas, lo que probaba que se hallaba maldita. Habían salvado al hombre y su familia de terribles consecuencias, favor que ameritaba el pago con otra gallina. Esta, sobra decirlo, iba a tener el mismo final que la primera: la olla de los Parra.

Violeta no solo padecía de pobreza sino también de diversas enfermedades y de la certidumbre de su fealdad. Su hermano Nicanor solía preguntar a su madre: “Mamá, ¿a quién salimos tan feos?”. Clarisa le respondía que a su familia, los Sandoval. Cuando *guagua*, Violeta parecía ser la excepción; pero a los tres años la viruela le destrozó la piel y desde entonces ella se consideraba “la mujer más fea del mundo”.

*Aquí principian mis penas,  
lo digo con gran tristeza:  
me sobrenombran “maleza”  
porque parezco un espanto.*

En ciertas circunstancias, esa condición la protegió del acoso sexual de fulanos vinculados a la radio y la farándula: “Gracias a Dios que soy fea/ y de costumbres bien claras”. Por eso en su biografía de adolescente aparecen pocos *pololos*, que es el término que emplean los chilenos para los novios. Solo aparece mencionado un tal Fulvio. ¿Será el mismo “joven muralista que tenía una novia rubia y de grandes ojos azules”, que menciona uno de sus biógrafos? En cualquier caso, un amor juvenil anónimo e intrascendente.

Decidida a escapar del destino de hambre que le reservaban los pueblos perdidos, Violeta acabó por abandonar los estudios y viajar a Santiago en busca del apoyo del hermano mayor y padre sustituto, que avanzaba en la

escuela de matemáticas y pergeñaba ya sus primeros poemas. Viola recuerda:

*Salí de mi casa un día  
pa' nunca retroceder,  
preciso da a entender  
que lo hice de amanecida:  
en fuga no hay despedida,  
ninguno lo sospechó  
y si alguien por mi lloró  
no quise causarle un mal;  
me vine a la capital  
por orden de Nicanor.*

Pronto la siguió la familia. Violeta tenía entonces 19 años y cantaba como nómada con sus hermanos Lalo e Hilda por carreteras, cantinas, comunas (barriadas) y boliches (pequeños comederos) regados por los pueblos. En uno de los boliches cercanos a Santiago, llamado El Tordo Azul<sup>5</sup>, conoció a un maquinista de ferrocarril un año menor que ella. Se llamaba Luis Cereceda. Se enamoraron y vivieron un tiempo juntos. Violeta tenía que seguir recorriendo caminos con sus cantos y les tocó separarse. Al cabo de algunos días, Luis decidió buscarla. Un domingo la alcanzó después de cabalgar cinco horas en su bicicleta. El lunes se estaba despidiendo de ella para regresar al trabajo cuando Violeta le dijo:

—Yo me voy contigo. Llévame nomás en la bicicleta...

Llegaron a Santiago al atardecer, ella sentada a la amazona en la barra y él agotado de pedalear. Al año siguiente, 1938, se casaron. Violeta cambió las presentaciones en escenarios humildes por el cuaderno y el lápiz y empezó a escribir canciones y poemas y a formar un archivo de coplas que escuchaba en sus viajes a través de montes y playas. Un poco más tarde, al saber Nicanor que su hermana andaba trabajando con versos, le propuso que dejara constancia de su vida en décimas de rimas de ocho sílabas, modalidad muy popular en España y en América Latina. Su primera reacción fue de rechazo.

*Válgame Dios, Nicanor,  
si tengo tanto trabajo  
que ando de arriba p'abajo  
desentierrando folklor.*

Posteriormente, sin embargo reconsideró su decisión.

*Pero, pensándolo bien,  
y haciendo juicio a mi hermano,  
tomé la pluma en la mano  
y fui llenando el papel.  
Luego vine a comprender  
que la escritura da calma  
a los tormentos del alma,  
y en la mía, que hay sobrantes,  
hoy cantaré lo bastante  
pa' dar el grito de alarma.*

Armada de libreta y lápiz, Violeta dejó 472 décimas en las que aborda parte de su biografía. La familia iba a aumentar. En 1938 nació Isabel y en 1941, Ángel. Ambos adoptaron el Parra como primer apellido y desde niños mostraron que por sus venas circulaba la música heredada de los padres. Durante el tiempo que duró el matrimonio, Violeta ganó un concurso de baile vestida de española, fue actriz de teatro, se matriculó en el Partido Comunista<sup>6</sup>, realizó trabajos políticos, compuso canciones de protesta y mostró todo el ímpetu de su carácter y la volatilidad de su temperamento. “Era difícil vivir al lado de ella —dice su hija Carmen Luisa—; era una persona que cada día era distinta, con la que nunca se sabía qué es lo que iba a pasar... Demasiada vitalidad, demasiada energía junta...”. Añade el músico boliviano Ernesto Cavour, que tocó con Violeta: “Tenía un carácter muy especial, fuerte, muy duro y exigente”. El biógrafo Alfonso Alcalde destaca su sentido de la dignidad: “No dejó jamás que nadie le pusiera el pie encima, así tuviera que comer tierra”<sup>7</sup>. Un periodista de La Paz precisó: “volcánico”. El Payo Grondona, divertido compositor, la describe así: “Muy simpática, mal genio, exigente en su oficio, mandona, matriarcal, empeñosa, tribal, arriesgada...”. En una ocasión, un grupo musical de indios mapuches quiso que los escuchara para ver si podían participar en los espectáculos que regentaba en las afueras de Santiago. Era un conjunto extraño: tres indígenas tocaban quenenas y charangos mientras una señorita rubia, quizás conquistadora de uno de los mapuches, daba saltos de ballet clásico en medio de ellos. Violeta montó en cólera e increpó así a la nivea bailarina (juro que es textual):

—¿Qué mierda quieres aquí? No, no, ¡ustedes tocan solitos y esta huevona



se me va!

Acabó contratándolos. Pero sin valquiria.

A Luis le molestaba la vocación artística de Violeta; le decía que cantaba muy mal e insistía en que permaneciera en casa. Violeta no le obedecía y lo consideraba tiránico y flojo para el trabajo;

*Anoto en mi triste diario:  
restaurán El Tordo Azul;  
allí conocí a un gandul  
de profesión ferroviario;  
me jura por el rosario  
casorio y amor eterno;  
me lleva muy dulce y tierno  
atá' con una libreta  
y condenó a la Violeta  
por diez años de infierno.*

En 1947 se separaron y Violeta volvió a los circos con otros miembros del clan. Dos años después grabó con Hilda sus primeros discos y conoció a Luis Arce, ebanista y tenor de zarzuela del que se enamoró. Continuando una tradición de los Parra, Violeta era mayor que él: 14 años, bastante más que el primer Luis, a quien llevaba uno. Juntos inventaron un espectáculo llamado *Estampas de América*, en el que el montaje de escenarios y números líricos corría por cuenta de Arce, mientras Violeta cantaba con voz ronqueta, bailaba distintos ritmos —desde tango hasta mambo—, cocinaba empanadas y pintaba los telones. Formaban parte del elenco Hilda y sus dos pequeños hijos; también un mago, un cómico casado con una cantatriz y un cuerpo de bailarinas de aceptable cuerpo. El agente era un cura de Antofagasta, primo de Violeta, que conseguía almas para Dios y actuaciones para sus familiares merced a sus entronques y amigos, y no cobraba comisión. La especialidad del conjunto era carecer de ella: donde los sorprendía la Semana Santa improvisaban una obra en que el tenor acababa crucificado y Violeta oficiaba de la Virgen, y en Navidad montaban el nacimiento del redentor utilizando al hijito del cómico y la cantatriz. Viajaron por todo el país gracias a los descuentos que conseguían en los trenes y en hoteles que cambiaban el alojamiento por música.

Violeta y Luis Arce se casaron en 1949. En 1951 nació su primera hija, Carmen Luisa, y en 1952, Rosita Clara. Tres años después, la capitana de los

Parra emprendió un viaje que cambiaría su vida. Junto con otros artistas fue invitada al Festival Internacional de la Juventud en Varsovia. Quedó encantada con Europa y, particularmente, con París, adonde regresaría dos veces más. En la capital francesa grabó algunas canciones, cantó en el club nocturno latino L'Escale y vivió arrimada a tres jóvenes paisanos que la recibieron de contrabando en su habitación.

*Viví clandestinamente  
con tres chilenos gentiles,  
lavándoles calcetines  
cuatro días justamente:  
de noche pacientemente  
voy de boliche en boliche  
para pegar el afiche  
del nombre de mi país;  
me abre las puertas París  
como una mina 'e caliche.*

El promisorio periplo tuvo un final triste. Mientras Violeta buscaba oportunidades en París, murió de pulmonía en Chile su hija menor, Rosita Clara. Fue un golpe del que nunca se recuperó y le inspiró una de más sus bellas canciones: *El rin del angelito*<sup>8</sup>. La muerte de la niña ayudó a quebrantar la relación entre los esposos. En París, Violeta tuvo amores con Paco Ruz, un joven español que moría por la chilena. Violeta cortó con él para que la olvidara, pero escrito está que le tuvo cariño:

*Lamparita de virtud  
alúmbrale a Paco Ruz.  
Por toda su trayectoria  
entero está en mi memoria;  
mi amor por él es muy fino.  
Bello como un querubino  
me entrega su corazón.*

Años después, Luis Arce habría de recordar el espíritu libre de su exmujer: “Tenía tendencia a enamorarse, y como era de un espíritu vivaz y juvenil, generalmente se enamoraba de hombres menores que ella. Tenía un aspecto frágil porque era bajita, de pelo largo, más bien castaño oscuro, picada de

viruela y los dientes medio desparramados, pero en cambio tenía un magnetismo que suplía esa falta de hermosura. Así que generalmente le resultaba el enamoramiento con los jóvenes”. Al regresar a Chile en 1956 recibió una carta de Luis donde le anunciaba que no seguiría con ella.

*Pa' decirme que te vas  
me dirigiste una carta  
porque valor falta al cobarde  
pa' decirlo cara a cara.*

En el momento de separarse de Luis Arce, Violeta Parra cuenta a sus amigos que había estado casada “con una locomotora” y emprende la conocida terapia de viajar, moverse, buscar otros aires... Sigue investigando la cultura popular de los rotos o campesinos chilenos, sigue grabando discos, pintando y moldeando cerámica. Conoce el oficio de los arpilleros, que tejen fibras duras, como el yute o la estopa, y elabora tapices que pocos compran<sup>9</sup>. Durante un año dirige un museo de arte popular en Concepción. Luego realiza giras por el país dictando clases y talleres de artesanías. A menudo la acompañan algunos de sus hijos, dos de los cuales —Isabel y Ángel— recorren su propio camino como artistas. En 1960 la derriba a cama una larga enfermedad. Pasa ya de los 40 años, y un balance de su vida mostraría que carga la cruz de la muerte de su hijita; que continúa tan pobre como siempre; que ha fracasado en sus dos matrimonios y en un par de amoríos; padece trastornos de salud; sus investigaciones folclóricas no encuentran en los círculos culturales el eco que merecerían y acumula proyectos e ilusiones, pero a todos los devoran el engaño y la burocracia:

*Engaños de punta a cabo  
en este mundo tan cruel;  
engaño hasta en el plantel  
de estudios muy encumbraos;  
siete años amordazaos  
de pies y mano, arquitectos  
tratando bellos proyectos  
de mil colores y formas,  
cuando más tarde es la norma  
de hacer cajones a muertos (...)*

*Se me perdió la alegría  
sin saber cómo ni cuándo;  
aquí me ve usted llorando  
con la mirada en el suelo.  
La vida me da recelo,  
me espanta su indiferencia;  
la mano de la inclemencia  
me ha echado este nudo ciego.*

Justamente el día de su cumpleaños, 4 de octubre de 1960, golpea en la puerta de su vivienda en Santiago un tipo rubio, flaco y ojiverde, de pelo alborotado aunque algo calvo, pantalones campana y suéter artesanal de lana gruesa. Va acompañado por una fotógrafa llamada Adela Gallo, que conoce el trabajo de los Parra. Es suizo de habla francesa y habla muy poco español. Violeta entiende que se trata de un antropólogo interesado en el folclor. Su nombre es Gilbert Favre. Los Parra están celebrando el aniversario con música y empanadas. La cantante al principio se muestra incómoda por la aparición de este hombre que no conoce, pero vence la tradicional hospitalidad de su gente, así que lo invita a sumarse a la fiesta, sin saber que está punto de cambiar su vida.

## Un gringo que habla francés

Gilbert Favre era casi 20 años menor que Violeta. Había nacido el 19 de noviembre de 1936 en Ginebra. Estudió Antropología y, en sus tiempos universitarios, se aficionó a la carpintería y al jazz. Estuvo vinculado a la Comédie Suisse, compañía estable de teatro, y tocaba el clarinete en varios conjuntos “sin resultados probatorios”, según escribe Ángel Parra en *Violeta se fue a los cielos*, la biografía de su madre. La mezcla de antropología y música lo llevó primero a visitar el sur de España en pos de los gitanos y el flamenco, y más tarde a matricularse en una expedición científica que se proponía explorar la cultura indígena del desierto chileno de Atacama. Dirigía la expedición el arqueólogo Jean-Christian Spahni, quien a los 37 años ya exhibía una respetable hoja de vida como investigador en Suiza y España, y fue autoridad en etnografía peruana. Entre otras misiones, Favre se había propuesto realizar grabaciones para transmitir en radio Ginebra, emisora cultural del cantón.

“Cuando llegamos a Chile —recordó Favre en una entrevista— el profesor Spahni nos pidió a los miembros de la expedición que visitáramos a varios expertos para preparar reportes sobre la cultura popular. Yo fui a la Universidad de Chile y me recomendaron que hablara con la fotógrafa Adela Gallo. Así lo hice y, al conocer mi propósito, ella me dijo: ‘Hay dos grandes folcloristas en Chile: Margot Loyola y Violeta Parra. Yo puedo llevarte donde Violeta’”<sup>10</sup>. Esa misma noche golpearon a la puerta de esta última, sin saber que celebraba su aniversario. “Había mucha bulla —añadió Favre—, todos bailaban y cantaban. Nos llevaron donde Violeta, que estaba en la cama, pero vestida, como siempre. Apenas vio a Adela, empezó a retarla, a decirle malas palabras y a preguntar, molesta quién era ese gringo que le había colado a la casa”.

Un poco temeroso, Gilbert la saludó. Ella entendió entonces que hablaba francés, lengua que había empezado a dominar en su viaje a París. Dieron en hablar de música y a beber vino tinto y esa noche el Gringo durmió en casa de la anfitriona. Horas después regresó a Atacama, se quedó un tiempo allí y acabó peleando con Spahni. Entonces decidió marcharse a Santiago y buscar a esa señora con quien había brindado y cantado en su fiesta de cumpleaños.

Viajaba “ligero de equipaje”: unas cuantas prendas, unos cuantos discos de Georges Brassens, unos pocos libros y un clarinete. “Violeta —dijo Favre— era la única persona que yo conocía en la ciudad”. Ella se sorprendió al ver que volvía a aparecer el Gringo, o el Afuerino —el de afuera—, como lo había bautizado<sup>11</sup>. Pero su presencia le proporcionó más alegría que sorpresa. Esa misma noche volvieron al vino y la música y no salió de la casa de la folclorista.

Al tercer día habían decidido convertirse en pareja. Ángel Parra recuerda que el Gringo se le acercó “entre cómico y solemne” y le pidió la mano de la mamá. En ese momento, la novia cumplía 43 años y el novio, de 24, estaba mucho más cerca de la edad del hijastro —Ángel, de 19— que de la de su pareja. “Eran dos seres que se andaban buscando”, explica Ángel. Celebraron la unión intensamente y el Gringo se integró de forma inmediata al grupo familiar: “La amalgama resultó rapidito”. Una de las primeras actuaciones conyugales de Violeta fue convencer a Gilbert de que abandonara el clarinete y aprendiera a tocar la quena, popular y prehistórica flauta andina<sup>12</sup>. Con semejante maestra, algo de oído y mucha práctica, el suizo llegó a ser uno de los mejores, si no el mejor, de los intérpretes de quena y formó parte de famosos conjuntos típicos. Hay grabaciones en que Violeta y el Gringo cantan y tocan sus respectivos instrumentos. La relación duró casi seis años. “Ese fue el tiempo que demoró Gilbert en desentrañar los misterios que le ofrecía el mundo de Violeta Parra”, señaló su hijo. Los unían el amor, la música, el folclor y la soledad. Pero no fue una convivencia fácil. “Ella era de carácter apasionado, tierno y explosivo”, según Ángel. “Él era suave y tosco a la vez; se notaba que había estado demasiado tiempo solo”. Eran dos solitarios que se encuentran “y necesitan tiempo para cambiar de modos y costumbres”. Cuando Gilbert dominó la quena, pasó a ser uno de los Parra y con ellos se presentó en la peña familiar, modesto club nocturno que anunciaban con la luz de su apellido en Santiago. El temperamento tolerante y afable del Gringo se adaptaba perfectamente a las vicisitudes, variaciones, angustias y dichas de la familia que lo acogió como miembro y como músico. Unos años después, un periódico suizo entrevistó a Violeta sobre sus amores con el ginebrino y ella los sintetizó en una frase: “Vino un suizo que buscaba el folclor chileno para una radio, ¡y se llevó la folclorista!”.

El romance con Gilbert fue una especie de resurrección para la Violeta

compositora. Algunas de sus mejores canciones reflejan sus amores y desamores con él. Para empezar, se sintió rejuvenecida y feliz, y así lo proclamó en las décimas de su canción *Volver a los diecisiete*.

*Volver a los diecisiete  
después de vivir un siglo  
es como descifrar signos  
sin ser sabio competente.  
Volver a ser de repente  
tan frágil como un segundo,  
volver a sentir profundo  
como un niño frente a Dios:  
eso es lo que siento yo  
en este instante fecundo.*

Llevaban tres años *parreando* por Chile cuando llegó una nueva invitación a Europa. La esperaban en el Festival de la Juventud de Finlandia. Esta vez Violeta agregó al equipaje y la guitarra otros instrumentos<sup>13</sup>, tres hijos, una nieta (Tita) y un marido, que quedó temporalmente en Buenos Aires. Se presentaron en Finlandia y viajaron luego por la Unión Soviética, Alemania e Italia antes de que el grupo se rompiera en vísperas de llegar a París por diferencias entre Violeta y sus hijos. De este modo, la folclorista apareció sola en la capital de Francia en el otoño de 1961. Volvió a vivir con casi nada y a cantar en L'Escafe, hasta cuando alguien le informó que le había surgido competencia a su espectáculo: en el mismo barrio donde funcionaba L'Escafe había un club nocturno, La Candelaria, en el que se presentaba nada menos que un conjunto chileno (hoy solo sobrevive el primero). Violeta acudió a espiar a los rivales y descubrió que eran sus tres hijos: Ángel, Isabel y Carmen Luisa. Vinieron los abrazos de reconciliación, las lágrimas de alegría y la reunión familiar. Unos meses después se les sumó Gilbert que, al cabo de una temporada en Buenos Aires, había aterrizado en Ginebra. París fue sede principal de los Parra durante los tres años siguientes; en el Museo del Louvre, la cantante presentó en 1965 una histórica exposición de arpilleras que tuvo entre su clientela a la baronesa de Rothschild. Violeta atendía a la aristócrata dama sin levantarse de su silla. Ginebra se volvió la sede alterna de la familia, donde vivían y actuaban parte del año. Habían comprado para los viajes una furgoneta que en más de una ocasión sirvió de dormitorio y en

otras se varó en medio de la autopista.

Violeta esgrimía entonces un talante optimista que le inspiró otra de sus más célebres canciones, *Gracias a la vida*, escrita unos meses después en Bolivia sobre un trozo de cartón.

*Gracias a la vida, que me ha dado tanto;  
me dio dos luceros que cuando los abro  
perfecto distingo lo negro del blanco,  
y en el alto cielo su fondo estrellado,  
y en las multitudes al hombre que yo amo (...)*

*Gracias a la vida, que me ha dado tanto;  
me dio el corazón, que agita su marco  
cuando miro el fruto del cerebro humano,  
cuando miro al bueno tan lejos del malo,  
cuando miro el fondo de tus ojos claros.*

Fueron años felices. Años en que cualquier pretexto era bueno para cantar y alegrarse. Solía ocurrir que ella llegara a casa de un amigo o a un parque empuñando la guitarra y a la cabeza de su séquito y proclamara, botella en mano: “¡Aquí está la Violeta Parra! ¡Ánimo, que ya llegó la Violeta!” Ángel recordaba así aquellos tiempos:

Vivíamos en un callejón muy lindo que tenía una inmensa copa de mimbre en medio. Por un lado había artesanos y por el otro, pintores, poetas, escultores... y, al fondo, nosotros. Gilbert era la persona que hacía todos los contactos a mi mamá para sus presentaciones. En Ginebra, ella llegó a ser una persona muy conocida y querida por sus exposiciones, programas, recitales y muchas otras actividades. En una ocasión participó en una feria mundial que organizaba todos los años la Universidad de Ginebra. Mi mamá armó una fonda en el patio de la Universidad donde vendíamos porotos (fríjoles), cocíamos empanadas y preparábamos cola de mono<sup>14</sup>. Nosotros íbamos cada cierto tiempo para allá, a reponernos, a tomar leche, a alimentarnos...

Tanta dicha no significa que la rara pareja no padeciera tropiezos y crisis. Una de ellas ocurrió la primera vez que Gilbert se ausentó durante varios meses hasta que ella le escribió: “He vivido años fría, muy fría y sola. Los meses contigo fueron más buenos que malos. Tú me quieres y me comprendes. Ven. Ya veremos cómo se arreglan las cosas entre los dos. Si tú me olvidas será terrible; si yo te olvido será peor”.



En junio de 1965 retornaron los Parra y el Gringo a Chile, pero París fue el lugar donde los hijos encontraron refugio cuando los persiguió la dictadura de Augusto Pinochet en los años setenta. Al poco tiempo, Violeta tuvo la idea de montar en la capital una gran carpa para dar a conocer la música, la gastronomía popular y las artesanías de su tierra. Consiguió para ello que le cedieran unos terrenos municipales en la comuna de la Quintrala de la Reina, señalada en el mapa coloquial de Santiago como *cuica*, adjetivo peyorativo que alude a una elegancia artificiosa y algo esnob. Ella vivía en un toldo adyacente a la carpa mayor, que se inauguró en diciembre. No era el público más adecuado para un paraíso informal del folclor, ese empeño rabiosamente popular con el que soñaba Violeta; de manera que la burocracia urbana desató implacable lucha contra las humildes instalaciones de la carpa, las sillas vacías pronto se convirtieron en una pesadilla y todo el proyecto se volvió una onerosa carga económica. Había noches en que la clientela no pasaba de cuatro o cinco personas y tardes en que la lluvia amenazaba con derribar mástiles y toldos. Agobiada por los problemas, Violeta intentó suicidarse dos veces —una con sobredosis de pastillas y otra cortándose las venas—, pero sus allegados entendieron que eran más un timbre de alarma que efecto de una intención real. Se equivocaban.

Por esa época la entrevistó un reportero de la revista *Aquí Está*. Sus respuestas revelaban la frustración que sufría.

—¿Qué satisfacción le ha reportado su labor?

—Absolutamente ninguna. Solo sacrificios y continuas luchas. Todo lo que usted ve aquí es producto de mis propias penurias. En Chile no comprenden ciertas cosas.

—¿Cómo calificaría su triunfo?

—Yo no he triunfado aún. Si usted llama triunfar a haber ganado unos cuantos premios y tener varias grabaciones, eso para mí no es más que lavar platos.

El deterioro del modo de vida condujo al envenenamiento de la relación entre Violeta y Gilbert, hasta que en 1966 el suizo empacó su mochila, la dejó y se marchó a Bolivia, donde fundó una especie de peña con músicos locales y un conjunto de fama que se llamó Los Jairas. Prometió volver pronto, pero no regresó. Se limitaba a enviar desde La Paz cartas donde pretendía justificar su demora, y Violeta se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

*En un carro de olvido*

*antes de aclarar,  
de una estación del tiempo  
decidido a rodar.  
Runrún se fue pa'l norte,  
no sé cuándo vendrá.  
Vendrá para el cumpleaños  
de nuestra soledad.  
A los tres días, carta  
con letra de coral,  
me dice que su viaje  
se alarga más y más;  
se va de Antofagasta  
sin dar una señal,  
y cuenta una aventura  
que paso a deletrear,  
ay ay ay de mí (...)*

*Runrún mandó su carta  
por mandarla nada más.  
Runrún se fue pa'l norte  
y yo me quedé en el sur.  
Al medio hay un abismo  
sin música ni luz,  
ay ay ay de mí.*

Favre atravesó un desierto para ganar la frontera y al llegar a La Paz, donde no conocía a nadie, se acercó a un mercado popular. Estaban comiendo en mesa franca unos trabajadores que le pagaron el almuerzo al ver que no tenía dinero ni para un pan duro. Ellos mismos le indicaron cómo llegar a la Peña Ñaira, foco de quenistas y charanguistas. El dueño del establecimiento lo recibió, lo apoyó y, pasado un tiempo, Gilbert ya era uno de ellos. A pesar de que el silencio del Gringo era elocuente, Violeta hizo tres viajes a La Paz en los meses siguientes en busca de él. En el primero compartieron una diminuta habitación durante un mes. Actuaban juntos con otros músicos y ella aprovechó para realizar una exposición de pintura en cartulinas. Volvió a Santiago enamorada de La Paz, hasta el punto de que, desdeñando la enemistad entre los dos países que generó la pérdida del mar boliviano en una guerra regional en el siglo XIX, en vez de “aló” contestaba el teléfono de la siguiente manera:

—¡Mar para Bolivia! Habla Violeta Parra.

Gilbert, con sus ojos verdes y su encanto personal, despertó el interés de muchas bolivianas. La hija de su mecenas en La Paz señala que “Gilbert fue muy mujeriego; era un hombre simpático, agradable, lleno de chispa, humor y sabiduría y era de esperarse que las mujeres lo persiguieran”. No le faltaron aventuras fugaces, lo que valió el mote del *Gringo bandido*. Uno de sus amores más persistentes fue el de Indiana Roque Terán, pintora de 20 años con la que más tarde se casó y tuvo dos hijos: Patrick y Christian. Violeta supo de estos amores y sin embargo ella y Runrún volvieron a verse. En una ocasión, el Gringo y sus músicos visitaron Santiago y cantaron con los Parra. En otra, Viola acudió a La Paz, llamada por el suizo y sus colegas para que les ayudara en el montaje de algunas canciones. Regresó a Chile con un charango y un arma brasileña que le compró a un perseguido político. “¿Para qué quieres un revólver?”, le preguntó uno de sus amigos. “Para matar perros”, respondió ella.

Violeta necesitaba llenar la ausencia de Gilbert en el espectáculo de la Carpa de la Reina y apareció un candidato para ello. Era diez años menor que la patrona y se llamaba Alberto Giménez Andrade, aunque exhibía como apellido de artista el de Zapicán, su pueblo natal en Uruguay. Había sido líder de una huelga campesina, lo que le costó dos años de cárcel. Al quedar en libertad, en 1965, se marchó a Chile y sobrevivió desempeñando diversos oficios, uno de ellos la percusión en conjuntos musicales. Llegó a la carpa en 1966 como músico y ayudante-en-toda-clase-de-tareas. Grabó con Violeta cuatro canciones, entre otras *Pupila de águila*, en la que ella toca la guitarra, él toca el bombo y ambos cantan; se dice que está inspirada en la vida del juglar uruguayo. Zapicán no solo reemplazó a Gilbert en la interpretación de aires típicos, sino que, con menos éxito, lo hizo en el corazón y el colchón de Violeta. Tras un comienzo en que la dueña del local solía regañarlo, un día el disgusto terminó en pasión. “Casi delante de todo el vecindario, y a la luz del azul más azul que el azul, recibí de él un beso —relata Violeta en carta a un amigo—. No el de un hombre: de un león hambriento era ese beso. Me dolió ese beso y me dolieron todos los que recibí después, que me llevaron a la cama tres veces, para mejor conocimiento de ese león”<sup>15</sup>.

Al que fue su último amante —músico, indigenista, lutier y escritor— Violeta dedicó la canción *El albertío* (capaz, avisado, experto):

*“Alberto —dijo— me llamo”.  
Contesto: “Lindo sonido;  
mas para llamarse Alberto  
hay que ser bien albertío (...)*

*Discreto, fino y sencillo  
son joyas resplandecientes  
con las que el hombre que es hombre  
se luce decentemente.*

El León fue apenas un inane y efímero remedio para la profunda herida que dejó en Violeta la ausencia, ya irreversible, del Gringo. Al añadir a esta tribulación la frustración que provocaba en ella el lento pero inevitable hundimiento de su proyecto de la Quintrala de la Reina, Violeta entró en una depresión que, como ya se dijo, la había llevado en dos ocasiones anteriores a las puertas del final. Veinte días antes había salido su disco titulado *Últimas composiciones*, y repartió entre sus hermanos, so pretexto de que pronto viajaría a Europa y los repondría, ejemplares del disco y algunos objetos personales: su máquina de escribir, su grabadora, ropa... El sábado 4 de febrero de 1967 almorzó donde Nicanor y le llevó de regalo dos patos blancos que salieron volando al verse libres. Por la noche, ella y su grupo, incluido Alberto, cantaron hasta la madrugada. La noche terminó mal, pues Violeta increpó duramente a su hermano Roberto porque había recaído en la manía de emborracharse en el trabajo. Tuvieron que sostenerlo para que pudiera cantar en el escenario.

El domingo, la cantadora se levantó temprano, a eso de las seis de la mañana, y pidió que alguien calentara agua para un té. Luego se sentó en la cama a escribir. No tocó la guitarra. Se limitó a oír una y otra vez la canción venezolana *Río Manzanares*, que grabaron Ángel e Isabel Parra. Nicanor estuvo a punto de buscarla con su carro en la carpa porque necesitaba comprar vino, pero alguien le indicó un lugar más cercano donde podía conseguirlo y enfiló hacia allí, no hacia el lugar donde su hermana vivía sus últimas horas. Los que la acompañaban almorzaron hacia la una; ella misma preparó en la sartén un revuelto y lo sirvió. “No habló ni una palabra”, señaló Alberto Zapicán. De los alrededores llegaban olores de asado dominical. Violeta pidió otro té y mandó a un empleado de la carpa a comprar choclos para hacer un

pastel. “Como a las seis de la tarde —recuerda su hija Carmen Luisa, entonces de 16 años— sentí de repente un balazo. Entré corriendo a la pieza y encontré a mi mamá ahí tirada, muerta, encima de la guitarra, con el revólver en la mano”.

Miles de personas velaron los restos de Violeta en la pista principal de la Quintrala. Llegaron Ángel, su mujer, su hijo y otros familiares que no estaban en Santiago. Nunca se había visto tan concurrida la carpa como ese lunes. Un grupo de amigos encabezó el desfile. Entre ellos se encontraba el presidente del Senado, el médico Salvador Allende. Formaban parte del cortejo guitarreros, gente de circo y músicos del montón provenientes de medio Chile. Camino al cementerio, las floristas regaron pétalos encima del féretro. La enterraron en el Cementerio General de Santiago, donde casi siempre alguien le pone flores frescas y de vez en cuando llegan músicos a cantarle.

Después de su muerte, Nicanor Parra escribió un poema titulado “Defensa de Violeta Parra”, del cual cito algunas estrofas:

*Dulce vecina de la verde selva  
huésped eterno del abril florido  
grande enemiga de la zarzamora  
Violeta Parra.*

*Jardinera  
                  locera  
                                  costurera  
bailarina del agua transparente  
árbol lleno de pájaros cantores  
Violeta Parra.*

*Has recorrido toda la comarca  
desenterrando cántaros de greda  
y liberando pájaros cautivos  
entre las ramas.*

*Preocupada siempre de los otros  
cuando no del sobrino  
                                  de la tía  
Cuándo vas a acordarte de ti misma  
Viola piadosa (...)*

*Pero los secretarios no te quieren  
y te cierran la puerta de tu casa  
y te declaran la guerra a muerte  
Viola doliente.*

*Porque tú no te vistes de payaso  
porque tú no te compras ni te vendes  
porque hablas la lengua de la tierra  
Viola chilensis (...)*

*En cambio tú  
                    Violeta de los Andes  
flor de la cordillera de la costa  
eres un manantial inagotable  
de vida humana.*

*Yo no sé qué decir en esta hora.  
La cabeza me da vueltas y vueltas  
Como si hubiera bebido cicuta (...)*

*Qué te cuesta mujer árbol florido  
álzate en cuerpo y alma del sepulcro  
y haz estallar las piedras con tu voz  
Violeta Parra*

## Lo que ocurrió después

El Gringo regresó pocos años después a Europa con su familia y se estableció inicialmente en el suroeste de Francia en la Dordogne, patria de Cyrano de Bergerac y tierra de trovadores medievales y castillos. Su hijo menor, Christian, murió en un accidente de tránsito a los 20 años. Divorciado de Indiana Reque, el Afuerino se casó en 1992 con la periodista estadounidense Barbara Erskine, vinculada en Europa a *The New York Times*, y se instalaron en Roussin. Gilbert Favre falleció en Ginebra en diciembre de 1998. Tenía 62 años.

Alberto Zapicán permaneció en Chile hasta 1973. En 1970 lanzó un LP titulado *El grito salvaje de Alberto Zapicán* en el que participó su amigo, el famoso compositor folclórico uruguayo Alfredo Zitarrosa. El disco estaba dedicado “A Violeta Parra!”<sup>16</sup>. Publicó también dos libros de poesía. Zapicán tiene 90 años en el momento en que se escribe este libro y está establecido en Neptunia, pequeño balneario uruguayo frecuentado por músicos.

Nicanor Parra, también en el momento de escribir estas líneas, va para los 103 años y vive en una casa tipo chalé frente a las olas oscuras del mar Pacífico. Entre otros, le han otorgado los premios literarios Nacional de Chile, Juan Rulfo de México y, de España, Reina Sofía y Cervantes. Aún hay tiempo de concederle el Nobel de Literatura que se le adeuda.

Isabel Parra continúa cantando y grabando al acercarse a los 80 años. En recuerdo de Violeta creó una fundación y en 2010 logró su sueño de promover en Santiago un museo que lleva el nombre de su madre.

Ángel Parra, después de haber sido torturado por la dictadura de Augusto Pinochet, buscó asilo en México y Francia. Grabó numerosos discos, algunos de ellos con su hermana, con Gilbert Favre, con Pablo Neruda, con Fernando Alegría y con su tío Roberto. Falleció en marzo de 2017 en París a los 73 años.

Fiel a la tradición familiar, la tercera generación de los Parra sigue cantando y tocando.





# Sabor a mí



Zlatan Ibrahimovic  
&  
Zlatan Ibrahimovic





matador

*El sueco Zlatan Ibrahimovic ha sido uno de los grandes futbolistas europeos de los últimos años. La presencia de estrellas más brillantes le ha impedido conquistar el Balón de Oro, máximo galardón de los goleadores. Pero hay un título que nadie le disputa: el del mayor ególatra del mundo. Esta es la historia de su desbordado amor por sí mismo.*



La mansión más grande y hermosa de Malmö, en el sur de Suecia, está identificada como “la casa rosa” y tiene en su entrada un muro de color rojo en el que cuelga la máxima obra de arte de la residencia. Se trata de una enorme fotografía, obra de Efrem Raimondi, donde se ven dos pies descalzos juntos. Los visitantes los han descrito como “asqueroso” y “una porquería”, pues no se parecen propiamente a los de las venus antiguas ni los del niño neoclásico que adorna otra pared del palacete. Los empeines revelan pequeñas llagas y restos de heridas. El dedo gordo del pie izquierdo exhibe algo que quizás fue una uña y se convirtió, por culpa de golpes y pisotones, en un trozo de pezuña equina; el meñique de la derecha parece un tarugo, un apéndice jorobado procedente de otro pie; los dedos segundos miran en dirección opuesta a sus colegas; arterias de aspecto varicoso y pequeños pelos aislados en las falanginas contribuyen a afear aún más el retablo.

Cuando los visitantes de la mansión preguntan por el apabullante retrato pedestre, el dueño de casa, Zlatan Ibrahimovic (conocido como Zlatan o Ibra) comenta indignado:

—Imbéciles, ¿no lo ven? Esos son los pies que han pagado esta casa.

Esos pies no solo pagaron la mansión rosa, sino que han anotado más de 320 goles y conquistado numerosas victorias y copas en la selección sueca y en equipos de primera categoría mundial: Ajax, de Holanda; Juventus, Milán e Internacional, de Italia; Barcelona, de España; Paris Saint-Germain (PSG), de Francia, y Manchester United, de Inglaterra. Pero no solo han anotado goles. Cuando jugaba en el Milán, y ya terminado un partido, Ibrahimovic le asestó

con el pie derecho una cariñosa patada en la cabeza a uno de sus compañeros mientras este daba declaraciones a un periodista, y el amigo terminó en la enfermería. Pues ocurre que Zlatan, además de gran jugador, es aficionado a las bromas pesadas. En otra ocasión, al perder un partido, entró energúmeno al vestuario, dio formidable patada al tablero en que el entrenador explicaba las tácticas de juego, y el tablero saltó disparado y cayó sobre la cabeza de otros jugadores. Y es que Zlatan, además de gran jugador y aficionado a las bromas pesadas, es un tipo de temperamento colérico. Esas mismas extremidades, sumadas a las piernas de las que son remate, lo obligan a contratar con frecuencia vuelos en aviones privados porque los estrechos espacios entre sillas de las aerolíneas comerciales “me rompen los pies”. Y finalmente sucede que Zlatan, además de gran jugador, de aficionado a las bromas pesadas y de tipo de temperamento colérico, es un gigante de 95 kilos de peso y 1,95 metros de altura.

Solo supera su formidable tamaño otra condición suya, la que quizás acabará por opacar su indudable habilidad como deportista y lo hará pasar a la historia universal de la tontería: el colosal ego que habita en él y lo desborda por todos los poros. El de este sueco es un caso extremo de amor propio y admiración por sí mismo, que raya en el autoapasionamiento. Zlatan adora a Zlatan. Lo venera. Daría la vida por él. Dichoso de haberse conocido, se hipnotiza ante su propia contemplación. No le faltan rivales en narcisismo, y mucho menos en el mundo de los deportistas y artistas y líderes famosos<sup>1</sup>. Pero ninguno supera la pasión de Zlatan por Zlatan. A su lado, Mohamed Ali es san Francisco de Asís y Cristiano Ronaldo es el Soldado Desconocido. Pese al indudable cariño que profesa por su esposa y sus hijos, en la cumbre de su asombro reina Ibrahimovic y solo Ibrahimovic. Sus frases en Yo mayor son famosas en todo el planeta. Las denominan en varias lenguas *zlatanadas*. Algunas tienen cierto ingrediente de humor o sátira, pero la mayoría son expresiones en alabanza del personaje favorito de Zlatan, que —ya lo saben— es Zlatan. Por eso he incluido, entre las parejas más extrañas de este puto mundo, la que forma él con él.

## La salvación es redonda

“El narcisismo de nuestra época está alcanzando cotas inimaginables —dice el escritor Julián Marías—. Hay un creciente número de individuos tan enamorados de sí mismos que dan por sentado que todo lo que ellos hagan, opinen, tengan o incluso padezcan es bueno o está dignificado”. No lo escribió Marías a propósito de Ibra, pero le cae a este a la perfección. El sueco es de esos personajes que hablan de sí en tercera persona del singular, como Tarzán, Maradona o el papa. “Zlatan piensa”, dice Zlatan; “Ibra opina”, opina Ibra. Se trata de un truco gramatical que permite elogiar con mayor comodidad a ese que está allí, y que no es otro que él mismo, su espejo. En el mundo del espectáculo y del deporte profesional —que cada vez es más un espectáculo— abundan los personajes cuya circunstancia sufrió en el curso de pocos años una transformación radical. De pobres a multimillonarios, de desconocidos a famosos, de marginados sociales a protagonistas. No todos asumen semejante conversión con inteligencia ni con humildad. Tampoco con madurez, pues suelen ser individuos muy jóvenes y con escasa educación que terminan rodeados por amigos de última hora que pretenden guiarlos y acompañarlos y al final forman el segundo coro de aduladores. El primero es la familia, a menos que tengan la suerte de contar con un entorno de allegados capaz de mantenerles la cabeza despejada y los pies sobre la tierra. La consecuencia final es que a menudo moldean su personalidad con el barro de su fama y de la idolatría y no con las lecciones que les debían de dejar una infancia austera y un origen popular.

El barrio natal de Zlatan es una zona de inmigrantes de Malmö, tercera ciudad de Suecia: Rosengård, “Jardín de rosas”. Tiene 22.000 habitantes, el 90 % de los cuales ha nacido en otros países. Las principales colonias provienen de Irak, Polonia, Líbano, Somalia, Afganistán, Bosnia y Croacia<sup>2</sup>. Justamente el padre de Ibrahimovic es musulmán bosnio y su madre, croata cristiana. Ibra nació el 3 de octubre de 1981 rodeado de hermanos y medios hermanos (seis en total); dos años después sus padres se divorciaron. El motivo fue la afición de Sefik Ibrahimovic al alcohol. “Era el mejor hombre del mundo”, reconoce su hijo, pero bebía para ahogar sus penas, aguzadas por la guerra, esa guerra que destruyó a la antigua Yugoslavia entre 1991 y 2001.

Una de las abuelas de Ibra murió en Croacia durante un bombardeo aéreo. Al separarse los padres, Zlatan y su única hermana de doble sangre se quedaron con mamá y los fines de semana visitaban a papá. Entre domingo y domingo, Zlatan se convertía en “un niño salvaje, un verdadero terror”. Robaba bicicletas, hurtaba mercancías en las grandes tiendas, se peleaba con chicos de otras etnias y pasaba buena parte del tiempo en la calle. “Era peleador, estaba loco, nunca llegaba a tiempo a la escuela y solo de vez en cuando hacía mis deberes”, confesó a un periodista en su biografía autorizada. En esa época Ibra quería ser abogado. Su viejo estaba tan desesperado con el chico que no le habría importado que lo fuese.

Y entonces llegó el fútbol y lo salvó.

Empezó destacándose en equipos infantiles de su barriada y en 1999 debutó en el Malmö FF, al que ayudó a pasar de segunda división a primera. Un espía del Ajax lo vio y el célebre equipo holandés le dio su primera oportunidad internacional. Allí fue dos veces campeón y reveló su espíritu de ganador, que a veces se traducía —y se sigue traduciendo— en estallidos temperamentales y algún que otro puñetazo o patada a un rival. Al cabo de cuatro años de éxitos en el Ajax, lo compró el Juventus (la *Yuve*); ganó dos campeonatos, pero luego el conjunto turinés los perdió porque sus directivos arreglaron mañosamente algunos resultados en un famoso escándalo. Desguazado el falso campeón, a Ibra lo adquirió otro equipo legendario, el Internazionale (el *Inter*) de Milán, donde ganó tres títulos seguidos y fue goleador del torneo italiano<sup>3</sup>. El siguiente paso fue el Barcelona, que pagó una suma millonaria por él en 2009. Pero el sueco no se entendió con Pep Guardiola, el director técnico que en ese momento estaba montando un equipo de ensueño, reconocido ya como el mejor conjunto de la historia del fútbol. El corto circuito entre los dos fue total. El catalán se dio tardía cuenta de que el modo de ser de Ibra chocaba con el estilo austero y tranquilo del vestuario del Barça y su estilo de juego no se acomodaba a la máquina que armaba Guardiola en torno a Lionel Messi, la más brillante estrella que ha producido el firmamento del fútbol. Entretanto, Zlatan decía que Pep no le dirigía la palabra ni la mirada. Era una doble incompatibilidad, pues Ibrahimovic acusó también a Messi de haberse desplazado desde el ala derecha hacia el centro del campo a fin de apropiarse del territorio de Ibra. En sus memorias, el sueco recuerda burlón el espíritu que prevalecía entre los jugadores barcelonistas, a los que califica de

escolares juiciosos. “Todos, hasta los superestrellas, eran silenciosos, amables, buenos camaradas”, sostiene Ibrahimovic a manera de crítica. “No había un puesto para mí en el pequeño mundo de Guardiola —alega—. ¡El viejo Zlatan había desaparecido! ¡Yo era una sombra de mí mismo!”. El epílogo fue una tempestad verbal de insultos que profirió el viejo Zlatan contra el técnico en el vestuario, no sin antes levantar de una patada el canasto de la ropa sucia. “Lo increpé, le aullé, le dije que le faltaban cojones y que se acobardaba frente a José Mourinho”, señala. No lo golpeó, seguramente, porque se trataba de “un tipo medroso que reflexionaba muchísimo”<sup>4</sup>.



Al finalizar la temporada, el Barcelona vendió al sueco por 50 millones de euros menos de lo que había pagado por él. Como venganza, Ibra manifestó que soñaba con ir a un equipo dirigido por Mourinho, el Salieri portugués de Guardiola<sup>5</sup>, y no volvió a pronunciar el nombre de Pep en público. Lo denominó *el Filósofo*, mote que para Zlatan debe de ser una importante



descalificación. Regresó al Milán y de allí pasó al PSG donde, entre 2012 y 2016, el sueco volvió a deslumbrar en el campo, recuperó su prestigio, revalorizó su ficha y encumbró su ego hasta las nieves perpetuas. Sus primeras declaraciones cuando firmó con el conjunto parisino fueron: “No conozco bien la Liga francesa, pero la Liga francesa sí me conoce bien a mí”. Estuvo cuatro años como protagonista del torneo y el PSG fue constante campeón, pero fracasó en los campeonatos europeos. “Llegué a París como un rey —dijo a modo de despedida en junio del 2016— y me voy como una leyenda”. Se marchó al Manchester United, dirigido por su héroe Mourinho, y a principios de enero sentenció: “Me han bastado tres meses para conquistar Inglaterra”. La realidad no muestra que sea así: el ego suele viajar más veloz que el individuo. Ibra sigue siendo un buen jugador, pero no es el héroe al que lanzaban incienso en París. Por una parte, el torneo inglés está varios pisos por encima del francés. Por otra, Zlatan llegó a Manchester cuando estaba a punto de cumplir 35 años, una edad avanzada para un futbolista. Finalmente, la temporada del M.U. no fue envidiable, y Zlatan terminó lesionado.

Considerando esta circunstancia, el héroe sueco ya habla de la posibilidad de jugar sus últimas temporadas en el fútbol chino o en el estadounidense, donde muchas estrellas han apacentado su ocaso. Afirma que sueña con permanecer más tiempo cerca de su familia. Su mujer, la exmodelo Helena Seger, lo conoce y sabe cómo manejarlo. La frase con que la rubia aceptó los amores de ese futbolista larguirucho once años menor que ella fue la siguiente: “Zlatan, eres un idiota integral, pero me diviertes”. A él le pareció poesía. Tiene dos niños; Maximiliano, nacido en 2007, y Vincent, que llegó en 2008. Los cuatro forman un hogar feliz junto con las niñeras suecas que se ocupan de los pequeños, los perros y la monstruosa foto de sus horripilantes pies.

## Zlatan vs. la prensa: síntesis de un clásico

Una de las pruebas clásicas de Zlatan Ibrahimovic son sus encuentros con periodistas. Cada vez rehúye más a los especialistas en fútbol, porque asegura que “escriben cualquier cosa”. En cambio, ha respondido —con variable suerte— prolongados cuestionarios de publicaciones generales de primerísimo nivel. La siguiente es una pequeña antología de preguntas de diversos periodistas y las repuestas de Zlatan:

*Periodista:* ¿Usted juega al estilo sueco o al estilo yugoslavo?

*Zlatan:* Al estilo Zlatan.

*Periodista:* Le noto algunas cicatrices en la cara, Zlatan. ¿A qué se deben?

*Zlatan:* Bueno... no sé... pregúntale a tu mujer acerca de esto.

*Periodista:* ¿Cómo va a llamar a su hijo, Zlatan?

*Zlatan:* Zlatan. Zlatan junior.

*Periodista (mujer):* Corre el rumor de que usted es gay...

*Zlatan:* Ven a mi casa con tu hermana, muñeca, y te mostraré quién es el marica.

*Periodista:* ¿Qué piensa dar a su mujer como regalo de cumpleaños?

*Zlatan:* Nada. Ella ya tiene a Zlatan.

*Periodista:* ¿En qué posición del campo prefiere jugar?

*Zlatan:* Puedo jugar en todas las posiciones, porque un buen jugador es capaz de ocupar cualquier puesto.

*Periodista:* ¿Con qué deportista se compara?

*Zlatan:* Yo soy como Mohamed Ali. Cuando él anunciaba que iba a noquear a un rival en el cuarto asalto, lo cumplía.

*Periodista:* ¿Se quedaría en París?

*Zlatan:* Solamente si cambian la Torre Eiffel por mi estatua.

*Periodista:* ¿Quién ganará la Copa Mundo?

*Zlatan:* Solo Dios sabe.

*Periodista:* Pero es difícil preguntarle a él.

*Zlatan:* ¿Por qué? En este momento lo estás viendo.

*Periodista:* ¿Qué piensa del PSG?

*Zlatan:* *Paris, c'est magique...* [Única respuesta que dio en francés a lo largo de sus cuatro años allí].

*Periodista:* ¿El estadio es un teatro o un reflejo de la sociedad?

*Zlatan:* Es un campo de batalla donde logro mis victorias.

*Periodista:* ¿La cola de caballo constituye un atributo de su personalidad?

*Zlatan:* Yo soy como Sansón, Mientras más largo el pelo, más fuerte me siento.

*Periodista:* ¿Zlatan es un personaje novelesco?

*Zlatan:* No. Me considero una persona normal, sencilla y discreta.

## La ética según Ibrahimovic

El episodio del Barcelona resulta revelador acerca de la personalidad del que se considera émulo de Julio César. Zlatan ha resuelto convertir la experiencia de su dura infancia en receta de éxito. Por eso recomienda ser agresivo, rencoroso, maleducado, incluso violento. Tales características, que otras personas consideran humildemente defectos dignos de ser corregidos, en su mentalidad constituyen las cualidades que permiten forjar triunfadores. Los compañeros dicen que Zlatan es un buen colega y todo indica que se trata de una persona generosa. Pero el grotesco pie de su vanidad borra cuanto de positivo intenta hacer su mano. La dedicatoria del libro *Soy Zlatan Ibrahimovic* es una prueba más<sup>6</sup>. Después de dirigirse a “todos esos chicos de allá abajo”, esos que se hacen notar “por un mundo de malas razones”, les ofrece su receta: no traten de parecerse a nadie más que a ellos. Bueno, sí; a él. “Después de todo, yo mismo salí bien librado”. Más consejos del modelo Ibra. Cuando un defensa italiano le propinó una fuerte falta por detrás, “no dije nada; yo nunca digo nada en estos casos”. ¿Entonces? “Pienso que la próxima vez es la mía, y a la primera ocasión me lanzo sobre el rival de manera tan violenta que no se olvidará de mí durante un buen tiempo”. Moraleja: “Yo no insulto a los otros. Yo los golpeo. En el momento de hacer contacto físico, les caigo como una bomba”. Sus aficiones no son menos contundentes: la cacería, el taekwondo y los videojuegos de guerra (mientras más agitados, mejor). La primera lo ha llevado a formar una respetable armería de carabinas ultramodernas; el taekwondo explica la facilidad con que mueve un cuerpo tan pesado y anota goles con el pie que podría haber marcado con la cabeza; en cuanto a la consola, confiesa que a menudo lo sorprenden las tres y cuatro de la madrugada enfrascado en batallas con anónimos enemigos. La idea que defiende Ibra sobre la existencia de normas de convivencia es bastante extraña: “Yo no confío en los que respetan las reglas”. No es solo que él las viole; es que no le gustan los que las acatan. Lo ha demostrado en la práctica. Alguna vez montó en uno de sus autos a su primer representante, Anders Carlsson, y en el viaje desde el aeropuerto Ibra se saltó un semáforo en rojo y hundió el acelerador a fondo hasta el hotel. Cuando Carlsson le confesó que había pasado uno de los peores momentos de su vida como pasajero, Zlatan

decidió prescindir de él: “No podía tener un agente que respetara los semáforos en rojo”. Con el tiempo encontró a otro agente que se ajusta perfectamente al mismo molde suyo y está dispuesto a saltarse los semáforos. Se trata de Mino Raiola, un tipo poco ortodoxo en el vestir y en los negocios, de quien cierto amigo suyo comentó a Ibrahimovic que tenía fama de mafioso. “¿Un mafioso? Eso me gusta —comentó Zlatan—: arréglame una cita con él”. Cuando lo vio por primera vez, Ibra de inmediato pensó que “parecía uno de esos personajes de la serie *Los Soprano*”. Así las cosas, era de suponer que iba a contratarlo, como en efecto ocurrió. Raiola no solo ha sido su agente sino un cercano amigo de toda la familia. Se presume que sigue esquivando normas.

Varias *zlatanadas* apoyan la doctrina de la agresividad: “En fútbol, cuando uno es amable generalmente no llega”... “El odio y el deseo de venganza son mi motor”... “No perdono nada. Tengo memoria de elefante y aunque transcurran diez años mi rencor permanece intacto”. Lo que él dice podrá ser discutible, pero lo ejerce en la práctica. A fines de 2013, Ibra criticó la atención que se presta en Suecia al fútbol femenino y dijo: “Cuando estoy en el extranjero, me comparan con Messi y Ronaldo. Pero cuando llego a casa me comparan con las jugadoras de fútbol... No es posible equiparar el fútbol masculino con el femenino”. A Kosovare Asllani y Carolina Seger, dos suecas que juegan en Francia y figuran entre las más destacadas futbolistas del mundo, no les gustó la actitud de Zlatan. Así que cuando treparon a Ibrahimovic a un escenario para otorgarle el premio al mejor jugador sueco de 2014, las dos chicas se abstuvieron de sumarse a los aplausos y ovaciones en pro del galardonado. Ibra lo supo y su memoria de elefante no olvidó. Unas semanas después, el rey de Suecia y su mujer visitaron París y el *crack* del PSG ocupaba lugar eminente en la lista de invitados a la recepción oficial. También Asllani y Seger. Pero Zlatan mandó un mensaje claro a la casa real: si las dos muchachas acudían a la ceremonia, él se abstendría de concurrir. Su veto prevaleció. La casa real agachó la coronada cabeza, previno a las jugadoras que se abstuvieran de asistir y se plegó ante el rencoroso veto de la estrella. Al despedirse del rey Carlos Gustavo y de su esposa, Silvia, el ciudadano Ibrahimovic Zlatan les dejó un recado: “Ahora, cuiden de Suecia mientras yo regreso”.

Como campeón del ego, a Zlatan le preocupan poco los perjuicios que causen sus abusos. En 2013, durante una temporada de entrenamiento en Qatar,

el equipo había terminado una visita al desierto, la noche empezaba a caer y era aconsejable regresar a Doha. Con el grupo de jugadores, técnicos y personal de asistentes dentro del bus, Zlatan encontró divertida una discusión entre dos ciudadanos de la pequeña aldea y se detuvo a escucharlos. Pasaban los minutos. Los ocupantes esperaban y miraban nerviosamente por las ventanas del bus. El director de relaciones exteriores del PSG se acercó a Ibrahimovic y le dijo con timidez:

—Zlatan, se está haciendo de noche. Hay que regresar ahora.

A lo cual Ibra respondió iracundo, sin abandonar el lugar donde observaba la discusión:

—¡Cuidado! No eres tú quien dice cuándo debe volver Zlatan. Es Zlatan el que decide.

Algo parecido sucedió cuando el PSG regresaba a Francia en avión privado tras jugar varios partidos amistosos en Estados Unidos. A última hora Zlatan conoció a dos gigantes practicantes de fútbol norteamericano y decidió divertirse con ellos en Nueva Jersey mientras el avión que iba a repatriar al equipo, sus directivos y periodistas lo esperaba para salir. Ibra estaba contento y obligó a que el viaje se retrasara más de media hora mientras él charlaba con los dos enormes gringos. “Nunca se excusó, por supuesto”, comentó el narrador del caso.

Las pocas veces que Ibra se excusa no acepta dudas ni condiciones. Cuando jugaban juntos en el Ajax, una brusca entrada suya lesionó en un entrenamiento a su compañero Rafael van der Vaart, “un holandesito pretencioso”, según Zlatan. La evidente mala relación que existía entre ambos llevó al holandés a afirmar que se trataba de un ataque premeditado, opinión que apoyaban muchos periodistas. Ibra lamentó el incidente, insistió en que había sido meramente un lance desafortunado y se excusó por ello. Como Van der Vaart siguió quejándose, el sueco lo enfrentó con la siguiente amenaza:

—Si vuelves a acusarme, te voy a romper las dos piernas y esta vez será aposta.

La admonición, por supuesto, no sirvió para mejorar la imagen de Ibra ni para remendar la ruptura con Van der Vaart. Unos meses después, el holandés fue escogido como capitán del equipo y el sueco se negó a jugar más en el Ajax.

Ibrahimovic es multimillonario. Su nombre es marca registrada y lanzó al mercado en 2016 una línea de moda deportiva, por fortuna no tan extravagante

como él. Más que a la riqueza, le confiere trascendencia al dinero como escala de medida, una especie de referencia para ver “quién lo tiene más largo”. Le obsesionaba ser el jugador mejor pagado del planeta, posición que —dados los secretos y pagos invisibles que reinan en el fútbol— seguramente nunca alcanzó ni alcanzará ya. Esto no significa que no haya ganado desde hace casi 20 años cuantiosas sumas en sus contratos. Su filosofía es de cajón: “Creo que el dinero facilita las cosas pero no garantiza la felicidad. Así debería pensar la gente”. Salta a la vista que el tema económico no es el que más disfruta en sus encuentros con la prensa, por lo que tiende a volverlo broma (ver recuadro). En una entrevista de doble página que le dedicó el famoso diario francés *Le Monde* en junio de 2016, el reportero empieza a enunciar una pregunta: “En 2015, su salario era de 20 millones de euros...”. Y Zlatan lo interrumpe: “¿Solamente?”. El reportero insiste: “Aproximadamente”. Y Zlatan: “Los seis primeros meses...”. Luego el periodista comenta que las cifras millonarias que circulan en el fútbol pueden chocar a muchas personas sumidas en la crisis económica, y el entrevistado se pone serio y embiste al entonces presidente francés, François Hollande, que no tenía nada que ver en el cuestionario pero era sumamente impopular: “¿Sabe cuánto pago de impuestos? ¿Qué clase de presidente es Hollande? Yo ayudo a este país más que nadie”. Después declara ser “un hombre del pueblo” y critica a los hinchas de la *Yuve* que lo llaman “gitano”, por tratarse de “gente sin educación, aunque yo no estoy aquí para educar al mundo”. Tras esa inesperada defensa de la buena educación, tan denostada en sus estallidos verbales, se mete de nuevo con Hollande, a quien no conoce personalmente porque “él no ha tenido la oportunidad de encontrarse conmigo”. Pese a este hecho, ofrece espontánea ayuda al atribulado mandatario: “Yo puedo devolverle la popularidad si se me antoja. Pero no sé si tenga ganas de hacerlo”. Esta frase sirvió de titular a *Le Monde* en su primera página.

La relación de Ibra con Francia, que empezó en tono de conquista —llegó “como un emperador que acaba de apoderarse de un territorio”, según lo describió un diario—, sufrió un tropiezo grave en marzo de 2015. Acababa de perder un partido el PSG, Zlatan echaba chispas y un micrófono le grabó la siguiente frase: “En 15 años no había visto yo un árbitro semejante en este país de mierda. Este país no se merece al PSG”. Aunque intentó luego aclarar que al hablar de un “país de mierda” no se refería a Francia sino al fútbol francés, el daño ya estaba hecho. Una encuesta del diario *L'Equipe* reveló que el 69 % de

los encuestados consideraban que Ibrahimovic era un jugador “sobrevalorado” y que el 59 % tenía “cierta percepción principalmente negativa” del sueco. Este, sin embargo, un año más tarde declaró a *Le Monde*: “Ibra vino y se tomó el poder en Francia”. En el momento de retirarse del PSG, por la época de la citada entrevista, seguía siendo el héroe de los hinchas del Paris Saint-Germain, pero muchos franceses estaban hartos de él. Durante su despedida, ante un estadio lleno, Ibra abrazó a sus dos pequeños hijos en el campo y pronunció una de las ego-frases más excesivas de su repertorio: “Llegué como un rey, me marché como una leyenda”. La camiseta de uno de sus hijos exhibía un letrero: REY. La del otro, LEYENDA. No todos tragaron entero el aserto. Uno de los más veteranos directivos del equipo dijo: “Es demasiado apresurado afirmar que Zlatan es una leyenda. Conviene tener algo de mesura antes de hablar”. La revista *France Football* lo señaló como un “acumulador de goles doblado en personaje de farándula”. *The New York Times* lo definió como “un gigante fanfarrón que la mayoría del tiempo no parece arrogante sino divertido”.



## Así hablaba y habla Zlatan

Muchas de las fanfarronadas de Zlatan son exaltaciones de sí mismo que, más que divertir, sorprenden. Esta es una lista de algunas de las más célebres.

- “Soy como Indiana Jones: yo gano dondequiera que vaya”.
- “No necesito ganar el Balón de Oro para demostrar que soy el mejor del mundo”.
- “Yo soy Suecia”.
- “El Nobel es el único premio que no he ganado... todavía”.
- “Cuando llegué a Francia, el fútbol estaba subdesarrollado. Ahora es distinto, está progresando”.
- “Francia debería estar agradecida con Qatar [patrocinador del PSG], porque, sin Qatar, Francia no habría podido verme jugar”.
- “Primero, me fui al sector izquierdo. Henchoz [defensa del Liverpool], también. Luego me fui al sector derecho, y Henchoz también. Luego regresé a la izquierda, y él se marchó a comprar perritos calientes”.
- “Una Copa Mundo sin mí no vale la pena”.
- “Si no encuentro en París el apartamento que busco, a lo mejor compro el hotel”.
- “Un Zlatan lesionado es un problema sumamente grave para cualquier equipo”.
- “Contra el Arsenal marqué dos goles magníficos”.
- “En el Barça anoté 22 goles yo solo, e hice 15 pases decisivos”.
- “Cuando un equipo me compra, compra un Ferrari”.
- “En el área, yo bailo con la pelota”.
- “Zlatan no hay más que uno”.
- “Lo que Carew [un rival] hace con el balón, yo lo hago con una naranja”.
- “Marqué un famoso gol contra el Djurgarden y los comentarios de prensa se volvieron surrealistas; yo les daba constantemente los titulares”.
- “Hay gente que me toma fotos en la calle sin mi autorización”.
- “Hice un gol al Breda que de inmediato se volvió un clásico”.
- “Se decía que yo era el jugador más importante de la Juventus”.
- “Yo conduzco magníficamente”.

- “Solía jugar a la guerra por internet usando un falso nombre. Pero aún así impresionaba a los rivales”.
- “Yo soy top, top, top, el top del top”.
- “En el Inter, cuando yo no jugaba desaparecía la confianza”.
- [El Milán había obtenido malos resultados] “y todo el mundo hablaba y los hinchas rogaban, “¡Ayúdanos, Ibra!””.
- “A raíz de mi deseo de no jugar más en Italia se publicaron en los periódicos innumerables artículos”.
- “Mi hijo Maxi me preguntó: ‘Papá, ¿por qué todo el mundo te mira en la calle?’. Yo le expliqué: ‘Papá juega al balón, las personas me ven en la televisión y encuentran que soy un buen jugador’”.
- “Yo, que siempre provocaba sensación y era el ombligo del mundo, me había vuelto tímido y reservado”.
- “Hice ganar al Milán siete u ocho veces seguidas y renacieron el éxtasis y la histeria de los viejos días. ‘¡Ibra, Ibra!’, se oía por todos lados”.
- “Muy bueno tu gol de anoche, Matuidi. Magnífico. Se nota que estás espionando a Zlatan en los entrenamientos”.
- “Es la primera vez que vengo a Hong Kong y me llevo una impresión muy positiva”.
- “Alguna vez regresé a Rosengard y la gente empezó a arremolinarse alrededor de mí. Parecía un cuento de hadas en el que yo era Zlatan Ibrahimovic”.
- “Primero puse a Suecia en el mapa del fútbol mundial y después hice lo mismo con Francia”.
- “No soy perfecto. Cometo errores. Pero solo yo decido si se trata de un error”.
- “Allegri [director técnico del Milán] quería ganar a toda costa. Para eso necesitaba a su Zlatan”.
- “En el PSG no hay sino un jefe, y ese soy yo”.
- “Los del Chelsea son once bebés”.
- “Es hora de que el mundo lo sepa: mi próximo destino es el Manchester United”.

## Sobre ruedas

Una de las ego-características de Ibra es la necesidad de ostentar signos de poder y de grandeza consumista. Nada mejor para su vanidad que un automóvil costoso y selecto. Empezó con un Mercedes SL deportivo cuando jugaba en el Malmö FF. Fue la carnada que pretendió utilizar para conquistar a la atractiva rubia Helena Seger. Pero no le funcionó. “Para ella —recuerda— yo no era más que un vulgar *yugo* [por yugoslavo] con reloj de oro y un auto impactante que ponía la música muy fuerte”. Si logró seducir a su actual mujer fue gracias a su personalidad, no a sus adornos. Empero, siguió aferrado a ellos. Su primer gran desafío a la disciplina de austeridad del Barça, a cuyos predios los jugadores deben llegar en un discreto Audi y no en autos lujosos, fue presentarse un día al mando de un Ferrari Enzo de casi medio millón de euros<sup>7</sup>. Era una prohibición ridícula —comentó—. Nadie tiene por qué meterse con los carros que yo conduzco. Pero sé que esto causó toda una escena en el club”. Justo es decir que muchos futbolistas proyectan su importancia por medio de los automóviles. Samuel Eto’o, que fue campeón de Europa con el Barcelona, tenía ocho carros de lujo. A su compañero Dani Alves lo deslumbraban los aparatos ingleses de altas prestaciones y elevado precio, como el Bentley y el Aston Martin.

La historia de amor de Ibra podría narrarse desde un taller automotor. Sería una especie de auto-biografía. Poco después de conocer a Helena, ella compró un Mercedes SLK negro. Zlatan entendió que le estaba mandando un mensaje. En esos días, el joven futbolista vio otro vehículo como el suyo y protestó iracundo ante el vendedor que le había garantizado que su Mercedes SL iba a ser el único en Suecia. De todos modos, entendió que era preciso mostrar su superioridad frente a la chica rubia y compró entonces su primer Ferrari, que fue un 360 rojo. “Todo el mundo en la ciudad sabía que era mi carro”, recuerda dichoso. La operación de vender el Mercedes y hacerse a un Ferrari le hizo perder una buena suma de dinero, pero poco le importó. Un tiempo después adquirió también un Porsche Carrera GT Turbo con el que volaba a 250 kilómetros por hora por las carreteras suecas. “Conducía como un loco”, recuerda lleno de satisfacción. En alguna oportunidad lo persiguió un carro de la Policía y la solución de este ciudadano que no cree en las normas de

tránsito fue hundir aún más el acelerador y alcanzar los 300 kilómetros por hora. “Oía silbar las sirenas, pero cada vez más lejos”. Matriculado en el Inter, compró un gran Mercedes Benz “para ir al estadio”. Y cuando firmó con la *Yuve*, su contrato incluyó el suministro de un Ferrari Enzo. Se trata, según el arrobado propietario, de “la más bella máquina que produjo nunca la Ferrari, de la cual solo fabricó 399 ejemplares”. Había, sin embargo, un grave obstáculo: solo quedaban tres unidades y una larga cola de multimillonarios esperaba turno. Los directivos de la Juventus aplicaron presión sobre el presidente de la Ferrari y este, finalmente, cedió. Pasó por encima de los demás clientes y le entregó uno de los tres vehículos a Zlatan, a condición de que nunca lo vendiera. Fue como haberle otorgado la custodia del Santo Grial. “Lo guardaré hasta mi muerte”, juró Ibra. “Yo vivo orgulloso de mis autos: para mí, son una cuestión de principios”, afirma con toda seriedad. De principios y de metáforas, pues buena parte de las que emplea en sus *zlatanadas* tienen como referencia los motores. “Yo soy un Ferrari”, dice con frecuencia. De su Enzo comenta que “es mi luz” y en la más fulminante descalificación de Pep Guardiola expresó: “Conmigo tenía todo un Ferrari, pero lo conducía como un Fiat”. Lo más probable es que el Filósofo no se haya percatado de las jerarquías automotrices o que, conociéndolas, le importen francamente un pepino.

Al amor por los carros de lujo hay que sumar su deslumbramiento por los relojes de oro, que ha regalado en más de una ocasión (pues ya se dijo que no es un avaro, solamente un ególatra). En cuanto a su cuota de reflexión y pensamiento, parece expresarla en ese mapa de extraños tatuajes que son su espalda y sus brazos. La portada trasera de su libro biográfico está reservada, justamente, a una foto de la espalda. En un gesto levemente pícaro, el retrato lo muestra desnudo hasta la alborada de las nalgas y, sobre ellas, flota un mundillo de dibujos inscritos en la piel: plumas, letras góticas, cabezas orientales con coronas, peces, llamaradas, pictogramas, dragones... Cada estampa tiene su explicación. Pero si la máxima felicidad de Ibra consiste en que lo celebren como el número uno cuando marcha al mando de su Ferrari Enzo, la del autor de estas líneas es no tener que explicar tanta necesidad.

## Acerca de la bibliografía

**E**n *Breve historia de este puto mundo*, el autor (que es el mismo de estas páginas) optó por una bibliografía de riguroso corte académico, como si se tratara de una tesis de doctorado en Harvard. Cada afirmación llevaba el respaldo de una fuente con título, autor, detalles de la edición y número de página. La editorial colgó esta copiosa y extensa bibliografía en su página web para quien quisiera acudir a ella, y no la consultó prácticamente nadie: tan poderosa es la fe que induce en sus lectores el autor de este libro. Mil gracias.

En esta oportunidad escogí un protocolo diferente, consistente en ofrecer la bibliografía al final del libro y en casos muy especiales señalar la fuente exacta de un dato o referirme al historiador del que se tomó la información.

## Bibliografía

### Roxelana la Gozosa & Solimán el Magnífico

BITTAR, Thérèse. *Soliman: l'empire magnifique*. Gallimard, París, 1994.

CLOT, André. *Suleiman the Magnificent*. Saqi, Londres, 2005.

GULIK, Robert van. *La vie sexuelle dans la Chine ancienne*. Gallimard, París, 1971.

KINROSS, Lord. *The Ottoman Centuries: the Rise and Fall of the Turkish Empire*. Harper Perennial, Londres, 1977.

PANATI, Charles. *Browser's Book of Endings*. Penguin Books, Nueva York, 1989.

YEMOLENKO, Galina. *The Greatest Empress of the East*. Universidad DeSales, Center Valley, Pensilvania, 2010.

Enciclopedia Colliers.

Wikipedia.

## Catalina la Grande Grigori Potemkin & Etcétera

ALONSO, Josefina Rodríguez de. *Le Siècle des Lumières conté par Francisco de Miranda*. Editions France-Empire, París, 1974.

CATALINA II, *The Memoirs of Catherine the Great*. The MacMillan Co., Nueva York, 1955.

COS, Miriam. “El mobiliario fálico de Catalina la Grande”. *El Correo*, Bizkaia, 12 de marzo de 2014.

COVA, Jesús Antonio. *Miranda: el venezolano del fuego Sagrado*. Tipografía Vargas, Caracas, 1949.

CRONIN, Vincent. *Catherine: Empress of All The Russias*. Harville Press, Londres, 1978.

FERRER, Isabel. “Retrato íntimo de Catalina la Grande”. *El País*, Madrid, 19 de agosto de 2016, p. 25.

MARCHAND, Jacqueline. Introducción a *Voltaire: essais sur les moeurs*. Éditions Sociales, París, 1975.

MARKHAM, Felix. *Napoleon*. Penguin Books, Nueva York, 2010.

MEAUX, Lorraine de. “La vengeance d’un fils”, en (ed) Jean-Christophe Buisson y Jean Sévillia, *Les dernières jours des reines*. Le Figaro Histoire/Perrin, París, 2017.

NORTH, Anna. “The hottest part of body? For some, it’s the brain”. *The New York Times*, edición internacional, junio 6 de 2017, p. 1.a.

POLOVTSOFF, Alexandre. *Los favoritos de Catalina la Grande*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1952.

SEBAG MONTEFIORE, Simon. *La Grande Catherine & Potemkine: une histoire d’amour impériale*. Calmann-Levy, París, 2003.

SÉGUR, Conde Louis-Philippe de. “La emperatriz Catalina II de Rusia” en *Reportaje de la Historia*. Planeta, Barcelona, 1962. Tomo II.

SHAW, Karl. *Five People Who Died During Sex*. Broadway Books, Nueva York, 2007.

WALLACE, Irving y otros. *The Intimate Sex Lives of Famous People*. Delacorte Press, Nueva York, 1981.

“La habitación sexual de Catalina la Grande”. *ABC*, Madrid, 23 de octubre de 2013.

Enciclopedia Colliers.  
Wikipedia.



## Honorato de Balzac & Madame de Berny & Condesa Hanska

BALZAC, Honoré de. Correspondencia.

\_\_\_\_\_. *La presse parisienne*. J. J. Pauvert Editor, Holanda, 1965.

CORBES, H. “Les dernières années d’Anna Hanska, comtesse Mniszech et ses séjours en Bretagne” en *Annales de Bretagne*, vol. 67 n.º 2, 1960, pp. 123-127.

HELM FLOYD, Juanita. *Women in the Life of Balzac*. Henry Holt, Nueva York, 1921.

MAUROIS, André. *Prométhée ou La vie de Balzac*. Hachette, París, 1965.

ORLANDI, Enzo (director de la colección), *Les géants: Balzac. Paris-Match*, París, 1970.

OSPINA, Uriel. “El meridiano de Douai nunca ha pasado por Macondo”, prólogo a *En busca de lo absoluto*. Editorial Bedout, Medellín, 1972.

SANDARS, Mary M. *Honoré de Balzac, his Life and Writings*. John Lane Company. Nueva York, 1914.

ZWEIG, Stefan. *Balzac*. Editorial Juventud, Barcelona, 1953.

Enciclopedia Colliers.

Wikipedia.

## Rafael Núñez & Soledad Román

BORDA, Francisco de Paula. *Conversaciones con mis hijos*. Biblioteca del Banco Popular, Bogotá, 1974. Tomo II.

CADAVID MISAS, Roberto (*Argos*), *Cursillo de historia de Colombia*. Intermedio, Bogotá, 2004.

CASTILLO, Nicolás del. *El primer Núñez*. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1983.

DÍAZ DÍAZ, Fernando. “Estado, Iglesia y desamortización” en *Nueva historia de Colombia*. Planeta, Bogotá, 1989. Tomo I, vol. 2.

GALVIS, Silvia. *Soledad, conspiraciones y suspiros*. Arango Editores, Bogotá, 2002.

\_\_\_\_\_. “Soledad Román de Núñez: los afanes del Concordato”. *Revista Credencial de Historia*, Bogotá, 1993.

HENAO, Jesús María y ARRUBLA, Gerardo. *Historia de Colombia*. Editorial Voluntad, Bogotá, 1967.

LEMAITRE, Daniel. *Soledad Román de Núñez: recuerdos*. Edición facsimilar sin pie de imprenta, Cartagena, 1927.

LEMAITRE, Eduardo. *Contra viento y marea: la lucha de Rafael Núñez por el poder*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1990.

\_\_\_\_\_. Prólogo a Daniel Lemaître, *Soledad Román de Núñez: recuerdos*. Abraham Ibarra & Cía. S. A., Bogotá, 1988.

LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. *Rafael Núñez*. El Áncora Editores, Bogotá, 1985.

LLINÁS, Juan Pablo. *Soledad Román*. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1986.

POMBO ROMÁN, Marcela de. *A Rafael Núñez y Soledad Román*. Centro Editorial del Fondo Rotatorio de la Armada Nacional, Cartagena, 2000.

Wikipedia.

## Oscar Wilde, Constanza Lloyd & Bosie Queensberry

BADINTER, Robert; DANTZIG, Charles & HOLLAND, Merlin. *Oscar Wilde, l'impertinent absolu*. Paris Musées, París, 2016.

HARRIS, Frank. *Vida y confesiones de Oscar Wilde*. Laertes, Barcelona, 1988. (1.a edición inglesa, 2014).

\_\_\_\_\_. *Oscar Wilde: His Life and Confessions*. Panther Books, Londres, 1965.

LARIVIÈRE, Michel. *Femmes d'homosexuels célèbres*. La Musardine, París, 2016.

LOTTMAN, Herbert. *Oscar Wilde à Paris*. Fayard, París, 2007.

SMALL, Meredith. *What's Love Got to Do With It? The Evolution of Human Mating*. Anchor Books, Nueva York, 1996.

WALLACE, Irving y otros. *The Intimate Sex Lives of Famous People*. Delacorte Press, Nueva York, 1981.

WILDE, Oscar y ROSS, Robbie. "Mr. Oscar Wilde on Mr. Oscar Wilde", en *St. James's Gazette*, 18 de enero de 1895. Ver (ed.) Christopher Silvester, *Las grandes entrevistas 1859-1992*. El País-Aguilar, Madrid, 1997.

WILDE, Oscar. *Cuentos completos* (traducción de Julio Gómez de la Serna). Penguin Clásicos, Barcelona, 2016.

\_\_\_\_\_. *Obras completas* (traducción de Julio Gómez de la Serna). Aguilar Ediciones, Madrid, 1951.

Wikipedia.

<http://torontodreamsproject.blogspot.com.co/2010/09/oscar-wildes-first-gay-lover.html>

<https://www.theguardian.com/books/2011/jun/24/constance-mrs-wilde-franny-moyle-review>

<https://www.theguardian.com/culture/2015/jan/02/death-oscar-wilde-wife-solved>

<http://www.telegraph.co.uk/news/2017/01/31/turings-law-thousands-convicted-gay-bisexual-men-receive-posthumous/>

<http://www.telegraph.co.uk/culture/books/bookreviews/8565537/Constance-The-Tragic-and-Scandalous-Life-of-Mrs-Oscar-Wilde-by-Franny-Moyle-review.html>

<http://www.goodreads.com/book/show/10854953-constance>

[http://elpais.com/elpais/2015/01/11/ciencia/1421001526\\_399399.html](http://elpais.com/elpais/2015/01/11/ciencia/1421001526_399399.html)

<http://www.radical.es/historico/informacion.php?iinfo=9509>

[http://elpais.com/diario/2011/09/18/eps/13163272\\_12\\_850215.html?](http://elpais.com/diario/2011/09/18/eps/13163272_12_850215.html?)

rel=mas

<http://ovejaneira.peru.com/temas-libres-dia-que-oscar-wilde-fue-carcel-homosexual-255221>

## Virginia Woolf & Leonardo Woolf & Vita Sackville-West)

BARRIOS, Francisco. “La más larga y encantadora carta de amor de la literatura”. En revista *Arcadia*, Bogotá, 18 de julio de 2013.

BELLVER, Pilar. *A Virginia le gustaba Vita*. Editorial Dos Bigotes, Madrid, 2016.

BLOOM, Harold. *The Western Canon*. Riverhead Books, Nueva York, 1994.

BOORSTIN, Daniel J. *The Creators: A History of Heroes of the Imagination*. Vintage Books, Nueva York, 1992.

CHIKIAR BAUER, Irene. *Virginia Woolf: la vida por escrito*. Penguin Random House, Madrid, 2015.

DESALVO, Louise y LEASKA, Mitchell A. (ed), *The Letters of Vita Sackville-West to Virginia Woolf*. Quill Editions, Nueva York, 1985.

HARRIS, Alexandra. *Virginia Woolf*. Thames & Hudson, Londres, 2013.

RUBIO, Jesús. *Virginia Woolf*. Edimat Libros, Madrid, 2005.

TAMAGNE, Florence. *A History of Homosexuality in Europe* (London, 2003). Vol. 1, 1919-1939.

WALLACE, Irving y otros. *The Intimate Sex Lives of Famous People*. Delacorte Press, Nueva York, 1981.

WOOLF, Leonardo. *Ma vie avec Virginia*. Les Belles Lettres, París, 2016.

Diarios y correspondencia de Virginia Woolf.

<http://virginiawoolfblog.com>

<http://www.laopiniondemalaga.es/cultura-espectaculos/2014/02/19/pepita-oliva-malaguena-embujo-europa/654686.html>

<http://www.elmundo.es/cultura/2016/11/19/582f594246163fa0598b4576.html>

## Mae Coughlin & Al Capone

DUCRET, Diane. *Lady Scarface*. Perrin Plon, París, 2016.

ENZENSBERGER, Hans Magnus. “La balada de Chicago, modelo de una sociedad terrorista” en *Política y delito*. Biblioteca Breve, Barcelona, 1968.

ROSENBERG, Jennifer. *Al Capone A Biography of the Iconic American Gangster*. <http://history1900s.about.com/od/people/a/Al-Capone.htm>

\_\_\_\_\_. *What Was the St. Valentine’s Day Massacre?*  
<https://prezi.com/fm9h0wu4x7gs/al-capone-st-valentines-day-massacre/>

SOPRANO, Chiara. <http://mobwives.blogspot.com.co/2011/11/mob-wives-chicagos-mae-capone.html>.

TAYLOR, Troy (Posted), *The Last Days of Al Capone*  
<http://troytaylorbooks.blogspot.com.co/2013/01/the-last-days-of-al-capone.html>

<http://www.myalcaponemuseum.com>

<http://www.irishcentral.com/opinion/al-capones-irish-love-song-43537897-237639331>

<http://todaystheDayi.com/2015/04/22/visited-al-capones-wedding-chapel/>

<https://historymaniacmegan.com/2014/09/22/>

The Real People of Boardwalk Empire: Part 5 – Mae Coughlin Capone to Owney Madden

<http://history1900s.about.com/od/people/a/Al-Capone.htm>

[http://mafia.wikia.com/wiki/Al\\_Capone](http://mafia.wikia.com/wiki/Al_Capone)

<http://www.exfamily.org/pubs/ml/b5/ml1422.shtml>

Enciclopedia Colliers.

Wikipedia.

## Antoine de Saint-Exupéry & Consuelo Suncín

ARGUETA, Manlio. “Consuelo Suncín y la vocación puteril”. *ContraPunto*, El Salvador, 2008.

BUCKLEY, Martin. “The Other Side of the Story”. *The Telegraph*, Londres, 20 de julio de 2004.

CARBONEL, Marie Hélène y FRANSIOLI MARTÍNEZ, Martine. *Une mariée vêtue de noir*. Rocher, Mónaco, 2011.

FERRERO, Jesús. “Escrito en el aire: la trayectoria de Saint-Exupéry”. *El País*, Madrid, 24 de junio de 2000.

MARTÍNEZ FRUCTUOSO, José. Prólogo a *Antoine et Consuelo de Saint-Exupéry: un amour de légende*. Les Arènes, Paris, 2005

PIERRAT, Emmanuel. *Familles, je vous hais! Les héritiers d’auteurs*. Ed. Hoëbeke, París, 2010.

SAINT-EXUPÉRY, Antoine de. *Cartas a una amiga inventada*. José J. de Olañera Editor, Palma, España, 2014.

\_\_\_\_\_. *Obras completas*. Plaza & Janés, Barcelona, 1967.  
Varios traductores.

SAINT-EXUPÉRY, Consuelo de. *Mémoires de la rose*. Éditions Plon, París, 2000. (Traducción al español de DSP).

SANTOS MOLANO, Enrique. *El corazón del poeta*. Nuevo Rumbo Editores, Bogotá, 1992.

Enciclopedia Colliers.

Wikipedia.

## Violeta Parra & Gilbert Favre

ALCALDE, Alfonso. *Toda Violeta Parra*. Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1981.

CALERO, Sergio. “El Gringo Favre”, 11 de mayo de 2014. <http://paginasiete.bo/cultura/2014/5/11gringo-favre-21170.html>.

GARCÍA, Marisol (ed.). *Violeta Parra en sus palabras* (Entrevistas 1954-1967). Ediciones Catalonia, Periodismo UDP, Santiago de Chile, 2016.

GUERRIERO, Leila. “El aire del poeta” en *Babelia*, revista cultural de *El País*, Madrid, 3 de diciembre de 2011.

[http://www.archivochile.com/Cultura\\_Arte\\_Educacion/vp/s/vpsobre0044.p](http://www.archivochile.com/Cultura_Arte_Educacion/vp/s/vpsobre0044.p)

MANNS, Patricio. *Violeta Parra*. Los Juglares, Santiago, 1984.

OLAVARRÍA, Rodrigo. “Gilbert Favre, un afuerino no tan afuerino”, 01/06/2008. <http://www.cancioneros.com/co/gilbert-favre-un-afuerini-no-tan-afuerino-por-rodrigo.olavarria>

PARRA, Familia: [https://es.wikipedia.org/wiki/Familia\\_Parra](https://es.wikipedia.org/wiki/Familia_Parra)

PARRA, Ángel. *Violeta se fue a los cielos*. Ediciones Catalonia, Santiago de Chile, 2006.

PARRA, Isabel. *El libro mayor de Violeta Parra*. Editorial Meridión, Madrid, 1985,

PARRA, Nicanor. *Poemas para combatir la calvicie* (Antología). Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

PARRA, Violeta. *Décimas: autobiografía en versos*. Editorial Pomaire, Barcelona, 1976.

SÁEZ, Fernando. *La vida tranquila: Violeta Parra, biografía esencial*. Editorial Suramericana, Santiago de Chile, 1999.

SUBERCASEAUX, Bernardo y LONDOÑO, Jaime. *Gracias a la vida: Violeta Parra, testimonios*. Editorial Galerna, Buenos Aires, 1976.

“De cómo Violeta trajo a Chile un charango de Bolivia y también un revólver”, [http://www.intemperie.col/archivos/sroche7/02\\_violeta.pdf](http://www.intemperie.col/archivos/sroche7/02_violeta.pdf)

Cantores que reflexionan: conversación con Carmen Luisa Parra. <http://www.blest.eu/biblio/rodriguez/cap31.html>

Sobre Gilberto Favre, <http://www.blest.eu/biblio/rodriguez/cap18.html>

*Diccionario de la música española e hispanoamericana*, vol. 8. SGAE.



Madrid, 2001.  
Wikipedia.

## Zlatan Ibrahimovic & Zlatan Ibrahimovic

ASCENCIO, José Orlando. “Entre más viejo, mejor”. *El Tiempo*, Bogotá, 7 de marzo de 2017.

BORDEN, Sam. “Grand show before curtain closes”. *The International New York Times*, 15 de junio de 2016.

DEGORRE, Damien y HERMANT, Arnaud. *Ibra; grandeur nature*. Éditions du Moment, París, 2016.

DUCKER, James. “Zlatan Ibrahimovic: ‘I conquered England in three months’”. *The Telegraph*, Londres, 12 de enero de 2017.

DUPRÉ, Rémi y MANDARD, Stéphane. “Je peux rendre populaire Hollande, si je veux”. *Le Monde*, París, 8 de junio de 2016.

FERRIER, Morwenna. Reseña sobre el lanzamiento de su línea de ropa y la biografía de Zlatan escrita por Lagercrantz. *The Guardian*, 7 de junio de 2016.

LAGERCRANTZ, David. *Moi, Zlatan Ibrahimovic*. Éditions Lattés, París, 2012. (Original publicado en Suecia en 2011).

LARCHER, Cristhophe. “Zlatan, vaut-il une légende?” *France Football*, París, 17 de mayo de 2016.

LEMAITRE, Damien. “El excéntrico adiós de Ibrahimovic”. *El País*, Madrid, 17 de mayo de 2016.

MARÍAS, Javier. “Narcisismo hasta la enfermedad”. *El País Semanal*, Madrid, 5 de junio de 2016.

MARSHALL, Adam. “I am Zlatan te Conqueror”. *Manchester United*, página web, 12 de enero de 2017.

PÉREZ, Gorka. “Ibrahimovic y Mourinho, segundo capítulo”. *El País*, Madrid, 1.º de julio de 2016.

VICENTE, Álex. “Zlatan Ibrahimovic, el mejor futbolista de su planeta”. *Revista Icon*, España, 6 de agosto de 2016.

WILLIAMS, Richard. Reseña del libro de Lagercrantz sobre Ibrahimovic en *The Guardian*, 23 de octubre de 2013.

<https://www.theguardian.com/books/2013/oct/23/zlatan-ibrahimovic-autobiography-review>

## Notas

1 El pachá ocupaba un lugar tan alto en la estructura política y religiosa otomana que le decían *bajá*.

2 El asunto de Rutenia resulta complejo, pues para entenderlo es menester poseer conocimientos de turco, ucraniano, ruso y otras lenguas eslavas. Como el autor de este libro no los tiene, deposita su fe ciega en las explicaciones filológicas de quienes afirman que se trata apenas de una confusión semántica y que la señora no era pelirroja, lamentablemente no.

3 Gülbahar nació en 1498 y entró al harén en 1512, a los 14 años. Poco después ya era concubina de Solimán, pues en 1515 nació su hijo Mustafá. Su origen era crimeo-tártaro, dato que en Tamaulipas, Valledupar, Bahía Blanca o Segovia francamente no interesa a nadie.

4 Lo que más impresionaba a los turcos y a los pueblos vecinos no eran los títulos del Sultán sino la Forma Apabullante Como Usaba las Mayúsculas Iniciales. Aquí hago a veces lo mismo.

5 Hubo otro Solimán, el II, un gordito de barba rojiza que murió en 1691 y, tal como el Magnífico y muchos de sus antepasados, se pasó la vida peleando con los Absburgos. Qué desesperación...

6 Estos hechos no tienen nada que ver con el recién nacido, pero los menciono para que ustedes se ubiquen en el tiempo y cada día parezcan más cultos.

7 También se cuenta que quiso sacar del juego a Solimán y con tal efecto le mandó una camisa envenenada. Pero la madre del joven entró en sospechas y se las arregló para que un paje la estrenara. Al pobre paje lo enterraron con la camisa puesta.

8 Había nacido en la isla de Lesbos en 1475 y murió en Estambul en 1546. Era hijo de jenízaro mahometano y madre cristiana, probablemente española. Su verdadero nombre era Jeiredín. Sin el glorioso apodo de Barbarroja quizás no habría pasado nunca a la Historia.

9 Tampoco fue la última vez. Muchos de sus sucesores acabaron casándose con la favorita.

10 Traducción del autor de este libro. Bueno: más o menos.

1 El apellido Potemkin también se ha transcrito a caracteres occidentales como Potiomkin o Potemski. Sin embargo, nadie mencionaría la histórica película de Sergio Eisenstein como *El acorazado Potiomkin* sin que lo expulsaran del cine club. ¿Cómo lo pronunciaba Eisenstein? ¿Potemkin, Potiomkin, Potemski? No se sabe, porque la película es muda.

2 Seguramente una de las razones de Catalina es que Potemkin adoraba comer legumbres crudas, en especial nabos, rábanos y ajo. Puuuuf...

3 Así lo hace el escritor inglés Simon Sebag Montefiore en su brillante relato sobre esta “historia de amor imperial”.

4 Es curiosa la obsesión de los historiadores por lo que científicamente se conoce en la OMS como OSM (Órgano Sexual Masculino). Abundan las referencias a este sector de la anatomía de Potemkin, que al parecer era bastante potemkin. Hay tratados sobre el OSM de Rasputín, e incluso fotografías del aparato que cuelgan (el verbo no es el mejor, lo reconozco) en la *web*. Por otra parte, reina también morbosa curiosidad por la mínima presa que exhibía Napoleón, cuyo micropene ha sido tema de macroestudios.

5 Esta clase de cosacos —que no figuran en el *Diccionario de la lengua española*— eran solteros impenitentes, guerreros temibles, jinetes extraordinarios, nadadores fuera de lo común y bebedores sin tasa y sin taza. Llevaban barba y se rasuraban casi todo el cráneo, salvo una larga cola de caballo que les pendía del cogote. En otros tiempos, su mero aspecto infundía miedo. Ahora parecerían futbolistas normales.

6 En cuya catedral está enterrado Potemkin en buena parte. Digo en buena parte, porque allí yacen la calavera, las extremidades y el cuerpo, pero el cerebro y el corazón fueron a parar primero al monasterio de Golia y después su rastro se extravió.

7 Si le cuesta trabajo el nombre, puede también citarla con su actual denominación: Dnipropetrovsk. Es la cuarta ciudad de Ucrania, pero solo porque las otras tres escogieron, hábilmente, nombres cortos: Kiev, Yárkov y Odesa.

8 Cuando uno ve jugar a ciertos equipos rusos concluye que desde entonces, y con algunas excepciones, el balompié local no ha evolucionado mayormente.

9 Unos meses después, el enciclopedista francés Jean le Rond D’Alembert declinó una invitación a Rusia que le extendió Catalina, so pretexto de que padecía de almorranas “y este mal parece ser fatídico en su país”. Voltaire sí acudió, pero quizás porque estaba curado de trastornos rectales.

10 En 1998, el científico estadounidense Darren Stalder estudió el fenómeno de las personas que resultan muy atractivas pese a no serlo físicamente. Descubrió entonces lo que ya había anotado Casanova: que la simpatía, el sentido del humor, la inteligencia, la capacidad de ofrecer conversación amena e interesante y la cultura superan fácilmente a la fealdad como elemento de conquista erótica. Stalder bautizó esta condición como *sapiosexualidad*. Desde entonces se publican estudios especializados sobre el asunto, cuyos autores son, casi siempre, gente muy fea.

11 “Madrecita” o “mamita” era lo menos que le decía. También la llamaba Dama Soberana, Kata, Katinka, Katiushka... Y ella a él, Gricha, Grichenka, Grichenok, Grichefichenka y, con más imaginación, Perrito, Periquito, Pajarito, Lobito, Palomito, Mi joyita, Mi héroe, Mi cosaco, Faisán dorado, Gallo áureo, Tigre de plata, León de la jungla...

En fin, lo que nos decimos todos en la intimidad con nuestra pareja.

12 Quiero imaginar que la mala educación se refería solo a sus travesuras y sus saltos. ¡Hay que ver lo que es capaz de hacer un mico mal criado!

13 Debo rectificar, pues, lo afirmado en *Breve historia de este puto mundo*, donde se indica que el prócer coronó emperatriz. No fue así, pero sigo recomendando con vehemencia el espléndido tratado.

14 El *polvómetro* de Catalina contiene numerosos amantes falsos. Un historiador tan serio como el inglés Felix Markham, autor de una excelente biografía de Napoleón, atribuye a la emperatriz el haber sido amante de un oscuro caballero de la Orden de Malta, el señor Litta, que no figura en los papeles de ninguno de los especialistas. Ocurre que adjudicarle amantes inexistentes a Catalina constituye una manía universal. Pronto será aceptada como deporte olímpico.

15 Yo, personalmente, no confío en fuentes procedentes de redes sociales. Si alguien tiene una mesita de noche o un canapé con estos adornos, tendré mucho gusto en darle una dirección para que los envíe de inmediato. Corresponde al consultorio de mi urólogo. En él sí confío.

16 En contraste, más allá de los bosques palaciegos reinaban la pobreza y la guerra. Mientras los zares y sus invitados bailaban en el Oranienbaum en agosto de 1758, la batalla de Zorndorf, entre rusos y polacos, dejaba “más de veinte mil hombres muertos o desaparecidos (datos del diario de Catalina). Como decía un grafiti en un muro colombiano, “El país se derrumba, y ellos de rumba”.

17 Esta fecha corresponde al calendario occidental. En el ruso, Catalina muere el 6 de noviembre. Es posible que algunas fechas mencionadas en este capítulo tengan parecida discrepancia. De todos modos, doce días son moco de pavo en la historia del hombre que, según datos de última hora, se remonta a Marruecos hace 300.000 años. (¿Moco de pavo? Qué horror. ¿Usan pañuelos los pavos? ¿Se suenan?)

18 Y de olores ni hablemos...

1 En sus tiempos de estudiante escribió una epopeya sobre los incas que empezaba así: “¡Oh inca! ¡Oh rey desventurado e infeliz!”. No transcribo más por respeto a los herederos de Balzac, a la poesía y, sobre todo, a los incas.

2 Adonis era en la mitología antigua lo que es George Clooney en la de la farándula actual.

3 Curiosamente, el nombre de Laura aflora de manera reiterada en la vida del escritor. Laura fue su mamá, Laura su hermana, Laura su sobrina, Laura la hermana de su amigo el pintor Auguste Borgey y Lauras dos de sus amantes: la señora De Berny y la duquesa De Abrantes. También se llamaba Laura la musa de Petrarca, pero no tiene nada que ver con esta

historia.

4 Freud llegó a pensar que los problemas de Adán y Eva cuando cayeron en la tentación del pecado tenían como origen la agobiadora presión de su mamá. Cuando le explicaron que ambos eran huérfanos, aspiró su pipa y dijo: “Entonces el problema fue la ausencia de ella”.

5 El epílogo es menos negativo, pero no quiero dañarles a los lectores su inmersión en los 87 tomos de *La comedia humana*.

6 Balzac era un consumidor desmadrado de café, a razón de una libra cada ocho horas. Esta conocida circunstancia ofrece una oportunidad “única y feliz” para que Juan Valdez reclame que el gran secreto del éxito de Balzac era esa taza humeante y aromática de grano suave colombiano. ¿Quién dice que no fue así?

7 Algunas ediciones han traducido el título como *Pellejo de batracio*. Cuidado: absténganse de comprarlas, pues seguramente se trata de versiones piratas.

8 El escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias acusó a Gabriel García Márquez de plagiar en *Cien años de soledad* la flojita novela de Balzac *En busca de lo absoluto*, simplemente porque en ambas aparece un personaje dedicado a la alquimia. El crítico Uriel Ospina afirma que es una acusación ridícula nacida de la envidia. Opino lo mismo que opina Ospina.

9 Una lista completa de las mujeres que pasaron por la vida del escritor aparece en la mejor obra de su género: Juanita Helm Floyd, *Women in the Life of Balzac*. Henry Holt, Nueva York, 1921. Es un clásico y, libre ya de derechos, puede obtenerse en internet. Digo, por si a alguien le interesa ser más culto sin que le cueste un centavo.

10 Táctica mucho más decente que la del horripilante Donald Trump, que ataca con besos babosos en los ascensores y, sin previo aviso, manda la mano a lugares recónditos de sus víctimas.

11 Si esta historia hubiera tenido lugar 184 años después, la ardorosa insistencia de Balzac se consideraría acoso sexual y nunca habría ocurrido nada con *madame* De Berny. Ni prácticamente con ninguna otra.

12 La gran mayoría de las cartas de *madame* De Berny corrieron la suerte del fuego, por órdenes suyas. Consta que era una escritora bastante aceptable, y por eso Balzac atendía sus opiniones literarias.

13 Más sobre el tenebroso Stalin en *Breve historia de este puto mundo*, excelente libro que no ceso de recomendar.

14 Si me permiten, mi opinión es distinta. Luego de observar casi todos los retratos que hay de Eva Hanska, la considero ojipequeña, de nariz apajarada y papada prominente. Nada que ver con ese espectáculo de belleza de la actriz Fanny Ardant, que encarnó a la condesa en una serie de televisión francesa en 1999. La Ardant sí que justifica cualquier locura y el más tortuoso viaje.

15 Dice un viejo refrán: “Donde haya queso no mandéis gatos”. Balzac ignoraba el refrán, o bien no conocía al gato Liszt o no supuso que Eva resultaría un queso tan atractivo.

1 Bogotá y los bogotanos de pro —llamados *cachacos*— se precian de descender de hidalgos españoles y miraron siempre con desprecio a los habitantes de la costa. El que haya leído *Cien años de soledad* solo tiene que pensar en el personaje de Fernanda del Carpio. El que no lo haya leído, ¡qué espera para leerlo, hombre! En realidad, casi todos los colombianos descendemos de marineros y conquistadores españoles con dudoso prontuario que limpiaron su pasado al cruzarse con indígenas y negros.

2 Ejecutar el decreto que se llamó “Desamortización de bienes de manos muertas” equivalía a ponerle el cascabel al gato. “Nadie se atrevía a aceptar, por temor a las responsabilidades que suponía el cumplimiento de este decreto y a las excomuniones con que habían sido amenazados los que se encargaran de cumplirlo”, dice el historiador Indalecio Liévano Aguirre. Núñez fue el valiente que se le midió a hacerlo en 1862 como secretario del Tesoro del presidente Tomás Cipriano de Mosquera. Desde ese día, la Iglesia le vio rabo y cuernos bajo la levita.

3 Sobre la “poesía” de Núñez volveremos más adelante con sevicia. La venganza aquí se justifica: suya es la imperdonable letra del himno de Colombia, lamentable por sus rimas pero también por las contradicciones que encierra. Mientras en él habla Núñez de la igualdad de los hombres, en carta privada a su vicepresidente en 1890 asevera: “Comprendo perfectamente el antisemitismo. El judío es hongo, parásito, cáncer”.

4 Es curioso: la más importante escritora del siglo XIX en Colombia también se llamaba Soledad. Me refiero a Soledad Acosta de Samper. Las dos llegaron a ser amigas. Pero, por pertenecer a mi familia, y para que no se me tache de nepotista, me abstendré de ofrecer aquí los elogios que la señora Acosta merece.

5 Recordemos que el istmo se independizó en 1903 auspiciado por los Estados Unidos, cuyo gobierno vio una ocasión irrepetible de colonizar un territorio a fin de excavar su canal interoceánico.

6 No confundir a Conchita Picón con Conchita Cintrón, la rejoneadora, ni con Concha Piquer, la cantante, ni con ninguna otra Concha, Conchita o Concepción

7 Quienes conocen las vergonzosas posiciones antisemitas de López de Mesa cuando fue canciller de Colombia durante la Segunda Guerra Mundial sabrán que con esta descripción no intentaba alabar a Núñez.

8 Núñez confesó a su secretario que Dolores “era una estatua sin alma”. ¡Pero hay que ver qué estatua!

9 “Desprovisto de completa razón”, de acuerdo con el testamento del papá.

10 Obaldía (1845-1910) participó activamente en otra separación mucho más severa. Me refiero a lo de Panamá y Colombia, que apoyó como gobernador del que fue Estado colombiano y remató como segundo presidente de la nueva república.

11 Vayan aprendiendo, aspirantes a donjuanés.

12 Fue quizá la primera vez en nuestra historia que el presupuesto público se convirtió en alcahueta de amores incómodos, pero no la última: hoy seguimos viendo casos que indignan. Consolémonos pensando que fueron muy felices y la pasaron bomba.

13 Traducido al cartagenero sería algo así como “¿Yo qué carajo sé, compadre?”.

14 Cartagena de Indias fue víctima de incontables ataques y bloqueos desde el mar. Recomiendo sobre el particular el capítulo “Historias de piratas” del espléndido tratado

*Lecciones de histeria de Colombia*, de un sabio autor que por pudor no nombro.

15 El cura español José María Carulla (1833-1911) escribió una historia sagrada en verso. El refrán citado procede de una estrofa que dice: “Nuestro Señor Jesucristo nació en un pesebre:/donde menos se espera, salta la liebre”. El lector encontrará más material sobre tan fascinante tema en *Versos chuecos II* (Bogotá, 2005), del autor que les escribe.

16 Un siglo después, fue eso lo que hicieron los católicos cuando el papa prohibió el control de la natalidad y alentó a las parejas a orar: rezaban de día y tomaban la píldora de noche.

17 Bueno: la muerte o un buen alegato a cargo de un abogado carísimo ante los tribunales eclesiásticos para que declare la nulidad del vínculo. Después de Núñez, por lo menos tres presidentes colombianos han conseguido la anulación de su primer matrimonio y la bendición del segundo.

18 El prócer atesoraba en su mesa de noche bocadillos veleños, almendras, uvas moscatel, almíbar y un mosaico de los famosos dulces cartageneros. Nunca padeció de diabetes, lo que obligaría a revisar las teorías médicas al respecto.

19 Una caja de galletas inglesas marca Albert, potes de jalea Morton y quesos franceses de bola. (Lista suministrada por doña Sole al escritor Daniel Lemaitre, quien la entrevistó en repetidas ocasiones en los últimos días de la viuda de Núñez).

20 Lo de los cinco perros no significaba amor a ellos, sino cruel precaución, pues antes de servir la comida a Núñez la cocinera tenía instrucciones de darla a probar a los perros para evitar que envenenaran al amo. Solo se escapaba Nilo, el faldero preferido. Los verdaderos amigos de los perros hacemos todo lo contrario: yo me he aburrido de comer pienso para canes en mi afán por proteger a Pachulí y Simona.

21 No me extrañaría que la DEA pidiera ahora su extradición “para darle una lección a Colombia”.

22 Sus críticos habrían dicho que era de esperarse de Núñez, “por el espíritu de traición que lo guio siempre”. (Francisco de Paula Borda). De hecho, más de una vez lo llamaron Judas, aunque no era pelirrojo, como los hermanos Holguín.

23 Hay que ver la persecución que desató contra los liberales el obispo de origen español Ezequiel Moreno (1848-1906), quien llegó a declarar: “El liberalismo es pecado y enemigo del reino de Jesucristo”. En 1992, el papa Juan Pablo II premió a semejante bárbaro haciéndolo santo.

1 En 2011 se publicó en Londres *Constance: the Tragic and Scandalous Life of Mrs. Oscar Wilde* (*Constanza: la vida trágica y escandalosa de la esposa de Oscar Wilde*), de Franny Moyle. La biografía se basa en cientos de cartas de Constanza a familiares y amigos suyos, pues su familia quemó casi toda la correspondencia con su marido. El libro



reivindica el papel de Constanza y la dibuja como una persona mucho más fascinante que la esposa martirizada de los viejos lugares comunes.

2 La teosofía era una de esas pseudociencias que de vez en cuando calan entre personas inquietas e ingenuas. Mezcla de supuesta sabiduría hermética y ceremonias ridículas, tenía como papisa a una ucraniana farsante, *madame* Helena Blavatsky (1831-1891), que reclamaba poderes anticipatorios pero solo se anticipó a pregonar el racismo nazi en casi medio siglo. El epicentro teosófico mundial ha sido la Orden Hermética de la Aurora Dorada. Aún tiene miembros que acuden a reuniones secretas, y no quiero conocerlos porque deben de ser de esos impertinentes que pretenden convencerlo a uno.

3 Frank Harris, amigo y biógrafo de Wilde, afirma que Oscar conoció a Constanza en Dublín “durante una de sus *tournées* como conferenciante”. Son más los que señalan la fiesta en Londres como punto de encuentro. De todos modos, Harris nunca tuvo la menor estimación por Constanza, a quien describe como “muchacha sin gran saliente de ingenio ni belleza”, juicio que contradicen múltiples testimonios.

4 En cierto sentido, Wilde es un precursor de los despachos de 140 caracteres de Twitter. Su hermano publicaba en el periódico *The World* las frases más ingeniosas que le escuchaba a Oscar, lo cual le creó temprana fama de aforista.

5 Según otro biógrafo de Wilde, el norteamericano Herbert Lottman, Harris era dado a inventar falsas anécdotas picantes “para adobar mejor sus recuerdos”. Consejo de Lottman: “Desconfíen de Harris”. Consejo del autor del tratado que ustedes tienen entre manos: desconfíen de ambos, pues los celos entre historiadores son peores que entre personajes de telenovela.

6 Difícil dilema para Florrie el de escoger entre Dorian Gray y Drácula.

7 En los tiempos actuales, Wilde habría sido un serio partidario de los Crocs, versión moderna de los zuecos. “Mi simpatía por los zuecos parece haber sembrado el terror”, señala en un artículo de 1884, donde añade que se trata de un calzado práctico, cómodo y con respetables antecedentes.

8 No me alargo sobre este tema, pero es posible encontrar abundante material al respecto en *What's Love Got to Do With It?*, de Meredith D. Small, profesora de Antropología de la Universidad de Cornell (Estados Unidos).

9 Así contado, parece raro, pero, sinceramente, ¿quién no ha besado nunca a un amigo, aunque sea a modo de saludo por tratarse de un italiano o argentino o porque celebran todos un gol en la cancha? Reconozco, en cambio, que el beso en los labios sí es bastante extraño. Al menos en mi tribu, doctora Small.

10 Como es ya la tercera vez que se nombra a Príapo en este capítulo, parece aconsejable recordar que este dios griego menor se le representaba armado con un gigantesco falo mayor en estado de entusiasmo. Príapo era el promotor de la fertilidad y la enfermedad que deriva de su nombre, el priapismo, suena muy útil al principio pero resulta terrible y dolorosa a partir del tercer día.

11 Algunos historiadores de aquella época señalan que Douglas “daba pruebas de maestría en sus versos” y poseía “una facultad musical digna de los grandes poetas”. Meras ilusiones. La Historia discrepa de semejantes apreciaciones: sus poemas han sido completamente olvidados, no los conoce nadie ni los citan los expertos y la única huella que queda de él es

la que dejó su relación con Wilde.

12 Por encargo de Oscar, Douglas tradujo al inglés *Salomé*, obra de teatro escrita en francés por Wilde. El resultado fue un desastre colosal que debió rehacer el propio autor. Con decirles que tradujo el título como *Salame*.

13 El marqués era aficionado al boxeo: a verlo y a ejercerlo de vez en cuando. A él se deben algunas de las normas modernas del deporte de dar puñetazos a un rival hasta dejarlo moribundo en el suelo.

14 Prefiero abstenerme de suministrar detalles, en los cuales abundan el expediente y los escritos de la familia Wallace, porque el mío es un libro para toda la familia, y sería impropio obligar a los quinceañeros a explicar a sus abuelos semejantes intimidades.

15 La frase procede de un poema de Bosie Douglas. Es el único verso memorable que escribió.

16 Varias de las cartas de Wilde, manuscritos de sus obras, objetos que fueron suyos y fotografías desconocidas se exhibieron en París entre septiembre de 2016 y enero de 2017. Allí aparecen, entre otros, retratos de Constanza con Caryl y Oscar con Bosie.

17 ¿El peor? ¿Acaso a este honorable magistrado no le tocó juzgar nunca asesinatos, homicidios, infanticidios, lesiones personales, robos, estafas, abandonos de hogar, explotación de trabajadores, evasión de impuestos, chantajes, corrupción, sobornos...?

18 Con el cinismo que el tiempo concede, la celda de Wilde es hoy un lugar de visita turística en Reading, localidad próxima a Londres. En este lugar, un grupo de artistas y escritores presentó en 2016 un homenaje al más famoso ocupante de la mazmorra.

19 El libro *Oscar Wilde en París*, de Herbert Lottman, contiene un fascinante capítulo sobre las aventuras sexuales de Wilde, Bosie y el autor francés André Gide con jovencitos árabes en Argelia a principios de 1895.

20 “Terminó” es un verbo blando: en *De Profundis* Oscar destroza a Bosie y este responde con unos escritos en que acusa de toda clase de perversidades a Oscar.

21 L’Hôtel alquila la habitación número 16, de 36 metros cuadrados, por aproximadamente 400 euros diarios, dependiendo de la temporada. La anuncia como “espaciosa, con cama doble, terraza privada, ducha y bañera”- Dice que era la de Wilde. A lo mejor el vate la ocupó alguna vez. Pero, según dato confidencial de un empleado, murió en un cuarto de la planta baja donde hoy sirven licores.

22 Hay quienes las tienen más grandes que las del ángel de Jacob Epstein.

23 Nacido en 1936, Holland está dedicado a perpetuar la memoria de Constanza y Oscar y preparar vino doméstico. De vez en cuando escribe artículos sobre su familia y asesora exposiciones.

1 El nombre de Virginia Woolf no solo vende libros suyos, sino acerca de ella. Cada año

crece la bibliografía que la analiza y también a sus amigos y su obra. Uno de los últimos y más versados, escrito por la argentina Irene Chikiar Bauer, acumula la bobadita de 949 páginas. Abundan, además, las obras de teatro, documentales y películas sobre Virginia. Quien profetizó que nadie leería sus libros en un plazo de diez años seguramente habría descartado que un día el hombre llegaría a la Luna y habría augurado que el 1.º de enero de 2000 se produciría el fin del mundo.

2 De haber existido en la vida real la Sociedad de los Poetas Muertos, con toda seguridad Woolf habría pertenecido a ella y habría sido amigo de Robin Williams.

3 La traducción al castellano aparece en *Virginia Woolf*, biografía de Jesús Rubio (Edimat Libros, Madrid, 2005) pp. 81 y 82.

4 La isla de Zanzíbar era famosa por sus clavos y sus esclavos. Fue puerto negrero durante muchos años y producía, y sigue produciendo, la mayor parte del clavo que aroma las cocinas del mundo. En 1910 era un reciente protectorado británico. Son cosas que los lectores saben pero no sobra recordar.

5 Cualquiera parecido con la historia del supuesto embajador de la India que se presentó en Neiva, Colombia, y recibió toda suerte de homenajes es coincidental pero veraz. El amable diplomático, según la canción de Jorge Villamil y la película del mismo nombre, les tomó las medidas a muchas damas de la ciudad para enviarles el traje típico de la India y vendió a un famoso ganadero el buey Apis “como gran reproductor”. Tras disfrutar durante varios días de la hospitalidad local, anunció su marcha a Nueva Delhi envuelto en vistosa túnica. Solo entonces se descubrió que no era otro que un “antiguo seminarista de la ciudad de Garzón”, que Nueva Delhi era Bogotá y que, como Virginia Woolf, les había mamado gallo a alcalde, concejales y “fuerzas vivas” del municipio.

6 Dice el dicho que “Un colombiano (o canadiense, o español, o ecuatoriano, o suizo, o egipcio, o zulú...) nunca orina solo”. Grande debió de ser la sorpresa de Woolf cuando, además de negarse a acompañarlo y celebrar la hermandad de los chorros paralelos, Eliot le reprochó que fertilizara la naturaleza con su ambarino aporte.

7 Seguramente esa tristeza tenía como origen un problema odontológico, pues usaba dientes postizos y —lamento ofrecer este dato— en las noches los metía en un vaso de agua que ponía en la mesita. Nada de esto le quita méritos como escritora.

8 Uno de sus libros, *Flush*, está escrito desde el punto de vista de un can. La musa fue Pinka, una cocker spaniel que le regaló Vita. Los críticos patearon el libro como se patea a una perra.

9 A esas alturas, Virginia ni siquiera escribía correctamente al apellido de su futuro esposo, que iba a adoptar legalmente como suyo al casarse. Woolf llevaba doble o. Con una sola significa “lobo”, característica que seguramente también tenía Leonardo ante los ojos de la distinguidísima novia.

10 Desde el punto de vista literario, en cambio, la luna de miel fue un éxito. Mientras el marido sufría, ella leyó *Rojo y negro*, *Crimen y castigo*, *El Anticuario* y dos novelas más.

11 Es decir, Leonardo acumulaba ya 364 fracasos.

12 Esta situación condujo a VW a inventar el monólogo interior, revolucionaria técnica narrativa.

13 Pregunta clave: ¿llegó a experimentarlo algún día?

14 Una encuesta que efectuó en 2016 *thevirginiawoolfblog* revela que los libros predilectos de los lectores fueron *Las olas* (36 %), *Al faro* (22 %) y *La señora Dalloway* (19 %). El famoso *Orlando* obtuvo apenas un modesto 8 %. Sería interesante explorar cuántos de los más entusiastas admiradores (y sobre todo admiradoras) de VW han leído alguna de sus obras.

15 El libro, *Retrato de un matrimonio* (1973), se consigue en español. Único heterosexual del grupo familiar, Nigel Nicolson casó en 1973 y tuvo tres hijos con Phillipa Tennyson. Se divorció de ella en 1970, probablemente a causa de su nombre.

16 La señora Matheson (1888-1940) revolucionó la radio británica con sus programas de entrevistas. Fue alta directiva de la BBC y precursora de LGBT.

17 Las sufragistas eran unas señoras atrevidas que, al despuntar el siglo XX, en vez de dedicarse a planchar ropa y cocinar el almuerzo, pedían que les otorgaran el derecho a votar ¡como si fueran hombres! El mal ejemplo cunde, y hoy casi todos los países del mundo permiten el voto femenino. Menos mal queda el Vaticano como único Estado donde el sufragio es exclusivamente masculino. Que Dios lo guarde.

18 En fin, como dijo el filósofo callejero, “ya no saben qué inventar”.

19 Es larga e inquietante la lista de escritoras y artistas que han terminado sus días suicidándose. Entre otras, Diana Arbus, María Mercedes Carranza, María del Pilar Donoso, Violeta Parra, Sylvia Plath, Anne Sexton, Alfonsina Storni y Francesca Woodman.

20 En una de sus últimas cartas a Trekkie, Leonardo le dice: “Conocerme y amarte es lo mejor que me ha pasado en la vida”. *No comment*, como diría Virginia.

1 Cualquier parecido con otros casos, como el del colombiano Pablo Escobar, es más que una coincidencia. Es un destino común.

2 Algunos biógrafos de Capone sostienen que culminó el bachillerato, pero no se conoce el diploma. Lo más probable es que corriera la misma suerte académica de sus hermanos, que no coronaron estudios.

3 Mae sufría un pequeño problema en el maxilar inferior que influyó en su timidez y frenó su intención de convertirse en modelo profesional. No era perfecta, ciertamente, pero parecía más que una reina para un tipo como Capone.

4 Más de una vez Capone afirmó que las heridas eran consecuencia de su participación en la Primera Guerra Mundial. Mentira. Capone nunca prestó el servicio militar.

5 Medía 1,79 metros, aunque en las películas casi siempre lo presentaron como un saporrito de metro con sesenta.

6 “No fornicarás”.

7 El Templeton Rye nació en el estado de Iowa bajo la Prohibición como sustituto del whisky, aunque tiene 40 % de alcohol. Su mera existencia era un argumento contundente a

favor de la venta libre de otros licores. Parece insólito que aún se consuma en Estados Unidos con precios de 40 dólares por botella. Pero, si de cosas increíbles hablamos, es aún más inverosímil que Donald Trump haya sido elegido presidente del país.

8 La famosa isla-prisión funcionó hasta 1963. A lo largo de las tres décadas de operación se produjeron 14 intentos de fuga. De los 36 presos involucrados, nueve murieron, otros 24 fracasaron sin perder la vida y solo tres lograron escapar.

9 Consolémonos pensando que fue mucho mejor músico que poeta. En Alcatraz llegó a montar un efímero quinteto de jazz que resultó ser una asociación para delinquir... musicalmente.

10 Cuarenta años antes de que el fugaz papa Juan Pablo I afirmara en 1978 que “Dios es una madre”, Capone había descubierto que el Altísimo no era Altísimo sino Altísima, es decir, una mujer. En una carta a Mae, Alphonse menciona a Dios y agrega: “Sé que con su poder absoluto *ella* me curará”. He ahí un lindo tema doble para una tesis de grado en Oxford o en Harvard : Capone como teólogo y Dios como señorita.

1 ¿No es curioso que Armenia sea también una región cafetera en Colombia y que en Ereván, capital del milenarismo país del mismo nombre, funcione un café (Natura Gold) famoso por su té?

2 El verdadero nombre de este caballero era Enrique Gómez Tible. Pero la vecindad de los dos apellidos le valió entre sus amigos el apodo de *Comestible*, por lo cual, con cierta razón, prefirió usar los dos apellidos de su papá, que era español, y archivó el Tible, que, además de recordarle a su mamá (la de él), es un instrumento musical de viento.

3 Por esa curiosa nostalgia de nobleza que acomete a algunos latinoamericanos, Consuelo sí firmaba como “condesa de Saint-Exupéry”: ella, que, honrosamente, tenía una bisabuela indígena y había nacido entre cafetales y perros pulguientos...

4 América Latina fue pionera en esta revolución. En 1910, el brasileño Alberto Santos Dumont llevó a cabo el primer vuelo comercial de la historia en Estados Unidos. Nueve años después nació en Colombia la primera compañía aérea de América, la SCADTA, predecesora de Avianca. Son datos que es bueno saber para dejar caer al vuelo.

5 Estos comentarios de Saint-Ex me parecen inauditos: ¿nunca comió un bife de chorizo en La Brigada?, ¿nunca asistió a un espectáculo de Les Luthiers?, ¿nunca presencié un partido en la Bombonera?, ¿nunca divisó en la calle al Negro Fontanarrosa?, ¿nunca desayunó en el Tortoni?, ¿nunca paseó por el Tigre?, ¿nunca pidió una milanesa a Norma de Pandolfi?, ¿nunca compró vejeces en San Telmo?, ¿nunca se sentó en una confitería a ver pasar las minas?, ¿nunca participó en una tertulia futbolera en El Parrillón del pobre Luis o el café Tabac?, ¿nunca probó el dulce de leche?...¿Andá a garcar, Saint-Exupéry!

6 Juro que es verdad. En aquellos tiempos, esta actividad no se llamaba papiroflexia ni

origami, sino GPT: ganas de perder el tiempo.

7 En un ensayo sobre la vida de la salvadoreña, cierto profesor de su país llega a sugerir, en forma apenas digna de un Donald Trump, que padecía “vocación puteril”.

8 Conocí hace años en Panamá una organización llamada Adúlteros Anónimos. Solo después de matricularme, lleno de expectativa, descubrí que se dedicaba a *combatir* el adulterio.

9 En aquellos tiempos —primera mitad del siglo XX—no existían los teléfonos portátiles, ni los celulares, ni las tabletas, ni los computadores, ni los iPod, ni los iPhones, ni había programas para chatear ni para tomar o mandar fotos domésticas con el teléfono. Durante buena parte de esa época la telecomunicación necesitaba un app llamado *operadora*, que era una señorita que enchufaba y desenchufaba cables para conectar a quienes solicitaban hablar con un prójimo. Digo lo anterior en beneficio de los lectores jóvenes y los muy viejos. Los primeros, porque seguramente lo ignoran; los segundos, porque seguramente lo olvidaron.

10 Al morir, en 2003, Nelly legó a la Biblioteca Nacional de su patria abundante documentación sobre la colaboración de muchos franceses con Hitler, el papel de Saint-Ex y otros secretos. Para conocerlos bastará con esperar hasta 2053. Ya casi.

11 ¡Qué bárbaro!

12 Su trabajo al frente de este escuadrón es tema central de *Piloto de guerra*. El libro contiene estupendos relatos sobre las misiones de guerra, descripciones hermosas del paisaje rural visto a ojo de pájaro y aburridísimas reflexiones seudofilosóficas.

13 El asteroide B612 no existe en la vida real, pero la astronomía ha hecho varios homenajes a Saint-Ex (el asteroide 2578 lleva su nombre) y a su personaje (un asteroide lunar se llama *Petit Prince*).

14 En la modesta y molesta opinión del firmante, se trata de un texto de pensamiento bastante liviano, ligero o *light*. Si ustedes supieran lo que escribe Kant...Quizás por eso solo lo leen los niños alemanes cuando ya son adultos y estudian *Philosophie*.

15 Hay quienes piensan que no hubo tal percance de artillería, sino que, agobiado por sus problemas personales y el alcohol, Saint-Ex se suicidó lanzándose al mar. Así lo afirman, por ejemplo, el historiador aeronáutico Bernard Mark y el profesor de pilotos Luc Vanrell, que investiga el caso.

1 Por parte de madre había dos hermanas más que llevan el apellido Sandoval.

2 Los dos dientes —fuertes, tercos, imbatibles, como la dueña— sobrevivieron a la frágil dentadura de leche. Uno se le cayó cuando Violeta tenía más de 30 años y el otro la acompañó hasta la tumba.

3 Versiones menos nostálgicas se refieren a él como “tinterillo” o “picapleitos”.

4 Al parecer, uno de los secretos mejor guardados de los Parra es otro posible y fugaz matrimonio de Clarisa antes de amarrarse con el padre de Violeta. Total: tres.

5 Era un metedero desaseado y oscuro que describe el biógrafo Alfonso Alcalde diciendo que “olía más a vinagre que a vino”. Es posible que oliera más a urea que a vinagre.

6 Junto al talento artístico y la fealdad, la militancia de izquierda parece ser también parte del ADN de los Parra: “Tengo nueve hermanos (...) / los nueve son comunistas/ con el favor de mi Dios”, dice Violeta en *La carta*.

7 Circulan anécdotas de guitarrazos que asestó a borrachos ruidosos cuando ella cantaba y del maestresala de un fino club santiaguino que, al terminar un recital de Violeta ante los socios, la mandó a comer a la cocina y se ganó una insultada a gritos y un zapatazo. Deberían haber sido dos.

8 El rin es un tradicional ritmoailable chileno y se llaman angelitos los niños que mueren en su primera infancia. En torno a este fúnebre hecho existe todo un ceremonial popular en Chile.

9 Un pintor chileno comentó tras la muerte de Violeta: “Le fallamos como humanos. Cuando veíamos sus tapices pasábamos de largo, y ahora todos queremos tener uno”.

10 Una versión diferente ofrece Ángel Parra. Según él, Gilbert llegó a un canal de televisión a ver si alguien podía ayudarlo a encontrar a Violeta. Su hijo trabajaba allí, de modo que él mismo lo condujo a casa de mamá.

11 Estos son sus alias artísticos. En privado, según su biógrafo Fernando Sáez, Violeta lo llamaba *Gilbertito*, *Chino mío*, *Petit Gilberto* y *Mon Chinó*. Ninguno habría servido para atraer multitudes.

12 Según los que saben, se trata de instrumentos emparentados, cuya interpretación consiste en introducir el aire por una boquilla y digitar su salida por determinados orificios.

13 Violeta tocaba el bombo, había recuperado el guitarrón (un olvidado tío de la guitarra cruzado por 25 cuerdas), e interpretaba también el charango, sobrino de voz aguda que, según los expertos, ofrece armonías más limpias cuando lleva por caja de resonancia un caparazón de armadillo. Los armadillos no están de acuerdo.

14 Se llama *cola de mono* a un coctel redulce de pisco, leche, café y azúcar. Algo así como un cruce de ariquite con aguardiente. Aún falta probar a qué sabe la cola de un macaco, pero no seré yo quien lo averigüe.

15 La carta fue publicada por Isabel Parra en *El libro mayor de Violeta Parra*, y despejó las dudas acerca del tipo de relación que tuvieron la folclorista y Zapicán. Este, siempre que se le preguntó por ella, ofreció respuestas evasivas y poéticas. Todo un caballero.

16 Sí, así, con signo de admiración al final, para que sonara más salvaje el grito.

Walt Whitman y su “Canto a mí mismo”, Ramsés II, Luis XIV, Jesús de Nazaret, etcétera.

2 En 2005 se rodó un documental que pretendía mostrar a Rosengard como modelo de integración de inmigrantes en la sociedad sueca. Uno de los protagonistas de la película fue un descendiente de árabes que once años después cometió un brutal atentado islámico en Bruselas.

3 Es curioso: en español, casi todos los equipos de fútbol pertenecen al género masculino (el Barcelona, el Real Madrid, el Boca, el Independiente Santa Fe, el Colo-Colo), mientras que en italiano, algunos pertenecen al género femenino (la Juve, la Roma, la Sampdoria) y otros al masculino (el Milán, el Napoli, el Lazio). Nada produce más alegría a un locutor deportivo de lengua española que pronunciar el artículo la cuando se refiere a esos equipos del género femenino. Es signo de sabiduría y recorrido internacional.

4 Mourinho encabeza la lista de modelos de Zlatan, seguido por Mohamed Ali, Ronaldo y Bruce Lee. En la lista negra, tras la huella de Guardiola, figuran los futbolistas holandeses Johann Cruyff y Rafael van der Vaart, el colombiano del Inter Iván Ramiro Córdoba y el uruguayo Edinson Cavani. Ambas listas resultan elocuentes.

5 Antonio Salieri fue el enemigo jurado de Wolfgang Amadeus Mozart, envidioso de la maestría del genial músico, pero incapaz de llegar a su altura.

6 El libro ha sido un superventas en varias lenguas. Escrito por el sueco David Lagercrantz se publicó en 2011 y tres años después había vendido más de 700.000 ejemplares. Muy recomendable para los interesados en el deporte, es, según el diario *El País* (España), “una de las mejores colecciones de frases egocéntricas de la historia del fútbol”. Los párrafos citados en este capítulo son traducción propia de la versión francesa.

7 Se calcula que un Ferrari Enzo vale hoy 1.200 000 euros. Zlatan debe sentirse más guapo y mejor futbolista.



Los de verdad, verdad



Roxelana la Gozosa



Solimán el Magnífico



Catalina la Grande



Grigori Potemkin



Honorato de Balzac



Condesa Hanska



Rafael Núñez



Soledad Román

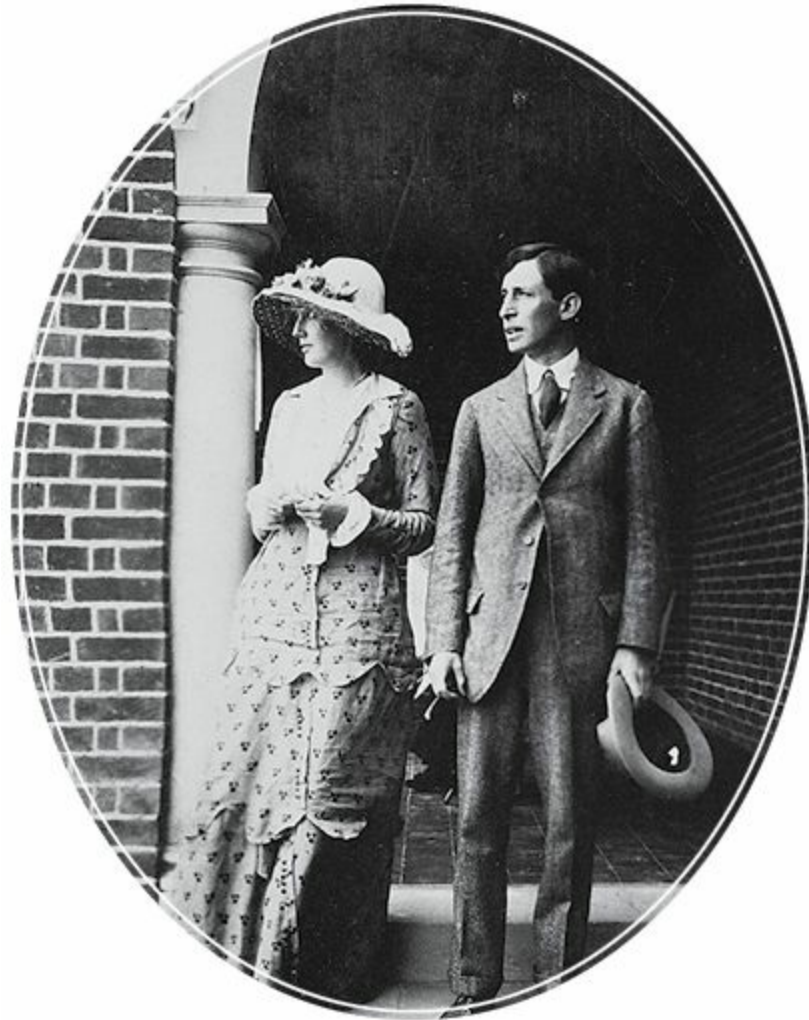




Oscar Wilde



Constanza Lloyd



Virginia Woolf & Leonardo Woolf



Vita Sackville-West



Al Capone



Antoine de Saint-Exupéry

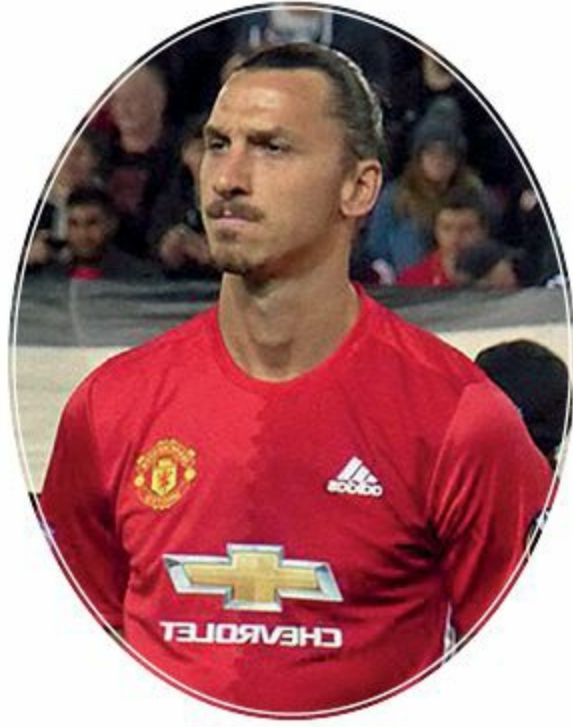
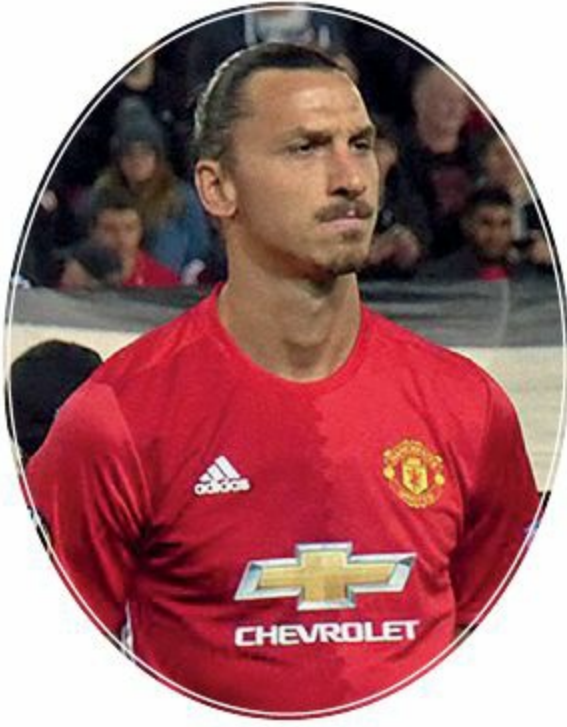


Consuelo Suncín



Violeta Parra





Zlatan Ibrahimovic

## Créditos de las imágenes

Roxelana la Gozosa

Tiziano, La Sultana Rossa, circa 1550, óleo sobre lienzo, John and Mable Ringling Museum of Art

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Tizian\\_123.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Tizian_123.jpg)

Solimán el Magnífico

Tiziano, circa 1530, Kunsthistorisches Museum Wien

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:EmperorSuleiman.jpg>

Catalina la Grande

Ivan Argunov, Portrait of Grand Duchess Catherine Alexeyevna, antes de 1762, óleo sobre lienzo, Kuskovo Museum

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Grand\\_Duchess\\_Catherine\\_Alexeevna.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Grand_Duchess_Catherine_Alexeevna.jpg)

Grigori Potemkin

Desconocido, Portrait of russian fieldmarshal Grigory Potemkin, 1847

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Princepotemkin.jpg>

Honorato de Balzac

Louis-Auguste Bisson, daguerrotipo, 1842

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Honor%C3%A9\\_de\\_Balzac\\_\(1842\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Honor%C3%A9_de_Balzac_(1842).jpg)

Condesa Hanska

Ferdinand Georg Waldmüller, Retrato de Madame Hanska, 1835, pintura, Schloss Saché

[https://pt.wikipedia.org/wiki/Ficheiro:MadamHanska\\_\(cropped\).jpg](https://pt.wikipedia.org/wiki/Ficheiro:MadamHanska_(cropped).jpg)

Rafael Núñez

Rafael Núñez, President of Colombia. Illus. in: Harper's Weekly, v. 71, 1885, p. 52.

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Rafael\\_Nunez\\_cph.3a03388.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Rafael_Nunez_cph.3a03388.jpg)

Soledad Román

Desconocido, Portrait de Soledad Román de Núñez, seconde femme de Rafael Núñez, président de Colombie, 1881

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Soledad\\_Rom%C3%A1n\\_de\\_N%C3%BAñez.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Soledad_Rom%C3%A1n_de_N%C3%BAñez.jpg)

Oscar Wilde

Napoleon Sarony

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Oscar\\_Wilde\\_portrait.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Oscar_Wilde_portrait.jpg)

Constanza Lloyd

Louis William Desanges, 1882

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Constance\\_Lloyd\\_by\\_Louis\\_Desanges.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Constance_Lloyd_by_Louis_Desanges.jpg)

Virginia Woolf & Leonardo Woolf

Desconocido, Virginia and Leonard Woolf, 1912

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Virginia\\_and\\_Leonard\\_Woolf\\_1912.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Virginia_and_Leonard_Woolf_1912.jpg)

Vita Sackville-West

George Grantham Bain Collection (Library of Congress), entre 1910 y 1915

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hon\\_Mrs\\_Nicholson\\_cropped.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hon_Mrs_Nicholson_cropped.jpg)

Al Capone

Chicago Bureau (Federal Bureau of Investigation) - Wide World Photos, 1930

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Al\\_Capone\\_in\\_1930.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Al_Capone_in_1930.jpg)

Antoine de Saint-Exupéry

Desconocido, 1933

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:11exupery-inline1-500.jpg>

Consuelo Suncín

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Consuelodesaintexupery.jpg>

Violeta Parra

Revista argentina Panorama, 1973

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Parra01f.PNG>

Zorya Luhansk

Ardfern, 2016

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Manchester\\_United\\_v\\_Zorya\\_Luhansk\\_Zlatan\\_Ibrahimovi%C4%87\\_\(edited\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Manchester_United_v_Zorya_Luhansk_Zlatan_Ibrahimovi%C4%87_(edited).jpg)

Después del éxito de  
BREVE HISTORIA DE ESTE PUTO MUNDO...

Una galería de parejas raras

- Solimán el Magnífico convirtió en poderosa soberana a Roxelana, humilde esclava del harén.
- Catalina de Rusia fue grande en la cama con muchos amantes, en especial el fascinante tuerto Gregori Potemkin.
- Honorato de Balzac dejó casi tantas novelas como amantes: dos, en especial.
- El adulterio entre Rafael Núñez y la cartagenera Soledad Román cambió la historia de Colombia.
- Oscar Wilde tuvo una mujer ejemplar y dos amantes gais, uno de ellos nefasto.
- La escritora Virginia Woolf protagonizó un famoso triángulo de amor con su marido y una amiga.
- Al Capone fue mafioso y asesino pero un modelo como marido, aunque trajo la ruina a su familia.
- Una bella salvadoreña, Consuelo Suncín, inspiró a Antoine de Saint Exupéry *El Principito*.
- Los felices años de la cantadora chilena Violeta Parra con un músico suizo terminaron trágicamente.
- El futbolista Zlatan Ibrahimovic convirtió en obsesión el consejo de amarse a sí mismo.



## DANIEL SAMPER PIZANO

Luego de graduarse en Derecho y Periodismo, de ganar prestigiosos (pero no suculentos) premios internacionales, de trabajar largos años en *El Tiempo* de Colombia y *Cambio16* de España y de escribir más de treinta libros de ensayos, humor y ficción, Daniel Samper Pizano se ha dedicado a la Historia.

En labor tan meritoria como sacrificada, devora decenas de libros en varios idiomas (algunos de los cuales ignora), consulta cientos de documentos y realiza visitas a escenarios reales con el fin de conocer a fondo personajes y acontecimientos históricos para relatar después —he aquí lo extraordinario— esos mismos episodios en forma amena y significativa.

“Para muchos, mis libros son apenas el primer escalón en el indispensable camino de la Historia”, ha dicho con modestia. En la editorial no consideramos sus textos un escalón sino un ascensor hacia el conocimiento. Así lo prueba el éxito de *Si Eva hubiera sido Adán* (la Biblia en forma risueña), *Lecciones de histEria de Colombia* y, sobre todo, *Breve historia de este puto mundo*, el libro de historia universal en broma más vendido de los últimos años en español.

Siguiendo con la Colección Puto Mundo, Samper ofrece ahora diez auténticas, insólitas, divertidas y excitantes historias de amor bajo el título general de *Camas y famas*.

Indiferente a la cama, a la fama y al dinero que lo llama, Samper sigue tratando de cumplir sus humildes tareas como miembro de las Academias de la Lengua de Colombia y España, como abuelo de seis nietos encantadores y como hincha del Club Independiente Santa Fe y del Barcelona.



## MATADOR

Este irreverente dibujante de Pereira ha sido denominado “el Julio César del humor”, debido a que se llama Julio César González. Ganador de numerosos premios y autor de libros de sátira gráfica, sus cartones aparecen a diario en *El Tiempo* y ocasionalmente en otras publicaciones. De él se dice que es el mejor caricaturista colombiano. También se dice, respecto a su seudónimo, que es tan agudo como el estoque de un diestro taurino y que a veces se viste como si fuera a torear esa tarde. En fin: se dicen tantas cosas de Matador... Lo indudable es que constituye inseparable llave de Samper en sus últimos libros, sin que al parecer pueda hablarse, no obstante, de pareja de hecho

Foto: © Archivo particular

Título: *Camas y famas*

Primera edición: septiembre de 2017

© 2017, Daniel Samper Pizano

© 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.

PBX: (57-1) 743-0700

[www.megustaleer.com.co](http://www.megustaleer.com.co)

© 2017, Matador, por las ilustraciones de cubierta y páginas interiores

Diseño de cubierta: Penguin Random House

Ilustración de cubierta: © Matador

Fotografía del autor: © Jorge Maronna

Fotografía de Matador: © Archivo particular

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-639-751-3

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



# Índice

Camas y famas  
Dedicatoria  
Epígrafe  
Novios obvios  
Lo que puede un diván  
Unidos por el sexo, el poder y el humor  
Entre la Dilecta y la Predilecta  
La pareja que torció un país  
Los peligros del hombre fatal  
Amar con locura  
La bella y el bestia  
Como caído del cielo  
La cantadora y el Gringo  
Sabor a mí  
Acerca de la bibliografía  
Bibliografía  
Sobre este libro  
Sobre los autores  
Créditos